

IMPRESA MODERNA

LIBROS RAYADOS  
Y ENCUADERNADOS



E. PARRO Y NAVAS

MÁLAGA

N. 4658

7942



n<sup>o</sup> 2-59

1051

# COSAS QUE FUERON

COLECCION DE ARTÍCULOS

DE LITERATURA , COSTUMBRES .

DON PEDRO A. DE ALARCON

*Sunt lacrymæ rerum.*

(VIRGILIO.)

BIBLIOTECA

PROVINCIAL

MALAGA

MADRID

Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA  
á cargo de Julian Gonzalez

1871





SR. D. MANUEL MARIA DE SANTA ANA.

MI MUY QUERIDO AMIGO:

*A la benevolencia con que mira Vd. mis pobres obras se debe en gran parte la publicacion del presente libro.*

*Acabe Vd. de favorecerlo, prestándose tambien á que se lo dedique, en señal de cariño y gratitud, su afectísimo amigo y seguro servidor*

*Q. B. S. M.*

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.



---

## PRÓLOGO.

---

.....  
.....  
El génio ha menester del eco, y no se produce eco  
entre las tumbas.

.....  
La palabra escrita necesita retumbar, y como la  
piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar  
repetida de onda en onda, hasta el confin de la su-  
perficie. ....

.....  
..... Escribir como escribimos en Madrid es  
tomar una apuntacion, es escribir en un libro de me-  
morias, es realizar un monólogo desesperado y triste  
para uno solo..... Ni escribe uno siquiera para los  
suyos.

.....  
¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? .....

.....  
Lloremos, pues, y traduzcamos.

(MARIANO JOSÉ DE LARRA.)

Con estas dolorosas palabras, arrancadas á la conciencia de su génio, quejábase el malogrado Fígaro hace años del indiferentismo de aquella época en que, sin embargo, brotaban á su vista las maravillas del arte romántico, repetia el aire las armoniosas desesperaciones de Espronceda, y esparcíanse los ánimos con las sales y agudezas de Breton de los Herreros. Quien no creaba, aspiraba á crear, ó te-



nia, como timbre de su vida pública, á gala y blason cultivar algun género de literatura, ó rozarse al menos con los sacerdotes del arte, enorgulleciéndose si alguna vez lograba penetrar en el *sancta-sanctorum* ante cuyo dintel se detenian con respeto los profanos.

¿Qué hubiera dicho Larra, viendo el oficio sustituir al arte, el desprecio á la indiferencia de que tanto se condolia, y que solo llorar le era ya dado, pues ni necesidad hay hoy de traducir? ¿No se venden más libros franceses que españoles?

Las letras van de caída; el vulgo, que tanto atormentaba á Horacio, ha ingresado en la orquesta, y con su ruido de gigante apaga todas las melodías. No hay á quien acusar de indiferente, porque no es posible que nadie se deje oír entre semejante barahunda, ver entre nivel tan constante, ni admirar entre igualdad tan deseada. Publicar un libro de recreo en este pobre país desvencijado, es convidar á mieles al hambriento ó á hacer cuadros vivos al desnudo. Cuando nuestras revoluciones han provenido de fuera, han traído entre sus negros pliegues de desventuras momentáneas algo fecundo que, semejante al polen acarreado por las tempestades, debía producir frutos iguales á aquellos que en campos más dichosos confiaron sus semillas al hálito del huracan pasajero.

Así vimos venir con la influencia del poder absoluto de Luis XIV los reglamentistas literarios que fustigaron á los autores de pasadas anarquías, y con la revolucion é invasion francesas la libertad de pensamiento y el instinto de independencia artístico

y propio, triunfante en aquella lucha, como el territorial y político.

Pero cuando las revoluciones no provienen de influencias generales, sino de exclusivas y fatales desesperaciones, el vulgo desconfiado á nadie reconoce por jefe, teme encontrar el engaño donde está la autoridad, la celada misteriosa donde le enseñan el deleite, y sin fiarse de nadie, temeroso de todo el mundo, no consiente en ser espectador de nada. Queriendo intervenir en todo, todo se degrada á su contacto, hasta que, convencido, como el niño que quiere acariciar la luna, de su libre impotencia, resígnase escarmentado, oye razones, atiende á consejos y confía, aun amenazando con su cólera, á manos más espertas que las suyas, lo que estas rompen ó desbaratan para que aquellas construyan ó edifiquen. Entonces los sábios crean, los cantores modulan, los poetas cantan y el vulgo, replegándose como en las tragedias antiguas á las filas del coro, deja que le enorgullezcan sus héroes ó que le entusiasmen y glorifiquen sus artistas.

Promovida, á mi ver, nuestra aun no terminada revolucion política, más bien por la desesperacion que en todos causaban constantes causas de seguros males, que por el deseo de nuevos ideales filosóficos, fué más bien acto de cólera y término de paciencia, que meditado deseo de nuevas y radicales formas. Así es que la sociedad no tuvo que estremecerse en sus cimientos, y más bien como axioma que como problema revolucionario, continuó siendo un hecho en sus primeros dias la anterior forma del Estado. No cambiaron las ideas, antes por el contrario, con-

quistaron para sí adversarios antiguos; pero lo que la comun desgracia habia derrocado tenia que reconstruirlo la desconfianza comun. El número fué *Deus ex machina*, la cantidad engendró la calidad, y ufana y orgullosa de su anterior potencia, largo tiempo ha de durar la tutela de todos sobre el hijo que todos engendraron. Este será periodo de vulgo, que vulgo es la desconfianza, erigida en sistema, y no otra cosa impele á los que están por diversos empujes combatidos. Entre tanto, solo una forma artística estravagante ó la conveniencia de los más darán triunfo pasajero á todo aquello que en artes, ciencias ó gobierno se elabore.

Quisiera engañarme; pero hablo con entera conviccion. No ha mucho se publicaron las escelentes obras del malogrado Becquer. Leed las colecciones de los periódicos. Pocas plumas se han deslizado sobre el papel en su alabanza ó censura, y aquel conjunto de sublimes creaciones ó delicadísimos detalles pasa desapercibido ante la grosera mirada del vulgo. ¿Qué escritos han acogido los admirables poemas de Campoamor? ¿Cuáles las poesías del autor de este libro? Algun saludo amigable, apoyo más bien á la especulacion industrial que reflejo de atencion literaria, es todo el triunfo que puede prometerse el autor del mejor libro en estos prosáicos dias. ¿Significa tal cosa que estas obras no se lean? No por cierto. Hay quien las lee, hay quienes las aprenden de memoria; pero escribir sobre ellas, manifestar pública admiracion, declarar que se ha dejado uno dominar por algo... ¿A qué conduce eso? ¿Qué ventajas trae? ¿Por qué aumentar un apiedra al

pedestal sobre que ha de colocarse un individuo, á quien mañana quizás convenga no ver tan elevado? En las épocas en que reina el vulgo la humanidad se parece á los líquidos por su fluida tendencia al nivel constante. Si elige un jefe, si aplaude un concepto, si compra un libro, es por hallar representada en ellos su propia vulgaridad. En semejantes momentos el génio solo se eleva sobre la multitud, tiranizándola como Napoleon, engañándola como Sixto V, ó esperando en el reposo del retiro ó de la tumba á que tiempos mejores le hagan completa justicia.

Una cosa es popularidad y otra vulgaridad. Ser amado de las multitudes no es ir envuelto entre ellas. Popular fué Moratin, y Comellas fué vulgar. Más tuvo que luchar Washington para no dejarse arrastrar por el vulgo, que para conquistar su gloria inmarcesible, y en tales momentos es cuando debe apreciar el hombre recto, en todo lo que vale, la fortaleza de los que se resisten á exigencias del momento, prestando fidelidad á los eternos principios de lo bueno y de lo bello.

No dejarse, pues, dominar por el vulgo, ni por huir de él separarse de la verdad para dar en la extravagancia, es el punto matemático, el fiel justo é infranqueable donde debe desarrollarse el espíritu. Quien logra conseguir empresa tan difícil ha hecho una gran cosa; pero el que lo ejecuta en España, donde solo su propia conciencia le avisa que ha obrado bien, es un héroe.

Al número de estos, y no me ciega el cariño, pertenece el autor de este libro, D. Pedro Antonio de Alarcon.



## II.

COSAS QUE FUERON titula su libro, y á la lectura de tan sencillo lema ya se conoce que habla un artista. ¡*Lacrimæ rerum!* esclamaba Virgilio en su hermosísimo idioma para dar idea de ese mundo de melancolías en que se cierce el espíritu, recordando tiempos que huyeron, á presencia de los mudos objetos que fueron testigos de risueños planes y de engañadoras alegrías. COSAS QUE FUERON, es decir esperanzas convertidas en realidades, reflejos de aquella época que fué la juventud del autor, la mia, la de todos los que hoy van encaneciendo; sueños que, gracias al milagro de la imprenta y á la fantasía del narrador, jamás perderán su mágia; muertos que vivirán siempre; artistas que conquistaran inestinguibles aplausos; sucesos idos que no pasarán nunca; retratos que no se borrarán jamás; frases, suspiros, notas, líneas, países, aventuras, galanteos, puerilidades, llantos, risas, profecías, historias, toda un alma rica de ilusiones y de observacion, de gloria y de sentimientos; toda una coleccion de años encerrados en un libro, siempre frescos y coloreados con su vigor primitivo, á la manera que el trasparente y bruñado cristal encierra en corto espacio olorosas y puras las mil flores, cuyos gérmenes esparcidos por el estenso llano, nacieron al beso del ardiente sol en un dia de primavera.

COSAS QUE FUERON, es decir, cosas que serán siem-



pre, pues como dice Augusto Ferrán en sus cantares:

No otra cosa es un recuerdo  
que una esperanza perdida.

Este es el libro á que he de poner prólogo, condenado á perpétuo encierro, ante la continuada expectacion del público, entre un título que lleva en sí mil promesas y una coleccion de trabajos que son la ejecutoria brillante de uno de los escritores más personales, más distinguidos y más espontáneos que honran nuestra moderna literatura. No sé qué mala pasada habré jugado á Alarcon, siendo niños; ignoro si querrá vengarse de algun artículo político mio, siendo hombres, ó si intentará desacreditarme para burlarse de mí, siendo viejos; pero es el caso que escribiendo estoy y aun vacilo; pues para honra mia es mucho y para mi autoridad poco, ser yo precisamente designado por él para abrir las puertas del edificio de su ingénio. ¡Quizás no teniendo otra cosa que darme en premio del afecto que le profeso, quiera regalarme un pedazo de su fama, encadenándome á sus escritos! ¡Si esto es así, sea! Ya que no pude edificar el templo de Efeso, lo destruiré. Ya que no puedo publicar un libro como este, emborronarélo.

### III.

Los artículos que contiene esta obra no fueron escritos con la prevision de verlos nunca juntos. Como si fueran pedazos de las entrañas de un internacionalista, cada uno es hijo de una casuali-

dad, y todos fueron publicados en tal ó cual periódico, á medida que el autor los iba escribiendo, no enjuta muchas veces la tinta del original, cuando ya estaban impresos y eran del dominio público. En cualquier país rico ó no indiferente hubiera bastado la favorable acogida que obtuvieron, sus repetidas inserciones en otros periódicos, y el ingenio y originalidad que revelaban para que algun editor hubiera tratado, en aras de su propio interés, de convertir al periodista en base de su fortuna, al propio tiempo que formaba la suya. Pero si Fortuny, Rico, Zamacois y otros pintores han encontrado en el extranjero un Coupil para sus cuadros, aún no han florecido para los escritores de España los Levy, Dentu y demás inteligentes libreros de vecinas y de luengas tierras, á pesar de ser el habla de Cervantes la más estendida por ambos hemisférios, gracias al esfuerzo de nuestros valerosos é intrépidos progenitores. Trasformado en editor de novelas de á dos cuartos la entrega, prosigue aún su intrépido camino á través del populoso vulgo el antiguo publicador de romances de ciego, viniendo á sustituir á esta literatura en verso, su digna hermana, la que aseguraba hace poco *que siendo de noche, sin embargo llovía*, y otros milagros por el estilo. Todavía no ha entrado el público español por eso de comprar un libro de un tirón, aunque debo decir, en honor á la verdad, que de cada vez se va operando un saludable trastorno en nuestras rancias y poco civilizadas costumbres, pues las gentes vanse convenciendo de que más vale comprar un libro bueno por un duro, que no ir realito á realito, como quien lo da

con miedo, depositando 80 rs. en manos de un editor por otras tantas entregas, llenas de más dislates que trazos de buril contiene la madera de los grabados. Gracias á este pordioserismo de la industria librera, solo el periódico es el punto donde de cuando en cuando, y si lo permiten los extractos del Congreso ó del Senado, las noticias del extranjero, de las provincias y de la capital, los anuncios, la bolsa y algun que otro comunicado, de esos que se pagan bien, es permitido hacer pinitos literarios á algun escritor de buen gusto, con cuyos trabajos tendria en Francia, Inglaterra ó Alemania lo bastante para ser solicitado de editores por todo el resto de su vida, mientras el limon tuviera jugo, y este produjera con el laboreo de la industria sendos capitales para el productor y el industrial.

Escribiendo artículos, pues, ha trascurrido su vida el Sr. Alarcon; por consiguiente, puede figurarse el público si serán innumerables. Aparte los políticos, que formarán acaso otro tomo, ha prescindido de centenares de revistas de Madrid, de críticas de teatros, de intereses del momento, de polémica, etcétera, etc., donde, como Bukimgham dejaba caer perlas á su paso, él tiene desparramadas, entre un estilo siempre bello y fácil, profundas observaciones, peregrinas ocurrencias ó genialidades tan propias y esclusivas, como encantadoras y felices.

Colecciónanse únicamente aquí los artículos que tienen algo genérico, los que retratan costumbres, los didácticos ó los que son literarios por sí mismos.

Para poder apreciarlos en todo lo que valen como estilo, basta leerlos; mas para hacerse cargo de las

facultades intelectuales de su autor, unidas á la claridad del juicio ó á la intuicion del génio, preciso es retrotraer la imaginacion á la época en que se escribieron.

Hace quince años España continuaba siendo el mismo territorio que hacia esclamar á Espronceda:

¡Cuán solitaria la nacion que un día  
poblara inmensa gente:  
la nacion cuyo imperio se estendia  
del Ocaso al Oriente!

Víctima del egoismo europeo despues de haber herido en medio del corazon al tirano que oprimia el continente, y desangrada en la guerra civil, su política exterior era nula, su industria exígua, sus vias de comunicacion vergonzosos anacronismos, y la voz de sus cañones, que habian atronado al mundo lo mismo en su apogeo que en su agonía, no habia vuelto á resonar desde muchos años. La marina, que iba renaciendo, estaba vírgen y deseaba para probar sus bríos las cuestiones, que luego llegaron, de Africa, América y Occeanía. No habia renacido la pintura española, Madrid se moria de sed, las zarzuelas levantábanse prepotentes y pretenciosas, el francés era fiel contraste de los héroes de salones, no se sospechaba la caída de una monarquía y de un imperio, el poder temporal sosteníase firme y enhiesto, la Internacional era una profecía horrible, un fantasma del miedo, y los gérmenes de la disolucion social que hemos visto y que el autor señalaba, no eran, ni mucho menos, datos seguros para raciocinar con acierto, en medio del desaliento



y de la desesperacion que mudos reinaban en las almas.

Era preciso hallarse dotado de gran fé en el arte, de escepcional inteligencia y de una perspicuidad de juicio admirable para escribir entónces esto que vá á leerse coleccionado, sin que ninguno de los sucesos ocurridos sea mentís inexorable de las fantasías del escritor.

Todo lo que este deseaba ó temia se ha verificado ya. La modesta línea, cuya inauguracion describia en el artículo *De Alicante á Valencia*, es una red de ferro-carriles, y los doce años de silencio que median entre las profecías del autor y la publicacion de este libro, son el cable submarino, el Istmo de Suez roto, la perforacion del Mont-Cénis, la caida de Francia, la formacion de Italia y de Alemania, la gloria del Callao, la revolucion de España, todo, en fin, lo que antes era un siglo. Véase, además, en estos artículos el tédio del soltero, su ardiente afan de descifrar un porvenir que hoy (digna recompensa á tantas penalidades) es una casa tranquila, una mujer hermosa, pura y buena y una familia encantadora. En su estilo bullen la agitacion de un hijo del siglo XIX, la tristeza de un español que no sabe de qué ufanarse, la angustia de un corazon afectuoso que llora sobre todo lo que desaparece; que en *La Noche-Buena* clama por el hogar; en *Las ferias de Madrid* se revuelve contra esta vida de hotel que vamos adoptando, gimiendo sobre los muebles profanados ó las reliquias santas, vendidas al peso, y en el *Mapa poético de España* conduélese, viendo desaparecer los varios caractéres, trajes y costum-

bres de las provincias. La cualidad que más revela el autor en este libro, formado, como las diversas capas geológicas de la tierra, por diversas influencias é impresiones, es su idoneidad para todos los géneros de literatura.

Si queréis ver un crítico, mas libre de la tutela de los preceptistas que el eminente Larra, leed los artículos sobre *Fanny*, *Edgar Poe*, *Los Pobres de Madrid*, *La desvergüenza*, *Las zarzuelas*. En ellos, más que con el cartabon y la escuadra de los preceptos, hácese la crítica depurando en un crisol filosófico la esencia moral y social de las cosas.

Si quereis deleitaros con un espiritualismo lúcido y con un ascetismo inteligente, los vereis relucir en su *Carta á Castelar*, en *De Villahermosa á la China* y en el *Año nuevo*.

Los artículos *Bellas Artes*, *La Ristori*, y el viaje *De Alicante á Valencia* son la ejecutoria de un artista.

Como escritor analítico, son muestras de admirable observacion y claridad de percepciones *El pañuelo*, *La fea*, *autopsia*, *A una máscara*, *Cartas á mis muertos*, etc.

Como estilista sin rival, como personalidad sin parecido en el terreno de las letras, donde brilla la figura de Alarcon con luz propia y bellísima, sirven de ejemplos constantes *Las ferias*, *El pañuelo*, los trozos del *Diario de un madrileño* y de las *Visitas á la marquesa*, donde hay diálogos, descripciones y discursos que bastan por sí solos á hacer este libro una joya más de nuestra literatura y un digno modelo para los que se dediquen en España á esta

forma tan difícil y compleja, tan sin reglas y sin criterio, como que responde á la manera pública que tienen de manifestarse cosas tan difíciles de manosear, como el hogar doméstico, la fiesta de familia, la aventura galante, y todo ese mundo de acciones individuales, que por medio de la imprenta periódica, tienen su crítica constante en las columnas de los periódicos.

## IV.

Clasificados ya por géneros los diferentes artículos que esta obra contiene, preciso se hace que justifiquemos nuestras alabanzas, ocupándonos de la importancia del escritor y sometiendo al análisis el conjunto de sus inspiraciones para deducir el carácter general que en ellos se revela, la resultante, por decirlo así, que producen fuerzas á tan opuestos fines dirigidas, y encontrar la unidad literaria y progresiva que dé justo título al Sr. Alarcon para figurar entre nuestros primeros escritores.

Así como el término de todos nuestros juicios son ideas absolutas, así todas nuestras acciones, por diversas y complejas que hayan sido, deben contener un fin único, invariable; y si tal cosa no se ha realizado, puede decirse del individuo que no ha vivido ó que ha derrochado su vida y dejado evaporar su espíritu entre la duda y la impotencia. Las ideas sin forma son delirios, las formas sin ideas son mecanismos del instinto animal. Arte, sin independencia, sin libertad, sin progreso, es cadáver embalsamado, marioneta, cuyos movimientos compasados

y rígidos dejan traslucir lo inerte de la materia. Cuando toda la idea que del arte se tiene es prestar culto ciego á una forma antigua, el arte muere entre el ridículo de sus propias hechuras; porque lo plástico, lo material no es más que el ropaje y atavío exterior de la idea, y mal puede ésta, nueva, variable y progresiva, contenerse y adaptarse á moldes únicos y constantes. Pero así como en el progreso del cuerpo humano se llega á la pubertad conservando todo lo integrante del niño, así en las nuevas formas que la idea se busca para manifestarse clara y artísticamente, no hay que renegar de lo ya conquistado y poseído. Progresar no es destruir, sino continuar la perfeccion de una forma y de una idea anteriores, y esta nocion tan clara y sencilla es la desesperacion de los soberbios y la difícil facilidad que sorprende á todas las multitudes.

La prosa española, á cuya formacion contribuyeron afluentes tan ricos, fué poco á poco mostrándose con un carácter peculiar y propio; pero detenida en mitad de su progreso por causas estrañas, tuvo que dedicarse á asuntos esencialmente casuísticos ó ascéticos, ó á la representacion exacta de lo material y de costumbres rebajadas y groseras. Mientras tanto, la Europa continuaba su marcha, y España, que habia estado á su cabeza, fué poco á poco quedándose más distante en el camino del progreso. Costumbres más francas, atrevimientos felices, asociaciones más cultas, investigaciones más profundas, especulaciones ménos temerosas de la Inquisicion ó del depotismo, osadías científicas iban de-



positando en lenguas estrañas palabras y giros que no se implantaban al mismo tiempo en nuestro idioma. Este se hizo estravagante, despues vulgar, luego rígido y severo con los preceptistas, ó libre y desenfrenado con la licencia, pero nunca natural, como el de Cervantes, ni conciso y claro como el de Melo y fray Luis de Granada, con el natural progreso de tiempos é ideas modernas y distintas.

Tras de Moratin vino Larra, cuya educacion en el extranjero, su estudio de nuestros escritores y su génio propio marcaron en inmortales obras un nuevo progreso para el habla de Cervantes, en que por primera vez se pensaba libremente y se espresaba el resultado del pensar bajo la garantía del derecho del hombre.

La prensa periódica, al mismo tiempo que con la grosería del obrero señalaba por medio de giros estraños la falta de costumbre en el lenguaje para decir ciertas cosas, indicaba, sin embargo, al hablista culto una necesidad que era preciso satisfacer, dentro del carácter genérico y tradicional del idioma, y sometida la lengua á esta revolucion diaria, si se corrompia por un lado con el uso de estraños giros, ganaba por otro con el culto que se rendia á la verdad y á lo gráfico de la espresion, sacrificando, si se quiere, tradicionales fórmulas y conceptuosas y pueriles sentencias, perífrases y regímenes que están reñidos con la ideología universal.

Además, seria en muchos casos difícil, si no imposible, decir cuándo entre idiomas del mismo origen etimológico y gramatical es estraña en el uno

la irrupcion del otro, ó cuándo se verificó esta, habiendo estado recíprocamente sometidos entre sí á influencias poderosas.

Palabras y giros hay en francés y en italiano que son españolicismos en dichos idiomas, al paso que arcaismos en el nuestro, y lo mismo puede decirse en contrario sentido.

Así comó las personas se diferencian, no por las partes de que están compuestas, sino por la fisonomía general, así, á mi modo de ver, los idiomas congénitos se distinguen por su sintáxis y su prosodia, más que por su etimología. Conste, pues, que es arriesgado tildar de galicismo el uso de una palabra, que por no existir ó por haber caído en desuso, deja de representar una idea de necesaria emision, al referir un concepto.

Con lo espuesto basta para deducir que, así como España necesitaba unirse por su política y por sus costumbres al ideal de la civilizacion de que habia estado separada, hacia falta al idioma esa libertad de accion, esa *moralidad*, esa honradez con que la forma debe servir á la idea, no como esclava sumisa ni como señora imperante, sino como hermana dulce y bondadosa compañera.

A poco que se examinen los escritos de Alarcon vése en ellos una genialidad propia, una felicidad de espresion, una tan natural y suave manera de ir sirviendo con el lenguaje á las ideas más espirituales ó á las transiciones más bruscas, que, aparte de lo que se dice en ellos, sus artículos vivirán siempre, como una nueva eminencia que señala moderno adelanto en el idioma. No conocemos escritor

compatriota que disponga de una forma más ductil y exacta para espresar de pronto y con rapidez pensamientos más distintos. Si la pereza del trabajo material no se apoderase de nuestra mano, citaríamos en monton trozos de riquísima prosa, en que con la rapidez del relámpago pasa una idea brillante, una observacion cáustica, un gemido seco, una alegría infantil, sobre el tranquilo reposo de un período, ajeno á tales sensaciones por el objeto que describe ó el sentimiento que analiza.

Son, pues, estos trabajos, no solo museo esquisito de *cosas que fueron*, sino espresion exacta del modo mejor de escribir, más artístico y más en consonancia con su tiempo y con la prosa castellana en mitad del siglo XIX: si defectos tienen son los de su época, como sus bellezas y sus giros. Habrá escritores más correctos que Alarcon, pero no más contemporáneos; que si mérito tiene hoy quien esculpa una estatua de Júpiter Olímpico, no le vá en zaga el escultor que logre representar fielmente la grandeza de un Washington, de un Nelson ó de un Cavour.

Si se me tacha de exagerado, responderé con Chanford: «Acúsaseme de alabar á mis amigos; »¡como si antes de ser amigos míos no se hubieran conquistado mi amistad con esas mismas cualidades que en ellos alabo, y que no conocia!»

Lo que sí puedo asegurar, sin temor á que la experiencia me haga arrepentir, es que el lector puede abrir este libro por cualquiera de sus páginas, sin miedo á hallar una vulgaridad de pensamiento ó una groseria de estilo.

Al frente de la obra del Sr. Alarcon podria estamparse el siguiente verso de Horacio, tan de comun aplicacion en la época presente

*¡Odi profanum vulgus et arceo!*

si en ella no figurase, á guisa de protuberancia escrita, este baladí prólogo mio.

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

---



---

## LA NOCHE BUENA DEL POETA.

---

«En un rincón hermoso  
de Andalucía  
hay un valle risueño...  
¡Dios lo bendiga!  
Que en ese valle  
tengo amigos, amores,  
hermanos, padres.»  
(De *El Látigo*.)

### I.

Hace muchos años —¡cómo que yo tenía siete!— que al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marias al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos mas pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día del de Re-

yes, aquella primera aventura, aquella primera disipacion de mi vida.

## II.

Eran ya *las Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra-Nevada!

¡Aun me parece veros, padres y hermanos! — Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y, entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y á todos debia calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pié y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañon de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que habia fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conoceis la cancion de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho de Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las cr'adas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena  
y mañana Navidad;  
saca la bota, María,  
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindás circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la misa del Gallo á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,  
la Noche-buena se vá,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos mas.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y ero que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un raptó de intuición impropia de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué un anuncio de los inefables tédios de la poesía, fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que

la retaguardia no habia acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componian un siglo! ¡Y todos los siglos habrian sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran despues!...

La Noche-buena se viene,  
La Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos  
y no volveremos mas!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacia desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noches-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habian cenado juntas y que ya no existian; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento: la infancia de mis padres, la primera Noche-buena de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron tambien ante mis ojos, mil *Noches-buenas* más, que vendrian periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes;—mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros pa-



dres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Al cabo debí de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversacion la misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

### III.

¿Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos.

Aquel arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noches-buenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada ménos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su ámplia independencía, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted!!!*

¡Oh! cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío me por fuera, y hasta lanzo una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

#### IV.

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Noche-buena,  
y no es noche de dormir;  
que está la Virgen de parto  
y á las doce ha de parir.

¿Dónde pasaré la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de diciembre de 1855—en Madrid.

Conocemos por sus nombres á los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos,—semi-dioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan la mano entre bastidores.

Penetramos en la redaccion de los periódicos y estamos iniciados en la alquimia que los produce.

Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambicion de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es pais conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que al crepúsculo de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacais á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la córte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborreceis vuestro pueblo, y no hablais con vuestros padres, y llorais de ambicion, y pensais en suicidaros... vosotros... ¡prevented de envidia como yo reviento de placer!

## V.

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

«¡La noche es de vino!» esclamaban hace poco.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar Rojo de la juventud.

«La noche es de lágrimas» les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los honrados madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer,—¡porque ya no cenamos!...— Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colacion de *Noche-buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la religion que me enseñaron cuando niño!

## VI.

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la córte una poblacion flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambicion, ó los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonorada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.



El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inútil por un empleo.

Y el sábio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el mónstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatan y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algun tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prision, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa.

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

## VII.

La *casa*, aquella mansion tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra.

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando ménos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos.

En Madrid, se muda de casa todos los meses, ó cuando ménos, todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida... conserva nuestras huellas...

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bi-siestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio; el yerboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitacion donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos... y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de África, á criar una nueva prole...

En Madrid, se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra

sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno,—en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos-pródigos, han vuelto al seno de su familia? —¿Y ese hogar?... decidme... ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol y hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquilaria en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡Hé aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

### VIII.

He pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

La Noche-buena se viene,  
la Noche-buena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos mas.

—Hé ahí, me he dicho, una casa, un hogar, una alegría, un amor, una sopa de almendra y un besugo que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que lle-

vaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado manton, y otro mas grande, cogido de la mano. Ambos lloraban, y la madre tambien.

## IX.

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento!

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por la primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid, lucha en que sacrifica á una vana ambicion tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suelos*, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria *zurcir hoy artículos de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

Hallo tantas espinas  
en mi jornada,  
que el corazon me duele,  
me duele el alma!...

¡He aquí mi *Noche-Buena* del presente, mi *Noche-Buena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista á las *Noches-Buenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime al viento en el ca-



ñon de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: «¡tal año estaba aquí!»: á otros: «¿dónde estará ahora?...»

¡Ay! ¡no puedo mas! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo... Pero ¡ay otra vez y ay cien mil veces! yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hácia adelante y que me dice: «¡tú serás!» ¡Voz de maldicion que estoy oyendo desde que yacia en la cuna!!

¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos,  
y no volveremos mas.

¡Ah! yo no quieroirme: yo quiero volver: inmolodemasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

.....

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

La Noche-buena se viene...

¡Ah! ¡sí! ¡Vendrán otras *Noches-Buenas*! me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Noches-Buenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se habia calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tran-

quila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos séres estraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparicion, aquellos séres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! en vano quise reconocer á la esposa que compartia allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La Noche-Buena se va...

Y me quedé dormido... quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Noche-Buena*.

Era el primer día de Pascua.

---

## LAS FERIAS DE MADRID.

---

*Sunt lachrimæ rerum.*

(VIRGILIO.)

### I.

No creais que es un *artículo de costumbres*, á la manera de los discretísimos y famosos de nuestro *Curioso Parlante*, lo que nos proponemos escribir hoy. Ni nosotros tendríamos fuerzas para tanto, ni, teniéndolas, incurriríamos en semejante anacronismo. Y decimos esto, porque los artículos de costumbres no están ya de moda...—¡Cómo han de estarlo (reparad en esta horrible observacion) *si no se estilan ya las costumbres!!!*... ¡Las costumbres, que son, ó que *eran*, el alma de la vida y la vida toda de la sociedad!

Proponémonos aquí únicamente sacar una especie de fotografía de las *Férias de Madrid* (este año que, faltando también á su *costumbre* inveterada, se han trasladado de la calle de Alcalá al paseo de Atocha) y consignar algunas reflexiones melancólicas por las cuales hemos venido á deducir que, si de la moderna sociedad van desapareciendo las *costumbres*, no acontece lo propio con los *vicios*.

Manos, pues, á la obra.

## II.

Como caen de los árboles las hojas secas para abonar la tierra con su pálido ropaje y cooperar al florecimiento de otra primavera futura, así las mercancías de las *Férias* se desprenden todos los otoños de las buhardillas y hasta de los cuartos principales de la corte (impelidas por aquel mismo viento de la *cuida de la pámpana*, que arranca á los tísicos de sus alcobas y se los lleva al Campo-santo), y se convierten en tétricos mueblajes para casas de huéspedes ó en ajuares de media tijera para matrimonios nuevos. — Tal es la ley universal de lo creado.

Nosotros hemos visto (y perdonadnos tan temprana digresion) hacer la testamentaria de un soltero, menor de treinta años, mantenedor *de la buena causa* en el Prado y en los salones, muy distante de su familia y de su aldea, y muerto repentinamente de una pulmonía al salir de un baile de máscaras.

Era una mañana de invierno, y, á la pálida luz de un día de nieve, manos profanas revolvían pañuelos bordados, cuellos de casa de Dubost, guardapelos, cartas de distintas letras, guantes, algunos napoleones y cuatro ó cinco retratos, uno de ellos conocido,—lo que costó la honra á una mujer;—los demás de buenas gentes de provincia,—quizá padres y hermanos,—y uno, en fin, del difunto, sacado cuando era niño y dirigía sus pasos al templo de Minerva.

Flores marchitas, fechas misteriosas, nombres adorados, reliquias venerandas, el libro predilecto, el afeite malicioso, el *pagaré* que le quitaba el sueño algunas noches, los versos que se empeñó en hacer y no supo; todo pasó ante nuestros ojos como capítulos



sueltos de varias novelas, ó como números atrasados de un periódico.

Diríase que íbamos descubriendo con un escalpelo, fibra por fibra, todos los senos de un corazon todavía caliente. Uno rompía lo peligroso, otro apartaba lo útil; esto se destinaba á la familia; aquello á la sola, á la triste, á la desconsolada amante; el dinero se dió á la parroquia para el entierro, y se convirtió al dia siguiente en pan, legumbres y chocolate; la ropa fué á la aldea en busca del hermano menor, á quien con el tiempo le valió una conquista; tal pariente deseó un libro, tal amigo una *acuarela*, fulano la petaca, mengano la pluma y el sello... Y se lloró, se habló, se rió, se terminó el acto, se enterró al jóven (que nada sabia de lo que pasaba), y llegó la primavera al poco tiempo, y la naturaleza no se dió por entendida de la muerte de nuestro amigo.....

Hemos engastado esta escena en el presente artículo (como Meyerbeer intercala en una pieza musical *motivos* pertenecientes á otra), á fin de dar á nuestro cuadro el aire melancólico que conviene á un retrato de las *Férias de Madrid*.—Es un *ritornello* fúnebre que armoniza perfectamente con el asunto, y que predispone el ánimo á la piedad y á la meditac'on.

Conque prosigamos.

Ni los puestos de frutas que cámbian de domicilio en estos dias, ni las tiendas de juguetes que se salen al arroyo, ni las muchísimas niñas en estado de merecer que circulan de acá para allá, son suficientes á quitar al mortuorio mercado del otoño madrileño su aspecto repugnante y desconsolador.

Quédanse para otros pueblos las *férias* animadas y bulliciosas en que, como en los tiempos primitivos, acuden de lejas tierras caravanas de mercaderes, con

grandes ejércitos de ganado lanar, asnar, caballar, mular, de cerda, vacuno y cabrío; en que se hacen grandes transacciones, compras, ventas, cámbios, dando lugar á cuantiosas emigraciones é inmigraciones de reses; en que se ven tantos bailes como campamentos y mostradores, tantos cuadros de costumbres como familias de mercaderes, tantas comilonas como tratos cerrados; en que el uno acude con la serrana de negros ojos y terciado pañolon, el otro con la yegua vistosamente enjaezada, todos de lujo y de fiesta, todos con un cinto lleno de oro, dispuestos á beber y á reñir, á jugar y á dejar sin corazon á una docena de mujeres: quédanse, sí, para otros pueblos las fériás en que se vende lo nuevo, lo exótico, lo desconocido en todo el año, con lo fastuoso, lo supérfluo, lo útil y lo imprescindible; la yunta, el caballo de regalo, el cerdo para la *matanza*, la vajilla, la ropa de invierno, el abrigo de la cama, los cuadros del estrado, los pendientes, el collar, la sortija, los cubiertos de plata: fériás deseadas, temidas, festejadas, memorables, que hacen época en la vida, que marcan el plazo de los casamientos, que terminan el ajuste de los criados, que señalan, por último, el fin de los dias de huelga, alegría y reposo que siguen á la cosecha, y el principio del recogimiento, del trabajo, de la vida nueva, del *arreglo de las casas*, de los cuarteles de invierno, para decirlo de una vez.

Las *Fériás* de Madrid son todo lo contrario. ¡Doquiera que se vuelven los ojos no se vé sino tristeza, miseria, dolor, profanaciones, olvido!

Prescindiremos del contingente que las *Américas*, ó sea el *Rastro*, suministran á esa pavorosa esposicion... Pasaremos con los ojos cerrados y las narices tapadas por delante de los puestos en que se hallan á la venta la ropa lavada de los hospitales, la ropa ven-

dida del jugador, la ropa confiscada del ahorcado y la ropa ensangrentada del suicida que no llegó á ser *identificado*... Entre esos puestos hay algunos que pueden compararse á la cesta de un trapero, á un monton de mugre, á un tiesto de basura: en ellos se ven mezclados el ojo de una tigera, media cruz de Isabel la Católica, la mitad del tapon de una botella, unas *hilas que han servido*, el faldon de un frac, el ala de un sombrero, la muleta de un cojo que murió, el mango de un cuchillo, el mástil de una guitarra, el tacon de una bota, una caja sin fondo, tres hojas de un libro, la pasta de otro, un pedazo de entorchado de general, un zapato viudo, un guante soltero... todo ello súcio, oxidado, agujereado, deshilachado, y apestando además por el ósculo de la muerte!

Apresurémonos, sí, á dejar esos nauseabundos puestos á nuestra espalda, y fijemos la atencion en otras *tiendas* donde se venden objetos mas importantes, mas limpios y mas cuidados, objetos servibles, en fin, aunque *servidos*, y ellos nos harán experimentar la honda tristeza inherente al inventario de la gran testamentaria que la muerte ó la pobreza sacan en Madrid á pública subasta durante el equinocio de setiembre,—cabalmente en los mismos dias en que el Oceano, fustigado por el *Cordon de San Francisco*, arroja sobre las arenas de sus playas los restos de los buques náufragos.

Mirad. — Las bibliotecas reunidas con mil afanes por el hombre estudioso; los libros con dedicatoria; los retratos de familia; los muebles consagrados por el uso; el medallon que ya fué tumba; el abanico que agitó la vírgen; el reclinatorio en que rezó la desposada la noche de novios; el baston de alcalde tan respetado y temido en tal ó cual alboroto; la charretera que saludaron tantos soldados; el sable

que acometió tan altas empresas; el sofá que oyó una conversacion de amores; el pupitre sobre que se escribió una grande obra; el caballete en que estuvo colgado un renombrado lienzo; el anillo nupcial; lo que legó un moribundo á un vivo; lo que un vivo consagró á un muerto; la pistola que empleó el suicida; lo querido, lo venerado, lo íntimo, lo consuetudinario, lo familiar; lo que se regó con llanto, lo que se tiñó con sangre, lo que calentó nuestro cuerpo, lo que se empapó con el sudor de nuestra frente; nuestro pasado, nuestra historia, nuestro ser, *nosotros mismos en venta...* Esa es la Feria de Madrid.

De aquí proviene que, cuando recorremos los puestos de la Feria, nos parece que visitamos un cementerio y que cada objeto es una tumba; ó que hemos dado con nuestros huesos en el Valle de Josaphat y asistimos á la gran cita de los pecadores, en que cada uno debe presentarse con su historia á la espalda, descalzo de pié y pierna, y no sabiendo quién lo rematará á su favor, si Dios para adornar su gloria ó el diablo para *ilustrar* su infierno.

¡Ah! si! La Feria de esta Villa y Córte pudiera llamarse *la Resurreccion de los muebles*.

Durante ella, y para los que tenemos algo de sexto sentido, esos muebles, arrumbados durante todo el año, se animan, gesticulan y hablan, oyéndose de resultas apóstrofes sangrientos y horrorosos sarcasmos y verdades como puños.

El catre de tijera que sale al encuentro del ministro, le dice irónicamente:

—¿Me conoces? Yo te dormí en mi regazo mucho tiempo... ¿Por qué me abandonaste?

La prenda empeñada y no redimida acusa de ingrato al calavera á quien sacó de un apuro y del que no mereció luego igual merced...



El uniforme de miliciano de 1836 se rie al ver pasar al neo-católico de 1857.

Las sillas de Vitoria que asistieron á la boda de un banquero cuando era aguador hablan pestes de las butacas en que se sienta ahora. El becerro de oro finge no conocerlas y aprieta el paso. Y las sillas de Vitoria se quedan diciendo, como si lo oyera:

—Anda... anda... ¡La verdad es que ahora no eres tan feliz como cuando te sentabas en nuestras rodillas!

La pobre arca vieja que guardó antaño todos los secretos y miserias del actual aristócrata improvisado, se queja amargamente del abandono en que la dejó, y al verlo cruzar en busca de un libro de heráldica, le sopla al oído estas palabras aterradoras:

—¡Que lo digo!

Aquí un espejo reconoce á su dueña primitiva, que ya es vieja y fea, y le dice con ferocidad:

—¡Ya me quisieras ahora, infame! Yo te encontré siempre pura y hermosa; pero tú me abandonaste por otros espejos mas dorados, que marchitaron tu pureza y hermosura... —Hoy te desprecio y me horrorizo de mirarte.

Allí una cama de matrimonio se cuadra delante de un caballero que lleva del brazo á una señora, y le pregunta por su primera esposa, á quien juró no olvidar.

En un lado dá voces un palanganero de pino, diciendo:

—Aquel es mi amo. Yo le hacia la *toilette* cuando era escribiente... ¡Desde el dia que me dejó, no ha vuelto á cantar al tiempo de lavarse!

En otro las cómodas descerrajadas tiran de la levita á los ladrones desconocidos.

La palmatoria que presencié los ensueños del poe-

ta le hace guiños, como trayéndole á la memoria los instintos sublimes de su adolescencia... Pero el poeta es diputado á Córtes y pasa de largo.

Alfombras, cuadros, tinteros, cepillos, tenazas, confidentes, lavabos, atriles, armarios, baules... todos saben algo, todos reconocen á alguna persona, todos representan una ingratitud, una injusticia, una decepcion, una desgracia, un escándalo, una ruina!—¡Y todos dicen muy principalmente aquella gran verdad de que Madrid es una casa de huéspedes, donde no hay familia, ni hogar, ni casa, ni recuerdos, ni veneracion, ni tradicion, ni costumbres, ni *religion*... en el sentido lato de la palabra.

¡Oh, jóvenes reciénllegados á la Córte! tratad superficialmente á vuestros muebles,—yo os lo aconsejo:—no tomeis cariño ni á vuestra cama, ni á vuestro sillón, ni á vuestro escritorio: no intimeiis con el sofá ni con las sillas: no conteis vuestros pesares al espejo: no selleis con vuestra sangre ningún bronce: no derrameis lágrimas sobre ningún mármol: no ameis nada en Madrid! ¡nada!! (entiéndase siempre que hablo de objetos inanimados): saludad á la ligera el *portiere* y la cortina: tocad con el filo de los labios la taza en que tomáis el té y el vaso en que bebeis el agua; mirad con la misma indiferencia la chimenea que os *conforta* y el baño que os refresca; no depositéis vuestra confianza ni en la carpeta en que escribís, ni en la caja de palo santo donde enterráis la ceniza que se os va cayendo del corazón...

¡Sed finos y corteses (¡y nada mas!) con el estuco y el cerezo, el hierro y el oro, el alcornoque y el cristal, ó temed, si les tomáis cariño, encontrarlos de venta en las ferias del año venidero!!!

---

# EL PAÑUELO.

---

## CUADRO DE BATISTA.

### I.

Hay una nacion en Europa, que lo hace y lo dice *todo*; prueba evidente de que no siente *nada*.

Presume sin embargo de sensible; pero no dá un paso en la senda de su historia sin descubrir el horrible vacio de su alma.

Ella ha inventado la familia universal y la guillotina, los cosméticos y la *Diosa Razon*, los seres malcomprendidos y las naturalezas de *élite*.

Inició el sacrílego comercio, que ya trascendió hasta nosotros, de las *mortajitas para niños*, y vende *dolor hecho* en las avenidas del cementerio del *Pere Lachaise*. Allí encontrareis epitafios de padres á hijos y de esposas á esposos, á cinco francos el lamento! Cuando perdais un pedazo de vuestro corazon, ya no tendreis que llorarlo, sino que ireis á aquellos almacenes de sensibilidad y direis al mercader de lágrimas:—Déme usted una corona de ¡*Madre mía!* ó una lápida de ¡*Murió á los quince años!*

Esa misma nacion envenenó el mundo con su ateismo y cree hoy que Mr. Hume tiene *los malos* dentro del cuerpo; incendió la sociedad con sus teorías republicanas, y rindió culto al sable de un dictador: plagó la literatura de amores platónicos, de seres ideales, de mártires de la pasión, y arrancaba al mismo tiempo las plumas de las alas de Cupido y las vendia por mazos en los escritorios para dotar con su importe á las sacerdotisas de Mercurio: predicó la paz evangélica y las escelencias de la palabra, y llevó en seguida el fuego y el hierro donde quiera que su vanidad ó su codicia le hicieron ver probabilidades de hacer ruido ó de robar su hacienda á un moro: esa nacion, en fin, que especula con la ciencia y con el error, con el arte y con el crimen, con el ateismo y con la supersticion, con todos los sentimientos humanos, ha entregado al mundo la clave de su falsía, el secreto de su escepticismo, la patente de su carencia de alma y de sensibilidad, aplicando al pañuelo de la mano ó del bolsillo el denigrante apodo de *mouchoir*.

¡*Mouchoir*! ¡*moquero*!—Así se llamaba el que nuestra madre nos colgaba de la cintura, allá en la infancia de nuestra vida: así pudo llamarse tambien el pañuelo de los salvages en la infancia de la sociedad. Pero darle semejante nombre hoy que su mas desatendible uso es el que nos sirve de pretesto para llevarlo á todas partes; recordarle su pecado original, hoy que esos mismos franceses no admiten otras aristocracias que la del talento, la de la virtud y la del que ha tenido el talento y la virtud de matar muchos hombres; llamar, en fin, *mouchoir* al pañuelo, cuando todos los idiomas se afanan de consuno en dar denominaciones figuradas y cotizables á otras cosas que no tienen perdon de Dios... es notoria in-



justicia, es palmario atentado, es horrible arbitrariedad que rechaza nuestra hidalguía española, que no tolera nuestra proverbial independencia, y que de obligacion toca combatir á los descendientes del nunca bien ponderado desfacedor de agravios don Quijote de la Mancha!

Tal es el objeto del presente articulo. Si en el juicio á que hoy acude el *pañuelo* desde el fondo de nuestra faltriquera, no resulta completamente redimido, culpa nuestra será, que no falta de justicia en nuestro patrocinado. Dáenos empero confianza,—pésele á la poca que tenemos en nuestras fuerzas,—el pensar que la moral y la razon están de nuestra parte, así como el deber... y hasta quizás la gratitud.—¡Quién sabe, señores, si estaremos subvencionados por algun rico comerciante de la calle de Postas para escribir en favor de la ropa blanca! ¡Quién sabe si, como los condenados á la horca que carecen de papel, trazamos estas líneas con sangre de nuestras venas, sobre los hilos de un pañuelo adorado!

Sea lo que fuere, allá va la defensa del *mouchoir*.

## II.

No hay escena notable en nuestra vida, en que el pañuelo no desempeñe un papel muy importante.

Pongamos algunos ejemplos.

---

Supongamos que un poeta va de paseo por el campo con un empresario de teatros.

Su objeto al sacarlo estramuros no ha sido otro que inspirarle amor á la poesía, (haciéndole reparar en la hermosura de la naturaleza), y desden á los bienes

materiales, (mostrándole la estension infinita de los cielos).

Cree nuestro vate que por este medio ablandará el corazon del empresario, de quien solicita dinero á cuenta de una obra.

Pero como el empresario está muy grueso, se cansa y se sienta.

El poeta se ha puesto su mejor pantalon para dar este paso y este paseo...

¿Qué hacer? ¿Sentarse en la yerba y manchar el pantalon?—Esto es imposible.

¿Quedar de pié?—Esto es desatento. Pareceria como que censuraba la idea de sentarse que habia tenido su providencia.

En tal conflicto, llega el *pañuelo*, y, con una santa abnegacion, se tiende sobre la yerba y dice al autor dramático:

—Vaya... señorito... con franqueza... siéntese usted encima de mí.

Hácelo el poeta: el empresario queda tan contento; desaparecen sus últimos escrúpulos; vuelven á casa, y el adelanto de dinero tiene lugar... ¡pero en plata, en groseros napoleones!

¿Cómo llevarlos? En el bolsillo del pantalon es imposible, pues ya hemos dicho que el pantalon es inviolable.

Vuelve entonces á sacrificarse el *pañuelo*...; pero ¡ay!, como los napoleones pesan demasiado, lo parten en dos pedazos...

¡Tal es la suerte de los hombres y de los pañuelos que se sacrifican en aras de la amistad!

---

Son las seis de una mañanita de enero.

Una carretela dealquiler baja por la calle de Atocha.

¿Adónde puede ir á esta hora una carretela de alquiler? El tren del ferro-carril sale á las ocho... La temperatura no está para paseo... ¿Qué significa este madrugon?

Cuatro hombres ocupan la carretela.

Uno de ellos está en capilla: vá á un desafío.

Los otros son los padrinos y el cirujano.

Todo está previsto por la amistad... hasta la muerte del desafiado, que lleva en el bolsillo del paletót la consabida esquila de suicidio.

Pero alguien ha previsto más. Este alguien es una mujer.

Al llegar á las afueras de Madrid, el sentenciado, que vá pálido y grave, no porque piensa en la muerte, sino porque recuerda la vida; no porque va á encontrar al que lo aborrece, sino porque acaba de dejar á la que lo ama, saca un *pañuelo*, un elegante pañuelo, lijeramente perfumado, pero sin iniciales algunas, y...

—«Toma...» le dice á uno de sus padrinos.

—«Te comprendo,» interrumpe éste con la voz alterada...

Y toda una adivinada historia de amores cruza por su imaginacion.

Figúrase ver á la amante desolada y valerosa, á la que quizás tiene la culpa de que su amigo haya tardado un cuarto de hora en acudir al punto de reunion: oye el último sollozo confundido con el último beso: vé la solemne tranquilidad de aquella despedida, en que la palabra *honor* ata los ruegos y las quejas en el fondo del alma: cree escuchar, en fin, estas palabras supremas:—«Para la primera cura... yo lo pediré *despues* á tus padrinos...»

¡Ah! ¿Comprendéis toda la importancia de ese *pañuelo*?

Ese pañuelo será en el desafío un testigo más, una mujer en persona, una mujer á quien ni su sexo ni su posicion permiten restañar la sangre de su amado en el campo de batalla, ni tampoco verlo durante toda la curacion. Ese pañuelo será ella, algo de ella que impedirá que el alma escape por la herida; que se empapará en su sangre, que lo curará... que hará, en fin, lo que ella quisiera hacer con sus manos, con sus labios, con sus cabellos.

Y si efectivamente muere su amante, como lo anunciaba el corazon con sordos latidos, aquel pañuelo será... no ya *ella*, sino *él*, *jél*, su sangre, su cuerpo, su vida, su muerte, toda una ignorada historia de amores, el secreto de una mujer, el epílogo de un drama, el testamento de una pasion,—que dormirá primero bajo su almohada, luego irá con ella al teatro, despues asistirá á los bailes oculto entre blondas y flores en el hueco del corsé, en seguida ocupará una cajita de palo de rosa, y por último pasará á manos de otro hombre, que lo mandará lavar como una prueba de que Artemisa ha olvidado á Mausoleo!!!

---

Pero mudemos la decoracion; que no siempre el teatro representa un cementerio.

Demos que sois Gran Sultan.

¿Quién á los quince años no ha deseado serlo?—A los veinticinco ya es otra cosa.

Cien odaliscas os rodean... Arrojais vuestro pañuelo... y lo recoje una hija de la Morea.

¡Cátala sultana... Luego, madre!

El pañuelo se ha convertido en un príncipe, en un Soliman, en un Bayaceto, en un Abdul-Meggid.

Arde la guerra con la Grecia; cogen prisionero á un anciano; el anciano insulta al emperador turco; el



emperador turco lo condena á la horca; no se encuentra cuerda por el pronto, y lo ahorcan con un pañuelo... ¡con el mismo pañuelo que engendró al sultán!

Aquel viejo prisionero era padre de la odalisca preferida...

¡Franceses, ved un *mouchoir* que ha estrangulado á su abuelo!

---

Mas dejémonos de moros y volvamos á la cristiandad.

¿Cuál será el hombre insensible y descorazonado que, por más que se haya prendado de la filosofía escéptica leyendo *María ó la hija de un jornalero*, por Ayguals de Izco; si entra en un templo católico (¿á qué diré yo...?) á tomar el fresco, y se encuentra con que es día de la Asuncion y la solemne Misa ha principiado, no se detenga una media hora... siquiera sea por el placer de oír la música de la capilla?

Y una vez atento al sacrosanto rito; aunque nuestro filarmónico volteriano sepa de memoria las *Ruinas de Palmira*, ¿quién os dice que, al ver al anciano sacerdote cubierto de oro y pedrería, arrodillado al pié de la Cruz, abatiendo la encanecida frente contra el frío mármol del ara y alzando con mano trémula el Pan de la Comunión, brándis de alianza entre la eternidad y la vida, entre los cielos y la tierra, no sentirá despertarse en su corazón algo que le hable de la brevedad de la existencia, de la grandeza del universo, de la injusticia de los hombres, del porvenir de nuestra alma inmortal, de las creencias de su infancia, de la existencia de un Dios? ¿Cuál será, cuál puede ser el corazón de piedra que no tiemble al ver temblar simultáneamente la piedra de aquellas co-

lumnas, aquel pueblo arrodillado que se golpea el pecho, aquellos millares de luces, aquel aire doblado de las religiosas armonías del órgano y del repique triunfal de las campanillas de oro, aquellas nubes de incienso, aquellas voces que cantan y aquellas lenguas de bronce, que aun por encima de las bóvedas del templo levantan una oracion tan poderosa que detiene las nubes en su carrera?

En verdad os digo que nuestro racionalista sacará el *pañuelo*, como primer síntoma de contriccion, y pondrá sobre él la rodilla, diciendo con el profeta: *Cor mundum crea in me, Deus...*

Pero es lo malo que hoy casi nadie sabe latin.

---

Pues bien; aunque no sepais latin: supongamos que sois ladron ó libertino: que un grito de vuestra víctima puede perderos, llevaros al cadalso ó á la vicaría: que necesitais, en fin, una mordaza...

Sacad vuestro pañuelo y... punto concluido.

---

—«Ven á las seis...» os dice vuestra novia, echándoos la última mirada, esa mirada con que las andaluzas resumen una larga conversacion; esa mirada que afirma todo lo *negado* durante dos ó tres horas; mirada tierna y maliciosa, diabólica y angelical, llena de pudor y de abandono; mirada, en fin, que dura todo el tiempo que tarda la niña en cerrar la reja, cosa que hace muy lentamente, dejando á veces una rendijita, y arrepintiéndose luego, y abriendo otro poco, y sonriendo y haciendo algun gestito, y travesando en un delicioso *hace-que-se-vá-y-vuelve*.—«Ven á las seis...» os dice esa encantadora criatura, que no tiene más penas, ni más cuidados, ni más pensamientos, ni otra

ciencia, ni otro oficio que el amor... el amor, para el cual se viste y se peina; el amor, por el cual se alegra de ser bonita; el amor, en provecho del cual piensa alguna vez en eso que llaman bienes de fortuna; el amor, que la lleva á paseo y la tiene de pié toda la tarde, á ella, tan débil y delicada que se cansaria de hacer una centinela; el amor, que la conduce al teatro, á ella, que maldito lo que le importan la literatura ni la moral, la gloria de Ventura de la Vega ni la reputacion de Valero; el amor, que la hace madrugar y trasnochar, á ella, tan dormilona, tan perezosa, tan sibarita...; el amor, en fin, para el cual nació, por el que morirá, en el que vive siempre, y cuyo sacerdocio ejerce sobrela tierra.—«Ven á las seis...» os dice ese ángel de Dios; y vos, señor mio, temiendo que se os olvide acudir á la cita, pues tan ingratos sois los hombres, os veis obligado á sacar vuestro *pañuelo* y echarle un nudo, síntesis de la mnemotecnia española.

Al otro dia vais á sonaros y encontrais el nudo...

—¡Diablo!, decís; ¿de qué tengo yo que acordarme hoy?

Y no dais en ello, y la niña se desespera...

Pero de pronto reparais en que el pañuelo huele al perfume que ayer puso en él la niña, ó en que ella os lo regaló, ó en que... pero no adelantemos los sucesos...

Es el caso que recordais la cita; pero no la hora...

Y la niña espera entretanto...

¡Ah... jóvenes, con pañuelo y todo, no mereceis los ratos que haceis pasar!

En cambio los pasais bien tristes.

---

Y, á propósito: ¿Habeis llorado alguna vez á solas?  
¿Habeis atravesado ese desierto de cuarenta palmos,

mas desconsolado y estenso que las arenas del Zahara, y llamado á pesar de todo *Casa de huéspedes*? ¿Habeis luchado á brazo partido con la sociedad, con las necesidades de la vida, con una ambicion sin objeto, con un amor sin esperanza y con la dueña del *establecimiento*? ¿Os habeis persuadido al cabó de muchos dias de prueba de que el *huésped* es enemigo de su patron, de que el pupilo está en abierta lid con su pupilera? ¿Sabeis lo que es esa lucha á muerte, en que vuestro antagonista ruega á Dios que enfermeis á fin de que no comais? ¿Os han llamado alguna vez *El de la sala... El del gabinete... El número 18*? ¿Habeis estado solo en una casa habitada por cien inquilinos, solo, como el enterrador que se pasea por un cementerio poblado de gente sosegada y, por consiguiente, feliz? ¿Os han despedazado, como al tártaro que amarran á cuatro potros salvajes, el deber por un lado, la pasion por otro, la ira y la generosidad arrastrándoos en opuesto sentido? ¿Habeis echado de ménos en esas horas de amargura á la mujer que ofendísteis, á los padres que abandonásteis, á los amigos que colmásteis de favores, alejándolos así para siempre de vuestra antesala? ¿Y os habeis arrepentido entonces del bien que hicísteis, del mal que dejásteis de hacer, de no haber seguido engañando á una, de no haber adulado á otro, de haber tenido en algo, finalmente, á un mundo que tan ingrato os abandona en vuestro dolor? —¿Sabeis, sabeis lo que es llorar á solas?

Mas, ¡qué digo á solas!—Esa misma *soledad* sale á vuestro camino, como la Verónica salió al encuentro de Cristo en la calle de la Amargura, y os pone un lienzo en la cara para enjugar las lágrimas que la inundan.

Sí; el *pañuelo*, solo el pañuelo viene entonces á consolaros: él seca vuestro lloro; él sofoca vuestros gri-



tos; él guarda, como nadie lo guardaría en un caso seme ante, el secreto de vuestra miseria y debilidad.

---

¡Oh!... ¡Bendito sea el pañuelo!

Cantemos las alabanzas de ese cuadrado de batista, que nunca se separa de nosotros, que nos acompaña á todas partes, que, como Júpiter y Proteo, adopta todas las formas, mas no en provecho propio, sino en provecho vuestro.

---

Él se dobla en forma de cabestrillo, y sostiene vuestro brazo.

Él se hace tiras para serviros de vendaje.

Él se deshace completamente para convertirse en hilas.

Él se transforma en tacos cuando vais de caza.

Con él se presenta al pié del cadalso el mensajero del perdon.

Con él os limpiaís el polvo de las botas.

Él hace el principal papel en el *Otelo* de Shakspeare.

Él acaba de ingresar en el ejército, representando á cincuenta mil novias de otros tantos quintos.

---

Cuando silban las balas, y los hombres caen como espigas sobre el campo del honor; cuando cada detonacion que suena deja á una madre sin hijo, á un hijo huérfano, á una esposa viuda, á un hermano sin hermano..., él luce en la punta de una bayoneta en señal de *parlamento*, y la naturaleza respira alborozada como una madre que recobra á sus hijos.

---

Yo he visto á una niña de diez y siete años pasar un domingo entero sobre un bastidor, bordando cierto nombre en el pico de un pañuelo.

Parece ser que al otro dia partia su amante para la *universidad*... ó para otra parte.

¿Qué pensaba la niña cada vez que añadía un rasgo á aquellos adorados caractéres?

¡Cuántas historias, cuántos castillos en el aire fundaria sobre cada letra! ¡Cuántos recaditos, cuántos encargos daría á cada punto! ¡Qué ventura para la niña! ¡Pronunciar de una vez para siempre el nombre del dueño de su alma; esculpirlo, grabarlo, eternizarlo!...

Quizás era aquella la primera y última carta de amor que le escribía!

Los amantes de la Arcadia dejaban su nombre en la corteza de los árboles...; pero aquellos alcornoques crecían tanto con el tiempo, que la inscripcion se borraba...

¡En cambio un pañuelo dura miles de años!

¡Dichoso mortal el que recibiera el bordado por la niña! ¿Qué le importarian ya el olvido y la inconstancia?...

Aquel pañuelo podrá acreditarle eternamente que hubo un dia en que fué idolatrado,—el dia en que la niña levantó aquel monumento á la gloria de su amor!

¡Bienaventuradas las niñas que han amado siquiera una hora, porque ellas han visto el reino de los cielos!

---

¡Pues nada os digo de la consolacion que nos brinda el *mouchoir* cuando la ira ruge en nuestro corazon y las lágrimas se niegan á acudir á nuestros ojos!

Dulce es entonces despedazarlo con uñas y dientes, cebar en él toda nuestra fúria, maltratarlo sin piedad... y echarlo de ménos al cabo de un momento,

cuando el achaque nasal viene á decirnos: *¡aquí estoy!*

Y aun entonces vereis que, abofeteado y todo como se halla, presenta la otra mejilla á vuestros ultrajes!

¡No son tan mansos los poseedores de pañuelos! Los maltratamos hoy sin razon, los buscamos mañana para servirnos de ellos, y nos repiten aquel siniestro cantar:

Cuando quise, no quisiste;  
ahora que quieres, no quiero...

---

Por lo demás, hay diputado que no hilaria tres palabras seguidas si no tuviese un *pañuelo* en la mano, —cosa que sucedia tambien antiguamente á los aficionados que declamaban en los bailes.

---

Paso por alto la tos, el estornudo y el bostezo, en que tan indispensable es nuestro protagonista, para venir á hablaros de varios pañuelos que he visto y recuerdo en este instante.

---

Sé de quien pòsee el *pañuelo* que le echaron encima al tiempo de nacer.

Y de quien conserva otro empapado en el último sudor de una vírgen que murió bendiciéndole.

Hemos visto á miles de caballos caminar tranquilos hácia la muerte en las plazas de toros, solo porque llevaban sobre los ojos un *pañuelo*...

Fiel imágen de los enamorados, que, como todos saben, llevan tambien una venda sobre los ojos...

—*¡Morituri te salutant!* pudieran esclamar unos y otros.

---

Y á propósito de vendas:

¡Dulce es jugar á la *gallina-ciega* con muchachas de quince á veinte!

¡Dulce es entrar vendado por una dueña en una torre de Nesle, donde nos aguarde alguna Margarita de Borgoña!

¡Dulce es á los diez y ocho años teñir un *pañuelo* con sangre de las encías y creerse *traviato*!

¡Dulce es, sobre todo, cuando se encuentra uno solo en el campo, cansado de perseguir mariposas, en el mes de julio, á la hora de la siesta, tenderse sobre un haz de espigas y sentir que un *pañuelo* pasa por nuestra frente y nos enjuga el sudor!

Pues ¡y prestarlo á una señorita á la salida de un baile para que preserve su encantadora cabeza del húmedo relente de la noche!

Y regalarlo lleno de confites, el día de San Antonio Abad, á una aldeana inocente, de esas que se ponen coloradas sin saber por qué!

¡Y atarlo á una reja...

---

Pero este artículo fuera interminable si hubiéramos de enumerar todos los méritos y servicios de ese nuestro camarada de glorias y fatigas.

Recordad el *cottillon* en que una dama os elige por su pareja, entregándoos su *pañuelo* de nipsis.

Recordad el que vela la faz del agarrotado, no bien llenó el verdugo su cometido:

El que cubre los ojos del prisionero que van á fusilar:

El que deja caer una jóven, para daros ocasion de decirle ciertas cosas al presentárselo:

El que os saluda desde un balcon á las cinco de la mañana cuando doblais la esquina de tal calle, olien-



do en vuestras manos un resto del perfume favorito de la mujer que acabais de dejar:

El que dobladilló vuestra hermana cuando visitásteis el hogar doméstico:

El que envuelve dos pistolas, una de ellas vacía y la otra cargada:

El que enjuga vuestros lábios después de beber agua:

El que llenais de violetas en el campo:

El que ata vuestro pié izquierdo al de vuestro enemigo en un duelo á navaja:

El que cela vuestra sonrisa burlona.

---

Y, finalmente, pensad en una despedida eterna; en una de esas separaciones que cierran un período de la vida, que acaban con unos amores, que tuercen en sentido contrario el rumbo paralelo de dos existencias: pensad en uno de esos viajes que ponen término á una temporada de amor y de goces de todos los momentos; en el relój que suena como la campana de agonía; en el silencio de los dos *condenados*, que, careciendo de tiempo para decirse todo lo que sienten, no quieren ofender su mútua desesperacion diciendo demasiado poco: pensad en la mirada intensa, profunda, atónita, desconsolada que dirigís por última vez á la persona querida; en el ronco ¡*adiós!* que abre un abismo entre vosotros; en el postrer apretón de manos que consagra el pacto de vuestra eterna desdicha!

Ya os habeis separado, y aún tendéis los brazos el uno hácia el otro para acortar así la distancia que media entre lo pasado y el porvenir...

Surca las ondas el barco que os arrebató vuestro bien, vuestro tesoro, vuestra delicia...

El *adios* hablado se pierde ya en la estension sin llegar á los oídos...

Las oscilaciones de las olas rompen la cadena magnética de las miradas...

¡Ya no distinguís el rostro que habeis contemplado tantas y tantas horas!

Ya confundís el contorno de su adorado cuerpo con los objetos que la rodean...

Ya la creéis perdida... ¡perdida para siempre!...

El corazon se desploma helado en el fondo del pecho, como un cadáver en la sepultura... Prorumpe al fin la fuente de un inacabable lloro... La soledad os ahoga entre sus brazos de hierro... Vais á morir...

Entonces veis ondear á lo lejos un *pañuelo* blanco...

¡Es *ella*! ¡Es *ella*! ¡*ella* otra vez! Es su voz, es su mirada, es su beso, es su corazon, es su alma que os visita de nuevo...

Así vivís otros fugitivos instantes...

Pero cuando el *pañuelo* blanco se reduzca, se achique, se atenúe, desaparezca completamente en alta mar... ¡perded toda esperanza!—Las puertas del paraíso se han cerrado detrás de vuestros pasos!

Mas si teneis *pañuelo*, él será vuestro paño de lágrimas.

Madrid.—1857.

---

---

## SI YO TUVIERA CIEN MILLONES...

---

### I.

¡Ay! Hace muy cerca de veinte y siete años que ando calle abajo y calle arriba por este valle de lágrimas que llamamos *tierra*, buscando, como si se me hubieran perdido antes de nacer, cinco millones de duros del reinado de Fernando VII, ó sea cien millones de reales.

Creo inútil decir que todavía no los he encontrado, ni (lo que es peor) sé me alcanza la manera de dar con ellos.—Yo no espero grandes herencias; yo he perdido siempre que he jugado; yo no sirvo para el comercio ni para los negocios; yo no creo en que el metal sale de las minas; acabáronse los tiempos de los grandes piratas descritos por Fenimore Cooper, Walter Scott y Lord Byron, (profesión que me hubiera convenido); yo no espero ser nunca... nada, ni, caso que fuera... algo, me agradaría estafar á mi país; yo, en fin, no tengo paciencia para buscar tesoros en las alcazabas morunas ó en los cementerios judíos; conqué ya comprendereis

que no abrigo ni la mas remota esperanza de encontrar los dichos cien millones.

No ocultaré, sin embargo, que muchas veces me han pasado (y todavia temo que me vuelvan á pasar)... por la imaginacion... dos ideas ó proyectos, además de los citados, que acaso hubieran podido... que quizás podrian... que tal vez podrán... proporcionarme aquella cantidad dentro del círculo de mis peculiares circunstancias...

Estos proyectos ó ideas son del tenor siguiente:

El primero consiste en dirigirme á uno de esos infinitos lores ó banqueros ingleses, solterones, viejos, hipocondriacos, aburridos, excéntricos, que poseen cuando menos ochocientos ó novecientos mil millones de libras esterlinas, y decirle estas ó semejantes palabras:

—» Señor: vos teneis setenta años de edad y una fortuna inmensa.

Careceis de hijos que os hereden y de tiempo y ocasion en que gozar de todos vuestros tesoros.

Desprendiéndoois de cien millones de reales, quedariais aún tan poderosamente rico, que no conoceriais en nada la merma homeopática que habriais hecho en el oceano de oro que surca el pobre bajel de vuestra vida.

Podriais seguir con los mismos palacios, con los mismos trenes, con la misma servidumbre, con la misma mesa y con la misma cama que teneis hoy.

Nada perderiais, absolutamente nada; como el oceano no pierde ni un átomo de su poderio, ni tiene que rectificar sus fronteras cuando estraemos de él una ó veinte toneladas de agua.

En cambio, dándome esos cien millones, ganariais muchas cosas que hoy no poseeis, muchos pla-



ceres que nunca habeis sentido, una gerarquía á que no habeis llegado y aquella paz del alma que le falta á vuestra vida.

Ganaríais respeto entre los buenos, cariño verdadero y gratitud profunda en mi corazón, ufanía de vos mismo á vuestros propios ojos y títulos meritorios ante la misericordia divina.

Tendr'ais en mí un hijo, y una familia en la mía; familia é hijo sumamente respetuosos y amantes, y además muy *desinteresados*, que no se alegrarían de vuestra muerte, sino que la llorarían de veras, puesto que, habiéndoos heredado de antemano, ningún legado esperarían ya en vuestro testamento.

Viviríais oyendo nuestras bendiciones.

Moriríais acompañado de nuestro amor.

Mis hijos y los hijos de mis hijos adornarían de flores vuestra sepultura como la del bienhechor de mi raza.

Tendríais defensores mientras estuviéseis en este mundo y gente que rogase é intercediese por vos cuando estuviéseis en el otro.

Y todo esto, os lo repito, *desinteresadamente*; pues el interés pasado no se llama *interés*; tiene un nombre mas bello y santo; se llama *gratitud*.

É interés futuro, ninguno, absolutamente ninguno, nos llevaríamos respecto de vos; puesto que (os lo juro por la salvación de mi alma) si me diérais esos cien millones, nunca, jamás volvería á pedirlos nada, ni admitiría recompensa alguna por los obsequios, por las atenciones, por los cuidados que os dispensaríamos continuamente.

Ahora bien (y prescindiendo de vos por un momento); este gran negocio que os propongo, —que ya sería muy grande para vos aunque no se tratara de

mi, que soy bueno; aunque se tratara del mas ingrato de los hombres (pues ningun alma grande cobra la usura de la gratitud por los beneficios que dispensa);— este grandísimo negocio, repito, adquiere doble y triple importancia tratándose de una persona como yo.

Yo soy bueno, vuelvo á deciros; pero mis bellas dotes no son solo de corazon; son tambien de inteligencia...

Y hé aquí por qué me apresuro á aconsejaros que, una vez convencido, como espero que os convenzais, de lo mucho que os acomoda desprenderos de cien millones, me deis á mí la preferencia sobre cualquier otro de los muchos necesitados que conoceréis, y aun quizás estimareis.—Convenientísimo os seria siempre darle á cualquiera esa pequeña suma; pero dármela á mí os acomoda mucho más.

Sí, señor; yo brillo por las grandes cualidades de corazon y de inteligencia... para gastar dinero, para hacerlo lucir, para estirar una onza, como suele decirse; para darle un digno empleo.

Yo me jacto, con títulos para ello, de conocer perfectamente la vida y las cosas de la vida; de distinguir los placeres legítimos de los falsificados; de discernir claramente en materia de afectos y creencias; de no confundir lo positivo con lo ilusorio, tomando por positivo lo material y pasajero, ó por ilusorio lo ideal, lo poético, el sacro imperio del alma; de no trocar los frenos en punto á lo que es divino y á lo que es humano, y de saber apreciar los inconvenientes de ciertas alegrías y las ventajas de ciertos dolores.—Yo soy filósofo.

Yo sé dónde está la verdadera miseria, digna de sólitos socorros; cuáles son los mejores platos y los mejores vinos, los mejores cigarros y el mejor café;

qué sastre es el más hábil; qué virtudes merecen recompensa; qué mujeres resultan más encantadoras; qué artistas y qué sábios necesitan proteccion; qué muebles son los más cómodos; qué trenes los más bonitos; qué libros los que no tengo, y qué clase de vida la más provechosa para el cuerpo y para el alma.—Yo soy artista.

Yo tengo hecho, en fin, el presupuesto de gastos.

Solo me falta el de ingresos.

Yo tengo estudiadas á las mil maravillas todas mis necesidades.

Solo me falta dinero para satisfacerlas.

No seria yo ciertamente uno de esos hombres á quienes de maldita la cosa que les sirve la fortuna. No seria yo ese becerro de oro que protege el mal gusto, que levanta edificios abigarrados, que afea y vulgariza cuanto toca. No seria yo como el mayorazgo calavera que gasta su patrimonio en proteger néciamente el vicio, en fomentar locamente el mal. No seria yo como el desgraciado minero que vive en perpétuo ridículo, haciendo el oso, pagando comilonas á veinte idiotas ó á veinte vagos que se rien de él y viven á sus espensas. No seria yo como el vil avaro que pasa la vida contando su dinero, lleno de privaciones y de zozobras, para que mañana la portera de su casa se lo encuentre muerto en un miserable catre de tijera y cargue con las onzas de oro que él ha limpiado y colocado en simétricas pilas. No seria yo como el desatentado jugador, ni como el insensato domador de bailarinas, ni como el sándio especulador, que pudiendo llevar una vida regalada, lleva una vida de perros con tal de doblar un capital que, una vez doble, no puede retribuirle los afanes, y sobre todo el tiempo que le ha costado doblarlo... ¡Oh! no; yo no seria nada de esto.

Yo gastaría mi dinero como filósofo, como artista, como cristiano: procuraría ante todo estar en paz con mi alma, y que mi alma estuviera también en paz con Dios: protegería el mérito; premiaría la virtud (no en públicos certámenes); socorrería la miseria; fomentaría el arte y la ciencia. Cada onza mía dejaría un rastro luminoso en la historia de la humanidad.

¡Cuántas grandes obras se verificarían bajo mis auspicios! ¡Qué preciosidades artísticas adornarían mis salones! Nada de oro ni de brillantes: inteligencia y madera, arte y gloria, sencillez y gusto; hé aquí mi divisa.

Nada, nada gastaría inútilmente. Hasta la fachada de mi casa sería un monumento público, un recreo para todos, una página para la civilización, una ufanía para el género humano.

¡Y qué de familias haría yo felices! ¡Qué de génios ignorados sacaría yo á luz!... ¡yo que conozco tantos que solo necesitan veinte duros para brillar!...

¡Qué viajes tan útiles y tan aprovechados haría yo! ¡Cómo emplearía en el bien la influencia que mis cien millones me darian cerca del gobierno! ¡Qué periódico tan independiente fundaría, que dijese la verdad al público! ¡Cuántas feas me deberian su dote, su casamiento y su felicidad! ¡Qué conciertos, qué comidas, qué reuniones literarias, qué concursos, qué torneos, qué de maravillas habría en mi casa!

¡Oh, señor inglés! ¡Oh, señor lord! ¡Oh, señor banquero!... Os veo conmovido...—continuaría yo;—la verdad de mis palabras ha lucido ante vuestros ojos: vos mismo no habeis podido menos de asombraros al pensar en el ruido, en la gloria, en el provecho que podrían dar al mundo esos cien millones que duermen en vuestra arca, inútiles, empolvados, mudos, envilecidos en un ócio abominable! ¡Vos mismo os



habeis espantado del inmenso poder que adquiere el dinero en unas manos como las mias! Vos acabais de recordar aquella gran frase de un filósofo: *La prueba del poco aprecio que dá Dios al dinero está en la clase de gente á quien se lo otorga á manos llenas!* Vos, en fin, sentis ya remordimientos de haber sido hasta aquí tan estérilmente rico, de no haberme conocido antes, de no haber adivinado mi existencia, de no haberme dado esos cien millones no bien puse los piés en vuestra casa!»

Ahí teneis mi primera idea.

Creo que es magnífica, lector.

Yo, á lo menos, os juro que, si me viera en el caso del inglés que he descrito; si fuera él y se me presentase un jóven como yo, y me dirigiese una arenga semejante á la que acabais de oír..., le entregaria sin vacilar los cien millones...

¡Se los entregaria, sí! ¡Lo juro por todo lo más sagrado!!

Pues bien: yo he consultado esa idea con hombres de mucho mundo y de grandísima experiencia, y todos me han aconsejado... *que no vaya á Londres*, si no quiero perder el dinero del viaje.

Es decir, que mis consejeros opinan que el inglés no haria caso de mi arenga, tomándome por loco.

¡Es decir,—y aquí necesito ya hacer uso de las admiraciones,—que mi colosal idea seria desconocida, befada y despreciada, como lo fué mucho tiempo la de Colon, como lo fué la de Galileo, como lo es la de Montemayor!!

¡Es decir, que el mundo será siempre sordo á la voz del génio, ciego á la luz de la verdad, indifere á los impulsos de la inspiracion!!!

Despues de desahogarme á mi sabor con esas ó pa-

recidas exclamaciones, consideré oportuno al cabo de algún tiempo renunciar á la tal idea, y dí cabida á esta otra, que no me parece menos feliz y peregrina.

## II.

—Pepe (dije un día á cierto José que tiene mucho talento, pero que necesita otros cien millones de reales); Pepe, *jeureka!*

—¿Cómo? ¿Qué has encontrado?

—¡Los cien millones de reales!

—¡Son partibles! exclamó Pepe.

—No es necesario, repliqué yo: te regalo otros ciento.

—Esto es sério, repuso Pepe acercando su silla á la mía. Esplicame tu idea.

—Es una idea de primer orden.

—Veámosla enseguida.

—Atiende y la sabrás. ¿Cuántos habitantes tendrá la tierra?

—Yo creo que tendrá de novecientos á mil millones.

—Me contento con que la habiten ochocientos cincuenta millones de seres humanos. Yo necesito buscar el modo de que cada uno de ellos me dé un cuarto. Conseguido esto, héme ya poseedor de cien millones de reales.

—Exactamente, respondió mi amigo. Has echado bien la cuenta.

—Nadie me llamará ambicioso. No hay pobre tan pobre que no tire diariamente un cuarto, ni hay padre que no lo dé por su niño recién nacido, si se trata de procurarle alguna cosa muy precisa. Ahora bien, para que esta cosa muy precisa, vendida á cuarto, me deje un cuarto de ganancia, yo necesito: primero, que

no me cueste nada: segundo, poder llevarla á todos los puntos de la tierra sin gastos de conduccion ó de transporte: y tercero, cobrar todos y cada uno de esos cuartos sin descuento alguno por razon de giro. Por consiguiente, mi mercancía no ha de ser física; ha de ser moral.—Siendo moral, no me cuesta nada el adquiririla, ni el trasportarla, y logro al mismo tiempo simplificar la cobranza de tal manera, que con hacer cuatro grandes viajes, cosa que deseo muchísimo, á las cuatro partes del mundo que aún no conozco, habré cobrado los cien millones.—Me explicaré.

Supongamos que digo á la humanidad:—«Señores, yo soy adivino. Yo sé el dia en que va á acabarse el mundo; y la prueba de que lo sé, es esta, y esta y la otra... Sin embargo, yo no se lo diré á nadie, á menos que cada habitante de la tierra me pague cuatro maravedís anticipados. ¿Quién por un cuarto no desea saber el dia del juicio?—Pues bien: vosotros, europeos, mandareis ese cuarto á Madrid, calle de tal, número tantos, para lo cual podeis reuniros por pueblos, enviar vuestro contingente á las capitales de provincia, de las capitales de provincia á las metrópolis, y de las metrópolis á mi casa; ó bien podrá partir la iniciativa de los gobiernos, adelantándome cada uno la cantidad que corresponda á su nacion, con arreglo á los habitantes que esta cuente, y recargándosela luego en la contribucion, ó inventando un arbitrio nuevo sobre cualquier operacion inocente é imprescindible de la vida. Vosotros, africanos, hareis lo mismo en Argel; vosotros, asiáticos, podreis reunir vuestra cuota en Bombay; vosotros, americanos, en la Habana, y vosotros, habitantes de la Oceanía, girad sobre Manila, que á lo menos es colonia española.»

Esto diria yo á los habitantes de la tierra.

Con el contingente de Europa, que, segun te he in-

dicado, lo cobraría en mi casa, podría emprender el viaje á Cuba, á Filipinas, á la Argelia y á la India, y al cabo de un par de años me encontraría poseedor de toda mi fortuna y autor de un viaje de circunvalación. Entonces, ó se les habría olvidado ya á todos que me habían dado la despreciable cantidad de un cuarto, ó diría yo para cumplir: «El mundo se acaba dentro de dos siglos.» ¡Y que fueran á buscarme al terminar el plazo!—Queda, pues, reducida la dificultad á probar y hacer creer que soy adivino.

—Eso es fácil, murmuró Pepe con acento filosófico.

—Y tan fácil, repliqué yo.

—La dificultad, prosiguió mi amigo aun más filosóficamente; la dificultad consiste en otras muchas cosas.

—¿En qué, pues?

—Primeramente, en la concurrencia, ó sea en la competencia. Desde luego que tú echases á volar tu anuncio y tu reclamo, y vieses tus prójimos que el negocio prometía, en cada ciudad del mundo aparecería un prospecto ofreciendo una edicion económica de tu noticia; es decir, que los kurdos, los mongoles, los japoneses, los hotentotes, los franceses, los italianos, todos y cada uno de los pueblos á quienes pidieras el cuarto, darian de sí un industrial que prometería todas tus ventajas por solo un *ochavo*, ó sea con la rebaja de un cincuenta por ciento. En segundo lugar, muchos pueblos de la tierra no tienen todavía moneda. En tercer lugar, carecen de periódicos y demás medios de publicidad, de modo que tu proyecto tardaría cuarenta ó cincuenta años en llegar á conocimiento de todos los hombres. En cuarto lugar, para entenderte con el género humano entero, necesitarías poseer todos los idiomas del mundo, ó buscar personas que los poseyeran, lo cual es prácticamente im-



posible. En quinto lugar, como tú no tendrías medios de declarar la guerra á la nacion que te estafase, resultaria que muchos gobiernos, sobre todo en los pueblos incultos, harían la cobranza y *se comerian tu sangre*, como el otro que dice. En sexto lugar...

—No te canses, Pepe, interrumpí yo: estoy convencido. Ni el hombre ni la humanidad me darán los cien millones. El hombre, ó sea el inglés, será sordo á mis argumentos. ¡La humanidad, hostil á mis intereses! ¡Oh! ¿Dónde está la familia humana? Si todos los pueblos de la tierra hablasen la misma lengua y tuviesen tratados aduaneros mancomunados, ó, lo que seria mejor, no tuviesen aduanas; si en todas partes fuesen iguales los pesos, las medidas, la moneda, las costumbres, la clase de gobierno, las modas y las creencias, ¡qué especulaciones tan grandes, qué negocios tan gigantescos podrian hacerse! ¡Desde luego, yo les sacaria sin sentir á los hijos de Adan esos cien millones de reales!

### III.

Tales han sido los dos únicos medios que se me han ocurrido en toda mi vida para lograr la susodicha cantidad. Ambos han sido declarados ineficaces por personas competentes, y yo, aunque no muy convencido ni de la competencia de estos ni de la ineficacia de aquellos, la verdad es que he renunciado á ponerlos en planta. ¡Calculad mi desesperacion!

Sin embargo, como el que no se contenta es porque no quiere, héme dedicado últimamente á buscar esa cantidad dentro de mí mismo, y dentro de mí mismo *la he encontrado*.

¿Qué no encontrará el hombre en su corazon ó en su cabeza, en su sentimiento ó en su fantasia, si sabe sondearlos?

El alma humana es un reflejo del infinito, y hasta quizás el infinito mismo. El alma es como una reduccion fotográfica del universo, y en ella están condensadas todas las cosas, pero tan condensadas, que á primera vista solo se nos presenta como un punto negro. Un punto negro es tambien el mundo cuando lo velan las tinieblas, y dentro de ese punto están comprendidas, sin embargo, todas las cosas. Solo falta una luz que disipe las sombras, para que las cosas se esclarezcan y el punto se convierta en la Creacion. Y para que la reduccion fotográfica de nuestro espíritu descubra todos los tesoros que guarda, basta que le apliquemos el vidrio de aumento de la fé ó de la inspiracion. En cada parte del mundo está todo el mundo, como en cada pedazo de Hostia está toda la Hostia y como en cada obra de Dios está toda la obra de Dios. El átomo es infinitamente divisible.

Sí: yo he encontrado dentro de mí, en los bolsillos de mi imaginacion, esos cien millones de reales! —¿De qué manera? De una manera muy sencilla, que está al alcance de todos: dedicándome en cuerpo y alma á hacer castillos en el aire, como los muchachos de trece años; partiendo del principio, ó sea del punto matemático, de que poseo los cien millones, y poniéndome á pensar muy seriamente durante muchas horas seguidas en las cosas que yo haria con ese dinero.

A este fin me acuesto al ponerse el sol, apago la vela, meto la cabeza entre las almohadas, y me estoy así, procurando no dormirme, hasta las altas horas de la noche, hasta las tres ó las cuatro de la madrugada.

Todo este tiempo, que equivale á la mitad de mi vida, lo paso disfrutando con la imaginacion los placeres de la riqueza.

Nada falta á mi ilusion. Yo toco el oro; yo veo los billetes de Banco; yo giro letras sobre las primeras casas de Europa; yo recorro mis fincas; yo taso mis cuadros, mis muebles, mis libros, mis estátuas; yo soy rico, en fin, y pienso en lo que piensan los mas opulentos; y duermo poco, como á ellos les acontece.

«*Si yo tuviera cien millones...*» me digo cien veces cada velada; si yo tuviera cien millones, compraria esto, lo otro y lo de mas allá; echaria por este camino, evitaria el otro; viviria de esta manera; pensaria en este sentido, etc. etc.

Y es la verdad, que, durante esta fantasmagoría, pasa ante mis ojos la vida entera, formo mil novelas en la imaginacion, hago la crítica de todos los afectos, de todas las personas, de todas las virtudes, de todos los vicios; desentraño cuestiones muy profundas de moral, de filosofia especulativa, de arte, de economia política... y todo sin intencion de ello, sin sospecharlo, como quien lee libros en un idioma que no comprende.

Quizás algun dia escriba toda una obra compuesta de muchos volúmenes, con el mismo título de este artículo. En ella referiré todas mis imaginaciones de una de esas noches fantásticas; enumeraré las cosas portentosas que haria yo si tuviese cien millones; soñaré en voz alta, y os asomaré al cosmorama encantado de mis ambiciosos pensamientos...

Desde ahora para entonces, salud, y acostarse temprano.

Madrid—1869.

---





---

# CARTAS Á MIS MUERTOS.

---

MADRID 2 DE NOVIEMBRE DE 1855.

.....  
¡Ay del que en una y otra sepultura  
prendas del alma sumergirse vió,  
y ansioso tornó á amar en su locura,  
y otra vez y otra vez su bien perdió!

¡Ay de mí que, postrado y moribundo,  
rompí del alma los terrenos lazos,  
y abarqué el universo... y ví que el mundo  
era un cadáver más entre mis brazos!!

*(Versos inéditos del infrascrito.)*

## PREFACIO.

Ningun día del año, —ninguno;— ni el de San José, ni el de los Santos Reyes, ni el de año-nuevo, ni el viernes de Dolores, ni antes de emprender un viaje, ni despues de un cambio político, ni en vísperas de elecciones, ni al salir de una enfermedad, ni cuando me entran ganas de ser académico, ni á poco de contraer matrimonio, ni la mañana del estreno de un drama mio, ni al día siguiente de perder mi fortuna al juego... —(ya comprenderán ustedes que la mitad de estas cosas no me han sucedido ni una vez siquiera);— nunca, en fin, es tan larga la lista de mi tarjetero, nunca me encuentro con tantas visitas que

hacer, como el día de la *Conmemoracion de los fieles difuntos*.

Y es que pocos hombres de mi edad habrá en la tierra que tengan con el cielo una cuenta tan larga como la mia!

De cuantos barcos eché á la mar, y fueron muchos... —hablo metafóricamente,— apenas veo ya alguno que otro, roto y desarbolado por los huracanes, tendido y solo sobre las arenas de la playa: los demás se hundieron para siempre en el Oceano.

Dice Quevedo, y dice bien:

*No tanto me alegrárades con hojas  
en los robres antiguos, remos graves,  
como colgados en el templo, y rotos!*

¡Noble, filosófico, ascético pensamiento, digno de un espíritu de primer orden! Pero si Quevedo estaba en lo firme, no es menos cierto que la tierra se reduce ya para mí á un inmenso Campo Santo. Mi verdadera patria se encuentra ya *ultra-tumba*. Cuando yo muera, me figuraré que resucito.

*Allá* tengo muchas mas relaciones que *acá*.

Por eso me agrada ir todos los años, tal día como hoy, á visitar el cementerio que encuentro mas cerca de mi casa. Poco me importa que el panteon sea este ó aquel, con tal que lo sea. La muerte es cosmopolita.—Donde quiera que hallo cruces, flores, cirios y campanas, allí creo que están mis muertos, los míos, mis predilectos finados, los seres que me abandonaron y cuya ausencia debiera llorar todos los días.—¿No es cada Campo-Santo una colonia de esa patria de todos que se llama la eternidad?

Y no se crea que yo,—siguiendo la piadosa costumbre madrileña,—voy á los cementerios á comer castañas... ¡Libreme Dios!

Tampoco voy á llorar... porque ya no se estila hacerlo.

Ni á rezar... porque nunca rezo en público.

Ni á dar limosna para misas, porque conozco á algunos sacerdotes que me las dicen de balde.

Voy á consolarme de no ser ministro, ni sábio, ni hermoso, ni banquero.

*Pallida mors, etc.—Periit memoria, etc.—Ecce nunc in pulvere dormiam... etc.—Homo vitæ commodatus, etc.—Vitæ summa brevis, etc.—Non terret sapientem mors... etc.—Ad hanc legem natus est, etc.*

Hé aquí un puñado de verdades en latin, dichas por *Job*, *Horacio*, *Séneca*, *Ciceron*, *El Ecclesiastes* y qué sé yo quién mas.

Yo procuro tenerlas al dedillo, porque son un bálsamo que cura los golpes de la suerte, un antídoto de la ambicion y un eficaz preservativo contra los amores violentos.

De camino que pienso estas cosas en los enterramientos, doy los dias á los difuntos, asisto á sus besamanos y les entero de lo que pasa por aquí.

Pero ¡ay! este año son tantas mis ocupaciones, que me es imposible cumplir con ellos en persona.

Quédame dichosamente el moderno recurso del correo interior, y á él apelo, temeroso de que mis amigos del otro mundo se figuren que los he olvidado y mueran de pena, ó, por mejor decir, *resuciten*...—lo cual seria mucho mas espantoso... para ellos.

Ved lo que les digo con esta fecha,— fecha que no es adelantada, pues el *dia eclesiástico* ha empezado hoy á la hora de vísperas.

I.

Amigo mio:

Tu mujer era una hipócrita: todas las promesas de eterno amor que te hizo durante la *lunica lunera*, y todos los ofrecimientos de perpétua viudez que te dió á libar en tus últimos instantes, hánse convertido en un capitan de caballería, con el cual se casará de un día á otro, si es que ya no se ha casado.

En mi concepto, la mujer que contrae segundas nupcias al año de enviudar, amaba á su marido lo bastante para procurarle un Cirineo si llega á tardar en morir.

Yo te doy, pues, la enhorabuena por el tino que has mostrado rompiendo tan á tiempo los lazos que te unian á semejante Lucrecia Borgia, y te aconsejo que no contraigas ahí segundas nupcias, aunque la misma Semíramis te ofrezca su mano y Satanás se brinde á ser tu padrino.

II.

Mujer invencible, corazon de piedra, encantadora y terrible criatura, he asistido á tus funerales.

Te he vencido en generosidad. Tú fuiste siempre implacable para mí: yo te he visto vencida por la muerte... y he llorado.

¿Qué era ya de tu orgullo, de tu coquetería, de tu soberbia?

Allí estabas sin poder ninguno sobre mí, roca inespugnable. Podía engreirme en tu sepulcro, y arrojé en él una flor.

¡Ah! ¡cómo he triunfado de tu esquivéz! Ya no te



deseo; ya no me atormenta tu imágen: tú has dado por mí el salto de Léucades, y he curado de tu amor.

Horas enteras te he estado viendo tendida en el ataud. Estabas tan desarmada por la muerte, que te compadecí.—¡Oh! mi compasion te hubiera matado si ya no estuvieras muerta!... ¡Yo, compasion de tí, reina mia!—Sí, la tuve.

Estabas fea, asquerosa... y te dejé.

A mi regreso á casa, ví en el balcon á Dolores, y la saludé tiernamente.

Me acordé de tí... y—¡óyelo!—suspíré de nuevo.

### III.

Muy señor mio: hace algunos años, desde el borde del sepulcro, me prometió Vd. irónicamente venir, *si podia*, luego que muriese, á darme la razon, *suponiendo que yo la tuviera*, en nuestra constante polémica acerca de los destinos de la humanidad, de la existencia del espíritu, de la inmortalidad del alma.

Vd. tenia ochenta años y yo diez y ocho cuando reñíamos tan tremenda batalla: Vd. era ateo y yo creyente: Vd. se acercaba á la tumba diciéndome: «Dentro de pocas horas habré vuelto al sueño de la nada»... y yo penetraba en la existencia diciéndole á usted: «Nuestra vida mortal es el verdadero sueño del espíritu, y con la muerte del cuerpo principiará el despertar del alma.»

Han pasado algunos años desde que murió Vd., y, aunque no me ha cumplido su promesa de aparecerse una noche para contarme los misterios de *ultra-tumba*, debo decirle á Vd. que no por eso he dudado de que semejantes misterios existan.

Yo le ví á Vd. arrojar el último suspiro entre una sonrisa de incredulidad, y con la calma del hombre

valeroso y honrado cuya vida habia sido un modelo de virtudes domésticas y sociales.—«*¿Hasta nunca!*» fueron las últimas terribles palabras que pronunció usted, continuando así nuestra polémica desde las mismas regiones de la muerte.—«*Hasta luego,*» le contesté yo á Vd., cerrando sus ojos con mi cariñosa mano.

Vd. no me oyó ya. El problema estaba ya resuelto para su alma: acababa Vd. de morir.

Entonces coloqué mi mano sobre su fria y calva frente, que tan altiva se alzaba al cielo pocos momentos antes, y medité:—«¿Dónde está, me dije, aquel espíritu de investigacion que tenia aquí su asiento? Aquella idea inmensa que llenaba los espacios y los siglos y llevaba aun mas lejos su curiosidad sublime, ¿dónde está? ¿En este cadáver? No. Pues ¿dónde?

¡Oh! si Vd. se hubiera visto tan triste, tan yerto, tan mudo, tan solemne en su inmovilidad, tan diferente de como siempre habia sido..., habria creído en la ausencia de su alma...

Por lo demás, enterramos su cuerpo de Vd. en la dura tierra, como Vd. habia deseado.

Y el cuerpo se convertiria en seguida en gusanos, en frondosa yerba, en azulado fósforo, etc., etc., como usted habia previsto.

Y yo me afirmé más y más en la creencia de que su alma de Vd. seguia viva, al reparar en la indiferencia y el despego que me inspiró su cuerpo de Vd. desde el momento que lo abandonó el espíritu.

#### IV.

Mi buen amigo:

Tus hermanas dejaron tu luto á los seis meses.  
A la semana siguiente las ví en un baile.

Apreciable camarada, estimado *sido*, querido ex-ser:  
No sientas haber dejado este mundo. En los tres años que faltas de él, nada ha ocurrido que pueda darte dentera por no haberlo presenciado.

Todo sigue lo mismo; solo las mangas de las levitas se llevan un poco mas estrechas.

La Eleuteria se casó.

Cómoda tropezó al fin, realizando tus pronósticos.

Dámasa se ha hecho mujer y gusta mucho.

Nuestro terrible Canuto cayó al fin en las redes del matrimonio.

Ninguna novia tuya se acuerda de tí.

Nosotros vamos al café á las mismas mesas que cuando tú vivias, y se nos pasan semanas enteras sin recordarte ni por casualidad.

Tu hermano hace conquistas luciendo tu reloj y tu paraguas.

La política lo mismo: la dificultad en pié.

No hay actrices nuevas.

Seguimos despreciados por toda Europa y toda América.

Los marroquíes y los mejicanos nos siguen insultando impunemente.

Ni Portugal ni Gibraltar han sido reincorporados á la madre España.

Las *zarzuelas* no han desaparecido todavía, ni han enjendrado la ópera española.

Ya habrás visto ahí á alguno de nuestros amigos. Hablé á Cárlos en sus últimos momentos y le encargué espresiones para tí.

Supongo que estarás en el infierno, y que por lo tanto no habrás visto á un ángel que he perdido, y que morará en la gloria.

Tu drama sigue muy aplaudido.—¿Te sirve de algo la gloria póstuma?

VI.

Sor Ana:

Despreciásteis las dichas de este mundo; vivisteis en la tierra sin conocer otra cosa que los sufrimientos, las privaciones y la penitencia... ¡Ya estareis en el cielo, donde Dios os habrá remunerado pródigamente los méritos que hicisteis aquí abajo!

VII.

Mi bondadoso y apreciable acreedor:

¡Conque se murió Vd...!

¡Dios le tenga en su gloria!

¿Me perdona Vd. la deuda?—¿Sí?—¡Toma!... ¡Ya lo esperaba de su generosidad!!!

Dígame Vd., ¿hay algo de cierto en eso de la metempsícosis?—¡Hombre... cuidado! ¡No sea Vd. atroz! ¡No vuelva Vd. á nacer, por María Santísima!

¿Quiere Vd. creerme? Hasta que murió Vd. estuve persuadido de que habia hombres inmortales... (¡No es broma!)—Y desde que ha muerto Vd., solo creo en la inmortalidad del alma.

Conque... hasta el valle de Josafat... donde me excusaré de pagarle... porque... como resucitará usted desnudo... no tendrá bolsillo en que meterse el dinero.

¡Abur!

VIII.

Jóven suicida:

Os matásteis... ¿y qué?

Las gacetillas de Madrid hablaron pedagógicamente del asunto.



Yo he olvidado ya vuestro nombre:—lo olvidé al minuto de leerlo.

Vuestra coqueta querida se convenció de que érais un adversario indigno de ella, y sonrió con desprecio.

Vuestra madre está loca de dolor.

¡Sois un infame!

¡Sois un mezquino!

Lo segundo es peor que lo primero.

Pues tan filósofo érais; pues tanto despreciábais la vida, ¿por qué no morísteis como Eróstrato?

Así, al menos, hubiérais llegado á la posteridad.

¡Qué! ¿No hay ya ningun templo de Diana que quemar para hacerse célebre?

¿No sabíais la historia del *lagarto de Jaen*?

## IX.

Muy señor mio y de mi mayor consideracion:

Mucho tiempo hace que no lee Vd. los periódicos. Antes, todas las mañanas, en la cama, despues del chocolate, pasaba Vd. la vista por el correo extranjero de *El Clamor Público*, y se levantaba Vd. tan satisfecho como si acabara de recorrer toda la Europa.

¿Cómo puede Vd. pasarse ahora sin saber lo que sucede en estos mundos de Dios?

## X.

D. Dimas:

¡Esto es un sacrilegio! Vuestros herederos derrochan el caudal que reunísteis gota á gota.

Vuestra avaricia ha engendrado su prodigalidad.

¡Qué abnegacion la vuestra, D. Dimas!

Vivísteis en bohardilla por ahorrar dinero, y vuestro dinero paga hoy un cuarto principal en que habita vuestro sobrino.

Vos comíais arenques: él come salmon.

Vos no fuísteis nunca al teatro: él va todos los días.

Y vuestro oro, vuestro amarillo, vuestro reluciente, vuestro querido oro, vuestras rancias peluconas corren que es un portento de garito en garito, de lupanar en lupanar.

¿Cómo no resucitais, D. Dimas, y recogéis vuestro dinero, y os comeis á vuestro sobrino?

## XI.

Duque:

Tu lacayo tiene la insolencia de vivir más que tú. El toma el sol, respira el aire y va al teatro de la Zarzuela, mientras á tí te comen los gusanos.

¡Duque! ¡Señor duque!

## XII.

D uerme al fin... ¡ah! sí, descansa, descansa en paz!  
¡Héte ahí más dichosa que yo!

Cuando mi aparente dicha era un sarcasmo en tu existencia;

Cuando tus desventuras me vengaban;

Cuando un prematuro otoño te brindaba frutos enfermizos, que no eran la rica presea de la vida, sino los esqueletos de tus flores;

Cuando, sin fé, sin amor, sin esperanza, era tu porvenir una maldición, tu pasado un remordimiento, tu presente un páramo de horribles decepciones;

Cuando, perdida la juventud del alma y la frescura del cuerpo, te mirabas y no te conocías, me mirabas y llegabas á conocerme, y á temblar, y á arrepentirte;

Cuando el mundo se alejaba de tí; cuando se des-

pojaba de tu vacío ser, como de una hoja seca; cuando no contaba contigo para su primavera próxima;

Cuando yo mismo apartaba los ojos de tu belleza muriente, y confiaba en olvidarte, y ponía hacia otras regiones el rumbo de mis días, y te dejaba sola en tu desesperacion,—como quien abandona una isla desierta;

Cuando tú te convenciste dolorosamente de que yo,—tu primero y último amigo, el mas fiel, el más generoso,—tambien te deshauciaba, tambien te huia...

¡Ah! ¿qué te restaba sino morir?

Moriste á tiempo.—Los ojos de los hombres se han vuelto hacia el último instante de tu vida, y lágrimas y flores y bendiciones te han acompañado á la tumba!

¡Has sabido morir!—¡Duerme en paz! ¡Reposa, reposa, al fin, despues de tan deshechas tempestades!

Ya estás redimida: tu sepulcro es tu pedestal,—y por la vez primera, despues de muchos años en que el orgullo me ha servido de mordaza, puedo decirte sin sonrojarme esta verdad, única de tu vida, que tanto te hubiera consolado en la hora de tu muerte:

*Nunca dejé de amarte.*

Madrid.—1855.

---





---

## LO QUE SE VE CON UN ANTEOJO.

---

### I.

Hacia la mitad del mes que viví encerrado (porque tal fué mi gusto) en el Castillo de Gibralfaro, sucedió que una mañana, despues de almorzar sosegada y grandemente, cojí un magnífico anteojó que habia puesto á mi disposicion el gobernador de la fortaleza, abandoné mi pabellon, y me dirigí hacia la batería de *Poniente*.

Aquella batería es una torrecilla almenada, que domina á Málaga más que ninguna otra.

¡Qué panorama tan sublime se descubre desde aquella torre!

Allí, montado en un obús de á 7, con el anteojó en una mano y una corneta en la otra, he pasado los dias mas tranquilos, mas uniformes, mas dichosos de mi vida.

He aquí mis operaciones diarias:

Contemplar el azul Mediterráneo, que se estendia á mi izquierda hasta donde una línea de azul mas oscuro que el cielo y el mar marcaba en los dias muy claros el contorno de la costa de Africa;

Ver á mis pies á Málaga, graciosa, apiñada, nueva, floreciente;

Estasiarme mirando las campiñas, que se dilataban á mi derecha hasta festonear los zócalos de las montañas;

Es decir: abarcar de una ojeada el mar, la poblacion y el campo, no teniendo sobre mí otra cosa que la inmensidad del cielo:

Ver salir el sol:

Verlo ponerse:

Esperar por la noche á la luna, como quien espera á una querida:

Saludarla cuando, al amanecer, caia rendida en los montes de Occidente:

Ver entrar en el puerto barcos de todos los paises...

O despedirlos cuando desaparecian hácia el estrecho de Gibraltar, hácia América!...

Seguir de noche la rotacion del Faro y sus reverberaciones en el agua:

Oir el canto del marinero y del pescador:

Contemplar la capital iluminada en medio de las tinieblas, como un ancho túmulo en una catedral sombría:

Escuchar el rugido ó el llanto de las olas, el zumbido de la poblacion despierta y la respiracion de la poblacion dormida, el *alerta* de los centinelas, el canto de las aves, el eco de júbilo de las campanas ó su toque de agonía:

Y por último, ver á los hombres caminar incesantemente, como hormigas, desde Málaga hácia aquel otro pueblecito de mármol que está detrás de la ciudad —el cementerio—, y pensar en que mi *pensamiento* era mas ancho que aquel horizonte y que aquellas estrechas vidas de la capital; mas ancho que el tiempo y que la distancia; tan inconmensurable

como el cielo que nos envolvía á mí y á la tierra en su ilimitado manto azul.

## II.

Hallábame, pues, aquella mañana en la tal batería, viendo con el anteojo á las lindas malagueñas que se creían mas inescrutables en sus gabinetes, patios ó azoteas, y saludando á mis amigos con tal ó cual toque de corneta, cuando en un momento de descanso, distinguí á la simple vista... allá, en la orilla del Guadalmedina, junto á una torre solitaria, un numeroso grupo de gente, enmedio del cual brillaban algunas armas.

Puse hácia allí la direccion del anteojo, y ví un ancho cuadro formado por unos quinientos soldados, fuera del cual se agitaba un inmenso concurso de todas las clases de la sociedad.

Un cordon flotante de gente enlazaba á aquella multitud con la próxima ciudad.

¿Qué era aquello?

Acostumbrado á los simulacros de los llanos de Armilla de Granada y del Campo de Guardias de Madrid, creí por un momento que iba á asistir á un ensayo de guerra... y me alegré!

¡Porque me gustan mucho los simulacros de guerra!

Busqué mas cómoda póstura, sentándome en un gran monton de granadas de á 7; apoyé el anteojo en una almena, y decidí no perder una evolucion, ni un rasgo de heroismo!

Pero ¡ah! esta vez no se trataba de un simulacro.

He de advertir que, merced al anteojo, distinguía yo hasta las caras de aquella muchedumbre como si las viese á dos pasos de distancia.

Estaba, pues, en medio del gentio... tocándolo con la mano.

De pronto ví aparecer por un ángulo de las filas una hilera de *Niños... de la Providencia*, como dicen allí; del *Hospicio*, como decimos acá.

Iban con sus saquitos negros, con su melancólica apostura, con su triste condicion en la frente.

—¿Qué representaban allí aquellos párias de la humanidad?

Formáronse á lo largo del cuadro y en medio de él, quedando inmóviles, con las manos cruzadas.

Una sospecha me hirió el corazon.

Las oraciones y las armas solo van unidas delante ó detrás de la muerte.

El dia se iba ennegreciendo á mis ojos.

Un hombre entró en el cuadro de tropa, llevando un mueble sobre los hombros.

Dejólo en tierra.

La interposicion de su cuerpo no me dejó clasificar aquel mueble; pero, en cambio, advertí que lo clavaba en el suelo.

Apartóse el hombre en seguida... y ya lo comprendí todo.

Era una silla cenicienta, sin mas espaldar que un palo, y con un solo pie, hincado ya en la tierra.

Iban á fusilar á un hombre.

### III.

Espectáculo nuevo para mí, que solo habia visto dar garrote cuantas veces habia podido.

Hace cuatro años, emprendí un viaje solamente por ver una ejecucion.

¡Qué quereis! Yo gozo en eso.

Me gusta ver á la sociedad entera, representada por



el clero, la magistratura, el ejército y la muchedumbre popular, reunir sus fuerzas—mandando, no prohibiendo, consintiendo y no protestando—para matar á un hombre solo, indefenso, atado, enfermo.

Me gusta, sobre todo, considerar allí variâs cosas.

Y cuando cae el telon; cuando muere el protagonista, me gusta tambien escuchar, ó creer escuchar, este grito, que sale, ó parece salir, de la boca de todos aquellos millares de verdugos:

—¡ALLELUIA! ¡La sociedad se ha salvado!

Mientrascada corazon va murmurando sordamente:

—¿Qué hemos hecho?

A lo que responde la conciencia:

—¡Dios lo sabe!

Y contesta la naturaleza:

—¡Algo muy horrible!

Son diálogos mudos que todos habeis oido con las orejas del alma.

#### IV.

Pasó media hora.

El cordon de que he hablado; aquel cordon de curiosos, ávidos, como yo, de masticar el manjar crudo y acre de una emocion tan estrema; aquel cordon de verdugos, debo decir, se abrió en dos filas y dió paso á un silencioso y grave cortejo.

Componianlo un hombre, que llevaba un estandarte lúgubre de color violado; diez ó doce guardias civiles; unas veinte personas decentes —hermanos de la caridad sin duda— (digo *decentes*, porque vestian frac); cuatro elérigos, y un soldado.

Un soldado—yo lo veia entonces por detrás—de mediana estatura, enjuto de carnes, con el hueso

occipital estrecho y alto (señal de estupidez), el pelo lacio, negro, lustroso, las orejas pequeñas y muy encarnadas, y el cuello delgado, moreno, erguido, amoratado por la fiebre.

Vestia el tosco capote del soldado de infantería; pero suelto, desceñido...

Una gorra de cuartel cubria su cabeza.

Aquel *negligé* era espantoso.

Iba atado por las manos, cruzadas sobre la espalda.

Un carabinero asía la punta de la cuerda.

Carabinero debia ser tambien el reo, pues en todo el aparato de la ceremonia descollaban los uniformes de color de castaña. El capote de infanteria debia de ser una especie de hopa militar consuetudinaria.

Detrás del sentenciado iban dos hombres.

El de la derecha conducia una gran cesta con viandas, por si la víctima queria comer antes de morir.

¡Oh caridad sin ejemplo!

Ved la hiel y el vinagre.

El de la izquierda llevaba sobre sus hombros un ataúd. Esto ya consolaba.

Habia otros hombres dignos de ser mencionados.

Por ejemplo:

Un espendedor de bollos, tortas y merengues, que aprovechaba aquella solemnidad y aquel concurso para hacer una ganancia loca:

Varios espectadores, que amenizaban el rato comiendo á dos carrillos:

Y el entierro, que esperaba en el rio á que hubiese cadáver que enterrar...

## V.

Retiré el anteojó con ira.

El espectáculo se desvaneció como un sueño.

Y me hallé solo.

Allá percibíase un hormiguero, una mancha negra sobre el campo, la sombra de una nube...

Hé aquí todo.

¡Qué pequeños somos los hombres mirados desde una elevacion de cien piés, ó á mil pasos de distancia!

¡Qué cómicas son nuestras seriedades, qué inciertas y risibles nuestras justicias é injusticias!

Cal móse súbitamente mi indignacion.

Todo aquel horror que iba á verificarse parecíame, desde tan lejos, un juego de niños, una danza de muñecos movidos por resortes, una lucha de insectos sobre la superficie de un lago.

¡Qué mezquino, qué insignificante era todo lo que habia visto, todo lo que esperaba ver, comparado con el sol, con el mar, con el cielo, con aquellos tres grandes reflejos de Dios que habia en torno mio!

Entonces exclamé á gritos, como si pudiera ser escuchado:

—¡Miserables! ¿Qué vais á hacer? ¿Qué entendeis vosotros por *fuerza*, por armas, por justicia, por leyes? Si rodára un grano de esa montaña, os aplastaría á todos, jueces, soldados, criminal y verdugos! ¡Si avanzase un poco la más pequeña ola de ese mar, os sorbería como á granos de arena! Si Dios desencadenase á cualquiera de los ejecutores de su justicia, á la tempestad, á la peste, al terremoto, ¿creeis que solo mataria á ese pobre reo? ¡Vosotros, que os llamais inocentes, moriríais al par del culpable! Esa muerte, ese hecho de matar que teneis en tanto porque no sabeis hacer otra cosa, ¿no os recuerda ¡imbéciles! que estais sentenciados todos, y que si respirais, si vivís, si teneis accion para matar á nuestro hermano, lo debeis á la clemencia de un insecto que no emponzoña vuestra sangre, ó á la piedad de un soplo de viento que no os borra de la superficie de la tierra?

VI.

Cojí de nuevo el anteojó, y en un momento me hallé otra vez en medio del teatro del suplicio.

El reo, abandonado ya á los sacerdotes, marchaba atónito por el centro del cuadro.

De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba la luz, el dia, el sol, el cielo.

Aquello, hecho maquinalmente, significaba sed instintiva de libertad.

Luego, parándose, miraba á su alrededor.

Estoy seguro de que veia mil millones de hombres y de bayonetas.

¿Quién no ha soñado alguna vez que va al cadalso?

Entonces los clérigos le presentaban un crucifijo.

Y el reo andaba.

Todo el afán de los ministros era estirpar en él aquellos deseos de libertad, última, loca y suprema esperanza de la desesperacion, y hacerle ver apetecible aquel martirio, aceptable aquel banco, gloriosa aquella muerte.

Yo no oia ni podia oir.

Pero veia la enérgica y elocuente gesticulacion de uno de los sacerdotes; veia sus inspirados y santos ademanes, la fé con que estrechaba al Crucificado, la noble llama que brotaba de sus ojos, las tiernas caricias que hacia al insensato reo.

Veia esto, y veia á la víctima caminar con paso firme, resuelto, decidido.

Estaba ansioso de entrar en aquella otra vida que le ofrecian, vida donde ya no seria juguete de tantos lobos sanguinarios, vida donde no habria capitanes, ni coroneles, ni fusiles, ni nada de lo que habia caido sobre él en un momento.



¡Ah! ¿Quién, sino la religion, convenceria á ese hombre de que la muerte es la felicidad?

¿Quién, sino ella, le haria asir el cáliz con mano tranquila y llevarlo mansamente á los lábios?

¿Quién, sino tú, divina religion de los cristianos, quitaria su baldon, su escándalo, su ignominia, su terror, su miedo, su espanto á esa muerte súbita, instantánea, traidora, á esa renuncia de todo lo que siempre se ha querido, la familia, la patria, el aire, los placeres, el amor, la vida?

¿Quién, sino tú, apagaria el instinto de la carne, de la sangre, de los nervios, que lo retraen, que lo apartan de aquel sitio, que le impulsan á que luche, á que se resista, á que se retuerza, á que rabie, á que muerda, á que patee, á que diga, en fin, que no, que no quiere morir... que no quiere?

Ved aquí el mas grande triunfo del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo.

A estos triunfos deben propender todas las religiones.

.....

El sacerdote se sentó en el banquillo.

Y el horror perdió su prestigio funesto.

Y el banquillo quedó purificado.

El ministro de Dios no se habrá olvidado de decir á ese manso cordero que Jesucristo sufrió la misma afrenta.

El reo se arrodilló á los piés del sacerdote.

Empezó la confesion.

¡Reo! ¡acúsate de que eres hombre y de qué vives entre los hombres!

Ya os diré, lectores, antes de concluir, cuál era el crimen de aquel pobre hermano nuestro.

El reo se sentó á su vez en el banco.

¡Ni un movimiento de repulsion!

Yo lo veía ya de frente.

Era joven; había regularidad en su semblante; tenía la barba algo crecida, los ojos vagos, la tez cárdena y lustrosa.

Atáronlo, y no se resistió.

Ni tembló siquiera.

Sin duda estaba ya imbécil.

Le vendaron los ojos...

¡Ay!... quedaban pocos minutos.

Él lo sabía... y no botó sobre el patíbulo; y no dió un grito espantoso; y no exclamó, reventando: «¡mi vida! ¡mi vida!»

¡Él, un hombre tosco, sin reflexion, sin ideas, sin capacidad para el heroísmo, sin condiciones de mártir!

¡Oh religion! ¡Qué inagotables son tus consuelos!  
¡Cuántos bienes derramas sobre la tierra!

Cuatro compañeros de aquel hombre atado, vendado, inmóvil, agonizante y lleno al mismo tiempo de vida, de robustez, y de salud... cuatro carabineros, cuatro amigos suyos tal vez, se destacaron de una fila, avanzaron al centro, trazando una siniestra diagonal, con paso acelerado, alevoso, maldito, y se pararon en frente del condenado.

Debió de oír preparar... debió de oír la voz de mando...

Los cuatro soldados se echaron las carabinas á la cara.

Los cristales del anteojó se enturbiaron... y no ví mas.

Acaso eran mis ojos los que se enturbiaban.

Me levanté poseído de un rapto de ira; golpeé mi frente con mis manos, y miré al sitio fatal.

Allí estaba el hormiguero.

Encima de él, oscilaba un poco humo.

La naturaleza continuaba tranquila, risueña, palpitante bajo las caricias del sol, como una mujer enamorada.

La mar, el campo, la atmósfera, todo habia permanecido indiferente ánte la ridícula soberbia del hombre.

## VII.

Despues supe que aquel infeliz pasado por las armas se llamaba Juan Perez Fernandez, soltero, natural de Boal (Asturias), carabinero, de 31 años.

Su delito consistia en haber dado un ligero golpe á un sargento, en ocasion que este le insultaba por una cuestion de amores!!!

En la legislacion civil, es esto una falta y se castiga con cinco dias de arresto.

En la legislacion militar, es una insubordinacion y se castiga con la última pena.

En la legislacion de Dios... ¡Dios juzgará á su vez!

Granada.—1854.

---





---

## EL AÑO NUEVO.

---

*Ecce nunc in pulvere dormiam  
et si mane me quæsieris non subsistam.  
(Job.)*

### I.

Cuando algunos lunes por la mañana, al tiempo de vestiros, reparais en que el chaleco no pesa lo suficiente y os preguntais con asombro: «¿Qué he hecho yo de la paga de este mes?» acuden á la imaginacion tan pocas cosas dignas de aprecio, que apenas encontrais haber disfrutado placeres ó adquirido mercancías equivalentes á tres reales de vellon.

Pues lo mismo acontece cuando en la mas melancólica de las noches,—la noche de San Silvestre, confesor y papa,—os preguntais con cierto calofrio de disgusto: «¿Qué he hecho de los 365 dias y seis horas de este año?»

Y en esta como en la otra ocasion, apenas recordamos cuatro estremecimientos de tal ó cual especie; corbatas que se rompieron; guantes que se ensuciaron; una embriaguez de amor ó de vino que se des-

vaneció en el aire; días de gloria ó de trabajo que terminaron en su infalible noche; conversaciones que se llevó el viento; funciones de teatro que se oyeron y de que no recuerda uno ni el nombre de los personajes; ratos de frio y de calor; mucho desnudarse y vestirse, acostarse y levantarse, dormir, soñar, despertar, cansarse, comer, volver á tener hambre, y comer de nuevo; haber llorado unos días creyendo un dolor eterno; haber reído y gozado mas que nunca pocos días despues; soles de primavera que se pusieron; lluvias que cayeron y se secaron... ¿Y qué mas? Nada mas: y lo mismo siempre: y el año pasado como el anterior, y el año que llega como el que acaba de pasar, y todo sopena de morirse.

¡Ah! si fuéramos una persona grave, diríamos aquí que los años son cifras hechas en el aire con el dedo:

Que la vida es una lucha con la muerte, lucha en que el hombre se bate en retirada hasta que la muerte lo pone en la del rey y le da con la puerta en los hocicos:

Ó que no hay vida ni muerte, sino que la muerte es el olvido de la vida, como la vida es el olvido de la muerte.

Encuentro á un niño, y le pregunto:

—¿Adónde vas?

—Voy á la vida, me responde con ánsia y curiosidad.

Encuentro á un anciano, y le pregunto:

—¿De dónde vienes?

—Vengo de la vida, me contesta melancólicamente.

Recorro entonces (recorriendo estoy por mejor decir) los años que median entre el niño y el anciano, diciéndome «aquí debe de estar la vida,» y busco, y miro, y palpo, y encuentro que la vida es un centenar de pórticos que se suceden en forma de galería.

En el frontis de los cincuenta primeros dice *MAÑANA...* *MAÑANA...* *MAÑANA...* En el de los cincuenta últimos dice: *AYER...* *AYER...* *AYER.* Me paro entre el último *mañana* y el primer *ayer*, y tiendo los brazos y digo: «Este es la apogeo de la existencia: aquí vienen ó de aquí vuelven todos los peregrinos: veamos el objeto de tan penoso viaje: ayer esperaba; mañana recordaré: entre estos dos pórticos está la vida...» y me hallo solo conmigo mismo, abrazando contra mi corazon la sombra y el vacío, consumiendo un dia cualquiera como el pasado y el futuro, *esperando ó recordando*, pero nunca *poseyendo*, y entonces no puedo menos de repetir aquel aviso que un panadero puso á la puerta de su tienda: «Hoy no se fia; mañana sí.»

¡*Año nuevo*, señores! El almanaque lo dice y debe de ser verdad. En cuanto á mí, creo que es mas *viejo* que el anterior.

*Año nuevo*, señores, es como si dijéramos *levita nueva*. Yo encuentro siempre mas agradable la levita usada que arrojamus á los pobres, que la nueva que el sastre nos endilga. ¿Quién sabe si el año que hoy estrenais habrá de ser vuestra mortaja?

¡*Año nuevo!*—¿Por qué? *Año limpio* fuera mas exacto. El año que empieza es el mismo que ya conocemos. Es ese traje de cuatro remiendos que han llevado todos los hombres, todas las generaciones, todos los siglos!

Es un cómico que murió anoche sobre las tablas y principia hoy á representar la misma tragedia. Es el sol de ayer que se ha rejuvenecido bañándose en los mares de Occidente. Es una ópera repetida.

Ahora bien, por si alguno no recuerda su argumento, voy á tomarme el trabajo de relatárselo.

## II.

Cuando en el mes de noviembre próximo se vista de luto el año para representar el último acto de esta ópera; cuando las hojas que aún no han brotado hoy los árboles caigan al suelo marchitas...—porque brotarán y caerán segun costumbre;—cuando los tísicos y los pámpanos vuelvan á la madre tierra, dejándonos, aquellos sus obras, si son artistas, y estos su vino, sus uvas ó sus pasas..., los estudiantes de medicina que hayan sido aplicados tendrán un año más de carrera, lo que hará palpar de orgullo á sus señores padres, que dirán muy seriamente, como si esto no fuese un absurdo, que su chico *no ha perdido el año*. Y en efecto: su chico sabrá cómo se respira y se digiere, y hasta quizá donde reside el alma, y las relaciones de esta con los nervios... En consecuencia de todo lo cual padecerá sus correspondientes dolores de estómago, habrá ganado un año universitario y perdido otro de vida, y se morirá como esos gladiadores que espiran diciendo á su enemigo: «Me ha matado usted en cuarta.»

Mas no seamos tan descorazonados. Puede que el año neófito encierre algo mas agradable que lo conocido hasta aquí. ¿Quién sabe si durante él variará la forma de los cuellos de camisa, ó la situacion de Europa, lo cual, al llegar otro San Silvestre, nos consolará de tener una arruga mas ó un cabello menos?

¡Esperemos, señores! En un año nuevo pueden suceder muchas cosas nuevas. V. gr.: El año difunto ¡bendito sea él! ha respetado la vida de algunas personas que amamos... (¡Año misericordioso! ¡ha preferido su propia muerte!—Parárase el tiempo, aunque no conociésemos las modas que han de venir, los reyes que



han de reinar y los grandes inventos que aún me prometo del hombre, y no correrian peligro de morir nuestros padres, hermanos y novias). Pero el tiempo no se pára; el tiempo corre; tenemos año nuevo; preparad los lutos; si no para este año, para el que viene; si no, para el otro: pensad que cada primero de enero es una amenaza.—Ahora, si quereis libraros de este disgusto, podeis moriros de antemano.

¡Salud á 1839! ¡A la nueva incógnita! Pero haga Dios que la historia no lo registre en sus páginas; que la historia es casi siempre una palabra de consuelo escrita con lágrimas y sangre, y las palabras vuelan que es un contento.

He reparado que los niños se burlan de los viejos.

He reparado tambien que los ancianos que llegan á ver viejos á sus hijos, los tratan con aquella ofensiva ternura, con aquel miedo y aquella consideracion que nos inspiran las personas que nos deben sus desgracias.

He reparado, por último, que las madres sienten que sus hijos se hagan hombres *hechos y derechos*.

Pero, como íbamos diciendo, ¡salud á 1839! ¡Al año nuevo, que llega ataviado con sus cuatro estaciones, su dia del Corpus y su dia de Difuntos!

Será este año tan largo como el año 14 del siglo iv, salvo el deficit que cubrió despues la correccion Gregoriana. Y tan perdido quedará en el tiempo el año que empieza hoy, como el año que acabo de citar. Y lo veremos despues en la moneda, en las portadas de los libros y en las losas de los sepulcros, como á esas amadas de ocho días, cuyas dulzuras no comprendemos al cabo de ocho años.

¡Ah! pero vendrá la primavera de 1839! La creacion empezará á retozar como un potro de seis meses. Los valles y las laderas abrirán al público sus perfu-

merias. De Africa y de Oriente llegarán compañías de pájaros á cantar *gratis* lo que Dios les haya enseñado: se tenderán alfombras en los campos: doseles de verdura cubrirán los bosques: el sol atizará sus caloríferos, y el aire se dilatará tibio y amoroso como un animal acariciado. La luna y el sol, que habrán andado cada uno por un trópico durante seis meses, se encontrarán en el Ecuador y saldrán á pasear del brazo por un mismo punto del Oriente. Entonces se armará la de Dios es Cristo. Desde las hormigas hasta las águilas empezarán á hacer de las suyas: todo será luz, perfume y armonia: todo amor y reproduccion. El aire se poblará de aves, la tierra de insectos, el ambiente de átomos bulliciosos. Y todos se dirán: *¿Me quieres?* — Y ni de noche habrá silencio ni quietud. Las mismas estrellas se requebrarán en lo alto, sólo que, como mas sublimes, se dirán: *¡te adoro!* A todo esto los rios se desperezarán contra las guijas de su lecho, dando estirones para llegar pronto á la mar salada, coquetona que los acoge á todos en su seno y les chupa su caudal, que gasta luego en comprarse papalinas de nubes y anchos peinadores de niebla.

Tal será la primavera de 1839.

Pues bien: en esos dias tentadores; persuadidos por esas músicas, embriagados con esos aromas, desvanecidos en ese aire voluptuoso, los adolescentes que no han amado todavia sentirán escaparse de su corazon la primera bocanada de fuego; sentirán serpear por sus venas una sangre mas activa: verán en el aire luces de colores, y llorarán sin saber por qué. ¡Amarán entonces por vez primera! ¡Año dichoso para ellos! ¡Año inolvidable! ¡Año verdaderamente *nuevo*! ¡Nuevo para ellos solos! — Me parece que les oigo decir *sotto voce*, estas dos palabras

infinitas que se escapan de nuestra alma en los momentos solemnes: ¡*Siempre!* ¡*nunca!*

¡*Siempre* y *nunca* hemos dicho todos! ¡*Siempre* y *nunca* nos han dicho tambien! Pero luego llega el año-nuevo, y despues el otro año... y acaba uno por estremecerse al pensar que hay años-nuevos!

Así va siguiendo el argumento de la ópera. Yo lo tengo al dedillo, y en verdad que no me alegro mucho.

Pero, en fin, por conocida que sea la funcion, por triste que sea oirla de nuevo, sabiendo en qué ha de venir á parar, siempre habrá un consuelo para nuestro corazon y una moraleja para este artículo.— Son del tenor siguiente:

Figuraos que ayer, dia 31 de diciembre de 1858, á eso de las once de la noche, de esa noche que parece mas tenebrosa que ninguna, porque es la noche de un año al par que la de un dia, dísteis en la antigua manía de pensar en la brevedad de la existencia: figuraos que ademas estábais tristes porque habiais perdidopara siempre alguna prenda adorada; la madre que rizaba vuestros cabellos cuando niño, ó el padre que os esplicó la naturaleza, ó la mujer que iluminaba vuestra alma, ó el amigo que hospedábais confiados en lo mas íntimo del corazon: figuraos, en fin, que aun eran los tiempos del romanticismo, en que se estilaba ir á llorar de noche á los cementerios, y que vos érais romántico y os dirigísteis allá á la vaga luz de los luceros.

Pasemos por alto el frio que anoche haria á esa hora fuera de puertas, y supongamos que os sentásteis en una sepultura, en la sepultura querida, y que fijásteis los ojos en el cielo.

Miles de astros ardian en el sitio de siempre, como arderán el dia de San Silvestre del año de 2858, si

entonces no se ha trasladado esta fiesta á otro mes, y como ardian hace cinco mil años, cuando San Silvestre aun no habia venido al mundo.

El cielo infinito y trasparente; la tierra oscura y limitada; la capital de los vivos que dejásteis á vuestra espalda bailando y echando los *años*; la capital de los finados tan inmóvil y silenciosa como si no la habitara nadie; la poca historia que habeis leído y la mucha poesía que teneis en el alma, todo se agolpó en aquel momento á vuestra imaginacion, y empezásteis á pensar en cosas tan grandes y extraordinarias, que la lengua no tendria palabras para verterlas.

Las almas de los muertos, encarnando en vuestra memoria (permitidme la frase), vagaban entre vos y el cielo, y lágrimas ardientes bañaban vuestras mejillas. Todo el amor, toda la caridad, toda la virtud que economizais en el mundo y la justicia que echais de menos en la tierra daban gritos por salir de vuestro corazon..... Ello es que sollozábais sin saber por qué.

—No han muerto, no, deciais, ni los seres que lloro, ni las virtudes que no practico: no han muerto ni mi fé, ni mi entusiasmo, ni mis padres y maestros, ni mis amigos y mis amores; no han muerto, no, mi inocencia, mi esperanza, mis creencias, mi alma, en fin! ¡Mentira y vanidad es cuanto ansié en la tierra; mentira y vanidad aquella vida; mentira y vanidad el poder y las riquezas y los honores; pero mi alma, pero mi llanto, pero mi Dios no son ni vanidad ni mentira!

Supongamos que en este momento dieron las doce los relojes de Madrid.

¡Era año-nuevo!

Los muertos no añadieron un guarismo á la losa



de su sepultura, ni los astros brillaron mas ni menos que el dia de la creacion.

Entonces dijisteis:

—Para las tumbas y para el cielo el tiempo no tiene medida. El alma carece de edad; y mientras caen deshechos los ídolos de barro que erige la soberbia del hombre, el espíritu se purifica en el destierro para asistir al banquete de la inmortalidad. Las creaciones de Dios serán eternas como él mismo. El tiempo es el verdugo del que duda y el amigo del que espera.

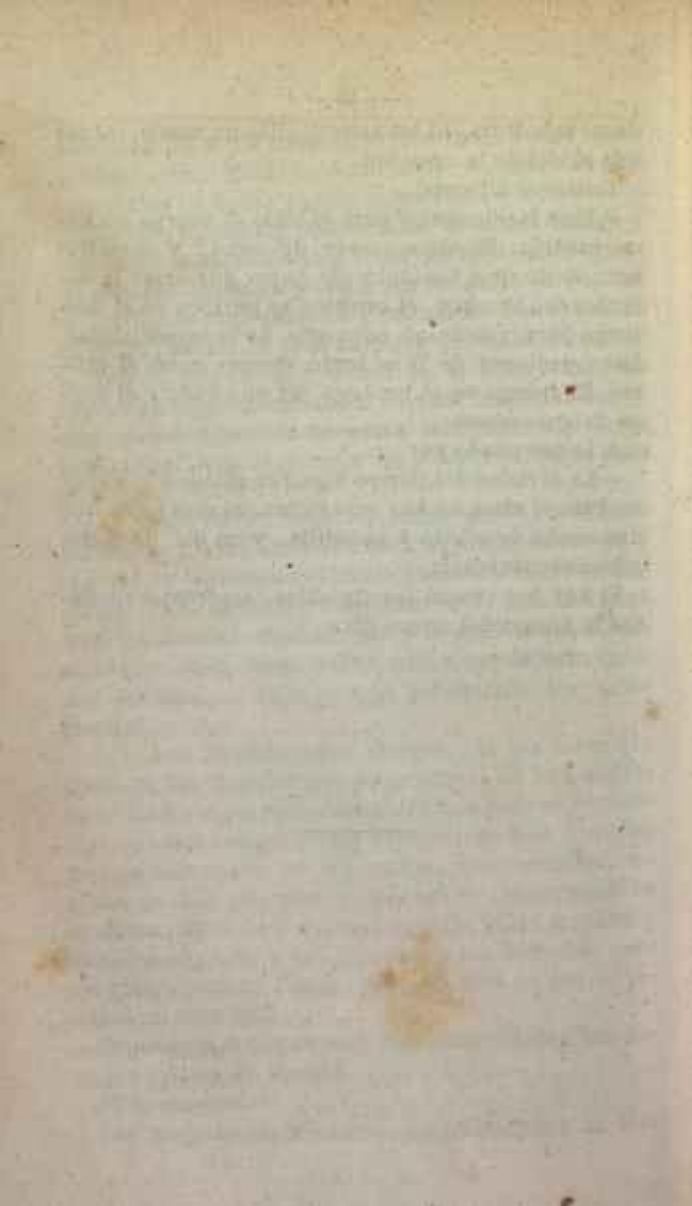
A lo que añadido yo:

—La division del tiempo significa miedo á la muerte. Para el alma no hay mas siglos, ni mas años, que una noche de miedo y pesadilla, y un dia de gloria y bienaventuranza.

Si hoy nos cercan las tinieblas, esperemos confiados la aurora del nuevo dia.

Madrid.

---



---

# LA FEA.

---

## AUTOPSIA.

—¡Creo en el diablo...!

—¡Y yo en Dios...

Ambos estaban en su papel.

(BALZAC.)

### I.

El asunto no puede ser mas dificultoso.

Todos saben lo que es una *fea*; pero no todos lo comprenden: han visto el abismo; pero no han medido su profundidad.

El retrato de la *fea* es mas que una descripcion, mas que un análisis fisiológico, mas que una autopsia moral: es un problema filosófico, social, religioso, presentado en primera instancia á la resolucion de la justicia humana, y en apelacion á la justicia divina.

NOTA. Parecerá extraño que ni una vez, en el curso de esta disertacion, nos hagamos cargo del *feo*; pero advertiremos de paso que este es un ser imaginario, un nombre convencional: el *feo* no existe, ó, mas bien dicho, todos los hombres pertenecen al *sexo feo*; y sabido es que en un pueblo donde todos fuesen reyes, no existiría ningun' rey.

La cuestion versa, pues, acerca de las escepciones del *bello sexo*.

## II.

En la dilatada familia de las *feas*, como en todas las razas clasificadas por los naturalistas, hay un prototipo, un modelo, un ser primitivo de pura casta, figura clásica en su género, sublime y refinada.

Este ideal es el que perseguimos.

Para encontrarlo imitaremos á Linneo.

En primer lugar hay *fea natural* y *fea accidental*.

*Fea natural* es la destinada *ab initio* por el Criador para mártir.

*Fea accidental* es la que, por efecto de viruelas, epilepsia ú otro cualquier accidente, se vuelve *fea* despues de nacida.

Por consiguiente, la *fea natural* es la genuina; puesto que trae en su alma los gérmenes de su mision; es decir, que la naturaleza, siempre pródiga, la ha dotado de un alma de *fea*.

En cuanto á la *fealdad accidental*, no imprime carácter.

La *fea natural* se subdivide en *graciosa* y *sin gracia*.

La *fea graciosa* no pertenece á este artículo: la *gracia* es una segunda belleza, que suple por la primera, y á veces la sobrepaja, neutralizando sus efectos.

La *fea-natural-sin-gracia* camina ya al perfeccionamiento del tipo, y aun se distingue en *discreta* y en *tonta*.

La *fea-natural-sin-gracia-tonta*, puede decirse que no existe; mas cuando se da este fenómeno, acontece que las cualidades se desvirtúan mutuamente, produciendo un resultado néutro, estéril para la *fisiología-moral*.

Lo probaremos.



La *tontería de la fea* no es otra cosa que un velo de ilusion colocado ante sus ojos, mediante el cual se cree bonita y atribuye á *respeto* el desden de los hombres, propalando que no quiere casarse; ¡cosas todas que se cree la infeliz á puño cerrado! Esta especie presumida y pedantesca, donde no obra el espíritu corrosivo de la fealdad, abunda poco en las *naturales*, siendo muy comun en las *accidentales*.

Por el contrario, la *fea-natural-sin-gracia-discreta*, la *fea* sensible, la *fea* convencida de que lo es, adquiere un ciento por ciento de importancia filosófica, y es la que vamos buscando.

Pero aún puede perfeccionarse mas la especie, haciendo una cuarta clasificacion en *rica*, *pobre* y *de la clase media*.

La *fea-natural-sin-gracia-discreta-rica* apenas puede concebirse.

Es un racimo de palabras huecas.

*Fea* y *rica* no puede ser.

El oro es la luz, y la luz disipa las tinieblas.

La fealdad, ceñida con la aureola de *D. Feliz Utroque*, se convierte en hermosura, ó, cuando menos, es adulada, festejada, mimada por los codiciosos.

La *fea rica* se casa, y por lo tanto degenera.

Convengamos en que no existe.

La *fea-natural-sin-gracia-discreta-pobre*, es un pleonismo, una redundancia.

Volved del revés las razones antedichas.

*Pobre* es sinónimo de *fea*.

Los harapos por sí solos nos hacen quitar los ojos de la persona que los lleva.

Las manos negras nunca son bien formadas.

Un rostro súcio y asoleado, un cabello desaseado y revuelto, el olor de Dulcinea, y otras circunstancias por el estilo, convierten á la *mujer*, cuando más, en

*hembra*, si ya no es que la reducen á *cosa*, y *cosa* vitanda por mas señas.

Además, las bocas con hambre nunca son bonitas. La lástima es enemiga del amor.

Esto en cuanto al que las vé.

Por lo que hace á las mismas *pobres*, tampoco se dan cuenta de su deformidad.

O, mas bien, no sienten su complicado dolor.

Cuando se piensa en el estómago se olvida lo demás.

Acaso tambien la fealdad evita tormentos á la pobreza; porque quita á la doncella indigente la posibilidad de pretendientes y pretensiones, privándola además de los refinamientos de juicio que proporciona la educacion.

O, lo que es lo mismo, le evita la infamia, el rencor y hasta mucha parte de la conciencia de su desgracia.

De consiguiente, queda el tipo desprestigiado.

Hémos, pues, ya enfrente de nuestra heroína: la *featural-sin-gracia-discreta-de-la-clase-media*.

¡De la clase media!

Pesad esta circunstancia.

Ni noche ni dia...

Siempre crepúsculo.

¡Agonía eterna!!

### III.

La fealdad es necesaria: sin fealdad no hay belleza: donde todo es igual, nada es sublime: de la comparacion brota el mérito: si todas las mujeres que hay en la tierra fuesen *Adrianas de Cardoville* ó *Dianas de Meridor*, se buscaria una *fea* como un tesoro inapreciable, ó mejor dicho, lo *feo* seria entonces lo *hermoso*.

Hay, sin embargo, una compensacion, á que ya hemos aludido.

La *fea nata*, ó mas bien *innata*, recibe en el vientre de su madre una grande alma, hermosa, sensible y fecunda en ingenio.

Apelo á todos los jorobados de la tierra.

Despues estas *almas* de *feas* son torcidas, escépticas, lúgubres, desconfiadas... ¡lo sabemos!!!

Pero es que la sociedad las vicia.

¡La *fea* que no sea santa tiene que ser diablo!

¡Mas conseguid una vez meteros en el corazon de una *fea*: atravesad con vuestro afecto ó vuestra compasion aquellas cortezas de desengaños, de desprecios, de angustias secretas, de decepciones horribles, y encontrareis el mas puro oro, las mas celestiales lágrimas!

#### IV.

Nace la *fea*; todos le ponen mala cara: el padre retrocede: la madre se abochorna: despues la compadece... finalmente la oculta.

No está orgullosa de su hija... Acaso teme tambien que diga alguna comadre:—¡*Vecina*, *tiene un aire de usted!*

A esta hijastra de la naturaleza se la cree indigna de un nombre francés ó italiano: se llamará (nada de Julia, nada de Eduarda, nada de Isolina, nada de Amelia) Anselma, Bonifacia, Cuasimoda ó cosa de este jaez.

Los primeros años de la *fea* los ha descrito admirablemente Honorato Balzac en aquellos tipos relegados, encogidos, tímidos, dolientes, que aparecen en algunas de sus obras como víctimas de la doméstica tiranía y juguetes de la cruel hermosura.

Es de advertir que hay *feas* de *Jesus!* de ¡*Jesus María!* y de ¡*Jesus María y José!*

La última da compasion. Un mónstruo no es mujer.

La primera puede agradar á un escéntrico.

La del *medio* es fatal, la predestinada.

Otra vez término medio.

Desgarbada, verde, larga de piernas y brazos, con el cuello de agarrotada, las manos huesosas, la mirada repugnante, aunque impregnada de cierta melancolía, la boca inútil para la risa,—meteorito fisonómico que en ella es una atroz descomposicion,—sin armonía en las facciones, con la boca algo distante de la nariz, con la nariz demasiado cerca ó demasiado lejos de los ojos, con los dientes dislocados, con las orejas un poco grandes...—¡Héla ahí!

Es hábil, ingeniosa: ella sola se ha enseñado á leer, á escribir, á coser, á bordar, á hacer calceta, á picar papel y á fabricar dulces, flores de trapo y otras manufacturas primorosas.

Sabe religion y moral; tiene todo el almanaque en la memoria y el *Flos sanctorum* en la punta de los dedos; conoce muchos cuentos de vieja y muchas consejos de brujas, y es muy beata.

Me parece inútil deciros que todas estas habilidades son nuevas ridiculeces á los ojos de sus hermanos, de sus amigos y de todo el mundo, escepto á los de su madre.

Su madre le tiene un rencoroso amor, una profunda lástima: comprende su situacion y adivina su porvenir... La esconde, la protege y la quiere mas que á todos sus hijos... al cabo de cierto tiempo.

¡Por que la hermosura no sabe sentir nunca la abnegacion santa de la fealdad, y la abnegacion de los hijos debe ser la delicia de los padres!—Además que ya ha dicho Luis Eguilaz, con muchísima razon, que «siempre el padre quiere más al hijo que vale ménos.»

Una fea no tiene *amor propio*. Hé aquí la fuente de



mil virtudes, que al cabo se envenenan. ¡Ay! sabido es que las aguas mas puras, si se estancan y no encuentran desahogo, concluyen por corromperse.

Y, sin embargo, la *fea*, durante su niñez, no cambiaria sus habilidades y su talento por la imbécil belleza de sus hermanas...

Aun no sabe lo que le espera.

Aun no conoce el amor...

Va á llegar á los catorce años.

Aquí empieza la epopeya de los sufrimientos, la elegía del dolor.

Ha madurado el fruto.

La bÍlis toma incremento... La corona del martirio va á caer sobre la víctima.

¡Pobre fea!

## V.

Es de noche.

Estamos en un baile de confianza de ciudad de cuarto orden; en uno de esos bailes improvisados que empiezan los domingos por la tarde, despues de una procesion.

Hay un velon sobre una mesa: un jóven toca la guitarra en un rincon, y diez ó doce señoritas, vestidas de medio color, con trajes de lana y sin guantes ni prendidos, forman la femenil constelacion del sarao. Son hijas de lo mejor, de lo principalito del pueblo. Quince ó veinte jóvenes las están bailando hace dos horas: el júbilo es inmenso; la media luz favorable; el wals loco, rápido, jugueton... Ya se atropellan; ya se caen...—Las esteras de esparto tienen esta ventaja.

Las madres, sentadas al brasero, velan por el orden público.

Las muchachas son alegres, bonitas algunas, agradecidas otras...

Hay una sobre todo que lleva la palma... Todos quieren bailar con ella... Es una de esas beldades que donde quiera reinan, donde quiera dominan...

Hay otra en un rincon que todavía no ha bailado ni una sola vez.

Es la *fea*.

Desde allí acecha, mira, devora.

¿Por qué no la sacan á ella? ¿Por qué no le dicen aquellas tonterías tan deliciosas que pueblan la sala? ¿Por qué no se sientan los hombres á su lado? ¡Qué bello es aquel jóven! ¡Qué grato será ir en sus brazos, empujada por la música! ¡Ah! Se acerca á ella... la mira con lástima... ¡Oh nuevo puñal!

La compasion solamente lo ha conducido.

Ya llega...

La ha sacado á bailar.

¡Oh! ¡Pero qué levemente coge su talle! ¡Su talle que tiembla de placer! Apenas toca su mano... ¡Qué frialdad! ¡Está cumpliendo con un deber!

Y, sin embargo, ella tiene quince años y encierra mas amor en su alma que olas amargas el Océano.

Y, á pesar de esto, ella agradece aquel nuevo insulto. ¡Ella ama á quien la ha compadecido!

¡Si se atreviera á hablarle!

Pero él está distraido... tal vez fastidiado...

Se acaba el wals... ¡Se han reido de ella!

Todas han bailado veinte veces. Ella una vez no mas.

Ahora todas tienen á su lado un galanteador...

Ella está callada y tétrica; aislada y lúgubre como el reo en el banquillo fatal.

VI.

¡Qué amable, qué política, qué complaciente es una fea!

¡Y qué cruel es el hombre!

¡Ni una palabra, ni una mirada, ni un consuelo para la hijastra de la naturaleza!

La deja consumirse de amor, de sed, de desesperacion... y no le dice:

—«Tú eres lo que yo buscaba! ¡Generoso corazon, ensánchate!»

Así se pasan los dias de la juventud de la fea.

¡Cuántos seres ideales habrá forjado en su imaginacion!

¡De cuántos hombres se habrá enamorado!

¡Cuántas veces se habrá consentido!

¡Cuántas otras habrá querido morir!

Doquier hay amor, goces, casamientos, hijos....

¡Para ella, nada!

Y luego las novelas... ¡las novelas!

Vedla hecha una poetisa.

O vedla hecha una devota, una monja, una santa.

O, mas generalmente, vedla envenenada, mordaz, pervertida, diabólica.

¡Venganza! ¡Venganza!

¡Su corazon ha muerto!

¡Infeliz lunar, infeliz cabello, infeliz pliegue, infelices todas las faltas que tenga la hermosura!

La crítica, la murmuracion, la calumnia levantan sus cabezas de serpiente.

Hé aquí sus máximas principales: «¡Desprecio á los hombres! ¡Guerra al amor!»

¡Desdichada!

«¡Viva la libertad, la independencia, el celibato!»

¡Qué ironía!

¡Sarcasmos sangrientos de un orgullo despedazado!

Tiene treinta años: ¡treinta siglos de amargura!

A su alrededor todo es luz; ella sombra: todo armonía; ella silencio: todo vida; ella muerte.

¡Qué recuerdos tan espantosos! ¡qué esperanzas tan desesperadas!

¡Qué situación la suya!

¿Cómo no ha de renegar de los mortales, de la vida, de la dicha, de todo lo que existe?

¿Qué les debe?

¡Cuántos rios de lágrimas habrá derramado en la soledad de su lecho!

¡Qué fiebres habrá sofocado en su corazón estéril!

¡Qué horrorosas envidias habrán mordido las túnicas de su cerebro!

¡Qué violencia para disimular!

¡Qué torrentes de amor habrá tenido que refrenar en lo mas recóndito de su alma!

La mujer tiene que callar! El hombre ansia y busca: la mujer ansia y sufre.

La hez de la sociedad es á lo menos un refugio para el hombre ávido de placeres.

Pero la *fea* no encuentra postor en Constantinopla, ni lances de amor y fortuna en ninguna parte.

## VII.

Estamos en los cuarenta años.

Resúmen.

La *fea* vuelve á ser sublime.

Es capaz de los sacrificios mas heróicos.

Como no se agrada, se desvive por agradar.

Como no se ama, es toda abnegacion.



Es la mejor amiga,  
El mejor consuelo,  
La mejor confidente.

La mejor protectora sobre todo: á la edad que ya tiene, cobra un maternal afecto á los jóvenes y se deja llamar *fea* y abrumar á desaires, con tal de tener una clientela bajo sus órdenes.

Llora en los duelos de todo el mundo.

Arregla noviazgos.

Vuelve á amar su talento y explota sus habilidades de niña para subsistir.— Sus padres han muerto: sus hermanos se han casado.

Se hace querer por su docilidad, por su amable trato, por sus buenas costumbres, por su bondad esquisita.

Se vuelve filósofa, pero filósofa cristiana.

Aspira al cielo, donde no hay feas ni bonitas.

Ama á Dios, porque sabe que para él su fealdad es un mérito.

*¡Bienaventurados los que lloran!*

Visita mucho los templos.

Va á misa mayor á la catedral, si hay catedral, y, si no, á la colegiata, y, si tampoco hay colegiata, á la parroquia mayor.

Suele ser jugadora.

Casi siempre avara.

Algunas veces maestra de miga (hoy directora de colegio.)

Viste muy oscuro.

Cuenta mil aventuras amorosas de su juventud.

Es muy atendida de los clérigos y de las madres de familia.

Va de tertulia á la oracion á casa de las vecinas, y nadie va á su casa.

Da los dias y no los recibe.

Vive para los demás,

Nadie para ella.

Envejece sin haber vivido, como otoño sin primavera.

Muere, y nadie la llora.

El Evangelio le promete el cielo.

Guadix.—1853.

---

---

## CONFESION GENERAL

DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA.

---

—«La bella literatura no está de moda en España, pensaba yo un dia. Los héroes, ó, por decir mejor, los mártires que siguen oficiando en el ara santa de las musas, cuando el templo amenaza ruina y puede cogerlos debajo, son ya muy pocos, tan pocos que apenas se los halla para un remedio en un pais donde tal abundancia de literatos hubo en todo tiempo; donde el sol cria los poetas con la misma profusion y prontitud que las flores del campo, y donde, siempre que la literatura ha encontrado arrimo en el vulgo, en la grandeza ó en la religion, se ha visto con asombro que los cantores eran mas en número que los oyentes,—como acreditan los tiempos de D. Alfonso el Sábio, de D. Juan II, de Felipe IV, de Cárlos III y de la regencia de María Cristina.

¿En qué consiste esto? ¿Por qué es hoy tan pobre y tan penosa la vida literaria de nuestro pais?»

No acabé de dirigirme esta pregunta, cuando sentí

un gemido en mi habitacion, y encontré en medio de ella, sin que pudiera yo darme razon de cómo habia entrado, un jóven, casi un niño, de una hermosura celestial; un ángel adolescente, rubio como el oro, blanco como una azucena, con la frente noble y radiosa, la mirada suavísima y como bañada de una luz inmortal, la boca dulce y risueña, aunque un poco melancólica, y todo el aspecto de una superioridad natural ó sobrenatural, que pudiera llamarse *aristocracia divina*.

Sin embargo, este jóven ó este ángel ostentaba la palidez enfermiza que dan los escesos ó la tísis, estaba ojeroso, fumaba un enorme cigarro puro, y llevaba un sombrero de casa de *Aimable*, caído calaverescamente sobre la oreja derecha, botas á *l'ecuyer* con espolines de plata, chaleco á *volonté*, y la corbata mas impertinente que haya salido de casa de Lafin.

—Aquí tiene usted al GENIO, me dijo lanzando una bocanada de humo. Yo soy Apolo.

—Muy señor mio, le respondí. ¿En qué periódico escribe usted?

—Pues qué, hombre, me replicó asombrado; ¿no conoce usted mis versos contra los actuales ministros, publicados en EL DESOLLADOR?

—¡Ah, sí! Usted perdone... ¿Y qué tal va?

—Bien: yo creo que la reforma del Sr. Bravo Murillo... y el abono de los once años... y la actitud amenazadora de Roma contra la desamortizacion...

—Permítame usted, amigo Apolo.—Preferiria que en vez de pronunciarme un discurso tan elevado como las miras que lo llevan á usted hoy por el mundo, me refiriese cómo de un hombre salvaje é indisciplinado que era usted hace algun tiempo, se ha convertido en un pisaverde á la moda, en un parroquiano de los ministerios, en un hombre, por último, tan civilizado,



tan ilustrado, tan *político* (en el doble sentido de la palabra) como me parece usted.—¿Qué se hicieron las cabras que guardaba usted cuando niño, las flores que cogía usted en el campo, aquellas canciones á la tarde y al amanecer, y aquella soledad tan decantada de su cabaña, de su celda ó de su almenada torre? ¿Qué fué de la nube de incienso en cuyas alas subía usted al empíreo? ¿Qué de las cumbres en que vivía solitario y rey, como las águilas? ¿Qué de las orillas del mar, que recorría descalzo de pié y pierna? ¿Qué del Santo Sepulcro, que pensaba Vd. visitar, y de Covadonga, y de la Alhambra, y de Roncesvalles, y de toda aquella geografía poética que estudiaba Vd. antes de aprender cuántos gobiernos de primera, segunda y tercera clase comprende el pedazo de península que habitamos?

—Le diré á Vd., me contestó el GENIO, poniéndose muy triste, y acaso entristecido de veras. Es muy verdad que yo, idólatra de la naturaleza en la India, sacerdote de Dios en la Judea, Dios en Grecia, cesarista en Roma, juglar, trovador y aventurero en los tiempos medios, fraile, guerrero ó patricio durante el renacimiento de la belleza artística, mantenedor de las escelencias de la mujer y criado suyo en el siglo xvii, caudillo en la guerra de la Independencia en dias de nuestros padres, y cantor de la revolucion y de la libertad en tiempo de nuestros hermanos mayores, hoy me arrastro por los suelos, convertido en satélite de este ó de aquel ambicioso, invocando por musa la Constitucion de tal ó cual año, y estudiando como á modelos y pontífices á esos hombres, respetabilísimos sin duda alguna, que se llaman *su señoría...* ó *su excelencia...* Es muy verdad que vivo apegado á la tierra, sumergido en lodo hasta el pescuezo, afiliado á tal ó cual partido, escribiendo en este ó en aquel

periódico, y creyendo en los *hombres necesarios*... Pero ¡ay una vez y ay cien mil veces! ¡No tengo yo la culpa!

Yo nací para sentir lo bello, para admirarlo, para traducirlo en armonías, para manifestarlo á mas perezosas imaginaciones. La naturaleza, el arte, la virtud, la divinidad, la patria, el amor, la gloria, eran mi patrimonio, mi reino, mi destino, mi predestinacion sagrada. Balbucí estos nombres en la cuna, y dijeron que yo tenia talento y seria un hombre útil á mi familia, ó que, cuando menos, la honraria con mi apellido.—Crecí y estudié: fuí poeta. Hablé á las gentes mi sublime idioma, y las gentes no me comprendieron ó se encogieron de hombros.

—«¡*Música celestial!*» exclamaron.—*Aquí se trata de que se devuelvan los bienes al clero. ¿Qué opinais acerca de esta cuestion?»*

Yo les volví la espalda, y me llamaron loco.

Los mercaderes me creyeron un hombre inútil, los teócratas un hombre perjudicial, mi familia un vago. La señora de mis pensamientos se espantó de mi pobreza...—yo no era abogado, ni médico, ni boticario, —y se casó con otro.

Entonces fuí á Madrid, en busca de gloria y de dinero: de gloria para mí; de dinero para los demás: de gloria para vivir en mi mundo; de dinero para vivir en el mundo de los otros: de gloria para ser feliz; de dinero para parecerlo.

Creí que todo esto lo lograria cantando al *Sol*, á la *Luna*, al *Mar*, á la *Noche*, á *Dios*, á *Pelayo*, á *D. Juan de Austria*... á la *batalla de Bailen*...

Y con tales pensamientos ingresé en la redaccion de un periódico.

—Sr. Apolo, me dijo el director, devolviéndome mis canciones; es menester escribir unos versos contra *D. Juan* y un artículo en favor de *D. Nicasio*.

—Sr. Apolo, añadieron mis amigos; es menester arrastrar coche á los treinta años...

—Sr. Apolo, exclamó el bello sexo; es menester ir á lo *sociedad*...

—Sr. Apolo, gritó la capital entera; aquí sabemos ya que el sol calienta y que la mar está salada, que Pelayo pudo ser aguador y que España ha sido una nacion de primer orden.—Hoy se trata de moderados y progresistas, de D. Juan ó de D. Luis, de cesantías y de leyes de imprenta.—No hay tiempo ni atencion para otra cosa.—¡Dinero á todo trance! ¡Poder á cualquier precio! La dicha está aquí abajo, y consiste en ser ministro de la corona.

—¡Pues á ella! exclamé como todos. Y aprendí la mitología-política, y *Marte* se convirtió en O'Donnell, y *Saturno* en el general Narvaez, y *Mercurio* en Bravo Murillo, y los banquetes que servian *Hebe* y *Ganimedes*, en el baile de tal ó cual embajada, y *Júpiter* en Espartero, y *Vulcano* en Cabrera, y la *via lactea* en el ferro-carril de los Alduides, y *Danae* en el presupuesto, y *Penélope* en Gonzalez Brabo, *et etiamsi omnes*.

Y trasplanté á mis artículos de fondo todas las flores que habia recogido al pasar por el Parnaso; y en lugar de escribir la *Iliada* ó el *Orlando*, hice la oposicion á un simple mortal, abusando de las frases: *espada de Damocles*, *lecho de Procusto*, *Tonel de las Danaidas*, *túnica del Neso*, y todo lo demás que usted conoce.

A veces recordaba mi gerarquía divina.... y escribia una descripcion en verso de la plaza de toros, ó un soneto al nacimiento de fulano ó de mengana; pero visto que esto no me daba resultados, volví á mis visitas, á mis paseos, á mis discusiones de café, á mis artículos de fondo, y á mi oficina de hacienda!

Mi familia, mis amigos, mis paisanos están ahora

muy contentos de mi. ¡Dicen que he sentado la cabeza; que ya soy un hombre de provecho; que don Juan ó don Luis me distingue mucho, y que pronto seré director de aduanas!

Y no crea usted que exagero.—Coja usted los periódicos.—No hay uno siquiera en que no aparezca al pie de un artículo de bolsa ó de una gacetilla sobre el empedrado, el nombre de un poeta lírico, de un autor dramático, de un novelista, de un historiador ó de un cantor épico malogrado.—¡Cuántas odas, cuántas elegias, cuántas églogas, cuantas sátiras, cuántas epopeyas convertidas en gacetillas y sueltos!—Cuántas novelas trocadas en revistas de Madrid!—¡Cuántos genios muertos en flor, ya en el sótano de un diario, ya en el tabacoso ambiente de una oficina, ya en la antesala de un diputado influyente!—¡Cuánta ambicion frustrada, cuánto heroísmo perdido, cuánta fé que se llevó el aire, cuánto amor, cuánto sentimiento, cuánto consuelo adulterados, podridos en la estrecha cárcel de una política miope y personal, utilitaria para el individuo, ruinosa para la nacion! —¡Por eso no escribimos; por eso no nos leen; por eso es tan pobre y tan penosa la vida literaria de nuestro pais; por eso soy yo un hombre *comm' il faut* !

Calló el GENIO. — Sus dolorosas palabras resonaron tristemente en mi corazon. Y pensé en que el autor del *Libro de los cantares* es hoy redactor de LA CORRESPONDENCIA; en que Cárlos Rubio, poeta de gran valía, defiende á Espartero en las columnas de LA IBERIA; en que Selgas, autor de *La Primavera y del Estio*, es famoso en las lides periodísticas; en que Florentino Sanz, el que escribió en la tumba de Enrique Gil una epístola imperecedera, fué redactor del MUNDO NUEVO; en que Larra, el autor de *La gota de*



tinta, escribe en LA GACETA ; en que Palacio, lírico si los hay, divierte con letrillas á los suscritores de LA DISCUSION, y en que Pedroso, Villoslada, Hurtado, Campoamor, Cos-gayon, y los demás y todos viven dando gusto al vulgo necio, hablándole la gerga política ó la palabrería literario-mercantil que tan mal sienta en sus labios, á trueque de un asiento en este anchuroso anfiteatro, desde el cual cinco mil ministros, embajadores, periodistas, diputados, ex-poetas y polizontes vemos luchar á la madre patria con los partidos políticos, como luchaba Laoconte con las serpientes!

. . . . .  
El GENIO acabó de fumarse su cigarro, dióme los buenos días y partió poniéndose los guantes.

Yo le ofrecí mi casa, por si mañana ó el otro llegaba el pobre á ministro.

Ontaneda, 1858.

---



---

# LA RISTORI.

---

¿Qué es la Ristori?

Si se lo preguntamos á cualquiera de los escultores que una noche y otra estudian y admiran maravillas de su arte en esa estatua viva, nos responderá: «La Ristori es una escultora sin rival: eclipsa á Fidias y Praxiteles en el arte de modelar el torso, de plegar los paños, de componer la figura, de eternizar un gesto, un movimiento, una mirada: su actitud es siempre académica, siempre armónica, siempre monumental. Pureza de contornos, reposo en la postura, gracia y majestad en la disposición de las manos, de la cabeza, de los últimos pliegues del traje; fidelidad pasmosa para copiar los grandes modelos antiguos, cuando no invención é inagotable novedad para crear nuevas estatuas, todo se encuentra en esta consumada artista. Tan pronto es Niove, como Venus, como Minerva. Es una musa antigua perdida por el laberinto de los tiempos, y aparecida á la edad moderna: su genio, solo, ha logrado lo que no logró Pigmaleon sin el favor del cielo; animar el mármol. Ver á la Ristori es recorrer un museo de escultura, donde se hallen la *Amazona* de Fidias, el *Pudor* del

museo del Vaticano, la *Piedad* de Miguel Angel, la *Magdalena* de Cánova.»

Pues si le preguntais á un pintor, os hablará, no ya de estatuas solamente, sino de cuadros. Os recordará la *Mater Dolorosa* del final de *Maria Stuardo*, el grupo de *Medea* y sus hijos trajinando por las montañas, y el otro grupo, cuando huye por la escena con sus cachorros debajo del brazo, como la madre de la *Degollacion de los Inocentes*. Os dirá que esa Maria Estuardo es la misma que pintó Van-dik y describió Brantome; que *Pia di Tolomei*, en el primer acto de esta tragedia, es la Laura de Petrarca, la dama gótica, escapada al parecer de uno de esos calados nichos que adornan los intercolumnios de las catedrales del siglo XIV, así como en el último acto es la *Pia* que encontró Dante en el Purgatorio, la terciaria de los pantanos, la enferma amortajada en vida. Os hablará de aquel cuadro apoteótico con que termina *Camma*; de aquel grupo de serafines en cuyos brazos sube al cielo el alma de la Vestal, recordándonos (pues el paganismo no nos ofrece otra imagen tan mística y sobrenatural) la *Asuncion* del Ticiano que se guarda en el museo de Venecia. Y, en fin, os dirán los pintores que la Ristori dibuja como Rafael, compone como Rubens, colora como Velazquez: que ha ofrecido grupos de miembros palpitantes que recuerdan el *Descendimiento* de Pedro de Campaña, combinaciones de colores que honrarian á Pablo el Veronés, retratos históricos, cuadros de imaginacion, rostros sombríos y acentuados como los de Rivera, semblantes inundados de beatitud celeste como los de Juan de Juanes, la frente angustiada de la *Soledad*, la mirada profética de los mártires, la sonrisa divina de las vírgenes, el dolor sin esperanza de los condenados, la cara descom-



puesta del sentenciado á muerte, el rubor lleno de promesas de la desposada, la cólera de la mujer ofendida, la fria rigidez de los cadáveres.... ¡toda la naturaleza humana, todas las pasiones, todas las alegrías, todos los sobresaltos! Y así como el escultor os dijo que la Ristori es una escultora sin rival, el discípulo de Apeles os dirá que es una pintora inimitable.

Id á un músico, y vereis que para él la Ristori es una lira, templada por el cielo, que todo lo canta; que traduce é idealiza los acentos del odio, del furor, de la pena, de la alegría, del éxtasis; que tiene una modulacion para cada frase, un tono para cada pasion, una vibracion para cada sentimiento. Y os dirá que su voz es un pentágrama, donde se encuentra desde la nota inarticulada y ronca que semeja zumbiar en las cavidades del pecho como el trueno en una caverna, hasta el grito desgarrador y penetrante que parece estallar por la frente y por el erizado cabello; que á las inflexiones de esta voz presiden reglas de acústica, conocimientos musicales, una exquisita afinacion, una ley determinada para subir y bajar, para salir de un tono á otro, para dilatar un sonido, para imprimirle compás, ritmo, movimiento; en fin, que la Ristori no habla, sino que canta; que su palabra puede escribirse en notas musicales, como una melodía, y que por esto imita al arroyo, al viento, á la fiera, al volcan, al furor que ruge, á la indignacion que clama, al dolor que se queja, al amor que murmura tartamudos cánticos.

¡Ah! sí; tal es para los artistas esa incomparable artista: tal es su actitud, tal su fisonomía, tal su acento. Pues, ¿qué será cuando sus facultades se combinan, encarnan en un mismo personaje, se ponen en accion, se mueven, viven, palpitan, y representan un poema dramático? ¿Qué será para el

literato? ¿Qué será para el poeta? ¿Qué será una trágica que así canta, que así esculpe, que así pinta?

Pudiera decirse que Melpómene, celosa de sus ocho hermanas, les ha asestado el puñal al corazón, y se ha apoderado de todos los dominios de las musas. No: para el poeta no es la Ristori ni escultora, ni pintora, ni música, ni actriz: es una evocadora, una maga, una magnetizadora que resucita lo pasado, que nos conduce á los tiempos drúidicos, á Grecia, á Roma, á la Edad Media, y nos hace ver aquellas grandezas y aquellos horrores desvanecidos; es Eneas que recorre los abismos de Pluton, y presencia los martirios de los difuntos Teucros; es Dante, conducido por Virgilio á los tres reinos de la muerte, que nos enseña los tormentos de los que ya no son, las alegrías de los que serán eternamente. En este Infierno, á que nos ha asomado la Ristori, hemos visto el abandono de *Medea*, las devoradoras ansias de *Mirra*, los rabiosos celos de *Rosmunda*; en ese Purgatorio hemos presenciado la expiacion de *María Stuardo*, el arrepentimiento de la esposa de *Fazio*, el doloroso disimulo de *Camma*, el lento martirio de *Pia di Tolomei*, y en ese Paraíso se nos han aparecido triunfantes y vestidas de luz esa misma *Pia*, esa misma *Camma*, esa misma reina de Escocia, reclinadas ya en el seno de Dios, coronadas de bienaventuranza, libres y salvas para siempre de la guerra mundanal.

Quisiéramos descender á la descripcion de todas y cada una de las maravillas que hemos presenciado en las nueve noches que llevamos de oír á la Ristori; pero desistimos de tal empresa, porque comprendemos que un volúmen no bastaría á dar una idea de tanto génio, de tanto talento, de tanta inspiracion.

Diremos, resumiendo, que la Ristori es siempre el

personaje que representa; que carece de fisonomía; que una noche no se parece á otra; que su rostro, su estatura, su andar, hasta la forma de sus manos varía segun el carácter del personaje; que pudiera decirse de ella que es una masa informe, sobre la cual modela tipos diversos á medida de su antojo.

En *Medea*, por ejemplo, es la fiera soñada por Ovidio, vengativa, recelosa, que ama ó mata á su presa; que da á sus hijos su sangre, ó bebe con ánsia la de ellos;—¡pero que nunca los abandona! Es una mujer hercúlea, morena, con el cabello y los ojos negros. Su frente es chata como la de la pantera; anda, y parece que salta; mira, y parece que olfatea; llora un desengaño, y parece que se queja de una herida: ¡todo es sangriento en ella! Sus manos, anchas y crispadas, asemejan á la garra de la leona; su traje desceñido deja entrever la recia trabazon de sus miembros, cuyos abrazos són mortales; su mirada, baja y escudriñadora, vagando entre sus dos hijos, revela un amor tan salvaje y *natural*, que pudiera compararse á la mirada del hambriento.

Vedla en *María Stuardo*. Ved á la dama delicada; á la mujer rubia, de formas suaves, cuello de cisne, manos largas y finas, sonrisa melancólica y ojos azules.—Advertiremos aquí que los ojos de la Ristori no tienen color propio, sino que se aclaran ú oscurecen segun la espresion que les dan sus afectos.—*María Stuardo* es una reina amable, una coqueta vencida por el dolor, cargada de recuerdos que se parecen á remordimientos. Luego, cuando se ve enfrente de su enemiga, estalla su cólera; pero no ya la cólera de Medea, no la sed de sangre del tigre, sino la furia de la indolente culebra que, una vez pisada, silba y se retuerce y abofetea cien veces á su víctima, y acaso le escupe á la cara su veneno. En el último acto es á

la par la reina católica y la mujer en capilla, ó por mejor decir, el espíritu audaz del mártir que desafía la muerte, y la carne estúpida y medrosa que se rebela clamando por la vida.—¡Difícil y magnífico contraste! Él constituye uno de los mas grandes triunfos de la Ristori.

En *Mirra*, vírgen de cuerpo y prostituta de alma, poseida por el demonio de su deseo, ya triunfa de él y resplandece como una vestal, ya cede á sus insinuaciones y suspira y llora devorada por el incitante fuego de su apetito, ó ya, en fin, lucha á brazo partido con la furia de su pasión, como el energúmeno que oye el exorcismo. Hay quienes no han comprendido lo terrible de esta situación, y han tachado de exagerada á la Ristori en el acto de su casamiento. Así á estos, como á los que la han encontrado demasiado provocativa y desvelada en la última escena, les recomendamos que lean y releán aquel *joh madre mia felice!*... que encierra mas fuego nefando, mas recreación maldita, mas cinismo mental del que nos tradujo la Ristori.—En todo caso, de todos estos horrores debe culparse á Alfieri, ó á la mitología griega.—Nosotros creemos que el papel de mas empeño y dificultades que ha ejecutado la Ristori es el de *Mirra*, y, en nuestro concepto, el que mas acrisolados méritos le reporta, por la rara inteligencia con que lo ha desempeñado. *Mirra* sufre el mismo tormento que los hijos de Laoconte: unas serpientes infernales,—su criminal deseo,—la ahogan contra el seno de su padre, y ella pugna por desasirse.—Hé aquí esplicada la escena de la ceremonia nupcial.

La muerte de *Camma* —y pasamos por alto la escena del disimulo en el segundo acto, que vivirá eterna en nuestra imaginación;—la muerte de *Camma* es otra de las grandes revelaciones que debemos al genio de la



Ristori. Hemos visto allí agonizar á una mujer envenenada: el barro terrenal luchó primero con la muerte, y resultó vencido: pasaron las convulsiones últimas de la materia, y el alma quedó libre. *Camma* reclinó la cabeza, y descansó en el seno de la muerte. Pero entonces asistimos al triunfo de su espíritu desatado, á la apoteosis de su alma de mártir, á su llegada al cielo, á su entrevista con las almas de su padre y de su madre, á su encuentro con el esposo que habia perdido.—La voz de la Ristori no era entonces de la tierra; la luz que alumbraba su semblante no era la del sol; las alegrías que la embargaban no eran ya de este mundo. Fué un momento en que el Olimpo se entreabrió ante la maga, inundando al público de aquella beatitud celeste que ensoñaron los vates y los profetas. Es el esfuerzo mas grande que el arte ha hecho ante nosotros, y sin embargo, no hubo en todo el público quien no consintiese en él, consolándose de la muerte de la inocente *Camma*.

Pero fuerza es concluir; que no hay lienzo tan vasto que pueda contener las mil figuras que se agolpan á nuestra imaginacion. *Rosmunda* indignada; *Pia*, convenciendo á su esposo de su inocencia; *Blanca*, acusando á *Fazio* ante el tribunal, Blanca arrepentida, Blanca loca... El ¡*Túl* de *Medea*; el ¿*Chi fu?* de *Camma*, cuando sabe el asesinato de su esposo; el silencio de *Mirra*... Todo lo que hace, todo lo que dice, todo lo que piensa la Ristori es digno de mencion y elogio, imposible de narrar, superior á nuestros aplausos.

Solo diremos, para concluir, que tenemos la seguridad de que el poeta que entrega una obra á la Ristori para que la represente, puede esclamar despues de haberla visto:—*Hay quien conoce á mis personajes mejor que yo.*



---

## DIARIO DE UN MADRILEÑO (1).

---

### I.

LA RISA DEL CONEJO.—TOSES Y ESTORNUDOS.—SOLES DE INVIERNO.

Día 5 de Enero de 1858.

Segun mis corresponsales, el Sol, — que, como es sabido, se marchó á *veranear* al Paraguay y al canal de Mozambique poco antes de Ferias, — llegó sin novedad el día 21 de diciembre próximo pasado al trópico de Capricornio, donde ha permanecido algunos días tomando baños de mar.

---

(1) Bajo este título publicó el autor en LA ÉPOCA, el año de 1858, una série de «Revistas de Madrid», que suponía estar copiadas del «Diario de un Madrileño.» De ellas descarta hoy los anuncios y noticias de aquellos momentos, muchas alusiones que tenían su valor en aquellas circunstancias, algunas reclamaciones de mejoras públicas que despues se han realizado etc. etc., dejando sólo los juicios, pinturas, observaciones y reseñas que, por referirse á asuntos permanentes ó constantes, puedan interesar todavía al que leyere. Con ello, y con las «Visitas á la Marquesa», que irán á continuación, complétase un cuadro de costumbres cortesanas, que comprende y constituye lo que el autor llamaria en su language de folletín «Un año madrileño.»

Si no mienten mis informes, el Astro-rey debe de haber emprendido ya su regreso á nuestro trópico, al cual no llegará hasta la víspera del *Corpus*.

Seguirán entretanto haciendo sus veces en esta villa y corte las pieles, la lana, el carbon de piedra, la leña y las mujeres bonitas; lo que quiere decir que Madrid continuará tiritando como un perro del Celeste-Imperio, é inspirando sérios temores de morir hecho un carámbano.

Afortunadamente, los helados mueren con la sonrisa en la boca.—Asi es que Madrid, á medida que se va enfriando, rie á mas y mejor, goza y se divierte como nunca, y ni afonías, ni dolores de costado, ni pulmonías, ni ataques apopléticos bastan á borrar de sus labios la mencionada sonrisa.

A la hora en que escribo estos renglones, apenas conozco á una sola persona que no esté resfriada hasta la médula de los huesos.

Las mas aristocráticas beldades tienen la punta de la nariz coloradita como un madroño, y la voz tan destemplada como los mejores cantantes del teatro de la Zarzuela.

Las pláticas de amor y las sesiones del Congreso resultan salpimentadas de mil y mil ¡*Jesus!* ¡*Jesus Maria!* y ¡*Jesus, Maria y José!*, con los cuales, así los amantes como el gobierno, contestan á los estornudos de las oposiciones.

En los mismos teatros acontece que *le souffleur* tose en vez de apuntar; que los actores creen que aquella tos es una señal puesta por el autor en la comedia, y tosen con cierta intencion mirando al público; que el público, adivinando que los actores no saben su papel, ó aprovechando aquella ocasion para desahogarse, tose tambien con toda su alma, y que la representacion se convierte en un repique tal



de campanas, como nunca lo dará al viento la proyectada catedral de Madrid.

Sin embargo, segun he dicho antes, ninguno de estos contratiempos ataja á los madrileños en la senda de las diversiones. Todos los teatros están llenos diariamente, los paseos concurridísimos, las tertulias muy animadas y los bailes mas brillantes y deliciosos que ningun año.

Solamente los lutos hacen mella en damas y galanes.

Tantas muertes repentinas como están acaeciendo, casi todas ellas de personas sumamente visibles, muy emparentadas y relacionadas, frustran varios artículos del programa de placeres de este invierno, dejan vacios algunos palcos del teatro Real y quitan de la circulacion caras sumamente *caras* en el doble sentido de la palabra *caro*.

Pero, á pesar de todo, es una verdadera delicia dar un par de vueltas por la Fuente-Castellana, de tres á cuatro de la tarde, y aun por el Prado, de cuatro á cinco,—esto último los dias de trabajo.

La Fuente-Castellana, con su dilatado horizonte de lontananzas espléndidas, con su diáfano, vastísimo cielo, que al trasponer el sol arrebolan pintorescas nubes; con sus fantásticas perspectivas, en que se destacan á lo lejos las torres y las cúpulas de Madrid; con sus áridas cercanías, en que proyectan largas sombras los endebles árboles heridos por los rayos horizontales del astro que se oculta, no es un oasis que digamos para los que nacimos en el regazo de la feraz Andalucía; pero tiene,—y esto nadie podrá negarlo,—no sé qué belleza propia de las llanuras clásicas, no sé qué transparencia, no sé qué melancolía, no sé qué cosa, peculiar á un tiempo del desierto y del Océano, de las soledades del frio y de

las del calor, del Polo y del Africa, que me solaza grandemente.

¡Grato es, repito, dar un par de vueltas por este paseo á las cuatro de la tarde! La flor de las mujeres de Madrid,—que es como si dijéramos la flor de las mujeres de España, puesto que toda España nos remite anualmente la nata de sus hermosuras;—la flor de las españolas, pues, y, por consiguiente, las mujeres mas hermosas ó mas seductoras del mundo, recorren á pie, en coche ó á caballo aquellas vastísimas calles arrecifadas. Las mas indolentes damas, las que menos se prodigan, aquellas que los profanos solo alcanzan á ver alguna noche, durante una hora, en el teatro Real; las flores de invernadero, las mortales, en fin, de quienes está uno por creer que *hadas misteriosas* las sacan del lecho á las dos de la tarde, las bañan, perfuman y visten y las tienden sobre un sofá ó sobre una carretela, donde siguen pensando en su hermosura..., esas reinas de la moda, emperatrices del gusto y diosas del amor, revolotean por allí como brillantes mariposas, y escúchase el crugido de sus pies sobre la arena ó de su vestido contra vuestro pantalon, si sois caballero, y aspírase su fugitivo perfume, y óyese acaso su codiciada voz, y véselas por último montar en su carruaje, operacion que no ejecutan sin dar el golpe de muerte á los que las miran...

## II.

### LA SEMANA SANTA.

*Per troppo variar natura é bella*, dicen hasta los que no saben italiano, y es la pura verdad.

El mundo,—entendiendo por mundo á los habitan-

tes de la tierra, y no á todos, sino á esos *bípedos-im-plumes* que los optimistas han dado en llamar *racionales* (lo que dicho en absoluto es tan temerario como llamar oro á todo lo que reluce),—el mundo, repito, lo ha comprendido así; esto es, ha comprendido que la naturaleza es bella por lo demasiado varia, y, á fin de no ser menos que su madre, la humanidad civilizada ha puesto todo su empeño en dar variedad á las obligaciones, costumbres y demás pasatiempos de aquí abajo.

En su consecuencia, y ciñéndome á lo que pasa en Madrid, tenemos que de los doce meses del año no hay dos que se parezcan en el género de vida con que brindan á la ociosidad de la especie humana.

*Enero* es el mes de *los estrechos*; de los aguadores y cocheros que creen en la venida periódica de los Santos Reyes; del cerdo de San Anton; de las pulmonías; de los bailes aristocráticos; de los patinadores, y de la toma de posesion de los concejales nuevos. *Febrero* brilla por sus bailes de máscaras, por sus teatros carseros, por su rifa de la Inclusa, por su Carnaval plagado de estudiantinas y de hombres vestidos de mujer. *Marzo* por sus vigiliass, su dia de San José, sus sermones, sus novenas y sus setenarios. *Abril* por su Semana Santa.,.

Y no paso adelante, puesto que estamos en Abril y hoy es domingo de Ramos.

Ved. Los mismos carpinteros que ayer improvisaban un pavimento sobre las butacas de los teatros para disponer aquellas mascaradas frenéticas de toda una noche, que terminaban siempre con la consabida *galop infernal*, arreglan hoy en las iglesias los monumentos del jueves Santo: las mismas damas que diableaban hace un mes en el teatro Real bajo un antifaz de seda, se preparan á pedir limosna para los ni-

ños de la Inclusa en las puertas de los templos: los tertulios de sus salones y de sus palcos, ó los ginetes que en el Prado suelen acercarse á la portezuela de sus coches, son invitados, no á una *soirée*, ni á una conferencia matinal en el tocador, ni á un dia de campo en Aranjuez, sino á San Luis, á San Antonio de los Portugueses ó á Santo Tomás, á que contribuyan con un pedacito de oro á dejar bien puesto el pabellon de las bellas postulantes: los mas empedernidos Lovelaces obedecen el jueves tan sagrada intimacion, despues de lo cual se apostan en frente de las iglesias á ver entrar y salir á las muchachas: y estas por su parte visten el traje de ordenanza ó de costumbre en el dia de hoy; esto es, un traje medio fúnebre y medio macareno.

El paseo se traslada el jueves á la calle de Carretas; el viernes á la calle Mayor. Estos dias no ruedan sobre los adoquines de la córte otros carruajes que las diligencias, las sillas-correos y los carros de la limpieza. Los soldados llevan los fusiles á la *funerala*, con la culata hácia arriba. En lugar de campanas suenan *carracas* en las torres de las iglesias. Los tambores están destemplados de intento. La bandera nacional se vé izada á media asta en los edificios públicos en señal de duelo. Todo, pues, ha cambiado de forma, de sitio y de hora; pero la gente es la misma, y mañana no se acordará de la compuncion religiosa de hoy, como hoy no se acuerda de las calaveradas de ayer.

A los buenos católicos, que aun somos muchos en España, nos ofende este aire frívolo de la Semana Santa de Madrid; pero, en cambio, como á buenos patricios que somos tambien, nos llena de orgullo y de satisfaccion el irresistible garbo con que las madrileñas lucen estos dias por esas calles de Dios la nunca bien ponderada mantilla española.



¡La mantilla española!—Hé aquí la verdadera heroína de esta festividad religiosa.

Yo admiro y amo el sombrero francés; pero no puedo menos de cantar las escelencias y ventajas de la clásica mantilla, bandera nacional de nuestras mujeres.

¡Y bandera negra, vive Dios! ¡Enseña de una guerra sin cuartel! ¡Símbolo de amores á vida ó muerte!—  
¡Bandera tan negra como los ódios, los celos, las trenzas de pelo regaladas á media noche y los demás enseres del guardaropa de las pasiones meridionales!  
¡Bandera tan negra como los ojos de las mantenedoras y como la sangre de los que penan por su querer!  
¡Bandera negra que no arrancarán de los hombros de nuestras andaluzas todas las *ladys* y *demoiselles* del extranjero!

Pido, pues, que se coloque una mantilla nacional en la basílica de Atocha.

.....

### III.

#### EL SÁBADO DE GLORIA.

¡*Alleluia!* Echemos los trastos por la ventana... Llegó la hora de tocar á gloria!

La semana anterior todo era silencio y tristeza hasta cierto punto: las campanas, los coches, los pianos, los organillos, las murgas, todos los ruidos gozosos de la capital habian callado. Los teatros estaban cerrados, las tertulias.... perdone usted por Dios: ni un baile; ni un concierto; ni un alma en el Prado; ni un carruaje en la Castellana... Nada, en fin, daba una idea de la *gran vida* de la corte.

Las noches eran eternas: los madrileños se abur-

rian como provincianos : para ver á las muchachas era necesario hacer lo que en tiempos de Calderon; rondar á la puerta de las iglesias, y, como si esto no fuese bastante, el viento silbaba lúgubrementes, y la lluvia se divertía, como los pastores de la Arcadia, en hacer correr á las doncellas.— ¡ Qué días!

¡ Y qué trasformacion!

Las campanas estremecen el aire, y los coches se estremecen sobre el escabroso piso de la gran capital.

Los carteleros vuelven á empapelar las esquinas con anuncios de teatro.

Los que por la mañana salen á negocios oyen nuevamente las interrumpidas lecciones de canto y piano que dan entre el chocolate y el almuerzo las hijas de los que tienen dinero, ó las huérfanas de los que se lo dejaron, y el transeunte, si es demasiado soltero, al escuchar un aria mal cantada ó peor tocada, adivina allende la vidriera (que alguna fámula limpia tarareando el malagueño) á la señorita de la casa, despeinada, mal-envuelta en una bata y un manton, fluctuando entre los recuerdos de la pasada noche y los planes de batalla que piensa dar á la tarde en el Prado, ó despues en el teatro... Y el hombre de negocios sigue su camino entre un aluvion de cocineras que vuelven de la plaza con las provisiones entredichas durante los últimos días, — pues ya ha sonado en las cocinas la hora de la resurreccion de la carne!

Las recién llegadas golondrinas hienden el aire rozando á veces los adoquines con sus alas, en tanto que las lilas y las rosas ocales abren sus perfumarias en los jardines públicos y privados.

Los tenderos, los sastres y las modistas exhiben sus géneros primaverales. Apáganse las chimeneas

y las estufas. Desaparecen las copas y los braseros; y los manguitos, las capas y los abrigos de todas clases quedan en situacion de reemplazo hasta el año venidero.

Los balcones empiezan á verdear. Las jaulas de pájaros permanecen en ellos toda la noche, lo que produce deliciosos conciertos callejeros por las madrugadas. En las plazas poco transitadas nace alguna yerba entre el empedrado, y en el corazon de los que *ya no tienen corazon* se despierta no sé qué hambre de amor y de vida, de gloria y de felicidad que hace dificultosa la respiracion y largas las horas del anohecer....

Los cementerios merecen tambien las atenciones de Flora y se ponen tan lindos y perfumados estos dias, que es un gusto pasarse allí la siesta leyendo una novela de amores ó pensando en los medios de llegar á ser excelentísimo señor.

¡ Oh... sí ! en todo se advierte que la naturaleza ha tocado tambien á gloria. En la carrera de san Gerónimo sacuden las alfombras del Congreso , próximo á reanudar sus tareas. Las insoportables reuniones literarias, tan de moda este año, vuelven á sus honestos recreos... y dentro de pocas semanas se prolongarán las sesiones del Prado hasta las once de la noche....—

¡ Allí están ya las sillas, testigos de tantos duos en *mi mayor*, esperando nuevas veladas cariñosas en que se desenlacen los dramas sentimentales del pasado invierno !...

¡ Oh Dios ! todos los años lo mismo, y sin embargo, ningun año nos perdona los consabidos doce meses de existencia.—Está visto : esos pequeñuelos que juegan por las tardes en el *parterre* del Retiro, en la fuente de Apolo y en la plaza de Oriente, acaba-

rán por quitarnos nuestros papeles de galanes jóvenes, relegándonos al de barbas! ¡Corre el tiempo tan deprisa!

Ayer estuve viendo el magnífico retrato de la madre de D. Fernando VII, pintado por Goya; y al considerar aquel vestido de *medio paso*, ceñido al talle por su parte mas primorosa, pensé precisamente en lo que acabo de indicar: en que pronto no nos estilarémos los españoles de hoy, de lo cual me alegraré mucho, mal que les pese á los que viven satisfechos de sí mismos.

#### IV.

##### LA NUEVA PRIMAVERA.

No hay bien ni mal que cien años dure, y en consecuencia de esto, nuestro insigne Quintana ha bajado al sepulcro á los ochenta y cinco años de su vida. — Hánle enterrado, y *pax Christi*.

España es un templo que se hunde hace mucho tiempo. Hoy sopló el viento un poco fuerte, y ha venido á tierra una voluta, una cornisa, un arco, una columna, — lo que quiera que haya sido Quintana. Un periódico religioso ha cogido el derrumbado fragmento, y ha apedreado con él á los liberales.... El sol ha seguido dando vueltas como si tal cosa.

El siglo que viene, tal dia como hoy, serán otros los soberanos de Europa, y se habrán vuelto feas; muy feas! todas las muchachas bonitas que hoy me embelesan en los paseos y en los teatros. Pero yo siento mas que nada no poder llegar á conocer las óperas nuevas que se cantarán en la temporada cómica de 1956 á 1957. — ¡Qué buenos coliseos ha-



brá entonces ! ¡ Qué buenas compañías ! ¿ Cómo diablos se llamará la *prima donna* ? ¡ Ay ! ni aun viviendo tanto como Quintana conseguiria yo saberlo. Lo mas tarde que yo moriré será en 1908.

Pero, hablando de otra cosa ; sean ustedes francos, señores empresarios del teatro nuevo ; ¿ creen ustedes que el siglo que viene por ahora habrán enjendrado ya las zarzuelas la ópera nacional ?

¡ Qué nos importa ! dirán ustedes : nosotros ya habremos muerto !

¡ Ah ! ya.... Ustedes son como esos forasteros que van vendiendo por los cortijos filtros y brevajes que han de producir su efecto á los tres dias... El Dulcamara toma las de Villadiego con anticipacion.... y á los tres dias no hay quien encuentre una ópera española para un remedio.

La muerte de Quintana ha coincidido con la llegada de la primavera. Dícese que esta jóven viene de la zona templada meridional, donde ha residido durante nuestro otoño del año último. Llega tan hermosa y rozagante como si el tiempo no pasase por ella.

Aconsejo al Sr. Urries que la ajuste en el teatro Real, para bailar la parte de la *Primavera* en las *Visperas Sicilianas*, pues la *demoisselle* que hoy quiere pasar por *Flora*, no nos convence á los señores abonados.

Lo mismo decimos de las demas estaciones y en particular del *Verano*.... para cuando llegue.

## V.

EL VERANO EN MADRID.—RECUERDOS DEL INVIERNO Y DE OTROS VERANOS.

Viernes 23 de julio.

Hoy ha principiado la canícula, lo que equivale á decir que un perro rabioso es desde hoy, astronómi-

camente hablando, gobernador de los cielos. ¡Bien se conoce en la tierra!

El verano de Madrid es horrible, desconsolador, *bochornoso* en el doble sentido de esta palabra.

Yo concibo el invierno en esta capital de la Mancha. Nada me importan las pulmonías, ni los hielos, ni el soplo del Guadarrama, ni la infinidad de pícaros que viene aquí á vivaquear durante los días cortos y las noches largas.—Abrígase uno lo mejor que puede; permanece en la cama arropadito hasta que se pone el sol, esto es, hasta las tres de la tarde; envuélvese en la capa ó abotónase el gaban, y échase á la calle en busca de pajaritas de las nieves.

(Así llamo yo á todas las madrileñas, á causa de valor impertérrito con que arrostran los cuatro y los seis grados bajo cero con tal de lucir en el Prado ó en el Retiro una capota nueva ó un manguito recién llegado de Paris, cuando no las botas y las medias.)

A las cinco sube uno por la calle de Alcalá soplándose las puntas de los dedos en busca del café ó del Casino, donde le aguarda una compacta y animada concurrencia que pregunta á cada momento: ¿Qué hay?

Y hay mucho.—Hay el baile que se espera; la orgía de la noche anterior en un baile de máscaras; las intrigas amorosas que sorprendieron los desocupados; lo que ha pasado entre bastidores en el Congreso; la ópera nueva; *la claqué y la contra claqué* que se disponen; fulano que ha llegado (porque en este tiempo todos llegan, ninguno se va); lo que le ocurre al ministro; el desafío en ciernes, el libro que acaba de publicarse, la reunion literaria á que se asistió, la tertulia de fulana, la casa de juego de mengana, las ostras que recibió Farrugia, la tiple que va á *debutar*, la crisis ministerial interminable que resulta

de tanta vida, de tanto movimiento; aquí la murmuración pacífica, allí la disputa acalorada; en una parte la burla sangrienta, en otra la discusión razonada; el periódico que dice esto; la proclama que añade lo otro; la *Gaceta* que se calla; el diputado que anuncia: ¡*Verán Vds. mañana!*...; el literato que recita su última sátira contra la situación... ¡Oh! es una vida magnífica... una vida febril, artificial, frívola si quereis, pero que mata las horas, ocupa la imaginación y distrae el hambre canina del espíritu mas soñador y melancólico.—A las ocho la fonda,—á las nueve el teatro,—á las doce la tertulia, el té, la buena conversacion en torno de la chimenea,—á las dos el *tete á tete* con la dueña de la casa en que teneis el privilegio de quedaros rezagado,—á las tres la última vuelta por el Casino, el chocolate final, salpimentado con la noticia fresca, con lo que mañana no traerán aun los periódicos, con lo que se acaba de ver ú oír en palacio, en el ministerio ó en el baile de perengano... y, en fin, á las cuatro á casa á leer *La Epoca*, á escribir dos ó tres cartas y á dormir el dulcísimo sueño del invierno.

Repito que concibo esta vida en Madrid.—Pero la vida del verano...—¡No volveré á pasar otro en la villa de San Isidro, mientras no traigan el Lozoya.

¡Qué calor! ¡qué polvo! ¡qué fetidez!—Ni un árbol, ni una flor, ni un chorro de agua, ni un pájaro, ni la sombra de una peña... nada que solace los sentidos!—Los teatros... cerrados, ó convertidos en baños rusos, llenos de pretendientes, y dando las funciones sobrantes de la temporada; los cafés... desanimados, como que se va á ellos á refrescar y á descansar, no á agitarse y divertirse; las tertulias... suspendidas, el gobierno aletargado, las muchachas bonitas en baños ó en el extranjero; las personas que mas se quieren,

hablándose á tres pasos de distancia, á fin de no derretirse; el Prado atestado de gente que se queja del mal día que ha pasado, y busca en un paseo de trescientos metros frescura y expansion para diez mil pulmones; el tabaco que reseca, el vino que estraga, la comida que sienta mal, el amor que es peligroso, la cama que ofrece una calorosa vigilia, el café que no es higiénico, y no mas baños que el rio Manzanares ó un pilon del tamaño de un ataúd..! Tal es el cuadro del estío madrileño. ¡Oh! ¡Qué diferencia entre este verano y el verano que yo pudiera pasar, si no fuera por lo que es!

Cuando esta noche, sentado en el Prado, esperaba la llegada de una brisa respirable, levanté los ojos al cielo, y al verlo cubierto de estrellas, recordé las noches pasadas en el campo, bajo los árboles, sin otra luz que la de la luna, al lado de personas queridas, oyendo el rumor melancólico del agua y respirando un ambiente cargado de esencias de tomillo y de romero.

¡Felices, dije, los que están así en este momento, descansando de la campaña del invierno anterior y disponiéndose para la del invierno futuro!

Creí oir entonces dulces y apacibles conversaciones, cantos divinos, aprendidos de labios de la Gazzaniga ó de la Didié en la butaca de un teatro, y regalados suspiros de amor, nuncios de matrimonios venideros.

Luego se trasladó mi imaginacion á la orilla del mar... y allí estaba tambien la luna, rielando en las soñolientas olas, que murmuraban bendiciones bajo las caricias del cielo.—Allí mis amigos, mis contertulios, mis madrileñas del alma, se aprestaban á entrar en un bote para dar un paseo veneciano.—Y oí la barcarola improvisada, y el golpe de los remos, y



el canto lejano del pescador, y el alerta de los centinelas tendidos por el muelle, y el pito del carabinero de mar, que corría por la costa tomándolos por contrabandistas.

O bien me imaginé un baile improvisado en el salon general de una casa de baños, donde todos se desconocen, donde brotan tan ardientes y súbitas las simpatías; donde cada cual es distinguido por su buena educacion, por su gracia, por su figura, por su caridad, por su elegancia, por todo menos por su nombre.

Si pensaba en Andalucía, oía la patética rondeña y la tristísima caña, que con sus interminables cadencias traen á la imaginacion los páramos infinitos de los desiertos de Africa.—Si en Aragon ó Valencia, creía escuchar la bulliciosa jota, enérgica, brusca y apasionada como aquellos pueblos indómitos, valientes y amantes de su clásica tierra.—Si en Galicia ó las provincias Vascongadas, escuché aquella inefable melodía de los pueblos montañeses, triste y alegre como una alborada despues de una tempestad, melodía que llora y rie á un mismo tiempo, y que es igual en Cantabria que en Suiza, en el Pirineo que en los Karpatos.

Todo esto soñé por dos cuartos que me costó sentarme en una silla desvencijada del ayuntamiento.—Alamedas, jardines, bosques, campiñas, rios, lagos, estanques, parras pomposas y aristocráticos lechos de jazmines, todo pasó ante mi vista en variada confusion, mientras los chicos y las mujeres gritaban en torno mio: ¡*Aqua, merengues y azucarillos, agua!*—¡*Fósforos y cerillas!*

VI.

EL VERANO EN MADRID.— UN PASEO MATINAL.

Sábado 24 de julio.

Esta mañana me levanté á las seis.

El sol, que habia madrugado mucho mas que yo, llevaba ya hora y cuarto de trabajar en su oficina.

Encontréme, pues, la tierra perfectamente caldeada, sin que esto sea decir que se hubiera enfriado durante la noche anterior.

Fuí al Retiro en busca de frescura; pero los árboles se negaron á darme sombra: me acerqué al estanque para recrear mis calcinados ojos con la contemplacion del agua, y el olor á peces muertos me hizo retroceder mas que á prisa.

¡Basta por hoy de placeres del campo! me dije, y tomé el camino de mi casa.

*Como era tan temprano*, los barrenderos estaban haciendo de las suyas en las calles y plazas de la capital.—En cambio, de trecho en trecho, habia sobre la acera un charco de agua infecta ó de otra cosa peor.

Era que algun honrado vecino, para cumplir con la órden del ayuntamiento que manda regar las calles dos veces al dia *por cabeza*, habia vaciado allí una aljofaina de espuma de jabon, despues de hacer las abluciones matinales.

Las burras de leche, que siempre me recuerdan el cuadro de la *Caridad romana*, volvian al hogar doméstico, despues de haber restaurado pulmones y bronquios en los cuatro ángulos de la villa de Felipe II, (suponiendo que esta villa tenga la forma cuadrangular).

Montañesas, gallegas, asturianas y demás varieda-

des del bello sexo macizo discutian sobre economía culinaria en las avenidas de los mercados.

Derribaba, en fin, por su parte casas viejas el gremio de albañiles, sin consideracion á la hora ni á las circunstancias de las calles, poblando la atmósfera de nubes de polvo, portadoras á veces de granizos de un tamaño mas que regular.

Agréguese dos ó tres mil coches de alquiler que ya estaban en movimiento; las tiendas nómades establecidas al paso del transeunte; los carros de yeso y de ladrillo, andando como dicen que andan las tortugas; los treinta grados de calor que ya marcaba el termómetro á la sombra; los relojes, dando cada uno la hora que se le antojaba; el ruido de los talleres; las tropas que á lo mejor se atravesaban en la embocadura de una calle obligándole á uno á presenciar el desfile... y se formará idea de las delicias de un amanecer de la corte, de una mañanita de verano de esas que cantan los poetas sentimentales, de lo que es, por último, la hora mas soportable de las quince que permanece ahora el sol sobre nuestro horizonte.

## VII.

CARACTERES DE UN DOMINGO.—SOBRE LOS MARIANOS.—LA VIDA EN ABREVIATURA.

Domingo 23 de julio.

Esta mañana abrí el *Calendario de Castilla la Nueva*, y leí estas palabras:

«23 de julio.

*Domingo IX.*

*Santiago, apóstol, patron de España, y San Cristóbal, mártir.*

*Sale el sol á las 4 y 30 minutos — Se pone á las 7 y 22.*

*Luna llena á las 11 y 48 minutos de la noche en Acuario. — Truenos.»*

Todo ha resultado cierto. El programa del almanaquero se ha cumplido en todas sus partes.

Ha sido 25 *de julio*.— De esto no tengo duda; puesto que soy partidario de la correccion gregoriana. Los griegos, los musulmanes, los chinos, los israelitas y algunas otras personas llevan la cuenta de diferente modo.... pero el resultado es el mismo. La luna no hila nuestras vidas ni mas de prisa ni mas despacio que el sol. Si julio siguiera siendo todavia el quinto mes del año, como lo era en la antigua Roma, no por eso tendríamos hoy dos meses menos de existencia. Y si los hombres decidieran que este año fuera de cuarenta mil dias, los niños que nacieron ayer estarían canos, calvos y sin dientes antes de fin de año.

Pero, en fin, entrando en la convencion de que á los diez dias de llegar el sol al trópico de Cáncer cada grupo de veinte y cuatro horas lleva por apellido el nombre de César, y siendo así que van ya veinte y cinco dias que está sucediendo esto, indudablemente hoy hemos sido veinte y cinco de julio, ó sea *octavo calendas Augusti*. Por lo demás, si el P. Lenglet no me engaña, quien dice *julio*, dice *Ab*, hebreo; *Metagitnion*, griego; *Gorpiæus*, macedon; *Lous*, siromacedon; *Messori*, alejandrino; *Nahase*, abisinio; *Herodiez*, armenio; *Asphandar*, persa; *Regihab*, árabe, y *Regeb*, turco.—Solo me resta saber cómo contaban el tiempo los *Kuakua* de la Hotentocia antes de ser conquistados por los ingleses.

Tampoco tengo duda de que hoy ha sido *domingo*. Voy á dar mis razones.

Los mercaderes del cuarto bajo de mi casa han cerrado la tienda á la una de la tarde. Luego los he



visto, vestidos de toda gala, dirigirse á casa de sus novias... con hambre de una semana. Despues me los encontré en el Prado fumando magníficos corace-ros. En seguida irian á tomarse su par de sorbetes al café del Iris, y acaso, acaso se atreverian á dar una vuelta por el teatro del Circo...

¡Oh, buenas gentes! ¡cómo envidio su metódica existencia! ¡Qué felices han sido hoy durante esas diez horas de asueto! En cuanto á mí, los criados me dijeron *bon jour* á las tres de la tarde, en uso de su derecho: mi sobrinillo vino á pedirme el medio duro semanal: por la mañana estuve en misa, y á la tarde á comer con doña Torcuata; todo lo cual, unido á que los jornaleros se han puesto hoy camisa limpia, me demuestra que el almanaque no se ha equivocado por esta vez.

Tambien ha sido *domingo IX*. — Esto quiere decir que van nueve *Dominicas* despues de *Pentecostés*, y que faltan diez y siete para el domingo I de *Adviento*, que significa domingo I próximo á la venida del Mesías. Despues hay cuatro domingos que llevan esta denominacion... ¡y año fuera!

¡Como quiera que se tome, el tiempo corre lo mismo! Sin embargo, el cómputo eclesiástico me parece mas bello y consolador que ningun otro. Hay en su monotonía algo parecido á lo que dije de la existencia de los mercaderes. Las costumbres son la vida de la sociedad: sin ellas el mundo se viene abajo.

Por lo que respecta á ser *dia de Santiago*, *patron de España*, y de *San Cristóbal*, *mártir*, me habian convencido de ello dos circunstancias: primera, la ver-bena de anoche: segunda, el aguador, que se presentó esta mañana, mas cargado de vino que de agua, diciendo que hoy era su dia. Y no acabó de decir esto el buen Cristóbal, cuando se le cayó la

cuba que llevaba á cuestas, lo cual me pareció indigno de su nombre.

Que *el sol salió y se puso* á las horas precitadas... lo creo. —¡ Así no hubiera salido!

Y, en fin, lo del *plenilunio*, yo mismo acabo de presenciario.

Y ¡ qué hermoso estaba el astro del amor en aquel momento !

¡ Así no olvide que ha entrado en *Acuario* y que nos ha prometido una tormenta!

Lunes 25.

*Santa Ana, madre de Nuestra Señora.*

Indudablemente ha sido lunes, puesto que no he recibido esta mañana mas periódicos que la GACETA y el DIARIO.

Por ser día de Santa Ana, he meditado largamente en una cuestion que tiene dividida la opinion en nuestros reinos. Hay provincias en España en que los Marianos celebran hoy sus dias: en otras los celebran el día del Dulce Nombre.—Esto es un mal, ya que no bajo el punto de vista artístico y poético, bajo el punto de vista administrativo.

Mientras no haya uniformidad en las costumbres del pueblo español, los gobiernos trabajarán inútilmente por hacerlo grande, feliz y poderoso.

La misma diversidad de miras é intereses que hay en punto á *Marianos*, nótese en otras muchas cosas, siquiera sean menos importantes. El vasco conserva sus fueros. Andalucía necesita el libre cambio, mientras que Cataluña lo rechaza. En Valencia no se habla el castellano, ni en el Principado, ni en las Provincias Vascongadas, ni en Galicia. Madrid está in-

festado de escépticos, mientras Aragon y otros reinos hierven en fanáticos

Nuestras provincias septentrionales claman por descentralizacion administrativa, y la merecen; mientras que los meridionales no tendrían ni agua que beber á no ser por la centralizacion.

En un lado llevan los españoles zaragüelles; en otro calzon bombacho: aquí pañuelo en la cabeza; allá sombrero de catite.

¡Así no se regularizarán nunca la industria y el comercio! Los congresos serán siempre de mil colores, y no acertarán á entenderse, pues cada diputado hablará el dialecto de su provincia y querrá las leyes á medida de sus costumbres.

Lo propio digo de las horas de comer. Hácese necesario que todos los madrileños coman á una misma hora, pues lo que hoy sucede en este punto es sumamente perjudicial. Sin orden, no hay prosperidad posible. Donde cada uno hace lo que se le antoja, se lleva el demonio la cantarera. Donde no hay horas fijas de comer y de dormir, los negocios se entorpecen, el tiempo se malgasta, nadie sabe á qué atenerse en punto á visitas, y puede llegar el caso de que un hombre activo que tenga que ver á veinte y cuatro españoles á diferentes horas (á este á las doce, á aquel á las dos, á uno á las cuatro, á otro á las nueve), los encuentre á todos con la boca llena.

Y si no, reflexionemos.

A la *una* de la madrugada, cena á la salida del teatro el que comió á las seis de la tarde.

A las *dos*, tómase en el café *chocolate á última hora*.—Esta es la frase.

A las *tres*, están llenas de gastrónomos y gentes de buen humor todas las fondas llamadas *colmados, andaluces y montañeses*.

A las *cuatro*, cenan los jugadores del Casino.

A las *cinco*, están las buñolerías atestadas de trasnochadores.

A las *seis*, toma chocolate todo el que madruga.

A las *siete*, echan el aguardiente las cocineras que van á la compra.

A las *ocho*, almuerzan los españoles rancios, el clero, los que han cazado por la mañanita con la fresca, los agentes de negocios, etc. etc.

A las *nueve*, los chicos que van á la escuela y á los colegios, muchos abogados y procuradores y todos los que comen á las tres.

A las *diez*, los que comen á las cuatro.

A las *once*, los que comen á las cinco.

A las *doce*, los que comen á las seis y luego bajan al Prado.

A la *una* de la tarde, los que comen á las siete después de echar una siesta.

A las *dos*, los que comen á las ocho, porque no tienen apetito sino con luz artificial.

Pues volvámosla por pasiva.

A las *tres*, comen los que almorzaron á las nueve.

A las *cuatro*, los que almorzaron á las diez.

A las *cinco*, los que almorzaron á las once.

A las *seis*, los que han de cenar á las doce.

A las *siete*, los que cenarán á la una.

A las *ocho*, comen los que almorzaron á las dos, meriendan los que comieron á las tres y cenan los que comieron á la una.

A las *nueve*, se come y se cena.

A las *diez*, cenan los que comieron á las cuatro.

A las *once*, todos los que piensan madrugar.

Y á las *doce*, se sirve el té con pastas en mas de tres mil casas principales.

¡ Tal es la anarquía que reina en la villa y corte!



Pues lo mismo acontece con las horas de acostarse y levantarse.—Y una cosa muy parecida con las horas de trabajo.—Y así con lo demás.

Lo repito: la nacionalidad española no existe todavía, ni puede existir si no se remedian estos males.—Desde Isabel la Católica hasta de presente, no se ha dado un solo paso en pro de la unidad nacional. Cuando todos los Marianos reciban felicitaciones el 26 de julio, tendremos adelantado mucho para conquistar á Gibraltar, unirnos con Portugal, absorber la república de Andorra, hacer nuestro el imperio marroquí y castigar á los que rondan la isla de Cuba.—En tanto no llega ese dichoso día de Santa Ana, nuestras Españas y nuestras Indias serán lo que hasta aquí: diez y seis millones de caballeros particulares que toman el sol ó el fresco, pensando en qué sea peor: si el *himno de Riego* ó el programa del señor Bravo Murillo.

Dije ayer que la luna abia entrado en Acuario, y que el almanaque anunciaba truenos.—La profecía se ha cumplido admirablemente. ¡Loor á nuestros astrónomos!—Esta tarde hemos tenido una magnífica tormenta con aguacero, truenos y rayos.

Uno de estos ha caído sobre la iglesia de San Cayetano, incendiando toda la cúpula....

Martes 27.

Tomé chocolate,—me levanté,—me lavé,—me vestí,—leí los periódicos,—escribí dos cartas,—almorcé,—acabé de vestirme,—fuí á casa de Antonio,—disputé sobre geología,—comí,—dí un paseo,—fuí al café,—tomé un sorbete,—entré en casa de la baronesa,—me dió té,—vine acá,—me senté al balcon al fresco,—y ahora voy á acostarme.

Iriarte diría:

Levántome á las mil, como quien soy.  
Me lavo. Que me vengan á afeitar.  
Traigan el chocolate; y á peinar.  
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.  
Si me buscan, que digan que no estoy...  
Polvos... Venga el vestido verdemar...  
¿Si estará ya la misa en el altar?  
¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.  
Hice ya tres visitas: á comer...  
Traigan barajas: ya jugué. Perdí.  
Pongan el tiro. Al campo; y á correr...  
Ya doña Eulalia esperará por mí...  
Dió la una. A cenar y á recojer.  
¿Y es esto un racional?...—Dicen que sí.

¡Ah! ¿Qué es la vida?... me preguntaba hace poco, contemplando la eterna luna.—Y en verdad que no he sabido responderme.

Héme con un día menos... ¿En qué lo he pasado?  
—¡Vive Dios que me avergüenzo cuando lo medito!

¡Y si pienso en que esto es ser feliz; en que ocho mil días como el de hoy constituyen todo mi tesoro; en que la majestad del hombre se reduce á tan mezquinas tareas; en que el porvenir es una multiplicacion de vanidades que desprecio, de placeres que ya conozco y de dolores mayores que los que he sufrido!...

Decididamente yo necesito tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

## VIII.

### LOCOMOCION.

Viernes 6 de agosto, al amanecer.

Son las cuatro de la mañana. De hoy no pasa sin que me marche. Pero, ¿á dónde?—Esto es lo que no sé todavía.

Tengo el cofre hecho, la carta de vecindad en el bolsillo, la bolsa de viaje pendiente del cuello, el dinero en el cinto, las pistolas en la faltriquera, un guante puesto y otro quitado, el lapiz y la cartera debajo del brazo izquierdo, el mapa de Europa en la mano derecha, cuartos para los pobres en el bolsillo del pantalon, cartas de recomendacion... no las quiero ni las necesito; provisiones de boca en el saco de noche, pasaporte para el extranjero en la cartera, espines en el estuche y agujeros para ellos en las botas... Nada me falta: puedo marchar dentro de dos horas.

Pero ¿á dónde? vuelvo á preguntarme. ¿Cómo? ¿En qué forma? ¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

Pláceme mucho hacer cosas nuevas; de modo que, por mi gusto, este viaje, que emprendo en busca de árboles, de frescura y de agua en que meter el cuerpo, lo haria de una manera rara y estraña para mí.

Recapitulemos, á ver si doy con algo original.

Yo he viajado ya en barco de vela,

En barco de vapor,

Y en barco de remo...

Por consiguiente no es cosa de embarcarse en el canal de Manzanares.

Tambien he viajado por ferro-carril,

En diligencia,

En posta,

En coche particular...

(Aquí me veo obligado á poner unos puntos suspensivos...)

A caballo,

En galera,

En calesa,

En carro de bueyes,

En mula,

Y en asno.

(De todo lo cual me alegro mucho, yo el editor de el *Diario de un Madrileño*, porque escribiendo así, en parrafitos tan cortos, cunden mucho los artículos literarios.)

He patinado y andado en trineo.

He sido llevado á cuestras para pasar los rios.

Me han conducido en brazos, primero mis once nodrizas, y en cierta ocasion las masas populares.

He bajado á una mina colgado de una cuerda.

Dicen que he trepado por escalas de nudos.

He andado sobre zancos de madera.

Me he arrastrado, como una serpiente, por galerías morunas.

He andado á cuatro piés por los tejados.

He cabalgado cuando niño en carneros merinos, perros de Terranova y cerdos en pelo; es decir, cerdos en cerda.

Tambien he nadado,—lo que me gusta mas que andar.

Porque se me olvidaba decir que he andado.

No he volado sino en sueños; pero me he mecido á mi sabor en campestres columpios, recibiendo el impulso de manos hermosísimas.

He dado vueltas en el *tio Vivo*.

He resbalado voluntariamente de espaldas, apoyado en un baston ferrado, desde heladas cumbres á nevados valles.

He rodado, sin querer, como una pelota por la ladera de un abismo.

Me he arrojado por una Montaña rusa.

He botado con *b*, pues con *v* no he podido (tal estaban las listas electorales...), he botado, digo, siendo presa de cierta convulsion que suele visitarme.

He caido de una respetable altura,



He saltado mas de cuatro arroyos,

Y he hecho la *belica*.

Hasta aquí lo que conozco: veamos ahora lo que no conozco.

No he viajado en globo aereostático,

Ni en ataud;

Pero tengo esperanza de viajar de una y otra manera, porque yo soy de los que saben que han de morirse y de los que creen y esperan en el aparato del Sr. Montemayor.

Tampoco he caminado sobre la joroba de un camello, como los árabes,

Ni sobre el lomo de un elefante, como los indios,

Ni en litera, como las damas del siglo xvi.

Tampoco he sido llevado todavía en andas.

Y digo *todavía*, no porque entre en mis proyectos ir á la China (sobre todo desde que ya va todo el que quiere, gracias á los cañones de Inglaterra y Francia), sino porque puedo llegar á ser santo y salir en procesion,—que santos hubo, ó por mejor decir, hay en el almanaque, que á mi edad eran mucho mas malos que yo, como pueden atestiguar San Agustin, San Pablo, San Francisco de Borja y otros.

Tampoco me han paseado en la punta de una pica como á la princesa de Lamballe; pero todo me lo temo... y eso que no soy príncipe todavía...

(De este *todavía* digo lo mismo que del anterior.)

¿De cuál de estas maneras emprenderé mi viaje?

De ninguna.—Recurramos, pues, á lo ya conocido.

Me marcho en diligencia. El *donde* no lo sé, pero ello dirá. Por lo pronto me dirijo al Norte, cosa muy natural en quien busca *fresco*.—Mañana á estas horas estaré en Valladolid.

No siento remordimientos por lo que dejo en la cor-

te. Tengo la seguridad de que, yéndome, no me privo absolutamente de nada agradable. De aquí al otoño, que pienso volver, todo seguirá como se encuentra hoy,—dormido, asfixiado, muerto, y enterrado en polvo por añadidura.

¡Dios mio, que me salgan ladrones; que volquemos; que encuentre alguna compañera de viaje muy bonita; que pasemos hambres y tormentas!—¡*Emociones*, Dios mio, *emociones* á toda costa!

¡Conque esto es hecho!—¡Adios, Madrid! Te dejo ensayando zarzuelas y discursos parlamentarios; disponiéndote á levantar la Puerta del Sol y á reunir un congreso de diputados; esperando la del cielo, esto es, agua llovediza que temple el rigor de tu caliginoso ambiente, y confiando en la venida del Lozoya y de una buena compañía de ópera italiana. ¡Que Dios escuche tus votos!

¡Adios, noches del Prado, tardes de la Fuente Castellana, mañanas del Retiro! ¡Adios, sol de la Mancha, luna de julio, horchata de chufas, pretendientes que concurrís á los cafés, bailes del *Tivoli*, baños del ex-Manzanares!—¡Hasta las ferias, si el tiempo lo permite!

Pero no creo haberme despedido lo bastante de la *Puerta del Sol*, y retrocedo sobre mis pasos para decirle:

—¡Adios, nueva Palmira, fruto precioso de la revolucion de julio; cascajal perdurable; Proteo geográfico, tan pronto laguna como pantano, hoy montaña si ayer derrumbadero; Maelstrom de los coches; digno átrio del ministerio de la Gobernacion de España; moderna Troya, en cuyo centro mueren los Sartorius, los Escosuras y los Nosedales; barricada eterna en que los menestrales acechan á los ministriles; manzana, no de casas, sino de la discordia entre aca-

démicos, ingenieros y capitalistas; Puerta Otomana, que has dado márgen á toda una guerra, que empezó por donde concluyó la de Oriente; por la demolicion de algunos edificios, y terminará Dios sabe cómo... ¡adios!—¡Quieran los cielos que *lleguen pronto* los dias *largos y enjutos*, á fin de que puedas dar más pan á los jornaleros y menos que decir á las naciones civilizadas!

## X.

CARTA RECIBIDA EN EL CAMPO POR «EL MADRILEÑO».—EL OTOÑO  
EN LA CORTE.

Pasáronse las flores del verano;  
el otoño pasó con sus racimos;  
pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos,  
cayeron... y nosotros á porfía  
en nuestro engaño inmóviles vivimos.

(RIOJA.)

Pues que tú no me escribes nada interesante, te escribiré yo lo que por aquí pase, mi querido *Madriileño*.

¿Qué me importa á mí ya, quiero decir, qué importa ya á los suscritores de *La Epoca* que los contrabandistas pasiegos usen un palo de avellano de tres varas, mediante el cual dan saltos sobre los abismos, dejando con un palmo de narices á los carabineros?

Esa apuesta, digna de Hércules, entre dos barreneros vizcainos, que me describes con homérica entonacion; ese viaje á la *Peña de Oreña*,—hocina colosal que hace llegar los rugidos del mar cantábrico hasta nueve leguas tierra adentro;—esos tiradores de *barra* y jugadores de *bolos*, cuyas escelencias me cantas; la pintura que me envias de los baños de Ontaneda y

del valle de Toranzo en g neral; tus ditirambos sobre la hermosura de esas ba nistas; tus  glogas con Fernandez de los Ríos; tus observaciones sobre lo que es el amor en esos falansterios de placer que se llaman Casas de baños; todo eso, dime,  qu  interés quieres que despierte ya, si el verano ha trascurrido, si pasado mañana empieza el otoño, si nadie, en fin, piensa ya en el campo, sino como en un amor perdido y que es forzoso olvidar?

Los escritores de costumbres, amigo *Madri e o*, antes que nuestra propia imaginacion, debemos consultar la de nuestros lectores al ponernos   escribir. Cuando conocemos que los patrocinados de San Isidro desean salir de Madrid, les hablamos de los placeres del campo, y conseguimos que la boca se les haga un agua. Cuando ya se aburren en los brazos de la naturaleza, les describimos la animacion y vértigo de la corte, y en seguida se vienen detrás de nosotros como corderos.

Durante el verano, el público se contenta con oir hablar de árboles y flores, de bandadas de pollos y señoritas que cruzan de acá para allá, de montes altos y dilatadas praderas, de baños, de natacion, de caza, de pesca, de romerías, de noches en el mar, de comilonas, de columpios, de *borricadas*... Entónces el Prometeo,—el empleado, el pobre   el hijo de familia,—atado sobre la torre de Santa Cruz, bajo un sol de padre y muy señor mio,—tiene siquiera el consuelo de visitar *con la imaginacion* los pinterescos lugares por que suspiran sus carbonizados pulmones.

Pero cuando la vida refluye de las estremidades al centro de la península; cuando nadie piensa en irse, sino en volver; cuando el campo se pone húmedo y Madrid retozon y *confortable*, vámonos precisados los revisteros   charlar hasta por los codos de lo que su-



cede, ó por mejor decir, de lo que vá á suceder en la corte, de lo que se prepara aquí, de lo que se dispone allá, de lo que proyecta este, de lo que ha prometido aquel, de los salones que están á punto de abrirse, de si la contralto ajustada es rubia ó morena, del caudal, en fin, de placeres que se ha acopiado para pasar el invierno, como se acopian la leña, el cisco, el té negro ó la galleta de Manchester.

Ven, pues, te digo: ven y guíame por este *mare-magnum* que empieza á rizar sus olas. Ven, que ya amanece el año madrileño de 1859. Ven, y provéete de guantes *paille*, de *duquesas*, vulgo anteojos, de abonos en la Opera y demás teatros que valgan la pena, de un forro de goma en que embutirte los días lluviosos y del correspondiente surtido de pastillas para los constipados de febrero. Ven, por último, y lánzate á este torbellino de gas, espectáculos, cortesías, vanidad, murmuracion, elegancia y egoismo, fuera del cual no podemos vivir un año entero los que ya lo conocemos á fondo.—Y es que Madrid se parece á esas coquetas encantadoras que despreciamos tanto como las apetecemos, y que abandonamos *para siempre* todas las noches, sin perjuicio de volver á buscarlas todos los días.

A la hora en que te escribo, ya se empiezan á hacer los preparativos de la feria, y da gusto de andar por el paseo de Atocha entre pilas enormes de esquisitas frutas.

Me dirás á esto que tú las tienes ahí mas esquisitas y colgadas de los árboles como su madre las parió...

Pero yo te replicaré que aquí las frutas sirven de fondo á un cuadro animadísimo de muchachas *como es preciso*...

(Y no te digo *comm'il faut*, porque las ferias van siendo patrimonio esclusivo de la clase media, como los bailes de máscaras y otras cosas...)

Pero de muchachas, al fin, muy bonitas y elegantes, entre las que figuran A... E... I... O... U... y otras varias y diversas, que ya han regresado de Chamberí, el Molar, Carabanchel y demás residencias veraniegas... de tercera clase.

Las diligencias y los correos vienen atestados hasta los topes, es decir, hasta los cupés.

El Prado se puebla de emigrados que ostentan las últimas modas de París, Lóndres y Viena...

Los teatros ensayan...

Los conciertos preludian...

En las horchaterías se venden esteras de esparto...

Sacúdense y tiéndense algunas alfombras...

¡La resurrección, la rehabilitación, la restauración cortesana es ya un hecho consumado!

El uno llega con los bolsillos llenos del oro que ganó en ese garito europeo que se llama Baden.

El otro nos trae noticias de los hombres de orden que gimen en un ostracismo espontáneo, allá *en las tristes márgenes del Sena...*

Quién ha hecho acopio de salud que derrochar;

Quién de dinero arrancado á su patriarcal familia;

Quién de libros para emprender otro año universitario;

Quién de novias, *en el primer grado del amor*, ganadas á punta de lanza en el Cabañal de Valencia ó en las orillas del lago de Enghien, en los Pirineos ó en Andalucía.

D. G... tiene en cartera un drama, que piensa representar.

D. H... trae una máquina para aprender el idioma chino sin necesidad de maestro.

D. J... un discurso contra la situación, que ya le quita el sueño á los siete ministros.

D. X... hace gárgaras, preparándose á contestar á D. M.

Los cantantes del teatro Real asoman por Fuen-carral vestidos de invierno, á fin de no constiparse antes del 1.º de octubre.

En fin; los templos de la gloria, del amor, de la fortuna y del poder ostentan ya sus tesoros.—Diez mil combatientes esperan la señal del asalto.—¡Ven á las filas!—La inteligencia, la hermosura, el dinero, la intriga, el valor, y hasta la honradez, son las armas del combate.—*Acude, corre, llega*; elige tu camino; esgrime el arma que debas al cielo; cierra los ojos y baja la cabeza; envuelve tu corazon en un frac como en una mortaja, y *¡á ellos!*.. que, segun dijo un *esprit-fort* de la antigüedad:—*Vitæ summa brevis spem nos vetat inchoare longam.*

## XI.

### EL COMETA NUEVO.

*Nihil novum sub sole...*

Esto es una verdad, al menos para mí, y hoy sobre todo.

*Nada hay nuevo bajo el sol.*

Créolo á puño cerrado por dos razones: primera, porque la noticia está en latin, y sabido es que, así en los sermones como en los tratados de retórica, no hay argumento mas convincente que un testo de los santos padres ó de los filósofos de la antigüedad, máxime si el latin es tan revesado que nadie lo comprende; y segunda, porque hoy quisiera regalar á mis lectores algunas noticias frescas sobre artes, literatura, tauromaquia, prestidigitacion ó pirotécnia, y nada nuevo ocurre en tales ramos.

Pero consolémonos de la certeza del dicho que encabeza estos renglones con la certeza de este otro dicho que yo acabo de inventar:

*Aliquid novum super solem.*—Sobre el sol hay algo nuevo.

Este algo es un cometa.

¿Qué nos quiere el reciénvenido? ¿Cuál es su historia? ¿qué se propone hacer en las elevadas regiones por donde arrastra su luminoso apéndice?

Hé aquí lo que me propongo investigar de la mejor manera posible.

Empezaré consignando,—sin que sea visto por ende que el presente artículo sea ministerial ni de oposicion, sino solo un inocente juego de palabras,—que á nada mejor puede compararse la numerosa série de cometas conocidos, que á la série no menos numerosa de los ministerios del reinado de Doña Isabel II.

Reflexionemos.

Los cometas aparecen cuando menos se los espera: su marcha es tal que nadie sabe á punto fijo á donde van ni de dónde vienen;—y hace poco aun se dudaba si describian una órbita parecida á la de los demas astros. Muchos la hañ creído *circular*, y no lo és; otros se inclinaban á que trazaba una *parábola*, y tambien se han llevado chasco, y no ha faltado tampoco quien los considere como simples meteoros ó como meteoros simples de nuestra atmósfera, sin importancia ni influencia alguna; lo cual me parece el mas absurdo de los disparates. Pero como al fin todo se sabe en este pícaro mundo, la ciencia ha demostrado ya de una manera irrefutable que toda su originalidad consiste en que, describiendo curvas de idéntica naturaleza á la de todos los planetas inofensivos. tienden, con una fuerza todavia incalculable, á prolongar todo lo posible la duracion de sus revoluciones.

El catálogo de los cometas conocidos comprende



ya mas de seiscientos. No habrá habido menos ministros en España en lo que va de Constitucion. Párecense tambien á los ministros en que cuando antiguamente aparecia ó desaparecia un cometa nuevo en la region de los pájaros—ya sé que los pájaros no suben tan arriba—habia en el mundo grande agitacion y zozobra, ni mas ni menos que si se tratara de un Alvaro de Luna, de un marques de Villena, de un duque de Lerma, de un Rodrigo Calderon ó de un príncipe de la Paz, mientras que ahora nos hemos acostumbrado tanto á verlos entrar y salir, y los conocemos tan perfectamente, gracias á los anteojos que nos trajo la civilizacion, que ya ni reparamos en su presencia, ni sabemos muchas veces su nombre, ni creemos que puedan influir sobre nuestro globo sub-lunar. Verdad es que en estos últimos tiempos han menudeado de una manera prodigiosa: solo por los años de 46 y 47 hubo hasta ocho en doce meses, cosa que, si se tomara por lo sério, seria capaz de dar al traste con la paciencia de un justo.

Mucho pudiera estenderme en este paralelo entre cometas y ministros; pero me parece mas oportuno entrar en otras consideraciones, no sin hacer notar que los primeros, por la ley inflexible de su marcha, son los cuerpos que mas se aproximan al sol, y que cuando están en su perihelio desaparecen de pronto ante el rey de los astros, no se sabe si derretidos ó absorbidos por él.

Dicho se está que hay cometas *barbatos*, *caudatos* y *crinitos*, segun que su apéndice afecte la forma de unas barbas, de una cola ó de una melena: semejantes arrumacos suelen tener una estension maravillosa, ocupando á veces mas de la mitad del horizonte sensible. El famoso de 1689 traia el rabo medio enroscado en forma de sable ó de cimitarra tur-

ca, geroglífico que asustó á los mas valientes; pero al cabo se vió que todo era una ilusion óptica,—lo que me recuerda á ciertos tiranos de teatro casero, que hoy beben agua en estranjeros rios. El escrupuloso observador Babinet asegura que la materia de que se componen tan tremebundas colas es cien veces mas sutil que el aire atmosférico, y que, por lo tanto, aunque en su desatentada carrera alcanzara la cola de un cometa á nuestro globo, solo nos produciria un malestar tan ligero como el ocasionado por el último manifiesto del duque de la Victoria.

Bueno será advertir que hay cometas *periódicos*, como hay periódicos que solo pudieran servir para hacer *cometas*. Llámanse *cometas-periódicos* los que reaparecen despues de un determinado número de años. Uno de ellos es el de Carlos V, que tanto dió que pensar á aquel célebre emperador; pues hay quien dice que fué causa de que este dejase el cetro por el rosario. Su vuelta estaba anunciada para los tiempos que nos alcanzan, tanto que muchos creyeron al principio que era el mismo que hoy luce en el firmamento; pero yo creo que todavia no han llegado los dias en que merezcamos visitas tan importantes.

De cualquier manera,—perdónenme los sábios y los *sprits forts*,—yo creo que el viajero que nos ocupa no ha venido á humo de pajas, y que cuando él nos mira con tanta intencion y nos señala al Oriente con su escrescencia tremebunda, algo nos anuncia ó aconseja, algo nos promete ó con algo nos amenaza. (1)

¿Vendrá á presenciar la guerra del Riff?

¿Nos presagiará la reconquista de Méjico?

---

(1) Acababa de entrar en el poder el ministerio O'Donnell.

¿Será el alma de la isla de Cuba que va de paso para los Estados-Unidos?

¿Será un aviso al Lozoya para que camine á Levante, y no á Poniente como querian los ingenieros?

Ello dirá. Tentémonos la ropa por si acaso.

*Ut nunquam cælo spectatam impune cometam.*

¡Mucho cuidado por consiguiente!

No enojemos al cielo con abominaciones.

Traduzcamos del francés solo cosas buenas.

Legalidad en las elecciones.

¡Nada de zarzuelas!

Proteccion á la literatura y á las artes...—esto sobre todo!

Tampoco estará demás cuidar mucho de la policía urbana; mejorar los combustibles de la fábrica del gas, á fin de que el alumbrado *alumbre* mas y huela menos; no insultarse sin motivo en la prensa ni en el parlamento; escasear las reuniones políticas que no tengan un fin honesto y laudable; recortar las alas á la ambicion; abolir la crinolina; poner en orden las tarifas de los ferro-carriles; desamortizar mucho, y no tomar muy á pechos las críticas de los periódicos.

De esta manera, el cometa no se meterá con nosotros é irá á descargar sus iras sobre cualquiera de nuestros colegas del cielo; aunque en último resultado, ya sabeis que dice el almanaque:

que Dios está sobre todo  
cuanto imagina el mortal.

## XII.

### LA APERTURA DEL TEATRO REAL.

El mundo madrileño *se constituyó* al fin en la noche del sábado pasado.

Estamos en pleno 1859, aunque todavía no haya terminado 1858.

Tanto correr por esos caminos, los billetes del correo y de la diligencia tomados con anticipación, la confluencia espantosa de viajeros que vió Madrid á fines de setiembre, la actividad que se notaba en el comercio y en casa de los sastres y modistas, los encargos hechos por el telégrafo, las mil disputas en las aduanas, aquel afán por que todo estuviese concluido y por hallarse todos presentes en la corte para un día fijo, para un día dado, para el 1.º de octubre, no significaba otra cosa—puerilidad parece, pero apelamos á la conciencia de cada uno,—sino que en ese día se inauguraba la temporada del teatro Real.

El teatro Real abrió sus puertas, no el primero, pues era viernes y se trataba de italianos, sino el dos: por consiguiente, los que no hayan venido llegarán ya tarde. El año nuevo ha principiado á funcionar.

Esto que digo no es opinión exclusivamente mía, sino proverbio ya, que corre de boca en boca: «hasta que se abre el teatro Real, Madrid no es Madrid.»

En vano es que deje de hacer calor, que truene y que llueva, que se abran otros teatros, que se haga la vendimia, que aparezcan algunos abrigo, que dé la oración á las seis y media, que se cuajen de noticias los periódicos, que empiecen ó acaben las ferias, que vengan los estudiantes, los pretendientes y los empleados que disfrutaban de vacaciones; que se caigan las hojas de los árboles, y que el Prado, el Casino y los salones estén llenos de gente... Parece que hay un convenio tácito en no dar importancia á estos hechos hasta que se entra oficialmente en Madrid; esto es, hasta que se aparece en el tea-



tro Real.—Aquella es la gran cita, el gran congreso, la hora solemne, en que se toma posesion del cargo de madrileño y se abre la legislatura de la sociedad elegante. Despues de esta sesion inaugural, ya puede uno decir en voz alta que ha llegado, que recibe, que visita, que está en la córte, en una palabra.—Decirlo antes fuera esponerse á hacer sospechar que no *se ha salido*, y esto es imperdonable.

Por lo demás, la apertura ha tenido este año todos los aires de solemnidad que requiere y es uso y costumbre en semejantes casos.

Desde ocho dias antes no se encontraba un billete ni por un ojo de la cara, y la contaduria y la casa del empresario hallábanse sitiadas por filarmónicos de ambos sexos que mendigaban hasta una delantera de palco.

Tratábase de la *Traviata*, ópera popular como pocas, que tiene el privilegio de sacar de sus palacios y de sus casillas (entiéndase buhardillas) á los habitantes de Madrid, sobre todo á las señoras de medio carácter.

A las siete de la noche ya batian las puertas del fastuoso coliseo las oleadas de la muchedumbre, que, habiendo de conquistar su asiento por derecho de prioridad, se disponia á subir de seis en seis los doscientos escalones que conducen al paraíso.

A las ocho esta marea creciente habia ya inundado hasta los topos del grandioso teatro; y rugia, silbaba, reñia, gritaba ¡*sentarse!*!, reia, golpeaba en la madera y palmoteaba á compás, como en la plaza de toros, mientras que la orquesta templaba y concertaba los instrumentos.

Entretanto, en palcos y butacas salian de entre los pliegues de sus capuchones mil elegantísimas damas; como otras tantas flores que abrian su cáliz al

primer gorjeo de los pájaros (alusion á los violines), para tomar el sol (alusion al gas) revelador de su hermosura.

Y todo fué durante aquel cuarto de hora reconocimientos, sorpresas, saludos, apretones de mano y miradas de azucar derretido.

El uno venia de Alemania, la otra de Suiza, fulana de Paris, mengano de los Pirineos...

En esto principi6 el preludio de la *Traviata*.

.....  
.....  
.....

1858.

---

---

## VISITAS A LA MARQUESA.

---

### INTRODUCCION.

---

En la pintoresca lista de mis relaciones,—que comprende todos los colores políticos, todas las gerarquías sociales, todas las edades y *todos los sexos*...

A propósito de sexos; necesito revelaros una cosa que ignorareis y que justifica ese *todos* que os habrá chocado.

Los sexos no son dos, como se habia creido hasta aquí. Un arquitecto, que habia construido un hospital, decia al señor gobernador de cierta provincia, explicándole su obra:

—Como vé Vd., he dividido la enfermeria en tres departamentos aislados... para los tres sexos.

—¡Hombre! ¿De qué tres sexos me habla Vd.? exclamó la autoridad. Yo no conozco mas que dos.

—¡Ah! ya lo creo, respondió él artífice; pero este hospital es *general* y vendrán á él los tres sexos... ó lo que es lo mismo: los hombres, las mujeres y la tropa.

Pues bien: la lista de mis relaciones comprende desde la tropa hasta los artistas, desde los periodis-

tas hasta los académicos, desde los autónomos hasta los autócratas, desde el clero hasta los bohemios mas trasnochadores, desde las niñas mas inocentes hasta los ancianos semifósiles que ya no pertenecen á este mundo.

Tal es Madrid, y ya esplicaré alguna vez en qué consiste esto. Bástame por hoy consignar que nuestra sociedad es esencialmente democrática; que todas las clases están confundidas en una sola, que pudiéramos llamar la gente *tratable*, y que este *potpourri* tiene sus grandes ventajas y sus pequeños inconvenientes.—Conque prosigo.

Entre mis relaciones figura, y en lugar muy preferente por cierto, una *marquesa* viuda, que ha sido morena, pero que ya no lo es, gracias á los progresos de la química; poseedora de cincuenta miércoles de ceniza; catalana de nacimiento y francesa de educacion; mujer que ha sido muy hermosa, y que, como todas las morenas, ha envejecido demasiado pronto; muy aficionada al *mundo*, pero que ya no va á él, sino que lo recibe, y á la cual visitan todas las noches (desde las seis, que se abre su comedor, hasta las tres de la mañana, que se cierra su tertulia) unas ochenta ó cien personas de todos tamaños y matices, que ya la acompañan á la mesa, ya á tomar café mientras es hora del teatro, ya pasan allí la *soirée* cuando no hay funcion en el teatro Real, ya van á pedirle té despues de la ópera, ya á jugar al tresillo de diez á doce, ya á contar ó á saber las últimas noticias políticas de media noche para abajo.

Esta *marquesa* no sale nunca; no va al teatro ni á paseo; no viaja, ni creo que oye misa, y por último, no lee los periódicos, ni le hace falta, pues en su reunion se habla más y de mejores cosas que en todos diarios de Madrid.



A pesar de todo lo dicho, la popularidad de esta señora y la afluencia de gente á sus salones están muy justificadas.

Primeramente, en ellos no falta nunca media docena de señoritas de primer empuje, bonitas... como casi todas las mujeres; bien educadas, aunque en Paris; que cantan, tocan el piano, bailan, etc, etc., y que no son las mismas todas las noches, ni tan siquiera dos noches seguidas, puesto que van allí cuando no les toca el turno del teatro Real, cuando no hay baile en ninguna de las casas que frecuentan, ó cuando están de luto... por cumplir.

En segundo lugar: de los sesenta hombres, v. gr., que concurren diariamente, por lo menos quince han amado á la *marquesa* en sus años verdes, ó sea en sus verdes años, lo cual aumenta la cordialidad del trato y anima mucho la conversacion algunos momentos, —sobre todo cuando bailan las señoritas.

En tercer lugar, es indudable que la juventud se ejercita allí para mas rigurosas sociedades: los hombres de mérito se dan á conocer; los curiosos saben todo lo que pasa en la villa; los murmuradores siembran sus observaciones de toda la semana; los viejos cuentan la historia secreta de todo el mundo, cosa que no está demás saber en los tiempos que alcanzamos; los diputados dicen lo que piensan decir ó *lo que hubieran dicho*; otros esplican su voto ó su *abstencion*; otros revelan aquello que harán cuando sean ministros... (háse notado que estos últimos nunca llegan á serlo); los ministros, que tambien suelen concurrir (y no lo digo por los actuales), se justifican como Dios les dá á entender ante la oposicion con faldas, que es la más lógica y temible, y en fin, con estas y con las otras, resulta que en casa de la *marquesa* se habla todas las noches de música, de política, de li-

teratura, de modas, de viajes, de amores, de amoríos, de caballos, de casamientos, de defunciones, de bailes, de conciertos, de patinacion, de esgrima, de jurisprudencia, de medicina legal é ilegal, de tauromaquia, de llegadas, de partidas, de historia, de teatros, de la temperatura, de todo lo nacido y demás, como dice un amigo mio.

Ahora bien; obligado yo, como lo estoy desde que se jubiló PEDRO FERNANDEZ, á escribir semanalmente en las columnas de *La Epoca* algo que agrade á sus lectoras, que suelen serlo las damas principales y las niñas mas bonitas de Madrid, y careciendo de idoneidad para tan espinoso cargo, sobre todo despues de las obras maestras que el FERNANDEZ ha producido en ese género, he caido en la cuenta de que, yendo una noche por semana á casa de la *marquesa* y apuntando en un papel todo lo nuevo, todo lo raro, todo lo agradable que allí oiga en materia de diversiones y de otros intereses femeninos, me encontraré con mi trabajo hecho y no tendré mas que remitirlo al periódico.

Despues de este prefacio, pasemos á ver á la marquesa, y refiramos todo lo que se diga en su tertulia.

### PRIMERA VISITA.

EL FIN DEL MUNDO.—DOCE MUJERES DE CORAZON.

—A los pies de Vd., marquesa.

—Adios, jóven: ¿cómo vá?

—A la órden del dia; pero á la órden de Vd. Tosiendo y estornudando.—Y Vd. ¿cómo tan sola?

—Acaba de irse al teatro mi primera tertulia. El vizconde está en mi cuarto escribiendo una esposicion, y yo, mientras, filosofaba.—Pero ¡vamos! cuén-

teme Vd.... ¿Dónde tan perdido? Hace ocho dias que no lo vemos....

—¡Qué sé yo, marquesa!... ¡qué sé yo!—Una semana' menos y una semana más.—La he pasado entretenido con mil cosas inconexas: pero hoy me parece igual á cualquiera otra...

—Conque... ¿aburrido? ¿Eh?

—Ni tan siquiera eso: hasta el fastidio, aquel antiguo compañero que nunca me abandonaba, empieza á serme infiel.

—Segun eso, ¿se divierte V. en el mundo?

—No, señora; me distraigo, que es lo peor que puede sucederme. La indiferencia es el sublimado del *spleen*.

—¡Pobre juventud!

—No comprendo esa exclamacion, marquesa.—Esta noche vengo decidido á disputar hasta en el filo de una espada.—Perdone Vd., pues, que la contradiga á cada paso.

—He dicho: ¡pobre juventud!

—Pues bien, yo creo que esa frase no está en su lugar.

—¿Por qué?

—Vd. me lo ha hecho observar muchas veces: ¡porque ya no hay juventud! (En el mundo moderno, se entiende:—que en nuestras provincias, donde aun queda algo de la antigua sociedad, todavia tropieza uno con esos anacronismos.) Pero en la sociedad actual; en la que nosotros frecuentamos; en esa, amigamia, no solo no hay jóvenes, sino que no hay niños, ni viejos, ni mujeres...

—¡Ave Maria purísima! Pues ¿qué hay?

—Hablo formal, marquesa: ya no hay mas que *hombres*.

—¿Qué? ¿Las mujeres de ahora...

—Son *hombres*, como los niños y los viejos... y así podria continuar hasta lo infinito.—Ya no hay dioses, ni semidioses, ni héroes, ni ángeles, ni almas del otro mundo, ni brujas, ni hechiceros, ni astrólogos, ni profetas, ni santos, ni Belcebúes : ¡ya no hay mas que *hombres*! Y como ya no hay mas que hombres, se propende resueltamente á que solo exista *un hombre* repetido, es decir, á que todos los hombres sean iguales. Pronto desaparecerán, pues, todas las variedades de la especie humana, desde los esclavos de Cuba hasta los reyes de Europa. No diré que los sacerdotes católicos lleguen á usar con el tiempo barbas, mujer y levita como los protestantes ; pero lo que sí aseguro es que se acabarán los moros, los judios, los chinos y hasta los negros ; las razas se cruzarán unificándose ; todos vestiremos un mismo traje y hablaremos el mismo idioma ; habrá moda *universal*, lengua *universal*, cámara *universal* elegida por el sufragio *universal*, y dinero, y comida, y costumbres y hasta mujeres *universales*. Despues de esto, la humanidad la tomará con los irracionales... y Dios sabe lo que inventaremos para mejorar su suerte, para igualarlos á nosotros, para redimirlos, para emanciparlos.—¡Ah! ¡la igualdad! La igualdad es la barbarie, es el estado salvaje, es el estado animal. En algunos bosques del interior de Africa todos los seres son iguales, incluso el hombre. — Créalo V. marquesa. La igualdad es la muerte de la actual civilizacion!—Bien decia Voltaire : *¡Si no hubiera Dios, seria necesario inventarlo!* — Ahora bien ; yo creo que se acerca otra vez el dia de la justicia de ese Dios sobre la soberbia y el olvido del hombre.—Preveo el fin del mundo.

—Por piedad, amigo mio : esplíquese Vd. Bajo palabra de honor le digo, que si no estuviera acostum-



brada á sus extravagancias, creeria que se habia Vd. vuelto loco.

—Es muy posible, marquesa, y ya hablaremos de eso mas adelante. — Por lo demás, mi anterior razonamiento es muy sencillo. Desde que nuestra flamante civilizacion se olvidó del alma; desde que todo nuestro empeño se redujo á procurar comodidades al cuerpo y sublimar nuestras facultades físicas; desde que solo pensamos en ferro-carriles para andar mas deprisa, en telégrafos para hablar mas alto, en máquinas para trabajar menos, en inventos para dormir mejor, en preservativos contra el calor y el frio, en buscar medios de comer á una misma hora langostas del mar del Norte, chirimoyas de América y nidos de golondrinas del Japon; desde que nuestras casas, en fin, están tan bien amuebladas, nuestros cuerpos tan adobados, perfumados, empolvados y reteñidos, nuestros dientes seguros en las encias, nuestros cabellos inamovibles en la cabeza, nuestra seguridad individual garantida por la guardia civil, y nuestro derecho al poder protegido por la Constitucion, los dioses se han ido... y detrás de ellos las artes... y detrás de las artes el amor... y detrás del amor las mujeres... y detrás de las mujeres los niños.... y con los niños los duendes, los viejos y los santos!—¿Me comprende Vd. ahora?

—Algo mas claro lo veo... Quiere Vd. significar que la civilizacion presente ha descuidado el corazon y la fantasia, se ha hecho materialista, y mata de hambre á los jóvenes y á los poetas, que solo viven y pueden vivir de sentimientos y preocupaciones.

—Justo. La mujer se ha vuelto inteligente y calculadora: el niño fuma en el vientre de su madre, blasfema en la cuna, y escribe contra las *preocupaciones* y las *supersticiones* antes de llegar á la edad en que la

ley le permite hacer testamento : el viejo se remoja y remienda para seguir representando algun papel en el *único mundo* de que tiene noticias ! — No.... no hay mas poder que el del hombre, ni mas gloria que la suya, ni otro criterio que la razon humana, ni otra verdad que la que nosotros nos hacemos. De aquí la muerte de la literatura.—¡Pobre literatura! ¿Qué pueden cantar hoy los poetas sin que el público se les ria? ¿Han de cantar al *hombre*? Cerca le anduvieron, cuando, en la agonía de su inspiracion, se dedicaron por completo á la mujer!—Aludo al romanticismo.—Los románticos, que negaban sus himnos á la divinidad, hicieron un dios de cada mujer y cifraron en ella todo lo eterno, todo lo infinito, todo lo ideal que presiente el alma. La mujer, por su parte, agradecida á estos honores, bebió vinagre y mascó cal, fingió que no comia ni hacia nada prosáico, adelgazó y palideció (todo á fin de sostener en su ilusion á los poetas); pero al cabo se portó como lo que era, como una pobre criatura de barro; como Eva, nuestra primera madre; como Julia se portó con aquel amigo mio.

—Adelante.

—Los pobres románticos quedáronse entonces corridos y desanimados y se hicieron neocatólicos ó se pegaron un tiro. En cuanto á la novela, se dedicó á las modistas y á las cómicas. La pintura, la escultura y la arquitectura (las dos últimas especialmente), cesaron en sus funciones.—Y es lógico. ¿Qué Dios, qué mito, qué héroe, qué fe, qué alteza habian de consagrar en estos tiempos constitucionales? ¿Fuera cosa de levantar estátuas y templos á los economistas de frac azul, á los filántropos de bata, á los ingenieros vestidos á la inglesa?—¡Ah! señora... ¡yo disculpo á las pobres mujeres que, habiendo de luchar

con esos hombres descreídos, con esos iconoclastas... digo mal.... con esos adoradores de sí propios, con esos filántropos (empezando por el número uno), se han visto en la precision de viajar como ellos, de aprender muchos idiomas, de hacerse discretas y positivistas, de dedicarse á la beneficencia pública, á fin de hacer papel en la comedia humana, de desconocer el sentimiento por despecho ó por venganza, y de aspirar á tener voto en Cortes y sillones en las academias!—Yo disculpo á los niños que, careciendo de juguetes, se meten á políticos y á filósofos: yo disculpo á esos viejos.... Pero aquí sale el vizconde.

—¡Oh! de seguro no opinará como Vd.

—¿De qué se trata?—Buenas noches, amigo mio.

—Es muy sencillo, señor vizconde. Decia yo á la marquesa, ó pensaba venir á parar á probarle que en la sociedad española (hablo de la sociedad inteligente, que forma las modas y las costumbres; de la sociedad de todas las aristocracias; de la sociedad de los sábios, de los nobles, de los políticos, de los poetas y de los banqueros) hacen mucha falta doce mujeres de corazon.

—Doce hombres, querrá Vd. decir.

—¡Eh! no sea Vd. polaco: hablábamos formalmente. Yo creo que esas doce mujeres son mas necesarias y harian mucho mas bien que esos doce hombres. Ellas resucitarian las ideas de gloria, de amor y de heroismo. Ellas ensancharian el mezquino horizonte de la bolsa y de la política en que hoy se asfixia toda idea santa y generosa. Ellas protestarian contra el decreimiento general, rehabilitarian el sentimiento, enardecerian la fé, resucitarian el entusiasmo; fueran estímulo, pretesto, esperanza, premio y descanso de los batalladores; ennoblecerian la lid, en una palabra, y de las emboscadas alevosas y tor-

pes escaramuzas de los pasillos del Congreso y de los teatros, harían magníficos torneos en que la inteligencia fuera la espada, y la hermosura el premio del vencedor!

—¡Delirios de poeta, jóven incauto!! exclamó el vizconde.

—No tan delirios, respondió la marquesa. Pero, en fin, dejémoslo. Oigo crugido de faldas en el salón, y no es cosa de que reciba Vd. esta noche un voto de censura de las mujeres que tenemos.... buenas ó malas.

—¡Oh... magníficas, marquesa!... ¡son magníficas! En medio de todo, cuanto peores, me gustan mas. Las mujeres son como el queso: hasta que se echa á perder, no agrada á *les connaisseurs*.

—¡Ah, libertino!...

—Buenas noches.

—¡Oh! generala, ¿cómo va?

—Bien, marquesa.

—Matilde, Pepita... Ya sé que os divertís mucho,

—¡Oh! tres noches nada mas en toda la semana pasada.

—Diga Vd. que no, marquesa; que las siete noches tuvieron funcion.

—¿Cómo, mamá?

—Justo. Verá Vd. El lunes.....

.....

## SEGUNDA VISITA.

DEL LUJO.—BAILE EN CASA DE LA SEÑORA CONDESA DEL MONTIJO.

—Cuando V. S. guste...

—Vamos á comer.

—Buenas noches.

—¡Vaya una hora de venir!



—Veo que llego á tiempo...

—Sí; por una casualidad... Ha podido Vd. quedarse arrebolado y sin visita.—Dé Vd. el brazo á Manuela.

—Vamos, baron.

—Los encuentro á Vds. muy acalorados, y desde el recibimiento creí oír aplausos y algunos murmullos de desaprobacion... ¿Qué se discutia?

—En efecto; acabamos de celebrar toda una sesion de Córtes. Se han pronunciado magníficos discursos.

—Supongo que no versarian sobre política.

—¡Hola! se alarma el periodista.

—¡Oh! no... Ya sabe Vd. que soy eclético.

—Entónces va Vd. á darme la razon.

—A su lado de Vd. es difícil tenerla.

—¡Adulador!—Siéntese V. aquí, junto á Dolores.—Vizconde, Vd. á mi lado.—Vd., baron, que me hacia la contra, á la izquierda, en la Montaña.—Pues verá Vd., señor poeta, la que se ha perdido. Hemos hablado de economía política, de artes, del lujo, del derecho al trabajo, de la mision del hombre sobre la tierra, y por último, de la inmortalidad del alma.

—Entre personas lógicas, toda discusion viene á parar á eso. No me estraña, pues, que Vds. se hayan remontado tanto. Veamos ahora el tema de la discusion.

—Principiamos por el lujo. El baron, que, como Vd. sabe, es progresista, tronaba contra él.

—Tronaba contra él, y al mismo tiempo abogaba por el progreso del arte y de la industria, añadió el vizconde.

—Es decir, que aumentaba la mercancia y suprimia los consumidores, concluyó la marquesa.

—¡Cómo, señora! exclamó el baron.

—Nada: progresando, progresando, queria Vd. volvernos al estado natural.

—Señores, ¿yo he dicho eso?

—Lo decia V. al combatir el lujo, replicó la marquesa, y yo le he contestado que sin grandes capitales no puede haber sociedad. Nivele Vd. las fortunas, y Samper y Pizzala están demás en el mundo. Nivele Vd. la posicion de los hombres, y se acabaron las artes, las ciencias y la literatura.—Para que haya un *Pasmo de Sicilia*, por ejemplo, es menester un capitalista despilfarrado, amante del lujo, que en una hora de buen humor pague á un artista el trabajo de muchos meses, asi como un trabajador, que saque de las entrañas de la tierra los colores, teja el lienzo ó siembre el lino, en tanto que el artista viaja por Europa estudiando los museos. Las artes y el lujo son inseparables. La aristocracia y la ciencia significan una misma cosa.—Y es lógico. Antes de que la sociedad desnivelase las fortunas, Dios habia desnivelado las inteligencias. El tonto será siempre el gérmen del pobre. El que hace la guerra á los ricos, no se la hace sino á los necesitados. Eliga Vd. entre esta teoria y la del comunismo.—Ahora; si Vd. me pide el derecho de todos á todo... eso es otra cosa. Cuente Vd. conmigo contra los privilegios artificiales.

—¡Bravo, marquesa! exclamaron todos los convidados.

—Pero es que irritan, dijo el baron, esos alardes de riqueza, esas fiestas esplendorosas, esos trenes, esos palacios...

—Nada: Vd. quiere volvernos al estado natural.—Amigo baron: los tesoros, las fiestas y los palacios son la riqueza de las clases trabajadoras. El magnate no come ocho veces al dia: de todas sus riquezas apenas consume lo que su criado de Vd.—El resto es para la industria, para el comercio, para los artistas, para los menestrales.—Cada baile de esos que exaltan

la bilis del liberal irreflexivo, llena de oro el bolsillo de los guanteros, de las modistas, de los sastres, de los tapiceros, de los cazadores, de los pescadores, de los confiteros, de los perfumistas... ¡Qué se yo!—¡La funcion es para ellos!—Al cabo de la noche, Vd. resulta con menos dinero en el bolsillo, fatigado de bailar y muerto de sueño, mientras que el comerciante se despierta muy gordo y colorado, contándole á su mujer el gran negocio que hizo el dia anterior.

—El Sr. Moron está en la sala.

—Que pase aquí.

—Siento haber comido, marquesa.

—Lo creo, Sr. D. Fermin, pues segun decíamos hace poco, no bastan todas las riquezas del mundo para comprar el placer de comer dos veces seguidas.

.....

.....

Se suspende esta discusion, dijo la marquesa levantándose.—Tomemos café y entremos en la *orden del dia*. El folletinista de *La Epoca* tiene la palabra para describirnos el baile que dió anoche la condesa del Montijo.

—En efecto, añadió Dolores: esa es la cuestion del dia. Hoy no se habla de otra cosa.

—¡Oh! marquesa... ¿en qué berengenal me mete Vd.? Yo soy incompetente....

—Es absolutamente necesario. *Fernando Perez*, el folletinista de *El Estado*, nos ha remitido á Vd. Conque así...

—¡Oh! ¡*Fernando Perez*!... ¡El me la pagará! Pues bien, marquesa; ya se lo dije á Vd. el otro dia; yo soy demasiado masculino para hablar de estas cosas sin ponerme colorado. Es mas, yo no puedo acercarme al bello sexo para estudiar sus *toilettes* sin correr pe-

ligro de enamorarme. Luego, yo abomino la política de los nombres propios... Estoy por los principios.— Pero, en fin, le contaré á Vd. mis impresiones, puesto que lo desea.

La primera y mas inolvidable es la sin par finura con que la condesa del Montijo atiende á todo el mundo, tiene una palabra para cada cual, pregunta por los ausentes, anima á los decaidos, elogia á esta, vela por la salud de aquella, las adivina á todas, y hace, en fin, lo que se dice *los honores de la casa*. Mi segunda impresion es su misma casa, donde el lujo y la moda están maravillosamente armonizados con el arte; donde el buen gusto brilla tanto que eclipsa los mármoles y el oro; donde la elegancia corre parejas con el mérito estético, y perdóneme Vd. estos esdrújulos. La galeria árabe, que se estrenó aquella noche, me trasportó á mi Granada. Allí, entre aéreas columnas, entre flores y cristales, á la luz de lámparas moriscas, viendo por un lado el cielo salpicado de estrellas, y por otro los espléndidos salones, salpicados de astros de hermosura, soñé con la Alhambra de otros dias, con Andalucia y con el Oriente, con Zoraidas y Zulemas, con los cuentos de las *Mil y una noches* y con las visiones de mi adolescencia.

—Al orden, señor folletinista...

—Tiene Vd. razon, marquesa; ¡estamos en Madrid!  
—Pues bien. Hasta como madrileño, puedo decir á usted muchas cosas de aquella inolvidable noche. En el comedor, tambien nuevo, se disputaron la escelencia un refresco y una cena tan deliciosos, que muchos no supieron por qué decidirse, y optaron por el uno y por la otra. En aquel comedor recibí una gratísima sorpresa, que lo será para todos los aficionados á las Bellas artes. Ví allí dos magníficos *paisajes* pintados... ¿por quién dirá Vd.? ¡Nadie lo adivinaría!



Por el sombrío Rivera; por el *Spagnoletto*. Son las únicas obras de este género que se deben á su pincel, lo cual les daría un mérito inmenso, si ya no lo tuvieran intrínsecamente.—Conque vamos á mi tercera impresion. ¡Mi tercera impresion, marquesa, la adivinará Vd. fácilmente!—¡Vd. las conoce! ¡Vd. las habrá visto reunidas muchas veces! Mi tercera impresion la causaron esas doscientas bellezas, de quince á cuarenta años cada una, coro de estrellas ambulante, que ya esmalta el teatro Real, ya los salones de los condes de Galen, ya los de los Sres. de Osma, ya la embajada de Rusia, ya la Fuente Castellana. ¡Pero nunca lo ví tan numeroso ni deslumbrador como aquella noche!—¡Solo siete brillaban por su ausencia, segun la frase sacramental!

Todas las demas estaban allí; luceros, estrellas, planetas, satélites, constelaciones (ó sea familias de ángeles), *nebulosas* (ó sea mujeres incomprensibles), la estrella polar (ó sea *la dama de las bellas perlas*) que dicen en Paris, oriunda del Norte... (y no digo mas porque me quemo); la noble é indomable Juno; el lucero del alba; Héspero, ó sea la enlutada y melancólica estrella de la tarde; la irresistible Citerea, y tantas y tantas como fuera ocioso recordar, puesto que arden en la memoria de todos. Allí estaban, como ha dicho muy profundamente *Fernando Perez*, las señoras A. E. I. O. U. y las señoritas B. C. D. F. G., que se le han olvidado á mi amigo, entre las cuales habia bellas, interesantes, esbeltas, lánguidas, elegantísimas, rubias, morenas, graciosas, discretas, dulces y saladas (por lo que aconsejo á cada una que se apodere del adjetivo que le corresponda); allí estaban, por último, y pasando á un terreno mas ingrato, todas las condecoraciones de Europa, la mitad de los títulos de Castilla, la tercera parte de los mi-

nistros, algo de las letras y de las artes, toda la diplomacia, mucho del ejército de mar y tierra, no pocos diputados, el suficiente número de pollos, y una respetable cámara alta de mamás.—Ahí tienen Vds. aquella fiesta inolvidable, aquella noche semi-oriental, semi-parisien, aquellas horas dulcísimas cuya desaparicion llorariamos con lágrimas de sangre, si de la amabilidad de la condesa no nos prometiésemos otras muy parecidas.—¡Allá voy, baron!—Perdone Vd., marquesa; me llaman para jugar al tresillo.

### TERCERA VISITA.

FEBRERO LOCO.—LA RIFA DE LA INCLUSA.—LA ABOLICION DEL DINERO.  
—FUROR POR DIVERTIRSE.—IL GIURAMENTO.

—Se lo anuncié á Vd., marquesa: estamos perdidos. Febrero no lloró al subir al poder despues de la muerte de su padre el viejo Enero, y ha concluido por volverse loco. Ahí tiene Vd. la filosofía de aquel proverbio valenciano: *Si la Candelaria plora, el invierno fora; y si non plora, ni dins ni fora*. El día de la Candelaria no llovió, y desde entonces el termómetro y el barómetro han perdido el juicio. Cada veinte y cuatro horas nieva, llueve, está raso, hace calor, hiela, silba el viento y pica tanto el sol que *busca la sombra el perro*. — Demos un adios, por consiguiente, á la Fuente Castellana, al Retiro, al Prado, á la montaña del Príncipe Pio y á la cuesta de la Vega...

—Pero ¿qué tiempo hace esta noche?

—Ahora nieva si hay que nevar. No parece sino que allá en el cielo nuestros patronos los bienaventurados van á emigrar por causas políticas, segun

la prisa que se dan á romper cartas y memoriales. El aire y la tierra están cuajados de pedacitos de papel... ¡Qué fastidio!

—¡Oh!... vizconde..., ¡todo lo vé Vd. de la misma manera! ¿Hay nada mas delicioso que un dia de nieve?

—¡Como, marquesa! exclamó el baron. Una dama tan filantrópica como Vd., que defiende á capa y espada la rifa de la Inclusa, y está medio ofendida porque no le han dado á regentar en ella una confitería ó una tienda de juguetes, ¿verá con gusto estos horribles dias en que el pobre no trabaja ni encuentra pan, en que el viajero pierde el camino y se hiela, y en que los niños que no tienen zapatos pisan una alfombra... que les ulcera los sabañones..?

—Calló el polaco y empezó el progresista... ¡Ah! señores: son Vds. insoportables con su cosa-pública. La nieve, la rifa, la temperatura, todo lo convierten en artículos de fondo...—Venga Vd. en mi ayuda, señor folletinista, y sáqueme Vd. de este atolladero.

—Seré breve, marquesa, pues pensaba ya marcharme.—Todos tienen Vds. razon. La rifa de la Inclusa, los perjuicios que la nieve causa á las clases pobres y la imposibilidad de pasear en estos dias, ofrecen sus contras y sus ventajas.

—Hablemos de la rifa.

—La rifa, marquesa, es la *diablura mas santa* que se ha podido inventar;—y perdóneme Vd. la frase.

—¡Oh! no se la perdono... Al contrario: pido que se escriban esas palabras.

—Las explicaré. Es ya una *santa diablura* eso de que las damas mas elegantes y mas hermosas de Madrid se situen la Semana Santa en las puertas de los templos, armadas de sus mantillas españolas, de sus dientes de azúcar de pilon y de sus ojos de miel negra, nos cierran el paso á los buenos católicos que

vamos andando las estaciones sin acordarnos de Vds. (por no quebrantar la vigilia ni aun con el pensamiento), y nos digan con voz de ángeles rebeldes: — *Señorito, una limosna por el AMOR... de... Dios.*—Pero es una *diablura mucho mas santa, y mas diabólica*, el que esas mismas irresistibles misioneras se pongan sus mas caseros y peligrosos trajes, se vayan al ex-convento de la Trinidad, tomen á su cargo una tienda, se coloquen detrás de un mostrador y empleen en contra de sus mejores amigos aquella fatal literatura de: *No puedo darlo mas barato.... No lo encontrará V. por el mismo precio.... ¿Qué quisiera yo sino vender?.... Me cuesta mas... Uno igual se ha llevado el embajador de Andorra, etc., etc.*, cuyas frases han aprendido en el *Palais Royal*, arruinando á sus conjuntas personas.— ¡Oh! sí, marquesa: esto es *santo* por el fin; pero *diabólico* por los medios.—Yo se lo confieso á usted: por *regatear* con la duquesa de... (iba á decir *de tres estrellas*, me parece poco)... con la duquesa *de todas las estrellas*, me dejaría en su tienda, no solo el dinero, sino el baston y hasta la ropa. Pues por jugar á la lotería con la marquesa de X..., ó con la condesa de Z... ¡no digo nada los sacrificios que pueden hacerse! —Perdone mi amigo Hazañas; pero en las loterías de la Trinidad nos tocan premios muchas mas veces que en las que él dirige.— ¡Y cuenta que en la Trinidad solo se juega á la *primitiva*!—Pero aquí me viene á las mientes una copla que se canta en mi pueblo:

Si quieres que te toque  
la lotería,  
pasa con el lotero  
siquiera un día.

¡Con cuánta mas razon pudiera decirse esto de las  
loteras de la rifa de la Inclusa!



—Si le parece á Vd., podemos pasar á lo de la nieve...

—¡Cerca estábamos ya, marquesa amiga!—¡La nieve! Decia bien el baron: la nieve es horrible para los pobres. Pero como dice otro cantar:

la culpa tiene el dinero.

Y, á propósito, debo manifestar á Vds. una gran idea económica que se me ocurrió el otro dia. — Saben Vds. cuánto hablan hoy en favor de la moneda los poetas y filósofos que la llamaban antes *vil metal*. Saben Vds. tambien los conflictos que diariamente surgen en España y en otros países por la falta de metálico y la abundancia de papel. Saben Vds., en fin, que todos los economistas convienen en que la supresion del dinero sonante traeria consigo la ruina de la sociedad... Pues bien: yo,—que no estoy muy sobrado de millones,—he encontrado en mi imaginacion un medio de abolir la moneda, dejando á la sociedad en el mismo estado en que se halla.

—Apelará Vd. al crédito...

—No señor. Ese es el papel.

—Al cambio de objetos, como en los tiempos patriarcales!

—Tampoco.

—Pues, ¿de qué manera?

—Contrayendo deudas y no pagándolas... No serian Vds, ni se indignen contra mi proposicion; que en ella no hay descaro ni cinismo. Es una medida general: *Nadie le paga á nadie*. Yo, por ejemplo, no le pagaria al maestro de coches: el maestro de coches tomaria un palco para la Zarzuela y lo dejaria á deber: la empresa de la Zarzuela ajustaria cantantes y no les daria un maravedí: los cantantes

irian á la fonda y dirian ¡*vuelvo!*! el fondista haria lo mismo con el carnicero, el pescadero, el cazador y el hortelano: el hortelano tomaria fiado en la tahona: el tahonero deberia el trigo al labrador: el labrador no llevaria la renta al propietario: el propietario no pagaria las contribuciones, y el gobierno le deberia á todo el mundo! Y á propósito del gobierno: de esta manera, no habiendo oro, plata, cobre, billetes de banco ni papel del Estado, resultaria que todos los ministros serian sumamente morales, á no ser que se dedicaran á robar cuadros y alhajas, cosa que no puede ni aun imaginarse, sobre todo en nuestra hidalga nacion. Por lo demás, ya no habria jugadores, ni monederos falsos, ni multas, ni depósito en la ley de imprenta; tampoco se venderia el amor por las calles! (Acerca de esto último, me ocurren reflexiones muy curiosas...) En fin, el mundo seria mucho mas divertido.

—Está Vd. disparatando. Nos prometió hablarnos de la nieve, y se nos viene con paradojas á lo Mery.

—Pues lo peor es que me marche ahora mismo al teatro Real. Son las nueve y media.

—¿Qué dan esta noche?

—Es el beneficio de *Bettini*, ó por mejor decir, el beneficio de los pobres, puesto que á ellos se lo ha cedido el famoso artista. Se cantan dos actos de *Hernani*, un duo de *Otello*, y no sé qué mas. El teatro estará brillantísimo, pues las susodichas *loteras* hacen esta noche el papel de *revendedoras*. ¡Cuando le digo á Vd. que ya no hay mas que hombres!

—Vd. no sabe lo que se dice, ni lo que hay.

—¡Vaya si lo sé! Esta semana hay bailes todos los dias. (Dichosos los que puedan pasar los dias durmiendo, ¡que esos pasarán las noches bailando!) Ayer lu-

nes se bailó en casa del coronel Riquelme; hoy en Rusia; el jueves en la legacion inglesa; el sábado en casa de Weisweiller; el domingo en casa de la condesa del Montijo... Y ademas hay cuatro ó cinco bailes de máscaras en la semana; mogigangas, globos y fuegos artificiales en la plaza de toros; Matilde Diez por un lado, dramas nuevos por otro, circo gallístico, calorosas sesiones en el Congreso, ópera nueva en el teatro Real...

—No pase Vd. de ahí, y deje Vd. el sombrero. Ahora caigo en que no me ha dicho Vd. ni una palabra de *Il Giuramento*.

—Es decir, que esta noche hago yo solo el gasto, y que estos señores no le cuentan á Vd. nada de lo que pasa en Madrid.:

—¡Solo me hablan de política!

—¡Y yo que vengo siempre hambriento de materiales para mi folletin!

—¡Sí! Ya hemos visto que cuenta Vd. en LA ÉPOCA todo lo que se habla acá...

—Sigo la moda.

—Conque... vamos: *Il Giuramento*...

—*Il Giuramento*, marquesa, es una ópera de Mercadante; Vd. que sabe mi opinion acerca de este compositor adivinará lo que quiero significarle. Mercadante es un gran maestro, un erudito musical, un compositor muy sabio... Pero en cambio, le hallo pobre de inspiracion y de gracia. Luego, es un hombre que, como decimos jugando al tresillo, siempre *va al robo*. Todas sus melodias nacen con el pecado original en la frente. Añada Vd. que *Il Giuramento* no es su mejor ópera; que ni tiene las grandes armonías de la *Vestale*, ni el elegante corte de *Il Bravo*; que es embrollada como *Elisa y Claudio*, y lánguida como los *Dos Fígaros*, y comprenderá Vd. que el público

hizo perfectamente en oírla con suma frialdad. *Dunque...* ¿puedo ya marcharme?

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que le diga Vd. á su amigo Güell y Renté que estoy muy ofendida porque ayer no habló en LA ÉPOCA de mis alhajas, al pasar revista á la joyería madrileña.

—Lo haré como Vd. lo dice, y espero que él vendrá á justificarse.—Buenas noches.

—Buenas noches.

. . . . .

—¡Al teatro Real!

## CUARTA VISITA.

### LA PRIMAVERA DE LAS VIOLETAS.—NECROLOGIA.

—¡Alabado sea Dios, marquesa!

—Por siempre sea bendito y alabado, señor folletinista. ¿Cómo va?

—Hoy no soy folletinista, Llámeme Vd. poeta.

—Pues ¿qué hay?

—Que el día de hoy ha sido para mí tan grato como solemne. Vengo con el alma llena de poesía...

—¡Oh! y con las manos llenas de violetas... ¿Qué le ha sucedido á Vd.?

—No ha sido á mí solamente: ha sido á España entera.

—¿Cómo? ¿Hemos tomado á Hue? ¿Hemos vencido á Benisidel? ¿Somos dueños de Vera-Cruz? ¿Ha parecido el Lozoya? ¿Se ha hundido Gibraltar?

—No se trata de nada de eso: mi poesía de hoy es puramente bucólica. Si Vd. madrugara, ó pasease por las tardes, ya me habria comprendido. Empiece Vd.



por aceptar estas violetas que he cojido yo mismo esta mañana en Aranjuez. ¡Ah, marquesa!... ¡Qué hermoso día ha hecho hoy!

—¿Y es esto todo?

—Sí, amiga mía. ¡*Voilà tout!*—Hoy ha empezado la *primavera de las violetas*. Esta mañana á las siete apareció el sol en un cielo limpio de nieblas: el aire tembló alborozado al sentir su cariñosa llama: las aves, enronquecidas por el frío, templaron sus instrumentos y preludiaron el primer canto de amor. Yo me desperté súbitamente, inundado de una inefable dicha, y deseé pasear por el campo como si estuviéramos en junio. ¡El grito de resurrección de la tierra había resonado en mi alma!

—Creo que Vd. delira, ó por mejor decir, que efectivamente hoy se ha levantado poeta. Yo no he notado nada de lo que Vd. dice; y por lo demás, creo que nos hallamos tan en pleno invierno como ayer.

—¡Oh, no, marquesa! no me equivoco. Yo bien sé que el invierno volverá; que tendremos todavía nieves y lluvias, vientos y nublados; pero la naturaleza ha resucitado ya. La primavera *precursora*, la *pequeña* primavera, la *primavera de las violetas*, ha llegado á Madrid esta mañana.

—Pero ¿qué primavera es esa?

—Yo se lo diré á Vd.—Entre los últimos hielos del invierno y las primeras lluvias del equinoccio, hay quince días risueños, apacibles, esplendentes, que no tienen otro objeto que hacer brotar de la escarcha las primeras flores del año: las flores de almendro y las violetas. Pero las flores de almendro se hielan por lo regular á poco de abrir, mientras que las violetas perfuman el templo á que ha de venir *Flora* pocos días después. Estas dos semanas de sol y eflorescencia son un paréntesis en el invierno, una isla afortunada en

medio de un océano furioso, un oasis enclavado en las arenas. También puede decirse que son un preludio, un aviso, una alborada, un arco-iris que anuncia la felicidad á la naturaleza, ó lo que es mas claro, son el primer antojo, el primer capricho, la primera monada de la creacion, que se siente preñada de frutos y flores, de perfumes y armonías. Pero me ocurre otra comparacion mas propia: la *primavera de las violetas* se parece á los últimos quince dias en que las adolescentes llevan pantalones; á esos quince dias en que se las vé pensativas y ruborizadas, con el infinito en los ojos, con el corazon de mujer y con los pies á palo seco...—No he dicho con los piés de niña, porque eso le sucede á Vd. todavía.

—Y ya hace tiempo que estoy vestida de largo. ¡Ay!... ¡Pronto cumpliré el medio siglo!

—Nadie lo diria, marquesa...

—¡Adulador!—Vamos, continúe Vd.

—Pues bien, marquesa. Esa primavera ha principiado. Los cinco y siete grados bajo cero que nos ha regalado Boreas durante el difunto Enero, pertenecen ya á la historia: el estanque del Retiro, el Baño de la Elefanta y las Charcas del camino de Vicalvaro se han deshelado completamente: los patines y los chanclos de goma han caido en desuso: el sol hace cacarear á las gallinas y desentumece las yemas de algunos árboles: el aire ha adquirido elasticidad y perfume: los gorriones empiezan á hacer de las suyas en los campanarios, mientras que los fieros infanzones de la gatomaquia firman una paz honrosa á la sombra de las chimeneas. Toda la naturaleza, en fin, principia hoy una nueva jornada de vida y reproduccion. ¡Ah! Cualquier idea de muerte ó de aniquilamiento pareceria ya una pesadilla ó un cuento de Hoffman. ¡Créese un absurdo eso de morir cuando

todo se conmueve y resucita!—¿Cuál será el árbol seco, cuál el corazon gastado que permanezca aterido cuando llueven del cielo promesas de amor y placidísimas esperanzas? ¡Es tan grato dejar la capa humbrosa y tétrica, atacarse el pantalon de lana dulce, desabotonarse la levita de primavera, calzarse el guante de medio color, y dar cuatro vueltas por el paseo de las Estátuas! ¡Es tan dulce comprar flores, comer fresa, revolcarse en los trigos, leer á la sombra de un árbol, fumar en Chamberí hablando con un amigo, tirar á la pistola en la Fuente Castellana, almorzar en la Alameda de Osuna, escribir versos en la Montaña del Príncipe Pio, tomar leche en la Casa de Campo! ¡Es tan hermoso vivir, andar, correr, dar brincos como un corzo, estirarse como un D. Frutos, bailar si llega la mano, armar camorras si nos dan pié, y disputar si nos buscan la boca!—¡Ah pesimistas! ¡Levantaos á las ocho de cualquiera de estas mañanas de febrero, salid al campo, dejad por una hora ese aire que os asfixia á fuerza de suspirarlo siempre; mirad á los cielos y á la tierra... y la paz y la mansedumbre bajarán á vuestro corazon! ¡Mirad esos árboles que pasan sin hojas todo un invierno y que no por eso desesperan, sino que aguardan confiados la hora de su resurreccion!—¡Insensatos! ¡Aprended filosofía en esos alcornoques!

—Vd. se entenderá, amigo mio. Yo le desconozco á Vd. esta noche.

—Mi reino no es de este mundo, amiga mia.—Pero á propósito del otro mundo, tengo una tristísima noticia que dar á Vds. ¿Saben Vds. quién ha muerto en Lima á los diez dias de llegar?

—¿Quién?

—El *Labi*.

—¡El *Labi*!

—Sí, señores... El Labi... aquel torero empírico, aquel gran poeta, aquel político consumado. ¡Y la ingrata prensa no ha escrito su necrología! ¡El Labi fué uno de los españoles mas españoles que ha producido España! ¡El fué quien exclamó en Bayona, enojado de los sarcasmos que le dirigian algunos franceses: «*Yo desprecio á Vds. y á todos los estranjeros que hay aquí!*» ¡El fué quien, en un convite célebre, improvisó aquellos versos:

Un hombre bien comido, bien bebido y bien querido  
Se mete en la cama y se queda dormido.

¡El fué quien se hizo querer de una famosa criatura por *lo bruto y lo solificante que era* (fueron sus palabras!) ¡El, quien pisó *sombras* y se lavó con *ponjas*! ¡El, quien citó á un bicho de la ganaderia de un canónigo, diciéndole: *¡Embiste, presbitero!* ¡El, quien brindó en Bayona, dirigiéndose al prefecto, antes de matar un toro: *Por vous, por la mujer de vous, por los amigos de vous, y por el vous de todos los franceses!* ¡El fué, en fin, quien en julio de 1856 acompañó á Espartero en su paseo triunfal por las calles de Madrid, y le dió en la del Prado famosísimos consejos, que hacen olvidar los de D. Quijote á Sancho! ¡Ah! este hombre (Manuel Diaz (a) Labi) conoció que no cabia en esta caduca Europa, y partió á la virgen América en busca de nuevos horizontes. Ha muerto; pero de él puede decirse lo que Chateaubriand dijo de Napoleon:—«Ninguna estrella ha faltado á su destino: la mitad del cielo alumbró su cuna, y la otra mitad ilumina su sepulcro.»—¡Dios le haya perdonado!

—¿La señora ha llamado?

—El té.

—Aquí tenemos al baron...



—¿De dónde tan tarde?

—Vengo del Príncipe de ver el drama nuevo.

—¿Y qué tal?

QUINTA VISITA.

UNA TARDE DE SOL.

—Confiese Vd., querida marquesa, que soy el primer barómetro de Madrid. Hace ocho días, cuando aun se helaban *hasta las conjeturas*, y el cielo y la tierra estaban llenos de agua, anuncié á Vd. repentinamente que acababa de empezar la *primavera médica*: ó sea la *primavera de las violetas*, como yo insisto en llamarla. Mi pronóstico se ha cumplido. ¡Qué días tan hermosos están haciendo! ¡Que tardes tan divinas! ¡Cuánta luz, cuánto oxígeno, cuánta electricidad en el aire! ¡Qué Retiro y qué Fuente Castellana! ¡Qué océano de luz aquel, y qué peces tan bonitos los del tal océano! ¡Y vaya si los peces tienen conchas y escamas! ¡Oh!... ¡Qué dulce es vivir cuando hace sol!—Me acuerdo que á los diez y ocho años esclamaba yo siempre en ocasiones semejantes: «¡Hermoso día para ser amado, y tener mucho dinero!»

—¡Oh primavera, juventud del alma! ¡oh juventud, primavera de la vida!

—Decia bien ese poeta.—En cuanto á mí, puedo asegurarle á Vd. que esta tarde miraba los árboles de la *Castellana*, esperando á cada momento verlos cubrirse de flores. ¡Tanta era la vida que irradiaba el sol sobre la tierra! Y si he de decirle á Vd. toda la verdad, llegó á tal punto mi plétora de sávia, de

amor y de entusiasmo, que me parecía que yo mismo iba á cubrirme de hojas y á echar ramas como un alcornoque.—Ni era yo solo el que se abandonaba así á las complacencias de su ser, á la dicha de haber nacido, al orgullo de no haber muerto.—Una hermosa extranjera que en bailes y conciertos representa gloriosamente á su hermoso pais, le decia la otra noche á un legislador, no sé si senador ó diputado:—«¡Oh qué sol el de Madrid! ¡No comprendo cómo pasan Vds. la tarde en la triste atmósfera de una cámara, hablando de ruines intereses humanos, de jurisprudencia ó de economía política, en vez de disfrutar estos hermosos dias y ver un cielo tan infinito y recibir los halagos de un sol tan cariñoso!»—«¡Ah, señora, contestó el hombre de Estado,: Vd. es del Norte y le dá valor á eso: nosotros los españoles hemos llegado á cansarnos de tanto sol, y hay dias en que no sabemos qué hacer con él!»—De aquí, marquesa, concluyo yo, que si el sol se esportara, seriamos la primera nacion comercial de Europa.

—Pues, sin embargo, hay quien no se contenta con el sol de casa y se va á la zona tórrida en busca de un verano eterno:—Allí tiene Vd. á D. Fadrique, al enamorado de la rubia fantástica que Vd. sabe, que se marcha á Fernando Póo dentro de pocos dias.

—Decididamente, marquesa, los españoles tenemos el espíritu aventurero en la masa de la sangre. El gobierno ha ofrecido pasage á cien hombres, y ya serán tres mil los que solicitan marchar á la nueva colonia. Acuérdesse Vd. de lo que le digo; si alguna vez llevamos la guerra al Riff, España se quedará despoblada, como en tiempos de la conquista de América... Pero son las ocho... Perdóneme Vd.: me voy al teatro.

—¿A cuál?

—Al Circo; á oír á Matilde Diez en *Amor de madre* y en *La sociedad de los trece*.

—Pues no tiene Vd. que correr. Hasta las nueve y media no empieza Matilde: antes dan una piececita...

—Segun eso, vizconde, Vd. ha estado ya en el Circo...

—Si: fuí el sábado con el baron.

—¿Y qué tal Matilde?

.....

.....

## SESTA VISITA.

CUMPLEAÑOS DE LA MARQUESA.—UN PERIÓDICO REDACTADO POR MUJERES.—ESCELENCIAS DEL «GIGOTE».—CONCIERTO EN CASA DE LA SEÑORA CONDESA DEL MONTIJO. — MESA REVUELTA. — VERDADERO VALOR DE 30.000,000 DE DUROS.—EL PROFETA EN SU TIERRA.

—¡Perdon, marquesa; perdon!

—¡Quítese Vd. de mi vista!

—Marquesa, le juro á Vd!..

—Va Vd. á perjurar.—¡Cómo! ¡Prometernos ir á la quinta y no parecer por allí!... Quisiéramos saber qué poderosas razones le han asistido para ello....

—Voy á decirlas.

—¡Que no hable!

—¡No hay palabra!

—Que se le juzgue sin formacion de causa...

—Pues bien: espero mi castigo.

—Ya lo lleva Vd. en el mismo pecado. Hemos pasado un dia delicioso: hemos bailado, cantado, jugado al toro... En fin; no nos hemos acordado de Vd.

—¡Ah! Matilde... ese es demasiado rigor.

—Pues hay mas: Moron ha pronunciado un discurso; Güell y Renté ha improvisado un coro; e baron ha hecho juegos de manos; *Fernando Perez*

ha recitado versos, y nosotras lo hemos coronado de violetas...

—¡Ah! traidor! ¡Despues de lo que ha dicho de *la marquesa* en su *Revista* de EL ESTADO!

—¡Cómo! ¿Qué ha dicho?

—No puedo contarlo.—Vds. me han retirado el uso de la palabra.

—¡Ah! Vd. quiere indisponernos. Pues sepa Vd. que *Fernando Perez* me ama á pesar de mis sesenta años.

—¿Cómo, marquesa? ¿Vd. tiene sesenta años?

—¡Sesenta años de reló! Hoy los he cumplido.... Hasta aquí me he estado quitando diez.

—¡Y los ha celebrado Vd. con un dia de campo! ¡Qué magnanimidad!

—Justo.—Calcule Vd. ahora toda la estension de su desaire.

—¡Oh! estoy desesperado... ¡Castíguenme Vds. por compasion!

—Sí: que se le castigue. —Obliguémosle á escribir en LA EPOCA un artículo en que proclame todo lo que convenga á nuestros intereses.

—¡Ah! señoras, respeten Vds. el ente moral *periódico*...

—No hay escape. Apunte Vd. en su cartera.—Primeramente...

—Primeramente, repitió Matilde, diga Vd. que todos los hombres son unos necios...

—¡Señorita, respete Vd. las instituciones! ¡Yo no puedo decir eso!

—Diga Vd. que no nos gusta que lleven el pantalon tan ancho...

—Que con crinolina y todo valemos mas que ellos...

—Que es una impertinencia eso de dejar de bailar tan luego como echan bigote...



—¡Que es una majaderia... un insulto... un desacato... una...

—Señoras : ¡Por lo que haya de mas sagrado! ¿Cómo he de decir yo eso? ¡Perezca la nacion... pero sálvense los principios!

—Diga Vd. que el *gigote* de casa de Riquelme es una cosa deliciosa... la ambrosía del siglo XIX...

—¡Que no vamos por Vds., sino por el *gigote*!

—Y dígallo de esta manera :

Máscara, para mí dulce y sabrosa  
mas que el "gigote" del festin ageno...

—¡Ah! si estuviera aquí *Fernando Perez*, pediria la palabra para defender á una ausente!... Ya sabemos quién es esa máscara.

—¡No ha habido ofensa! Solo ha habido alusion... Y á propósito: diga Vd. en LA ÉPOCA que ya es tiempo de que se acaben los *hombres necesarios* en política y las *mujeres necesarias* en amor... ¡No mas ídolos! ¡No mas fethichismo! ¡No mas señorita B. y señorita H!

—Yo no puedo decir eso en un periódico ministerial!...

—Pues diga Vd. al gobierno que ya es hora de desamortizar á las mujeres...

—¡Cuidado con el fiscal, señoras!

—Que no queremos residir en *manos muertas*...

—Matilde, en nombre del concilio de Trento, le quito á Vd. la palabra.

—Que estamos cansadas de ser *bienes de propios*.

—Eso no es exacto. Yo sé de algunas que son *males* de agenos.

—Que queremos que se nos devuelvan las *garantias constitucionales*.

—Señoras , la *constitucion* de Vds. no ofrece garantías....

—Ofrece algo mas. Nosotras proclamamos las primeras el derecho de insurreccion. Eva fué *vicalbarista*...

—¡Vds. van á lograr que denuncien á LA ÉPOCA!

—¡Abajo los hombres! ¡Guerra al sexo barbudo!  
¡Muera el pantalon!

—¡Pedimos que las *elecciones* se hagan con entera independencia!

—El mal está en Vds. que nunca *eligen* al candidato *natural*.

—La culpa es de nuestros padres, que nos niegan el dote cuando tratamos de hacer nuestro gusto.

—Pedimos que se rectifiquen las listas electorales y que se nos dé voto en Córtes.

—Que se nos haga á un mismo tiempo *electoras* y *elegibles*, como lo son Vds.

—Que nos regalen *turron* á las pobres, á fin de que podamos casarnos con quien nos parezca.

—Que se den á nuestro sexo lo menos tres carteras en cada combinacion ministerial.

—La de Estado, á fin de *oirlo* todo.

—No; la de Gracia y Justicia, para *ver*.

—Mejor es la de Guerra, para *tocar*.

—Yo quiero la de Gobernacion, para *oler*.

—Pues yo prefiero la de Hacienda, para *gustar*.

—Faltan dos sentidos para la de *Marina* y la de *Fomento*.

—Decia bien *Fernando Perez* la otra noche : necesitamos mas sentidos.

—¡*No bastan cinque!*

—El de *Fomento* y el de *Marina* pueden reducirse á uno solo...

—Se suspende esta discusion. Y por lo demás, se-

ñoras, á todas sus exigencias responderé lo que dijo un hombre político, tan poeta como gracioso, cuando se pretendió que cierta ilustre poetisa fuese académica.

—A ver: ¿qué dijo?

—Dijo: «Señores, yo reconozco en esa ingeniosísima dama todos los méritos literarios suficientes para ocupar un sillón en esta academia: ¡pero que entre en quintas!»

—Pasemos á otro asunto: diga V. en *La Epoca* que nosotras cuatro somos las muchachas mas bonitas de Madrid...

—Las mas elegantes...

—Las mas graciosas...

—¡Misericordia! Me sacarán los ojos las demás.

—Vd. no lo dice por *las demás*: Vd. lo dice por el *ángel de la aureola*.

—¡Que se escriban esas palabras!—Yo no conozco á ningún ángel.

—El *Ángel de la aureola* es una niña que lleva al redor de la frente un cerco de cabellos de oro, como la luna en el estio. Son palabras de Vd.

—*Lunaque nocturnos alta regebat equos.*

—Seamos formales: de lo que debe Vd. hablar largamente en su artículo es del concierto que hubo el jueves en casa de la condesa del Montijo.

—Eso es venir á la razon. Diré todo lo que Vds. quieran, y todo me parecerá poco.

—Pues bien: describa Vd. en primer lugar el aspecto fantástico de aquella galería, en el instante supremo en que la señora de Prendergast cantaba el aria de *Norma*. Dibújela Vd. tan hermosa y sublime como estaba sobre el escabel que sostenia el piano: elogie Vd. su dulce y melodiosa voz, su inspirada actitud, su esquisito sentimiento, y sobre todo aque-

lla espresiva fisonomía que tanto hablaba al corazón. Las paredes cubiertas de enredaderas, las columnas árabes, los agimeces, las lámparas morunas, las flores, la brillante concurrencia, la hermosura y elegancia de las *coristas*, la afinación y el gusto con que cantaron el coro de la *Casta-diva* y el de la *Sonnám-bula*, y por último lo bien que acompañaron y dirigieron los señores Inzenga é Iradier; esto le proporcionará á Vd. asunto mas que sobrado para una interesantísima descripción.

—¡Bien por Matilde! ¡Eso se llama dirigir un periódico! Me ha dado Vd. el artículo hecho.

—Ahí puede añadir algunas pinceladas que retraten á sus beldades favoritas... la discreción de una, la gracia de la otra, el talento de esta, la impenetrabilidad de aquella.

—No... no... nada de personalidades.

—Pues bien; hable Vd. entonces del baile que en aquel mismo eden se dió el domingo.

—Eso es otra cosa.

—Amoneste Vd. á los actores del teatro Francés para que se vistan mejor. Todos parecen criados.

—Quéjese Vd. de que hace tres días que no tenemos ópera.

—Truene Vd. de camino contra la economía de gas que se advierte en el teatro del Sr. Urries, economía que no nos permite lucir nuestros encantos...

—Anuncie Vd. el baile de máscaras que mañana se da en el teatro Real á beneficio de los pobres, y al cual vamos á asistir todas las damas inofensivas de la corte.

—Advierta Vd. al Sr. Salas, que en los conciertos religiosos que se han de verificar en su teatro esta Cuaresma, no olvide el *Miserere* de nuestro ilustre compatriota el maestro Palacios. Esta composición



es la mejor que se ha escrito sobre tan sublime asunto, y tiene gran nombradía en el extranjero, sin que en Madrid se haya oído una sola vez.

—Anuncie Vd. la llegada á Madrid de la Guy-Stephan.

—Proteste Vd. contra ese empréstito de 30.000.000 de duros que piensan votar los yankees para comprarnos la isla de Cuba. Diga Vd. que si esa cantidad se repartiera entre todos los actuales poseedores de la perla delos mares, nos corresponderian dos napoleones por cabeza, y que aquí no sabemos de ningun español que venda tan baratos á millon y medio de hermanos suyos.

—Hable Vd. del *Circo Gallístico*, que tan animado está los domingos y los jueves...

—Describa Vd. el magnífico espectáculo que ofrecia la otra tarde el Ariel, donde lo mejor de Madrid presenció la gran partida de pelota entre Visimodu y los hermanos Pello.

—Y diga Vd. que Madrid entero, que toda España ha soltado una carcajada homérica al saber que los granadinos han silbado el *Cid* de Fernandez y Gonzalez, drama aplaudido en todos los teatros de la península, representado treinta noches en Madrid y elogiado por todos los periódicos. Haga Vd. notar que Granada es la patria de Fernandez y Gonzalez, y que por consiguiente, han sido sus amigos, sus compañeros de la infancia, á quienes él honra todos los dias llamándose su paisano, los que han protestado contra una gloria legítima, contra un triunfo indisputable. Pregunte Vd. á aquel público si se cree mas literato y mejor crítico que los demás públicos de España, ó si solo tuvo presente aquella noche la frase de Jesucristo: *nadie es profeta en su tierra*. Dígaless Vd. que este rasgo de malignidad lugareña, que esta calumnia

de vecindad, que esta conjuracion de comadres es indigna de un pueblo amante de su gloria, ganoso de su prosperidad, celoso de su grandeza,—asi como propia de gentes degradadas y ociosas, sin ambicion ni porvenir, impotentes y nulas para todo lo que es expansivo y generoso. Dé Vd. las gracias, en fin, á los periódicos de aquella desventurada ciudad, por la nobleza con que han protestado contra semejante miseria y mezquino proceder, y añada Vd. por mi parte, que muchos granadinos nobles é ilustrados me han escrito llenos de vergüenza y de indignacion, pidiendo que su voto conste con el de la *minoría*.

—Gracias, vizconde; gracias por esos arranques de corazon.—Ahora, con permiso de Vds., me retiro á mi casa, á fin de poner en orden todos los materiales que me han dado. Beso las manos á las señoras y que me besen los piés los caballeros. Hé aquí mi saludo y mi programa.

1859.

---

---

## DESCUBRIMIENTO Y PASO

### DEL CABO DE BUENA ESPERANZA.

---

#### I.

Si grandes y estraordinarias empresas registra la historia, en que dé algun pueblo repetidos testimonios de valor y de constancia, preferente lugar ocupa entre ellas la que sirve de título y asunto á la presente relacion.

Cabe á Portugal, y esclusivamente á Portugal, la indisputable gloria de haber acometido y llevado á cabo tan colosal proyecto. Solo, y sin auxilio alguno estraño, ese pueblo, hermano nuestro, luchó con los elementos, con la escasez de recursos, con la ignorancia y las preocupaciones de la época, con mil otros peligros y contratiempos que le salieron al paso, con cuanto la naturaleza y la humanidad pueden oponer de temible ó trabajoso á la tenaz voluntad del genio, hasta que al fin, despues de *setenta y ocho* años de afanes y sufrimientos, vió coronada su obra con el éxito mas venturoso.

Enarrar sumariamente esa larga y penosa cruzada; recorrer esos *setenta y ocho años* de un trabajo porfiado y lento, cuanto heroico y sembrado de peregrinas aventuras; seguir el gran *descubrimiento* paso á paso, y enaltecer á sus héroes uno por uno: hé aquí la tarea que nos proponemos llenar.

La historia, que no puede menos de ver estos sucesos *al por mayor* (y permítasenos la frase), se contenta casi siempre con citar á *Bartolomé Diaz* y *Vasco de Gama* como á los únicos protagonistas de ese poema de un siglo; y la poesía, la musa del Tajo, la lira de Camoens, ha acumulado sobre el último y el mas feliz de aquel millar de ilustres aventureros toda la prez del resultado.

Hacer justicia á los humildes; redimir del olvido á algunos parias de la historia; rebajar la importancia monopolizadora de algunos nombres, levantando hasta ellos el nivel de toda una generacion que no les cedia en fé, tenacidad y denuedo: tal es el espíritu que nos anima.

## II.

Sabido es que un error de cálculo llevó á Colon á descubrir el Nuevo Mundo, del que ni aun sospechaba la existencia. Colon, persuadido firmemente de que la tierra era redonda, buscaba las costas orientales de la India en los límites occidentales del Océano Atlántico. Ahora bien; la idea de encontrar un camino marítimo para la India, no nació con el marino genovés, sino que tenia un origen muy antiguo, y estaba encarnada, por decirlo así, en todos los matemáticos del siglo XV.

La India, cuna quizá de la civilizacion del globo, no conocida por las naciones de Occidente hasta los



tiempos de Alejandro, que la invadió por tierra en alas de la conquista, escitó siempre la codicia de Europa, que encontraba en ella cuantos tesoros ha producido la naturaleza. Diamantes, perlas, coral, oro, marfil, delicadas especias, vistosos tintes, plumas, pieles, medicamentos, ricas maderas, sabrosos frutos, todo lo prodigaba esta parte privilegiada de la tierra, todo estaba allí al alcance de la mano, todo ofrecia esplendor al lujo, adelanto á las ciencias, ganancias fabulosas al comercio, campo ilimitado á la industria, pasto de la curiosidad.

Pero, en cambio, era sumamente difícil á los europeos la adquisicion de tales maravillas, en atencion á las duras molestias, grandes peligros y enormes gastos que costaban á los mercaderes de Occidente sus rarísimos viajes á aquella fabulosa region.

Estos podian hacerse de dos maneras. Por tierra; siguiendo los caminos que la experiencia habia demostrado ser mas cortos y seguros (pues la geografia no habia determinado aun, ni remotamente, la estension y los límites de aquellas naciones), y por mar, del mismo modo que hoy se hacen, ó sea en una navegacion de dos secciones, separadas por el istmo de Suez.

Las dificultades de cualquiera de estos dos sistemas eran infinitas.—Haciendo el viaje por tierra, en mulas, caballos ó asnos, únicos medios de que entonces podian disponer los expedicionarios, tenian estos que atravesar los montes mayores del continente; ya los Alpes, ya los Carpacios; unos los Urales, otros el Cáucaso, y casi todas las cordilleras derivadas del Thibet. En estas peregrinaciones de ochocientas, de mil y de más leguas, al través de tantos pueblos bárbaros, habia que luchar con la falta de caminos, con la escasez de agua, con los bandidos y con las fieras.

¡La imaginacion se espanta á la mera enunciacion de tantos contratiempos!—Haciendo el viaje por mar, era preciso cruzar el Mediterráneo hasta el Cairo, dejar allí las naves, pasar á pié el istmo, disponer de otras naves en Suez, é ir luego costeano penosamente por los tempestuosos litorales del golfo Árabe y del golfo Pérsico, cuyos montes no osaban perder de vista, temerosos de estraviarse en el vasto Océano índico, que les era desconocido. De vuelta con las mercancías, érales necesario, al llegar al istmo, vencer las mismas dificultades (mayores entonces por tener que trasportar el cargamento en caballerías al través de un desierto de veinte leguas), lo cual daba por resultado que el comercio se hacia al por menor, ó sea acarreando escasa cantidad de géneros, y con todos los gastos y mayores riesgos que hoy lo realiza la mas importante compañía inglesa.—Desaparecian, pues, por ambos medios todas las ventajas materiales del tráfico de Europa con la India.

Uno era, por consiguiente, el problema que se agitaba en la cabeza de los geógrafos y de los viajeros: romper el istmo de Suez ó buscar otro camino marítimo para el Oriente.

### III.

Del rompimiento del istmo de Suez, dorado sueño de cuantos surcaban en la antigüedad la estension de los mares, no creemos oportuno ocuparnos en esta memoria. Solo consignaremos que, durante el siglo XV, época de Titanes, en que se acometieron las mas temerarias empresas, y se dió por primera vez la vuelta al globo que habitamos, no cruzó por ninguna imaginacion la idea de romper el istmo de Suez, ó si cruzó, fué rechazada como un absurdo.

A los sábios de entonces, como más tarde á Napoleón I, los retrajo de semejante empresa el fracaso del canal proyectado por los Faraones, y del que se conservan vestigios entre un océano de arena.

Este dorado sueño va á convertirse en nuestro siglo en una brillante realidad, que pedimos á Dios nos permita ver...

Pero aquí solo nos toca hablar de lo que se hizo entonces por los valerosos portugueses.

Entremos, pues, en nuestra relacion histórica.

#### IV.

Muchos años antes del nacimiento de Cristóbal Colón, que debia de buscar mas tarde el camino marítimo de la India navegando hácia el Occidente, surgió en la mente de un jóven sin gloria, príncipe sin porvenir, hijo sin herencia de un rey de la cristiandad, la idea de hallar aquel camino navegando hácia el Mediodia.

¡Sublime coincidencia! Uno y otro acertaron en sus cálculos; uno y otro encontraron un derrotero para la India; y con pocos años de diferencia, casi al mismo tiempo, cuando ya habian muerto aquellos dos ilustres sabios, entraban en el Océano índico, el barco de Magallanes por la parte de Oceania, y el buque de Vasco de Gama por la parte de Madagascar! Pero no adelantemos los sucesos.

DON ENRIQUE DE PORTUGAL, duque de Viseo, llamado el *Navegante*, nació en 1394.

Era el quinto de los hijos legítimos de don Juan I, por lo que, desesperando de ocupar el trono, pensó en labrarse por sí mismo un lugar honroso en su siglo y un nombre en la posteridad.

Desde sus mas tiernos años descolló en él una ve-

hemente aficion á la náutica, á los viajes y á la astronomía, de tal modo que á los veinte y cinco años abandonó las cosas de la guerra (en que habia dado pruebas de un valor indómito, como gobernador de Ceuta que habia sido en tiempo de las luchas con los rifeños), y se retiró á los Algarbes, donde, cerca del cabo de San Vicente, extremo occidental de Europa, en un sitio próximo á Sagres, fundó una villa que llamó *Terra Naval*, y que despues llevó el nombre de *Villa del Infante*.

Allí, rodeado de los marinos y viajeros mas célebres de la época, entregóse al estudio con tal afan y tanto provecho, que muchos lo tuvieron por el primer sabio de su siglo, y hasta hay quien le cree inventor del astrolabio, atribuido por otros á Martin de Bohemia. Pero el gran pensamiento que ocupó siempre su imaginacion, y al que consagró toda su vida, fué descubrir el límite meridional de Africa, y hallar por él un paso para las regiones misteriosas visitadas por Alejandro.

La grandeza de esta idea no puede comprenderse hoy sin tener en consideracion que se oponia á los conocimientos de aquel tiempo, en que los mismos sabios aseguraban que el Africa *no tenia término al Mediodia*. De las dos mil ó mas leguas que mide de extension el litoral de aquel continente por la parte que mira al Atlántico, apenas se conocian doscientas, y en cuanto á lo demas, la tradicion, emanada de algunos viajeros llevados mas léjos por los temporales, sostenia que aquella costa se dilataba hasta el infinito, completamente deshabitada, afligida por un sol insoportable, é inaccesible por lo tanto al hombre. Erase, en fin, el tiempo en que seguia válida la especie de San Agustin y otros varones respetabilísimos, sobre que ni habia antípodas, ni era posible na-



vegar hácia el Sur, donde colocaban la *Mesa del Sol*, hoy llamada *zona tórrida* (muy semejante, segun ellos, á un horno encendido, ó á las cavernas mas horribles del infierno), especie que, por otra parte, contaba siglos y siglos de antigüedad, pues viene á ser una variante de la idea que se da sobre la figura de la tierra en los famosos *Vedas* de la India.

Pero don Enrique, á pesar de no existir aun la imprenta, consiguió hacerse de las obras mas acabadas sobre geografía y viajes que habia legado á la edad media la civilizacion del mundo antiguo, y leyéndolas y reflexionando sobre sus páginas, dió con el absurdo palmario de la opinion entonces dominante acerca de la forma de nuestro planeta.

En las historias griegas y romanas, leeria, por ejemplo, que habiendo salido Menelao, despues del sitio de Troya, por el estrecho de Gibraltar (entonces de Hércules), navegó tanto por el Océano Atlántico, que, sin apartarse nunca del litoral de Africa, llegó á ver salir el sol á su derecha, encontrándose al poco tiempo en el mar Rojo,—prueba evidente de que habia dado la vuelta al continente africano.

En los escritos de Pomponio Mela, hallaria el Infante que Hannon el I, capitan cartaginés, partió desde Cádiz, por órden del Senado, con sesenta pentecontorios (navios de cincuenta remos), á poblar las ciudades fenicias que se asentaban donde hoy el reino de Marruecos, y que bajó tanto por el Océano, que llegó un dia en que los cuerpos de los marineros no trazaron otra sombra sobre cubierta que una línea de pié á pié, á la hora en que el sol se hallaba en el meridiano; señal indudable de que se encontraban en la zona tórrida, y de que los habitantes de las zonas templadas podian soportar los rayos perpendiculares del sol.

Leería en Herodoto, quien ya tenía al Africa por una península del Asia, que Jerjes envió un marino, llamado Setaspes, á que reconociese las costas occidentales de la Libia, y que, cansado éste de ver siempre lo mismo despues de muchas semanas de navegacion, fulto de víveres y desesperanzado de hallarle fin á aquel litoral inmenso, tornó á Egipto, asegurando haber descubierto mas de setecientas leguas de costa.

En una historia de la misma nacion veria que, dos siglos antes de Jesucristo, hubo un navegante, llamado Eudoxio de Cyzico, el cual, sospechando tambien que el Océano rodeaba á Africa, pidió á Tolomeo Evergetes II una armada para efectuar aquella prodigiosa vuelta. Verdad es que Estrabon afirma que Tolomeo no accedió á su demanda; mas, en cambio, otros historiadores dicen que llevó á cabo su proyecto.

Pero la prueba irresistible, la que haria aferrarse á don Enrique en sus conjeturas, era que ese mismo Estrabon consigna en una de sus obras, que Tiberio Neron encontró en el golfo de Arabia unos restos de naves españolas. Ahora bien: si el Africa no tenia límites al Sur, ¿por qué mares habian ido hasta allí unas embarcaciones que procedian del extremo occidental de Europa?

Hoy se hubiera podido contestar á aquel ilustre pensador con el cabo Norte de Laponia, los mares samoyedos, el estrecho de Bhering, el Océano Pacífico y el mar de la India, camino que bien pudieron seguir aquellas naves en alas de la tormenta.... pero ¡ah! que esas estensiones del mar y de la tierra estaban aun sumergidas en las tinieblas del caos á los ojos de la Europa,—lo mismo que el Africa, la América y la Oceanía!

Finalmente: en las obras de un rabino navarro,

llamado Benjanin de Tudela, que viajó por la Guinea mucho tiempo; en los escritos del célebre baron normando Juan de Bethencourt; en Eratostenes, sabio geógrafo, famoso por sus mapas; en Geminio, en Polibio y otros historiadores de la antigüedad, encontraría indicios de la existencia del paso que se habia propuesto descubrir.

Ello es, que nutrido de mil historias, compulsó, tradujo, adivinó, y de todo este trabajo inmenso resultó en él una fé ciega, un firme convencimiento, una voluntad irresistible.

## V.

En su virtud, á principios del año de 1419 equipó una pequeña escuadra, que se dió á la vela para el Mediodia, resuelta á no volver á Portugal ó doblar el temido cabo *Non*, situado en frente de las Canarias, y llamado así porque hasta entonces nadie habia conseguido pasarlo, á causa de los bajos que lo cercan.—Este cabo era lo último que se habia descubierto de aquella costa!

Pero los valientes portugueses, animados de la misma fé que poseia don Enrique, tomaron una peligrosa y suprema resolucion: apartáronse de tierra hasta perderla de vista; siguieron luego su rumbo al Sur, y cuando calcularon que el cabo habria quedado atrás, se aproximaron de nuevo al Africa. En efecto, habian triunfado, y se hallaban cincuenta leguas mas abajo del inexorable *Non*.

Llenos de alegría regresaron á Portugal y participaron al príncipe tan venturosa nueva. Este les dispuso sin pérdida de tiempo otra expedicion, en que adelantaron veinte leguas mas; pero les sobrevino

una *calma*, y faltos de víveres, tornaron nuevamente á su pátria.

Entónces el príncipe, entusiasmado con estos descubrimientos, confió (1420) una fuerte nave á Juan Gonzalez Zarco, que pasaba por muy experimentado marino.

Una deshecha borrasca apartó al nuevo expedicionario del litoral de Africa, arrojándole en medio de aquel mar desconocido que se perdía en Occidente; pero ni aun así fué estéril este viaje, pues cuando se aquietó la tormenta, Zarco descubrió una isla desierta, á la que llamó *Porto-Santo*, cuyo territorio le cedió don Enrique, para que en union de Bartolomé Trillo y Tristan Bax Tejeira la poblase y diese cultivo.

Hiciéronlo así, y no pasó mucho tiempo sin que los nuevos colonos divisaran á lo lejos una sombra como de tierra, á la que aportaron, hallándose con otra isla mucho mayor, tambien desierta, pero tan poblada de seculares bosques que la llamaron de *la Madera*.

Encomendóles tambien el infante su poblacion; y como para labrar algunas tierras pusiesen fuego al enmarañado bosque que las cubria, duró el incendio siete años!

Ardió toda la isla... ¡Asombroso espectáculo ofrecería de noche al navegante aquel faro inmenso, que surgia de entre las olas, iluminando y enrojeciendo el cielo y el Océano!—Las cenizas de aquella hoguera de cincuenta leguas de circuito abonaron de tal modo el terreno, que hoy *Madera* es uno de los países mas feraces del mundo.

Tres años despues, cuando don Enrique repuso algo sus fondos, equipó una carabela y la confió á un marino natural de Lagos, que unos llaman Gil Yañez, otros Giliañez y otros Gil Anés, el cual



descubrió el cabo de *Bojador*, si bien no consiguió pasarlo hasta el año siguiente, que volvió en compañía de Alonso Perez Baldayo.

Saltaron entónces á tierra en una playa que llamaron de los *Rubios*, por los muchos peces de este nombre que vieron en ella; pero, no encontrando gente, regresaron á Portugal á dar cuenta de todo lo ocurrido.

La muerte de don Juan I suspendió por algunos años estas expediciones: pero en 1435, envió de nuevo el príncipe á Gil Anés y Alonso Perez, quienes esta vez avanzaron hasta el 21° latitud N., á cuya altura tomaron tierra.

Allí sí encontraron naturales del país, muy semejantes á los moros de Berbería, y habiendo trabado combate con ellos, salieron mal parados los portugueses.

Con este motivo, y el de la muerte del rey don Duarte, hermano de D. Enrique y sucesor de don Juan I, suspendió el infante unas tentativas que requerian mas hombres y mas recursos de los que él podia suministrar.

Sin embargo, como no le era posible abandonar aquella empresa á que habia consagrado toda su inteligencia y toda su vida, arbitróse penosamente algun dinero, y en el año de 1441 envió á Antonio Gonzalez y Nuño Tristan á que continuasen los descubrimientos.

Marcharon estos, cada uno en su carabela; y el primero adelantó hasta el cabo que llamó *Caballero*, no pasando el segundo del cabo *Blanco*.

Al año siguiente descubrió Tristan hasta un rio que llamó del *Oro*, por el mucho polvo de este metal que en él habia; y aun se dice que vió alguna de las islas de *Cabo-Verde*.

Ya por este tiempo empezaban á variar de objeto la mayor parte de semejantes escursiones; el comercio y las armas iban entrando por algo en ellas, y los portugueses, que las encontraban caballerescas y lucrativas, pidieron y obtuvieron venia del rey para equipar naves y marchar á aquellas regiones á buscar gloria y fortuna.

La más célebre de estas armadas aventureras fué una, compuesta de seis carabelas, tripuladas de hidalgos arruinados, la cual marchó al mando de un tal Lazarote.—No es de este lugar referir los romancescos pormenores de aquella estéril cruzada; pero podemos asegurar que es tarea digna de la pluma de Cervantes.

Siguiendo nosotros nuestra enumeracion, diremos que en 1444, Vicente de Lagos y Luis de Cadamostro, noble veneciano, deudo de D. Enrique, llegaron al rio *Gambia*, y que en mayo de 1455 partió de nuevo el segundo, con el genovés Antonio Noli, en cuyo viaje se hicieron ambos famosos por haber descubierto el archipiélago de *Cabo-Verde* y explorado la costa africana hasta *Cabo-Rojo*.

Nuño Tristan hizo otro viaje en 1456 y descubrió el *Rio Grande*, situado á los 10° de latitud N.; desde allí avanzó veinte leguas mas hasta otro rio, en cuyas márgenes murió á manos de los naturales del país. por lo que el rio tomó su nombre; y en el mismo año Alvaro Fernandez corrió otras veinte leguas de costa hasta llegar al cabo de *Santa Ana*.

Hélos en el inmenso golfo de *Guinea*.

Entonces debió de suceder una cosa, sobre la cual nada dicen los autores que nos sirven de guia en estos apuntes, pero que conjetura fácilmente la imaginacion.

Sabido es que desde el cabo de Santa Ana dejan

las costas de Africa de dirigirse al Mediodia, y que por espacio de cuatrocientas leguas se estienden hacia el Oriente: es, por lo tanto, muy presumible que los portugueses, siguiendo su cabotage, creyeran haber hallado ya el límite meridional de Africa, y esperasen á cada momento ver inclinarse la tierra al norte, para dar por concluida su tarea.

¡Cuál debió, pues, ser su asombro, cuando llegaron al rio *Manoce*, en frente de la isla de *Fernando Poo*, y vieron que el Africa volvía á estenderse al Sur! ¡Cuál debió ser su desaliento el dia en que un marino negro, hijo de los desiertos de Benin, les dijera que aun les quedaban dos mil cuatrocientas millas para llegar á la estremidad de aquella península gígante, hija predilecta del sol! ¡Y esto, si no volvieron á la antigua idea de que aquel continente no tenia límites!

Nada nos dice la historia acerca de tal cosa: lo único que habla de la impresion dolorosa que llevó á todos los corazones aquella contrariedad es la muerte de D. Enrique el Navegante, acaecida en 1460.

Al perder la esperanza, perdió la vida el mejor epitafio para ese varon illustre, honra y gloria del pueblo lusitano.

## VI.

BARTOLOMÉ DIAZ

Pasaron veinte y seis años desde la muerte del infante sin que volviese á pensarse en nuevos descubrimientos.

El estado de esta empresa no podia, sin embargo, ofrecer mejores esperanzas, puesto que, con un último viaje de Diego Cano, resultaba ya que los barcos portugueses se alejaban de Lisboa mil trescientas le-



*guas* hácia el Mediodia, esto es, hasta el rio *Zairo*, lo que queria decir *que habian pasado la línea equinoccial*, cosa considerada siempre como irrealizable en aquella direccion ó sea por aquellos meridianos.

En este estado, el nuevo rey D. Juan, despues de consagrar cinco años á reconocer y esplotar las ricas costas de Guinea, y de haber fundado en ellas un puerto, un castillo y una iglesia, que mas tarde debian ser la ciudad llamada la *Mina*, pensó en continuar la interrumpida obra de su ilustre tio D. Enrique.

A todo esto, la coroua de Portugal habia obtenido ya del Papa la investidura de todos los descubrimientos hechos y que se hiciesen al Sur del cabo Bojador, donacion que fué ratificada sucesivamente por todos los pontífices hasta Sixto IV.

Provisto de estas garantías, llamó el monarca ante sí á un hidalgo de provincia, famoso marino, llamado *Bartolomé Diaz*, y le confió el mando de tres buques que salieron del puerto de Lisboa el dia 12 de agosto de 1486, saludados por una inmensa multitud.

Dos de estos buques eran de cincuenta toneladas, y en uno de ellos iba Diaz, como jefe de la espedicion, y en el otro comandaba Juan Infante, célebre marino del rey. En la tercera embarcacion, que era mas pequeña, iban los bastimentos.

La navegacion se presentó feliz: antes de una semana llegaron á Tenerife, donde hicieron agua; pasaron sin contratiempo el terrible cabo Bojador, y el dia 21 de setiembre se encontraron *con el sol* sobre la línea equinoccial.

Bartolomé Diaz no quiso, como sus predecesores, navegar con las costas á la vista, sino que engolfóse mar adentro, á pesar de las protestas de la tripulacion, que por un lado temia estraviarse y por otro



deseaba observar las rarezas de aquellos países. Pero el capitán los consolaba diciéndoles que todo aquello lo habían ya visto otros portugueses, y que cuando alcanzasen tierras á que nadie hubiera llegado, ya navegarían al cabotaje y verían cosas dignas de ser contadas, siquiera por lo nuevas.

Un mes después anclaron en la embocadura del río Zairo, último país visitado por los europeos.

Allí envió Díaz á unos negros del reino del Benin, que lo acompañaban como intérpretes, á que se entendieran con los habitantes del Congo, y supo por estos que sus ideas sobre el límite del Africa no carecían de fundamento.

Levaron anclas, por consiguiente, mas entusiasmados que nunca, y en pocos días corrieron otras ciento veinte leguas, tomando fondo casi dos grados al Sur del Trópico de Capricornio, es decir, fuera de la Zona tórrida, en la embocadura de un río que nombraron de los *Elefantes*, por los muchos que vieron en sus orillas.

El comandante saltó entonces á tierra con un marino, á quien quería mucho, y que no era otro que Bartolomé Colón, hermano del célebre Cristóbal (que ya recorría la Europa mendigando cuatro tablas y un lienzo á cambio de un mundo), y habiendo subido las márgenes del citado río, encontraron una media docena de salvajes, negros, desnudos, feísimos, y de mas de siete pies de altura, los cuales bogaban tranquilamente en el tronco de un árbol ahuecado al fuego, comiéndose un hipopótamo.

Luego que se calmó la mútua sorpresa de aquellos hombres tan distintos entre sí, preguntáronles los dos Bartolomé, por medio de los negros que tomaron en el Congo, *quiénes eran*, á lo que contestaron: *los kuakua*.

Estaban en el país de los *hotentotes*.

Aquellos gigantes (no tan corpulentos como se los supone), eran tan estúpidos, que casi no tenían memoria, desconocían el pudor y hasta carecían de idioma, espresando sus sentimientos con gestos, señas y ahullidos; pero así y todo se consideraban muy mas civilizados que otra nacion que dijeron hallarse al Mediodia, compuesta de hombres que vivían en los bosques como las fieras, por lo que los portugueses los llamaron *Bosgemanes*.

El clima era templado, y cuando llegaron allá los portugueses, que fué á mediados de octubre, concluía el invierno.

Despues de descansar allí algunos dias, levaron anclas los atrevidos aventureros y dirigieron las proas al polo meridional.

Pronto perdieron de vista la tierra... ¡Quizás habia terminado ya la costa occidental del Africa!...

Viran á babor para cerciorarse, y el mar los repele.

—¡Adelante! dice Diaz: corramos mas hácia el Sur.

Pero pronto se apoderan de los barcos unas corrientes tan impetuosas, que es en vano pensar en dominarlas.

Arrastrados, arrebatados, girando en diversas direcciones, ya avanzando hácia el Mediodia, ya hácia el Oriente, pasaron tres dias y tres noches.

La tripulacion espantada cree que ha llegado la hora de que Portugal purgue su atrevimiento de un siglo, y que el Océano va á vengarse de cuantos secretos le habian arrancado aquellos impertérritos náutas.

Al fin, una mañana, el viento y las olas los arrojaron en una bahía baja y arenosa, que denominaron de las *Vacas*, por las muchas que allí vieron.

¡Habian doblado el *Cabo* tan deseado! ¡Habian encontrado el límite de Africa!—Pero lo ignoraban todavía.

Continuaron, pues, caminando al Este, siguiendo la inclinacion de la costa, y temiendo á cada momento que esta se dirigiese de nuevo al Sur, como aconteció en el golfo de Guinea.

Así llegaron á *Lagoa*.

Allí se sublevó la tripulacion, pidiendo á Diaz que se volviese, pues el barco de las provisiones se habia perdido, y ya se encontraban á mas de *mil ochocientas* leguas de la patria; pero Diaz obtuvo que le dejasen correr otras veinticinco leguas más, prometiendo que si en aquel espacio no se inclinaba la tierra hácia el Norte, daría por terminada la expedicion y regresaría á Lisboa.

Pocas horas despues, la costa de Africa se presentó á los ojos de los portugueses tendida hácia el Norte en toda la estension que alcanzaba la vista...

—Compañeros, gritó el comandante: ¡hemos triunfado! ¡Hace tres dias que doblamos el último cabo de Africa!... ¡á Portugal! ¡á Portugal!

Y recordando que en aquel *cabo* estuvieron tan expuestos á perecer, llamáronle desde luego el cabo *Tormentorio*.

Arribaron entónces á una pequeña isla, que denominaron de *Santa Cruz*, situada en frente de la *Cafre-ría*; y reparadas las averías de las naves, y hechas algunas provisiones, levaron anclas, volvieron las proas hácia el camino que habian traído, y emprendieron la vuelta á Portugal,—á donde llegaron en diciembre de 1487, diez y siete meses y medio despues de su partida.

Inesplicable fué el júbilo del rey, de la corte y de toda la nacion al saber la fausta noticia de que se

habia encontrado el fin de Africa; y como dijera Diaz que habia llamado *Cabo de las Tormentas* á aquel promontorio tan deseado:—«*No quiera Dios*, respondió el monarca, *que conserve un nombre de tan mal agüero. Que se le llame CABO DE BUENA ESPERANZA.*»

Y dijo esto, por la que abrigaba de llegar á la India por aquel camino.

## VIII.

### VASCO DE GAMA.

Pasaron diez años desde la vuelta de Diaz, sin que el rey de Portugal ¡asómbrense nuestros lectores! pensase en ultimar aquella extraordinaria empresa. Lejos de eso (¡parece increíble!) dedicóse á buscar al *Preste Juan de las Indias* por la parte de Egipto, y, esperando noticias de este soñado personaje, pasó el resto de su vida, que tuvo fin en 1493.

Ya habia descubierto Colon la América, y solo este estímulo pudo sacar de su apatía al nuevo rey don Manuel el *Grande y el muy feliz*, á quien inútilmente animaba su esposa doña ISABEL (repárese en esta coincidencia) para que mandase una expedicion á la India por el *Cabo de Buena Esperanza*.

Decidido al fin el monarca, encomendó la direccion y equipo de la armada á un noble de Synis, llamado *Vasco de Gama*, hombre de unos cuarenta y siete años y marino de gran reputacion por su destreza y valor estremado.

Cuatro naves compusieron la nueva expedicion. En una iria Gama, como comandante; en otra su hermano Pablo; en la tercera, Nicolás Coello, y en la última los bastimentos, al mando de Gonzalo Nuñez. El total de la tripulacion era de unos ciento ochenta hombres.



De este modo se dieron á la vela en Belen, puerto situado á una legua de Lisboa, el día 8 de julio de 1497.

Por una feliz casualidad poseemos un mapa portugués muy antiguo, obra de un fraile de san Gerónimo, donde está trazada escrupulosamente la ruta que siguieron esta vez los expedicionarios. Auxiliados, pues, por esta importante carta, podemos asegurar lo que tantas dudas ha ofrecido á los diversos autores que tratan de este viaje.

Gama tocó en la isla de la *Madera*, donde, apagado el incendio, se habian plantado sarmientos de Chipre y echado los fundamentos de algunas poblaciones; luego pasó á tres leguas O. de la isla de Hierro, la mas occidental de las Canarias; detúvose en la de Santiago, que es la principal del archipiélago de Cabo-Verde, y ya no vió tierra hasta llegar á la isla de Santo Tomás. De allí fué siguiendo el mismo rumbo que sus predecesores, cuyos rastros encontró mas de una vez, y aun á muchos de ellos establecidos ya en aquellas privilegiadas regiones. El día 3 de octubre desembarcaron en la bahía de *Santa Elena*, é hicieron agua en un rio que llamaron de *Santiago*; y habiendo saltado Gama á tierra con el fin de tomar la altura del sol, atacóle una horda de *Bosgemanes*, y salió levemente herido. Quisieron sus compañeros vengar aquella ofensa; pero como el número de los salvajes creciera sin cesar, Gama no quiso entrar en una refriega peligrosa, cuando ya se veia á cincuenta leguas del cabo de Buena Esperanza. Levaron pues anclas, y siguieron su camino.

Pero si resistencia opuso el terrible Cabo al paso de las primeras naves portuguesas, mayor y mucho mas prolongada fué la lucha que sostuvo con la escuadra de Vasco de Gama. El viento S. E. que reina allí todo

el estio, y las corrientes indomables de las olas, con más una tormenta, magníficamente cantada por Camoens, parecían cerrar á su osadía las puertas del codiciado Oriente.

Al fin, despues de largas horas de agonía, hundióse para siempre en los abismos del mar aquella figura *robusta é valida* de que habla el poeta citado, aquel gigantesco vigía del *Tormentorio*, colocado por Dios entre ambos hemisferios.

Gama entró en el *Mar de las Indias*.

Cinco dias despues saludaba el último padron puesto por Bartolomé Diaz en la isla de Santa Cruz.

El 23 de diciembre, dia de Navidad, pasaron por una hermosa costa que llamaron *Natal*, (en recuerdo de la festividad religiosa que celebraba en aquel instante la Iglesia cristiana), cuyo nombre conserva todavía.

Hicieron agua en un rio que denominaron del *Cobre*, en cuyas orillas permanecieron hasta el 18 de enero, que partieron hácia *Mozambique*, á donde llegaron el 7 de marzo.

Tocaron sucesivamente en *Mombasa* y *Melinda*; pero no en *Quiloa*, por recelar que allí les preparaban una traicion.

El dia 26 de abril, pasaron nuevamente la línea equinoccial, y habiendo tomado la altura del sol, como lo hicieron al pasarla por el otro lado del Africa, dedujo Vasco de Gama, que la anchura de esta parte del mundo no escedia, por aquella latitud, de unas setecientas leguas. ¡Era la primera vez que se hacia este cálculo!

Finalmente el dia 18 de mayo de 1498 fondeó el buque de Gama delante de las costas de la India, á dos leguas de *Calicut*.

La dorada esperanza de don Enrique el *Navegante*

se habia cumplido treinta y ocho años despues de su muerte.

## IX.

Vasco de Gama volvió á Portugal en setiembre del siguiente año, cerca de treinta meses despues de su partida.

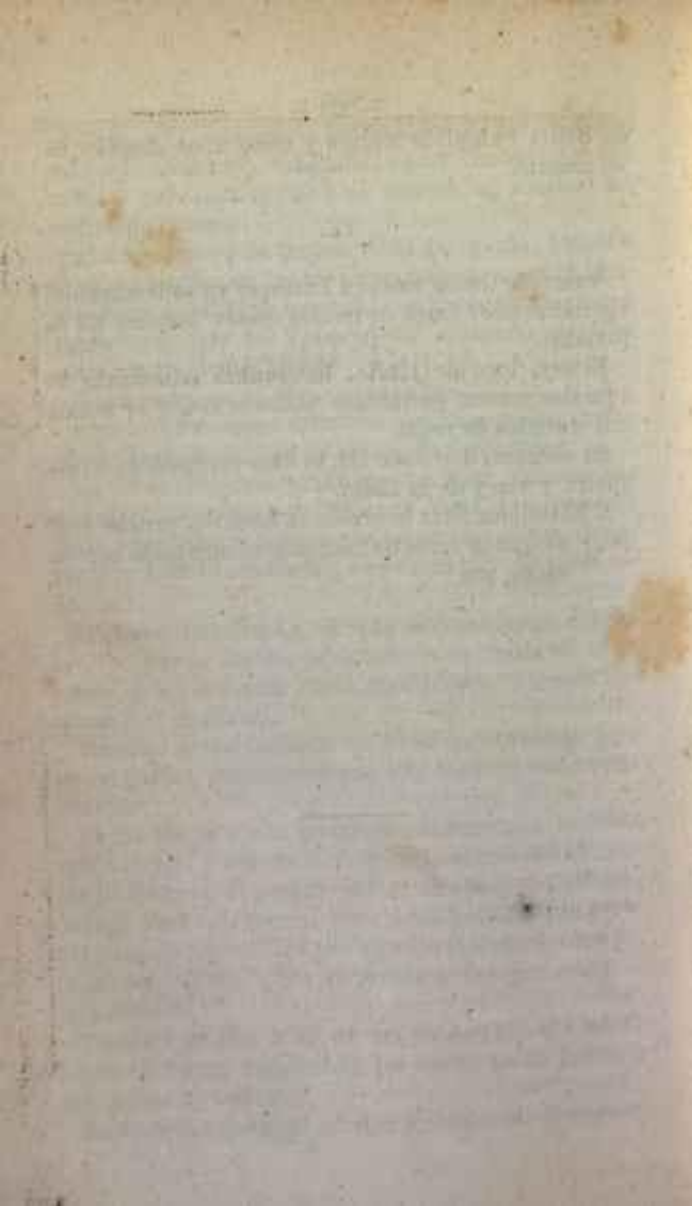
El rey, loco de júbilo, lo nombró Almirante de aquellos mares, permitióle llamarse *don*, y le señaló mil ducados de renta.

Su sucesor, don Juan III, lo hizo marqués de Vidi-  
gueira y virey de la India.

A Bartolomé Diaz lo olvida la historia, prueba evidente de que la corte de Lisboa hizo otro tanto con él.

Guadix, 1852.

---





---

## Á UNA MÁSCARA.

---

Hace en este momento veinte y cuatro horas que te acercaste á mí en el baile de máscaras del teatro Real, y me dijiste, cogiéndome una mano:

—Júralo.

—Lo juro, te respondí desesperadamente, por lo mismo que no sabia de qué diablos se trataba.

—Acabas de jurarme, proseguiste, referirme en un periódico todos tus pensamientos de esta noche.

—Lo he jurado, repliqué yo con cierta solemnidad.

—Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, te lo demande! añadiste lúgubrementemente, levantando los ojos al techo y perdiéndote entre la muchedumbre.

Voy, pues, á cumplirte mi juramento.

Pero antes de que prosigas leyéndome, si por acaso has empezado á hacerlo, he de advertirte, querida mia, que esta noche me encuentro aun mas triste que la pasada, y que mis pensamientos no van á parecerte agradables.

Son las tres de la noche.

En esta tu casa reina un silencio tan profundo, que se oiría cenar á un gusano metido en una calavera.

¡No te asustes, amiga máscara; que la calavera en que estoy pensando perteneció á una mujer inofensiva!

Mis ojos se hallan fijos en la pantalla de la palmaria que hace las veces del sol sobre mi mesa.

Nadie sabe si estoy despierto... ¡nadie!

¡Ah! ¿por qué nací soltero?— Yo hubiera querido nacer casado.

¡Pero casarse uno mismo...!

Quizás me equivoco y ó no nací soltero, sino viudo.—¡Ay! ¡guardo allá en el alma no sé qué patética memoria de unas felicidades perdidas!.... Llevo en el corazón, desde que me conozco, una sombra de luto que ennegrece todas mis esperanzas...

De cualquier manera, si yo tuviera mujer, ella sabría que te estoy escribiendo á media noche, á pesar de no conocerte, ni desearlo.

Pero á todo esto no te he dicho lo que pensaba yo anoche.

Anoche se me acercó una máscara despues que tú te marchaste, y me preguntó:

—¿Me conoces?

—No te conozco, le respondí; pero, en cambio, tú tampoco te conoces.

La máscara era masculina.

—¡Que yo no me conozco! exclamó el encubierto.— Yo soy Juan.

—Eso te figuras tú, porque han dado en llamártelo.

—Te repito que soy *Juan*.

—Bien; pero *Juan* es un nombre compuesto de cuatro garabatos; resulta, pues, que tú eres un pedazo de alfabeto.

—Y además un hombre, añadió la máscara con cierto énfasis.

—Todavía no has dicho nada, repliqué. — *Un hombre* significa un pedazo de la humanidad, cinco ó seis arrobas de carne y huesos, una partida de bautismo, (puesto que según dices no eres moro), una levita, un sombrero, un pantalon y unas botas, un mueble en casa de tu mujer, si eres casado; ó el retrato de un futuro marido en casa de tu novia, si eres soltero; un espectáculo para tus amigos, un traficante de gases y fluidos con los árboles y con las bestias, un accidente del tiempo, el dueño de un baston y de una cotorra. Te aconsejo que averigües quién eres y lo que haces en el mundo.

Creo, amiga mia, que ya irás formando idea de lo que yo pensaba anoche en el baile.

—¿Qué buscas aquí? me preguntó otra máscara.

—¡Lo busco todo! le respondí, cruzando los brazos.

—Pues búscate á tí mismo, replicó quien quiera que fuese.

Y desapareció como tú y como la otra máscara.

—¡Que me busque á mí mismo! balbucí medio triste y medio alegre.

Y entonces recordé esta verdad que me dijo mi padre hace muchos años:

—En el mundo no hay mas que un *yo* repetido infinitamente. Cada hombre es el mundo, y quizás cada planta y cada piedra. El primer meridiano se hallará siempre donde quiera que tú estés, y á la derecha seré Levante y á la izquierda seré Poniente. No hay mas cenit que el tuyo; que para eso es el mundo redondo. Tú eres la creacion, y el resto del universo un espectáculo hecho para tí. Lo mismo les pasa á tu vecino, y al loco, y al idiota, y á cuantos tengan la mas leve conciencia de su ser.

—Búscate á tí mismo y lo encontrarás todo, me habia dicho la última máscara.

Encerréme entonces en mi propio pensamiento, y el baile se iluminó á mis ojos de una luz estraña.

—¿Qué buscas aquí? volvieron á preguntarme gentes que adivinan mi amor á lo infinito y á lo absoluto.

—No busco nada, pude responderles entonces tranquilamente.

Y es que habia dejado de considerar aquella orgía como una broma.

Y solo desde aquel instante principié á divertirme.

Y aquí empiezan mis verdaderos pensamientos de anoche.

Pensaba yo anoche en que las máscaras son una cosa seria, sumamente seria, tan seria por lo menos como las demás que hacemos en el mundo.

Las máscaras tienen una razon de ser: no son una ociosidad, ni una sandez, ni una locura: son un goce lógico, natural, fundado en ciertos fenómenos psicológicos.

Tú habrás pensado alguna vez en el profundo horror que inspiran á la sociedad los anónimos y los pasquines, y habrás reparado en que estas armas tan alevosas como tremendas apenas se usan en el combate de los mas ruines resentimientos. No parece sino que se ha establecido de antemano no apelar nunca á estos golpes mortales, como se excluye la estocada en ciertos duelos. Y es que un maravilloso instinto de conservacion advierte á los mas desalmados, que, de acudir al anónimo y sobre todo al pasquin, la sociedad entera vendría á la mas espantosa disolucion. ¡Figúrate lo que sucederia en Madrid, por ejemplo, si un hombre ocupase sus dias en escribir anónimos á todos los maridos engañados, á todos los



amigos vendidos, á todos los que viven de ilusiones, á los que saborean las aguas del olvido como único bálsamo de sus penas! Pues añade el pasquin. Piensa en ello despacio. Calcula el cinismo, la desvergüenza, el desenfreno que traeria consigo esta murmuracion á gritos, despues del escándalo, de las disensiones, de los castigos, de los terrores que llevaria al seno de las familias.

Ahora bien, como la privacion es causa del apetito, la sociedad ha querido disfrutar el bárbaro placer de verse disuelta, y ha inventado las máscaras.

Merced á esta invencion, durante ciertos dias del año, puede violarse ese tratado tácito de que te hablaba; puede atropellarse el derecho de gentes de las individualidades, mucho más sagrado que el de las naciones. Cada máscara de las que van á los bailes es un anónimo; cada una de las que vocean en el Prado, es un pasquin; y el Carnaval en conjunto es la negacion, la ruina, la disolucion de la sociedad. Leyes, respetos, sexos, condiciones, nombres, fisonomias, todo es anulado, invertido, contrapuesto, negado, en fin, en esa espantosa y general dislocacion.

Es el estado salvaje reduciéndolo todo á un miserable nivel. Los contratos humanos, las consideraciones legales, los intereses, las necesidades, los principios que constituyen la vida de los pueblos civilizados, aparecen ridiculizados, menospreciados, escarnecidos. Los hombres mas graves se complacen en decir y confirmar con sus hechos estas asoladoras conclusiones: «¡Todo es mentira y vanidad, todo farsa y locura! Nuestras costumbres son un artificio pueril, una comedia consuetudinaria. Nosotros, los que nos entregamos al placer de no ser, de no sentir, de no pensar, de no conocernos, de reducir la existencia á los sentidos, de aparecer como una

masa de carne en movimiento, somos los mismos que metidos en el molde social, en la llamada vida seria, en la existencia oficial, damos por resultado códigos y catecismos, patíbulos y guerras, suicidios y apo-teosis.»

En resumen: todos los pueblos aman con frenesí las máscaras, por lo mismo que significan una gran subversion del orden.

Se dice que un inglés hizo cortar todos los árboles de su jardin solo por disfrutar desde el balcon de su gabinete un nuevo golpe de vista. He aquí la filosofía del Carnaval.

¿Cómo no habia de ser un goce dejar de ver el mundo rutinario?

Añade á esto otro placer no menos salvaje y disolvente: el placer del escándalo, que se disfruta en esos dias. En esos dias, todos los amantes ilegítimos pueden imponer á la sociedad entera su criminal alianza, al ínfimo precio de un antifaz.

Con tan asequible patente se puede hacer lujo, gala, ostentacion de lo que se oculta todo el año; se puede hablar con los desconocidos, tutear á los poderosos, coger la mano á las mas hermosas mujeres, subir al cielo que ordinariamente se contempla á gran distancia, ver de cerca á las notabilidades de todos géneros, acercarse al ángel de vuestros ensueños, pasear en su coche, tratarla tú por tú, convencerse de que no era una ilusion de vuestra mente, oir su dulce voz, aspirar su vago perfume, y llevarse en el corazon dulcísimos recuerdos y en la faltriquera bombones no menos dulces...

Con tan asequible patente...

Siento, querida máscara, que el estado de mi salud no me permita continuar.

Madrid—1859,

---

## BOCANADA DE HUMO.

---

Á MI AMIGO DON RICARDO ALZUGARAY Y YANGUAS.

A mal dar, tomar tabaco.  
(Refran de nuestra tierra.)

Jamás he creído que nuestros sentidos corporales sean cinco, á saber: *ver, oír, oler, gustar y tocar*.

Yo creo, por el contrario, que son muchos más y muchos ménos; ó, por mejor decir, creo que solo tenemos un sentido,—el tacto,—del cual son órganos agentes ó auxiliares los demás.

Ahora bien; estos agentes del tacto,—encargados de transmitir al cerebelo partes telegráficos de cuanto ocurre en el mundo, mediante esos alambres eléctricos que hemos llamado nervios en nuestro afán de poner nombres á todas las cosas por desconocidas que nos sean,—estas diversas maneras de tocar ó de ser tocados, digo, no se reducen, como pretenden algunos rutinarios fisiólogos, al oído, al paladar, á la vista y al olfato.

Comprendo que se dijera esto cuando solo se conocían siete planetas y siete metales, cuatro partes del mundo y cuatro elementos; pero repetirlo hoy, en

pleno siglo xix, seria un absurdo tan grande como echarse á buscar al Preste Juan de las Indias.

Nuestros sentidos corporales, ó sea nuestros sentidos secundarios, son hoy muchos, son infinitos, son innumerables.—¡Cada dia se descubre uno nuevo!

Y esto sin contar con el magnetismo, que prescinde de todos, que los domina, que los avasalla, que los anula completamente.

No os negaré, sin embargo, que los hay *interiores* y *exteriores*, y que los *exteriores* son cinco, como dice el padre Ripalda...

Pero los *interiores*... ¿por qué olvidarse de los *interiores* al hacer la cuenta de nuestros sentidos corporales?

No voy á hablaros de algunos que por sabidos se callan... ¡Líbreme Dios!

Ni del *sesto sentido*, ó *sentido de la belleza*, que estéticos y fisiólogos reconocen ya,—más ó menos desarrollado, eso sí,—en nuestra raza bípeda y sin plumas, y el cual sirve para apreciar las maravillas del arte y de la naturaleza...

Ni del sentido de las cosquillas ó de la risa,—muy digno de atencion y hasta de estudio...

Ni del sentido barométrico, que hace subir y bajar el mercurio de nuestro *spleen*, segun el estado de la atmósfera...

Ni del *gran sentido*, que crea las simpatías súbitas y las antipatías inmotivadas...

Ni del *proto-sentido*, ó sentido del presentimiento, que nos avisa siempre con veinte y cuatro horas de anticipacion las desgracias que nos esperan.

Mi único objeto, hoy sábado, es probaros la existencia de un sentido, cuya esclusiva mision, cuyo destino en nuestro cuerpo, cuya funcion natural y genuina es *fumar*.



Ya oigo que se me replica, que el hecho de *fumar*, ó sea de *humear*, de *espeler humo*,—pues tal es el significado de ese verbo,—pertenece al dominio de los cinco sentidos clasificados por Ripalda.

—Cojo un cigarro, me decis, y me lo pongo en la boca; le aplico lumbre: el aparato respiratorio me sirve de máquina mneumática; chupo: arde el tabaco y se convierte en humo: percibe el paladar el sabor de una y otra grata sustancia; huélelas el olfato: fija la vista en las caprichosas espirales de humo que suben al cielo ó en la blanca ceniza que vuelve á la madre tierra, y... ¡negocio concluido!—*He fumado*.

¡Ah! ¡Callad! ¡No digais eso! No habeis *fumado*... ¡Eso no es *fumar*! ¡Vos no merecíais tener tan buenos cigarros! ¡Vos sois como los cerezos, que no se dan cuenta de los amoríos de sus propias flores.

Pero no es vuestra la culpa. La culpa es de la Academia de la Lengua.

Voy á convenceros.

El verbo *fumar* no espresa de ningun modo la idea á que se refiere: no interpreta, no traduce, no esplica el hecho que analizamos: ¡es una palabra inadecuada, antigramatical, contradictoria, absurda!

El verbo *fumar* debiera ser *recíproco*, *reflejo*, *reflexivo*; de ninguna manera *intransitivo* ó *neutro*, y menos que nada *activo* ó *transitivo*, como lo haceis algunas veces.

En vez de *fumar*,—*fumarse*.

En lugar de: «Yo fumo despues de comer», la frase reveladora es: «Yo me fumo despues de comer.»

Es decir: yo me humeo; yo me fumeo, que se hubiera dicho antiguamente.

—¿Se fuma Vd. mucho, fulanito?

—Bastante, señora.

—Mal hecho: no debe Vd. *fumarse* tanto: va Vd. á quedarse hecho un alfeñique.

—¿Y el marqués?

—Está *fumándose*.

*Fúmate* tú.—*Fúmesese* Vd.

Esto sería lo castellano, lo propio, lo racional, lo elocuente, lo gráfico, lo que se dirá con el tiempo, Dios mediante.

Al descubrir el tabaco, ó sea al atinar con su uso, debieron nuestros padres haber explicado este uso de una manera mas exacta.

Ni tenian que inventar palabra alguna. ¿Acaso no existia el verbo *fumigar*,—*fumigarse*?

Su aplicacion al nuevo acto humano hubiera sido mas oportuna que la invencion del verbo *fumar*, ridicula contraccion del anticuado *fumear*.

Porque *fumar*,—hablo ahora del fenómeno, que no de la palabra,—*fumar* no es, ni lo será nunca sino para las mujeres ó los tísicos, el acto de espeler humo por la boca ó por las narices. (Eso sí sería *humear*.)—*Fumar* es absorber ese humo, encaminarlo á un determinado sitio. ¡*Humearse!* ¡*fumigarlo!*

¿Qué sitio es ese? ¿Qué cosa *se humea* uno?

Cate Vd. la cuestion. Ya va asomando el sentido de que os hablaba hace poco.

Meditemos.

Por algo quiero yo convertir de neutro en recíproco el verbo *fumar*; por algo predico que el hombre tiene un sentido esclusivamente *fumigable*...

¿Sabeis por qué?—Porque trato de demostraros que el placer de fumar pertenece al orden de los placeres *naturales*; esto es, que Dios habia previsto el uso del tabaco al crear el hombre.

¡Culpa es del hombre si tardó tanto en caer en la cuenta!

Fumar no es un placer *convencional* como el de ser calvo, ó como el que producen el frac negro, la pe-

drería, la cerveza, los *príncipes-Albertos* (carruajes muy incómodos) y las poéticas estrofas del himno de Bilbao:—tampoco es un placer *artificial* como las verdades matemáticas, como las mujeres coquetas, como un baile de máscaras, como el matrimonio, como una conspiración bien urdida, como el juego ó como las aclamaciones populares;—*fumar* es un placer ingénito de la naturaleza humana, como la música, la guerra, el amor correspondido, el sueño, el baile, la mesa, el baño, el vino, la caridad, el revolcarse en un prado la primavera, el adorno personal, los hijos, la murmuración, la caza y la pesca.

Voy á probarlo.

Si el *fumar* no fuera un placer de la naturaleza, los hijos no se esconderían de sus padres para hacerlo, ni los padres del antiguo régimen, enemigos en todo de las leyes naturales, se lo hubieran vedado tan rigurosamente á sus hijos.

La sociedad, que ha hecho un crimen de todas las funciones inherentes á nuestra vil condición de muñecos de barro; que considera de mal tono el comer por la calle; que no se da por entendida de ciertas flaquezas comunes á todo animal; que ha levantado mil barreras entre el hombre y la mujer, (barreras que no pueden saltarse *decorosamente* sin pagar ese horrible derecho de puertas que se llama matrimonio); la sociedad, hipócrita siempre, que viste á las señoras de manera que aparezcan enteramente al contrario de como Dios las hizo (estrechas por arriba y anchas por abajo, siendo así que ellas son estrechas por abajo y anchas por arriba), ha proscrito en Inglaterra el uso público del tabaco, como ya proscribió antes en aquel mismo pueblo las palabras *pantalón*, *sábana*, *camisolín* y otras.—¿Qué mayor prueba de que el hombre es naturalmente *fumigable*?

Pensemos, si no, un momento en los efectos y escelencias del tabaco.

Para un verdadero fumador, el cigarro es el primer amigo, el mas sabroso manjar, el mas fiel compañero de todos sus pesares y alegrías.

Fuma el hombre que está á dieta; fuma el que ayuna voluntariamente; fúmase antes de comulgar; fúmase dentro del baño... ¡No hay ocio que el fumar no entretenga!—El hombre que fuma, nunca está solo.

Cuando hemos perdido una prenda del alma y nos espanta la idea de comer ó beber; mientras recibimos el duelo; mientras acompañamos el cadáver al campo-santo; en las mas patéticas crisis de nuestro dolor, el cigarro es permitido, conveniente, bien mirado por nuestra sociedad española y por la misma naturaleza, y el único placer que nos permitimos.—¡Quizás el único lazo que nos retiene en la vida!

Nosotros, los que pasamos largas horas buscando en nuestra imaginación mundos ilusorios que presentar ante los ojos de los lectores, á fin de arrancarlos á la realidad de este mundo mezquino, vivimos en una atmósfera de tabaco...—Entre nuestros ojos y el papel flota siempre una nube de azulado humo que nos vela é idealiza la materialidad de las cosas, en tanto que allá, en el alma, dulces somnolencias y estrañas *reveríes* vienen á brotar del contacto del aroma precioso con el sentido oculto de que hablaba. Este aroma, que calma y embriaga á la vez, que mitiga las penas y endulza los recuerdos, que renueva la inspiracion y fomenta la esperanza, es para nosotros lo que el gas para el globo aerostático: nos levanta de la tierra, nos suspende, nos eleva, nos hace recorrer el espacio, nos aísla completamente de toda relacion de tiempo y lugar, y anticipa por momentos la hora mística y solemne de la libertad del espíritu.



¡Desgraciado mil veces el que no fuma!—¿Qué hará este ser incompleto en la orilla del mar, en aquellas horas de infinito éxtasis que siguen á la puesta del sol? ¿Qué velas llevarán su imaginacion hácia lo desconocido? ¿Qué alas le subirán al cielo durante las espléndidas noches de verano? ¿Qué hará en los entreactos de una ópera? ¿Qué despues de comer? ¿Qué al despertar por la mañana? ¿Qué durante una larga navegacion? ¿Qué en la ausencia, cuando cierre los ojos para ver las personas queridas? ¿Qué para evitar una pulmonía á la salida de un baile en provincias, donde no suele haber coches, si tiene que ir charlando con la beldad que aceptó su brazo para volver á casa? ¿Qué cuando viaje á caballo por solitarios montes? ¿Qué cuando convalezca de una enfermedad? ¿Qué, en fin, en aquella hora que sigue al logro de cualquier deseo, cuando, si no fuera por el tabaco, ya no habria razon ninguna para seguir en un mundo donde todo es igual y acaba del mismo modo?

¡Ah! lo repito: ¡desgraciado mil veces el que no fuma!

Madrid.—1858.



---

## EL ECLIPSE DE SOL DE 1860.

---

Ayer, 18 de julio, encontrábame en las venerandas ruinas de Sagunto, en lo alto del castillo de Murviedro, á donde habia ido desde Madrid á presenciar el eclipse de sol.

En torno mio no habia más que entusiastas poetas valencianos, casi tan ignorantes como yo en materias astronómicas, y una muchedumbre de labriegos, algo más ignorantes todavía, que habian acudido de Murviedro y de sus campos á fin de presenciar el gran fenómeno desde la antigua fortaleza en que tan pocas veces han entrado, pero siempre con tanta gloria del nombre español.

Yo lo pensaba así al ver á las masas populares trepar desde la villa á la ciudadela. Pensaba en el dia que subieron sus antepasados por aquellas mismas rampas talladas en la roca, y perecieron sin volverlas á bajar, dando al héroe de Cartago el más grande espectáculo de patriotismo que registran las historias: ó recordaba aquel otro dia, casi de nuestro tiempo, en que las tropas de Napoleon se estrellaron una vez y

:

otra contra aquel ruinoso baluarte, guarnecido por un puñado de valientes que acababan de dejar el arado para subir á defender á costa de su vida el *muro viejo* (Murviedro) que se levanta sobre sus pacíficas viviendas.

A mis pies veía, por una parte, las imponentes ruinas del anfiteatro romano; por otra la antiquísima villa; al rededor, una verde llanura poblada de algarrobos, olivos y moreras, y más lejos el azul Mediterráneo, ó suaves cordilleras de montañas que delineaban, por decirlo así, un magnífico y resplandeciente horizonte.

El día estaba sereno y caloroso. El sol inundaba de luz las soledades del espacio, animando y engrandeciendo el vastísimo paisaje. Un largo y monótono zumbido de cigarras y de otros insectos voladores poblaba el aire de un sordo y soñoliento rumor que convidaba á la siesta. Callaban las aves, adormecidas por el calor, y callaban tambien los hombres, atentos á la catástrofe que se preparaba en los cielos.

A la izquierda, y precisamente donde empezaban á amontonarse algunas cenicientas nubes, divisábase un rompimiento de la cordillera, que me dijeron daba paso al *Desierto de las Palmas*.—Allí, como en otros parajes de la península, encontrábanse miles de humanos seres, olvidados de las agitaciones y mezquinos intereses de esta vida, en espectacion como yo del fenómeno celeste; unos llevados del amor á la ciencia; otros del afán hácia lo maravilloso; quiénes del miedo; quiénes de una indiferente curiosidad.

De cualquier manera que fuese, yo consideraba en aquel momento al género humano de un modo que no lo habia considerado nunca: no ya como una especie privilegiada condenada á cumplir estos ó aquellos destinos; no como los actores del gran teatro del



universo; no como los personajes del largo drama que llamamos historia; sino meramente como los moradores de un pequeño planeta, como simples pobladores de nuestro globo, como accidentes de la creacion, como testigos y espectadores de la marcha misteriosa de mil mundos. Las ciencias, la política, la filosofía; los ódios, las ambiciones, el amor, la guerra, el infortunio, todo lo que constituye nuestra cotidiana vida, habia perdido su interés en aquel momento. Todos los hombres eran iguales. Un poder superior, la incontrastable fuerza que rige los orbes, les hacia pensar en cosas más grandes que la sociedad y que la civilizacion. ¿Qué eran, qué podian ser las grandezas humanas, cuando los mundos enteros aparecian como frágiles barquichuelos perdidos en el infinito espacio, y se les veia zozobrar á merced del poderoso aliento que los empuja por sus misteriosos derroteros?

Eran ya las dos... la hora anunciada y esperada hace tanto tiempo por los astrónomos.

El eclipse habia principiado; pero aun no se percibia alteracion alguna en la luz del sol.

A eso de las dos y media empezaron á palidecer las nubes, mientras que el mar se ponía cada vez más sombrío.

La luz del sol era blanca como la de la luna, y la sombra de los cuerpos intensamente negra, pero de vagos contornos.

¡El cielo estaba despejado; la atmósfera, diáfana; el sol se hallaba en el Mediodía; y sin embargo, se aproximaba la noche!

Nuestros semblantes se iban poniendo lívidos... Una claridad fúnebre, que ya no era semejante á la de la luna, sino á la de la luz eléctrica, alumbraba fantásticamente la ciudad y las ruinas del anfiteatro.

Las nubes tomaban un color gris como el de la ceniza. El mar continuaba oscureciéndose...

¡Y nada de esto se parecía al anochecer...! Lo imponente era el ver que allá, en las regiones superiores del cielo, seguía siendo de día, mientras que en la tierra y en su atmósfera cundía la oscuridad. Es decir: ¡que la luz del cielo no se reflejaba en la tierra!

Por lo demás, á la simple vista, aun no se notaba alteracion alguna en el disco del sol. Ciertamente, casi todo él estaba eclipsado; pero el ligero limbo que aun se percibía, irradiaba el suficiente fulgor para ocultar á nuestros débiles ojos la gran sombra que ya amenazaba sepultarlo.

Tenemos, pues, que el sol reverberaba en el cénit; que el cielo, ó sea el espacio á que no alcanzaba la sombra de la luna, seguía inundado de luz como antes del fenómeno, y que, sin embargo, la noche caía sobre la tierra, súbita, aceleradamente ya, sin gradacion ni crepúsculo, como si nuestro planeta hubiese tenido luz propia y un soplo del Hacedor la hubiera apagado repentinamente.

En esto—(todo lo que ya diga sucedió en menos de un segundo),—en esto espira instantáneamente el último fulgor; cambian de aspecto todas las cosas; vénse lucir dos estrellas cerca del astro agonizante; levántase un espantoso viento; hace frio; corren las nubes; ennegrecese el mar; camina la sombra á nuestros piés; parece que se desquicia el cielo, como cuando se muda una decoracion en el teatro; muere el sol...; y sustitúyele un astro nunca visto, un meteoro fúnebre y grandioso, más bello que todo lo imaginado por el hombre!..

Un grito de terror sale de mil pechos. El pueblo que me cerca,—gentes sencillas,—cree indudablemente que se acaba el mundo... Pero al ver que el sol ha si-

do reemplazado por aquel fenómeno tan hermoso y sorprendente, nuevo alarde del poder y de la sabiduría del Eterno, prorumpe en un aplauso, en un viva, en un *bravo*, en una aclamacion frenética y entusiasta...

Este singular y tierno aplauso al autor de la naturaleza, pone las lágrimas en mis ojos... El espectáculo de la *conjuncion* eriza los cabellos... El cuadro que me rodea, la hora, el sitio, todo contribuye á horro- rizarme, á conmovirme, á levantar mi espíritu, á revelar-me á Dios.

El Gólgota, á las tres de la tarde de aquel tremendo y glorioso dia en que murió Jesus; el Juicio Final, tal como lo profetiza el Apocalipsis; el Diluvio; Pompeya; los terremotos americanos... yo no sé cuántas y cuán estrañas cosas pasaron por mi imaginacion.

Entre tanto... ¡qué maravillosa, qué sublime apa- riencia la de los cielos!

El *astro* que habia sustituido al sol, diríase que era su catafalco, su iluminado túmulo, su *capella ardente*.

Imaginaos un cielo sombrío, y en medio de él una gran placa negra y de oro, una enorme estrella esmal- tada...—¡Yo no sé cómo os lo diga!

Imaginaos el disco de la luna negro como el azaba- che, y en torno suyo una orla de lumbré formada por la irradiacion del sol que está detras. De esta orla parten divergentemente cuatro ó cinco ráfagas de plata y oro, como los destellos que vemos en las au- reolas de los santos góticos.—Era, pues, un astro de luto; el cadáver del sol; la luz vestida de negro.—Sol y luna formaban un solo cuerpo, engendro misterio- so que representaba á la vez el dia y la noche...

— ¡Oh Dios! pensábamos todos en aquel momento, ¡Cuán infinito es tu poder! ¡Cuántas nuevas maravillas pudieras crear aun despues de haber llenado de ellas

tantos mundos! ¡Qué habrá que se iguale á la última de las cosas, si tú pones en ella tu mano augusta!

Poco más de dos minutos, que nunca olvidarán los mortales que han presenciado esta gran tragedia, duró el eclipse total.—El pueblo seguía aclamando á Dios, con los brazos alzados al cielo, con las lágrimas en los ojos...

La oscuridad no era tanta que dejásemos de vernos unos á otros... ¡pero de qué manera!—¡Qué fatídica luz en nuestras frentes! ¡Qué lobreguez en las nubes! ¡Qué aparente movilidad en el suelo que pisábamos!

De pronto cae de aquel extraño fenómeno un borbotón de luz, un río de oro, un torrente de fuego que inunda instantáneamente toda la enlutada atmósfera.

Un nuevo aplauso, un nuevo grito, mil y mil bendiciones á Dios pueblan el espacio.

—¡El Sol! ¡El Sol! esclamamos todos con amorosa alegría.

—¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios! repetimos llenos de gratitud y de entusiasmo...

Y hay otro cambio súbito en la naturaleza, y tierra y cielos mudan su color como por encanto, y la mar vuelve á aparecer, y las estrellas se ocultan, y el sol recobra su soberanía—con gran contentamiento de nuestros corazones, apenados un punto al ver vencido tan glorioso y potente astro por el mas débil y mezquino de los mil que alimenta y vivifica su bienhechora llama. . . . .

Valencia.

---



---

## MAPA POETICO DE ESPAÑA.

---

Se acerca el verano, y con él la emigracion de los cortesanos á las provincias. Los aguerridos madrileños, fatigados de una campaña de nueve meses, se disponen á abandonar sus trincheras de las orillas del Manzanares, y á soltar las armas con que han luchado durante el invierno en pro de su ambicion y de su codicia. Solo se quedarán los muertos y los prisioneros; pero los sanos, y hasta los heridos, aterrados por la perspectiva de un verano sin árboles ni agua, darán un adios á sus tiendas, ó sean casas de huéspedes (que tal nombre siguen mereciéndonos todas las casas de Madrid, hasta las que creemos propias), y convertirán sus ojos á la madre naturaleza, que tuvieron olvidada tanto tiempo, pidiéndole ahora descanso y abrigo, á la par que valor y fuerzas para las luchas del futuro año.

Muchos se irán á otras capitales del extranjero. Estos son los hijos pródigos de la nacion. Pero sus buenos hijos, los que no reniegan de la honrada provinciana que los crió á sus pechos, encaminarán sus pasos á las comarcas natales; á los puertos de mar,

verbi gratia, oreados por refrigerantes brisas; á las quebradas montañas, llenas de sombra y de verdura; á las vegas pobladas de alamedas pomposas que se dilatan á lo largo de los rios; á nuestras viejas ciudades agrícolas, habitadas por el silencio y la quietud y gobernadas por la costumbre; á los bosques cuajados de frutas y de caza; á los valles abundantes en pesca: á las dehesas donde pastan los ganados cargados de leche; á las eras cubiertas de rubias espigas; á las rocas festoneadas de tomillo y de romero, donde sestean las industriosas abejas; á los sonoros molinos plantados al pié de las cascadas; á los cortijos, en fin, sembrados en la soledad de los campos ó de los cerros, visitados solamente por los pájaros y por los caminantes pobres, y asistidos de esa *paz de Dios*,—como la llaman sus moradores,—que tan escasa va siendo en los maravillosos tiempos que alcanzamos.

Los que amamos y admiramos nuestro pintoresco pais, que tan varios aspectos presenta segun que el viajero se dirige al Este ó al Oeste, al Sur ó al Septentrion; los que en nuestro fanatismo poético lamentamos á veces que la actual civilizacion niveladora arrebate cada dia algo de su peculiar carácter á los diferentes reinos, á las distintas razas, á las diversas regiones que constituyen la confederacion llamada España; los que tememos á todas horas que el telégrafo y el ferro-carril, la prensa y la centralizacion administrativa y económica, el parlamentarismo y la empleomanía, la industria y el comercio, la moda dictatorial parisiense y el espíritu iconoclasta de nuestra época, concluyan por realizar el grande progreso, el deseado milagro político de asimilar y fundir los heterogéneos componentes de nuestra nacionalidad (estirpando el provincialismo, identifi-

cando los intereses de todos los pueblos, borrando los dialectos, interrumpiendo las tradiciones y uniformando los trajes, las costumbres y las literaturas de tantas gentes todavía estrañas entre sí); nosotros, decimos, retrógrados en este punto á fuer de melancólicos poetas, escitamos á nuestros hermanos en Apolo á que recorran detenidamente las provincias de España y recolecten sus historias, sus vestidos, sus paisajes, sus consejas, sus melodías, sus usos y sus modismos, y los consignen en albums, en libros, en óperas, en lienzos, en fotografías ó en grabados, á fin de que mañana, el día de la democracia moral, material, artística y literaria de los pueblos españoles, sirvan de ejecutoria de nobleza á cada reino, á cada comarca, á cada villa, á cada monte, á cada valle, á cada piedra, á cada árbol de los que van á ser declarados iguales ante la ley.

El tiempo urge: desbandémonos por la península en busca de sus risueños panoramas, de sus graciosos contrastes y renovados accidentes: pongamos el rumbo hácia esas maravillosas regiones, que son otros tantos manantiales de inspiracion;—á Galicia, mansion de los bardos y de los pastores; á Asturias y Santander, asilo de audaces cazadores y patriarcado de la paz; á las provincias Vascongadas, emporio de nuestras clásicas costumbres, *palladium* de la virtud y del derecho; á Navarra y Aragon, asiento del valor y de la fuerza; á Cataluña, patria de la actividad y del trabajo; á Valencia y Murcia, albergues de la alegría y de la abundancia; á Leon y á las dos Castillas, plantel de caracteres antiguos y riñon de nuestra historia; á Extremadura, feraz, adusta y romancesca; á Andalucía, en fin, donde florecen Córdoba, la sultana de Sierra-Morena, la ciudad opulenta y perezosa, cuna del ingenio y foco de arrebatadas pasiones; Se-

villa, la tierra de la hermosura y del entusiasmo, en la cual la imaginacion no concibe sino la *belleza* y adopta por consiguiente las formas purísimas del arte; Cádiz, góndola de dorados remos, tripulada por el lujo, la gracia y la galantería; Almería y Málaga, que miran al africano continente, del cual recuerdan los voluptuosos encantos; y por último, Granada, hija mimada de la naturaleza, campo Elíseo de la Europa, jardín de las Hespérides para los poetas, amparo del exaltado sentimiento, en la que solo se vive la vida de la fé; en la que el amor y la devocion se dividen el imperio de las almas; en la que se ama á un mismo tiempo á Maria, la purísima Virgen de los cielos, y á las Zoraidas y Zulemas que aun discurren al rayo de la luna por las misteriosas alamedas de la Alhambra.

Recorramos, sí, esta nuestra tierra bendecida, en que Dios acumuló todos los encantos de la naturaleza; en que diez civilizaciones dejaron sus artes y monumentos, y cien razas confundidas depositaron las riquezas de su lengua, de su literatura y de sus hábitos.

Ofrécenos la Mancha los horizontes sin fin de los desiertos, mientras que los montes cántabros reproducen los pintorescos paisajes de Suiza: tenemos la vegetacion de América en las márgenes del Turia y del Segura y en la costa que corre desde Almería hasta Málaga: los bosques de palmeras de la Libia ondulan desde Alicante á Elche: el reino de Jaen hace olvidar los olivares de Grecia: las vegas de Carmona, de Granada, de Sevilla, de Ecija y de Guadix compiten con las llanuras de la alta Italia: Sierra-Nevada levanta su encanecida frente á poco trecho de Sierra-Morena, exuberante de calorosa vida: Zaragoza, con su imperial aspecto, es el centro de riquísimas comarcas: los bosques y las rocas descienden del Piri-



neo hasta el Ebro en pintorescas masas, y pacíficos rios y espumosos torrentes reparten sus aguas entre dos mares: todos los climas, todas las plantas, todos los paisajes, la montaña y la llanura, el hondo y verde valle y el melancólico erial, el pedregal fantástico y la enmarañada selva, todo lo encontraremos en nuestro suelo privilegiado.

Pues prestemos atento oído al tamboril y á la dulzaina de los moriscos valencianos entregados á la febril algazara de sus *festetas*; oid la suave flauta de caña de los vascos ó la melancólica gaita de los gallegos; escuchad la bandurria y el pandero de los aragoneses, que entonan su enérgica y animada jota; percibid entre los platillos y las castañuelas los cadenciosos acordes del fandango, ó, al son de solitaria y balbuciente guitarra, absorbed la apasionada *rondeña*, la patética *caña*, la gemebunda *playera*, esos cantos eternos é infinitos como la soledad del desierto de Sahara, en donde un beduino los entonó por primera vez, á la caída de una tarde, bendiciendo á Dios ó pensando en su familia, al sentir en su frente, abrasada por un largo día de sol, el primer soplo de aire fresco que sacaba de su mortal deliquio á la soñolienta caravana.

Escuchad, escuchad el romance lemosin, el zorzico de los celtas, el romance del ciego castellano, la seguidilla manchega, la balada del cántabro marino ó la hiperbólica copla andaluza, poemas todos que resumen ignoradas historias de amor ó de heroísmo, penas misteriosas, dolores de tiempos ya pasados, calamidades, milagros, himnos de triunfo, fúnebres salmos, ó alegrías y placeres de la juventud de nuestros difuntos abuelos...—¡Oh! ¡qué mundo de ideas y de sentimientos y de acciones y de recuerdos desvanecidos! ¡Qué mundo impalpable! ¡Qué mundo flotan-

te sobre el nuestro! ¡Qué ecos tan elocuentes de otras vidas, de otros tiempos, de otros lugares! ¡Cómo se remueven al son de esos populares *ritornelos* las cenizas de muertas generaciones!

Tal y tan vario encontrareis ¡oh poetas! el suelo de nuestra patria.—¡El suelo pátrio, que, si bien lo pensais, comprendereis que no es otra cosa mas que el polvo de nuestros mayores, la ceniza de nuestros ascendientes hasta la primitiva generacion, millones de cadáveres sagrados, deshechos por el tiempo y que tapizan todo lugar en que fijamos la indiferente planta! ¡El suelo patrio, que és, como si dijéramos, el Océano en que fueron á perderse cuantas existencias venera nuestra historia; el vastísimo corazon á que refluye toda la sangre, toda la vida, todo el ser de los años que se desvanecen; el inmenso panteon que todo lo ha recogido, y que nos recogerá y á nuestros nietos! ¡El suelo pátrio, en fin, que, porque lo és y así lo llamamos, nos evita el llevar sobre los hombros, al modo de algunos pueblos nómadas, un anchuroso fardo lleno de los huesos de nuestros muertos queridos, de nuestras amadas y de nuestros padres!

Pues bien: sobre este suelo, vereis que á la diversidad del paisaje, del canto y del idioma, responde una misma diversidad en los trajes y en los tipos: aquí admirareis el atlético y hermoso guipuzcoano con su ancha ropa de pana y su elegante boina; allí el catalan con su gorro frigio; en una parte el majo andaluz, garboso y derrochador; en otra el aragonés con su redoblada y vastísima faja, con sus medias azules y su pañuelo en la cabeza; ya el valenciano fornido, mal cubierto bajo los flotantes zaragüelles, ó el murciano con su montera de terciopelo; ya el atildado asturiano, ó el lujoso montañés con su severa

vestimenta; de un lado el maragato, fiel á su trage del siglo XV; de otro el castellano, siempre hidalgo en la compostura... Es decir; tantos trajes como provincias; lo céltico, lo romano, lo gótico, lo árabe, lo aleman y lo francés conservados al través de las edades;— ¡diferentes civilizaciones representadas en su forma mas auténtica!

Y si es en la hospitalaria arquitectura; si es en la Niobe de las artes; si es en el arte que sobrevive á todos los demas, en el que os agrada encontrar las huellas de nuestra historia, pasad el Guadarrama y recorred el ensangrentado suelo de Castilla: la ojiva gótica, corrompiéndose ó purificándose, os encaminará á Segovia, á Valladolid, á Burgos, á Avila, á Palencia, á Leon, á Salamanca. Los castillos y las catedrales, los palacios y los sepulcros arruinados os hablarán de los Juanes y de los Enriques: volved á Castilla la Nueva, y Toledo os contará la epopeya de los Alfonsos y el principio de la monarquía española bajo Isabel I. Vereis aparecer á Cárlos V en el cesáreo alcázar greco-romano, y estudiareis la decadencia de la nacion en cada piedra levantada por los monarcas que le sucedieron. El inmenso sarcófago llamado el Escorial encierra el cadáver de nuestra historia. Huid: volad á Aragon, á Cataluña y Valencia, donde cada monumento acredita el esfuerzo popular ó el heroismo real, venerandas instituciones ó memorables conquistas, derechos ó hechos en que se funda su grandeza, y descended, por último, á Andalucia, sembrada de alcázares y mezquitas bordados en piedra por los árabes, y leereis en letras de carmin y oro la maravillosa leyenda de los Abderramanes y Almanzores, la tragedia de Muza y de Boabdil y el sangriento melodrama de Aben Humeya.

El Evangelio y el Coran, Roma antigua y Roma

moderna, el imperio y el papado, Austria y Felipe V, Napoleon el Grande y Annibal, Viriato y Escipion, Gonzalo de Córdoba y el Cid; cien ilíadas os saldrán al encuentro en cualquier lugar de la península en que fijeis la planta: aquí Sagunto, allí Zaragoza: Taragona, heroica dos veces al través de veinte y cinco siglos; Numancia y Roncesvalles; Barcelona la de los condes y Barcelona que recibe á Colon; el Aragon que reina en Nápoles y el Aragon de Lanuza; Roger de Flor en Oriente y Cortés y Pizarro en Occidente; D. Juan de Austria en Lepanto; Leiva en Pavía; Padilla en Villalar; el pueblo en Bailen; Cisneros en Africa; Felipe II en Flandes... mil y mil recuerdos asaltarán vuestra imaginacion en cada solar derruido, en cada sepulcro hueco, en cada monte, en cada rio, en cada puerto, en cada capital.

Yo os lo aconsejo nuevamente; yo os lo vuelvo á decir: despidámonos de la antigua España como de una anciana madre que llegaremos á perder: empapemos nuestro corazon en sus lágrimas y en su sangre: besemos su frente blanqueada por el polvo de los siglos: preguntémosle la historia de nuestros ascendientes y los misterios de nuestra olvidada infancia: pidámosle la bendicion postrimera; y cuando termine su larga agonía, cuando amortajada con la púrpura de su manto, duerma, por ejemplo, en la catedral que vamos á levantar en Madrid, entonces, fuera ya de la patria potestad, mayores de edad y solos en la tierra, contraeremos nuestro matrimonio con la nueva Europa, que hace mucho tiempo nos alarga desde el Pirineo su blanca mano bajo la forma de un negro ferro-carril.

Madrid, 1859.



---

# FANNY.

NOVELA DE MR. ERNESTE FEYDEAU.

---

Un artículo crítico de periódico diario , pensado por la mañana, escrito al medio dia , publicado á la tarde, leído ó no leído durante la *soirée*, convertido á media noche en *papillotes*, y arrojado á la calle á la mañana siguiente, no puede, ni pretende ser otra cosa que una noticia somera, una recomendacion ó una censura, una sentencia sin *vistos* ni *considerandos*, una indicacion, en fin, hecha á los lectores , de que hay tal cosa que ver, que leer ó en que pensar; ó un aviso á los padres de familia de que anda por el mundo algun nuevo enemigo de la moral ó de la literatura, cuyo trato seria peligroso á la inocencia ó al buen gusto de sus hijos.

Sin aquellas excusas en nuestro favor , y sin estas consideraciones á que atender, no nos atreveriamos á escribir hoy, tan ligeramente como nos será forzoso hacerlo, una crítica de la obra que citamos al principio de este artículo, sobre todo despues de las brillantes páginas que le han consagrado las mejores revistas literarias del extranjero. Pero el tiempo urge:

la nueva obra empieza á saltar el Pirineo: la *cuarta edicion* francesa circula ya por Madrid, y hasta hálbase de traducirla al español...—A su vuelta de Francia, de pasar el verano, todas nuestras compatriotas han traído este libro, dichoso si los hay, con más algo que se cuenta de la vida de su autor, y por supuesto, noticias de las grandes polémicas á que ha dado lugar en aquellos periódicos...

Deber nuestro, por consiguiente, es darnos por entendidos de que en el mundo ocurren todas estas cosas.

Entremos, pues, en materia.

FANNY ES una *novela íntima del género realista*. Así la ha llamado *Eugenio Montegu* en la *Revista de Ambos Mundos*. Pero lo que no se le ha ocurrido decir á este crítico eminente, es que la frase «*novela íntima del género realista*», envuelve una contradicción. Semejantes novelas no son novelas: son historias particulares que antiguamente se contaban al confesor; que después fué moda referir *sotto voce* á los amigos, y que hoy se pregonan desvergonzadamente en los sitios públicos, lo cual da una idea exacta del estado actual de las costumbres.

Zorrilla, hablando de *Pentápolis*, dice:

Con estos geroglíficos impuros  
se adornaron los pórticos, las fuentes,  
las calles y las plazas y los muros,  
y no quedaron ojos inocentes  
ni oídos castos, ni recuerdos puros,  
ni rubor en los rostros impudentes,  
ni encerró nada más aquel recinto  
que infamia imbécil y brutal instinto!

Una cosa muy parecida acontece con este nuevo género de novelas...

Para nada entra en ellas lo ideal. Walter-Scott, el

nóvelista por excelencia, habla constantemente á la imaginacion de sus lectores, los trasporta fuera de su tiempo, les revela la historia, les hace asistir á poéticos, maravillosos y escepcionales dramas: lo lírico, lo épico, lo sublime es entonces una consolacion y un recreo para la pobre alma asfixiada en la estrecha atmósfera moral de nuestro siglo. Balzac, á quien no hay que confundir con sus desventurados imitadores, si bien encarna en la realidad de la vida humana, es como anatómico, como fisiólogo, como filósofo, como psicólogo, como naturalista, desentrañando misterios comunes á toda la humanidad, esclareciendo el tenebroso abismo del corazon humano hasta sorprender las pasiones en su cuna, descubriendo los más ocultos cánceres de la actual civilizacion, observador y crítico á un tiempo, sacando siempre consecuencias en pró de tal ó cual especulacion filosófica; es decir, que Balzac, si no recrea la imaginacion, da pábulo al pensamiento, instruye, revela, disecca, aumenta el caudal de nuestras ideas, nos enseña la ciencia del mundo... (fatal ó no fatal... esta no es la cuestion... el caso es que nos la enseña). Golmichs, Bernardino de Saint-Pierre, Chateaubriand y demás escritores optimistas, arrancan dulces lágrimas del corazon, presentan amable la áspera virtud, refrescan las dulces memorias de la infancia, y nos hacen ver que todo hombre se basta á sí propio para ser feliz... Tódo esto, con una fábula sencilla, tierna, inverosimil si quereis, pero interesante, poética, acomodada á la índole de nuestra imaginacion inquieta y soñadora.

Mas en el nuevo género; en la *historia de todos, contada por todos*; en el gran escándalo que hoy da la vecina Francia, ¿qué encuentra el corazon, qué la imaginacion, qué el entendimiento, qué la musa contemporánea?

No: no son novelas; no son literatura; no pertenecen al público; no interesan á la generalidad; no influyen en nada; no enseñan, no divierten, no critican, no persuaden.

*Fanny*, por ejemplo, es el boletín particular de lo que un determinado hombre experimentó al lado de una determinada mujer; de la impresion que le causaba la vista del marido de ésta; de lo que pensaba *antes y despues y al mismo tiempo...*; de las horas, de las actitudes, de los trages, de los muebles, de las palabras y de las caricias que figuraron en un adulterio vulgar, de esos que no pasan á la historia, porque ni influyen en el destino de las naciones, ni acabaron en el cadalso, ni se verificaron entre semidioses, ni tienen, en fin, y esto es lo más triste, nada de raro ni de poco comun.

Como tales cosas les han sucedido á casi todos los seglares (con diferencia de horas, de actitudes, de trages, de muebles, de palabras y de caricias... pero no con diferencias muy radicales, pues en esas miserias poco hay que inventar), resulta que lee uno el libro con cierto interés, pues se trata de sus propias aventuras y quiere saber si están bien ó mal escritas; pero no bien llega un prójimo y os dice:—«Esas aventuras son tambien las mias y las de fulano y las de mengano...»—os da vergüenza de pareceros á todo vivo viviente, y acabais por reconocer la insignificancia de la obra y de vuestras impresiones... de viaje.

*La ropa sucia se lava en casa*, dijo Napoleon, y bien puede repetirse esta frase á propósito de *Fanny*. Tan cierto es que el público rechaza semejantes revelaciones, que ni una palabra, ni un accidente ni un pensamiento de los que constituyen esta obra le interesaría si los oyese en el teatro. Las miserias domésticas, las debilidades personales, los achaques *hominis lapsi*,



son para sufridos y callados individualmente. La colectividad, la sociedad, la humanidad en masa, no quiere avergonzarse de ellas. Todos juntos significamos algo más grande que el amante de *Fanny*. Sus *petites affaires* no nos importan, no nos conmueven; no los podemos calificar como de dominio público.—¡Lo contrario seria horrible!

No es de este lugar, ni para la premura de espacio y tiempo que nos acosa, entrar en el análisis del decantado libro y juzgar de su mayor ó menor mérito intrínseco, prescindiendo del género á que pertenece. Diremos, sí, aunque sumariamente, que lo hallamos escrito con viveza, con gracia, con elocuencia, bien imaginado, bien compuesto, y exuberante de esa misma *verdad* que constituye su insignificancia.— ¡*C'est ça!* ¡Así pasan esas cosas!

Solo nos ocurre una observacion; y és, que si *Mr. Feydeau* tuviera hijas, se veria en la triste necesidad de ocultarles su oficio de escritor público, como hacen con las suyas los monederos falsos.

Por lo demás, si *Fanny* es una autobiografia, como se dice; si *Mr. Feydeau*, lejos de exhibir á la compasion ó á la rechifla del público la deplorable situacion de su *Roger*, se ha propuesto dar una idea del temple de su propia alma y de la estension de sus desventuras; (lo diremos mas claro) si *Mr. Feydeau* fué el verdadero amante de *Fanny*, y es su historia la que nos ha contado en este primoroso volúmen, ¡vive Dios que nuestro pobre vecino nos ha regalado una *vista* bien triste de su carácter y de su inteligencia!

Hasta aquí, muchos escritores, aun á riesgo de tocar en la inverosimilitud, se habian esforzado por presentarnos grandes y generosos á todos los personajes de sus obras.—*Mr. Feydeau* ha pecado por la inversa, ofreciendo á nuestra consideracion tres ca-

ractères mezquinos y miserables en los tres únicos actores de su novela. ¡Qué amante, qué mujer y qué marido!

Prescindamos de estos últimos,—dignos el uno del otro, egoistas y criminales ambos, cobardes y viciosos hasta inspirar repugnancia, que no miedo,—y fijémonos por un instante en *Roger*, en el protagonista, en el héroe, en la víctima augusta de las pasiones!

Roger,—ó Mr. Feydeau, segun malas lenguas, — es un desgraciado mortal muy apegado á las cosas de la tierra, que limita todas sus aspiraciones, que emplea todas las fuerzas de su alma, que reduce toda su vida y toda su ambicion á la gran dicha, á la gran gloria, á la colosal empresa de poseer á la mujer de un negociante. Su dia, su noche, su mañana, su tarde los consagra á arreglar el cuartito en que ha de recibirla, en preparar su *toilette* ó pensar en la de la señora... del negociante y de sus pensamientos, en buscar *poses* nuevas, en hacerle preguntas sumamente peregrinas y en sacar *comentarios* de sus respuestas.

¡Qué hombre tan útil á su patria, á la humanidad y á Dios! ¡Qué inteligencia tan bien empleada! ¡Qué corazon tan noble y tan generoso, que no echa nada de menos cuando solo se alimenta de un poco de lodo robado semanalmente á su vecino!—¡Gloria á estos incrédulos que renegaron de la fé en la otra vida y cifraron toda su esperanza en las supremas beatitudes que ofrece el globo terráqueo! ¡Loor á estos idólatras de la mujer, que reciben de sus ojos la vida ó la muerte; que buscan el infinito entre las ballenas de un corsé y que juegan el alma y el cuerpo, las ilusiones y la conciencia, la cuestion del bien y del mal al temeroso albur de la fidelidad femenina!

¡Partage!—¡Medianería!—¡Lo comprendemos bien!

—¡Será un dolor muy grande!—¡Será un dolor horrible!—Pero vos teneis la culpa.

Diérais menos importancia á *Venus*, y no os estrañaria encontrarla en los brazos de Vulcano!—¡Por algo los casaron los dioses!

¡Ah! Llorais allá abajo (locucion francesa), en vuestra poética cabaña, herido de muerte, *pechista* quizas (traduccion literal de *poitriniere*), Sanson *tonso*, Icaro caido, Prometeo derribado, zozobrando entre la cogulla y la pistola, escribiendo vuestro *Memorial de Santa Elena*, despues del Waterlóo que presenciásteis entre persianas; os encontrais *blasé*, *traviato*, como el tenor de la *Favorita*, como el héroe de *Les filles de marbre*....; quereis 'inspirarnos compasion, pretendeis enseñarnos algo; os creéis la víctima propiciatoria, cuya sangre ha de horrar de los diccionarios la palabra *adulterio*!....—¡Lamentable error!

Vuestros dolores no dán compasion; dán lástima.... (que no es lo mismo)....—Vuestro desengaño arguye pequeñez de alma.—Vuestro libro prueba que la literatura no progresa al par de una civilizacion que quiere remediar males morales con mejoras materiales.—Vuestro público, en fin, nos afirma en nuestras rancias ideas de que la sociedad latina murió hace setenta años, de que el cadáver se encuentra ya en plena putrefaccion, y de que su fetidez vá llegando á nuestras narices.

Madrid.—1858.

---





---

## UNA CONVERSACION EN LA ALHAMBRA.

---

### I.

#### LA PROCESION DEL CORPUS.

Con decir que el presente año la ciudad de Isabel la Católica se propuso llevar tan lejos como le fuera posible el alarde de su culto y de su devocion al misterio de la Eucaristía, se comprenderá el magnífico y deslumbrador espectáculo que habrán presenciado cuantos naturales y forasteros han tenido la fortuna de encontrarse en este país de delicias la víspera y día del *Corpus*.

Entre este número nos contamos un jóven y yo, que tambien lo soy.

De mí ya tienen los lectores algunas noticias: diré quién era el otro jóven.

Habia éste llegado conmigo en la diligencia que me trajo últimamente á Granada; pero él ño montó en la corte ni mucho ménos, sino en la *Venta del Zegrí*, que es, como quien dice, al fin de mi viaje; de modo que solo caminamos juntos unas seis leguas. Durante el corto tiempo que tardamos en recorrer esta distancia, apenas nos dirigimos algunos cumplimientos;

pero en cambio, pude estudiar detenidamente su notable fisonomía y distinguido porte, y entretenerme, como tengo de costumbre, en inventarle toda una biografía.

Era mi compañero *in extremis*,—permítaseme la frase,—un gallardo mozo de veinte y dos á veinte y cuatro años, de noble estatura, moreno y pálido como el mármol antiguo, reposado en su actitud, elegante en sus movimientos, sério y hasta melancólico cuando hablaba. Llevaba toda la barba, sumamente negra, muy atusada y, por naturaleza, de corte nazareno. Sus ojos grandes y espresivos, de un negro aterciopelado, recordaban á los piratas descritos por lord Byron. Las líneas de sus pobladas cejas, así como las de su bien rasgada boca, denotaban fuerza y elevación de carácter. Su dentadura, limpia como el marfil, y el azulado blanco de sus ojos contrastaban severamente con los toques negros de sus pupilas y de su barba. Su mano ostentaba más bien la perfección anatómica que la aristocrática; pero sus pies eran irreprochables en ambos conceptos. Vestía el traje de camino de rigor en toda Europa, sin que ofreciera en él nada de notable, como no fuera el gracioso abandono con que lo llevaba. Cubría, en fin, su cabeza, pelada escrupulosamente, un gorro medio griego, medio inglés, que añadía perfiles clásicos á aquella magnífica figura.

¿Quién podía ser? En verdad os digo que me separé de él, al bajar del coche en Granada, sin haberlo podido averiguar y sin fijarme en ninguna de las mil conjeturas que formé por el camino. Ahora, si queréis saber cuáles fueron estas conjeturas, os diré que aquel jóven me parecía á un mismo tiempo un capitán de bandidos, un príncipe viajando de incógnito, un artista italiano, un dependiente de una casa deco-

mercio, un marqués andaluz, un pirata, un poeta, un cómico de provincias, un ser fantástico del género-vampiro, un novicio de frailes Gerónimos y un soldado de Garibaldi; algo, en fin, extraordinario por lo ilustre, por lo afectado, por lo terrible, por lo irónico ó por lo sobrenatural.

Pregunté al mayoral su nombre, y me dijo que, como aquel viajero habia montado tan cerca de Granada, no se le habia estendido billete. Pensé en seguirlo; pero mi equipaje reclamaba mi atencion: ocurrióme someterlo á un interrogatorio; pero lo juzgué descortesía.—Contesté, pues, á su silencioso saludo con un movimiento de cabeza, y me dirigí á mi albergue todo lleno de curiosidad.

Dichosamente, esta primera parte de mi artículo se llama por algo *la procesion del Corpus*. Concurramos á ella, que acaso nos enteraremos allí de quién era mi compañero de viaje.

A las nueve de la mañana siguiente de mi llegada á la ciudad de Boabdil, las campanas repicando á vuelo, las músicas de la guarnicion tocando la *marcha real*, las olorosas yerbas que alfombraban la entoldada via, las colgaduras que adornaban los balcones y el numeroso gentío que lo inundaba todo, indicaban que la procesion recorria las calles de la Jerusalem de Occidente.

Yo me aposté en la plaza de Bib-rambla, cerca del Zacatin, y pocos momentos despues desfilaron ante mis ojos corporaciones, cofradías, niños de la inclusa, cruces parroquiales y toda la brillante comitiva que sigue y precede al Santísimo Sacramento.

Pasaron, en fin, las andas triunfales, en que los ministros del altar llevaban la consagrada Hostia, y la silenciosa muchedumbre abatió la frente, cayó de rodillas y se golpeó el pecho, produciendo á todo lo

largo de plazas y calles una sorda palpitacion de santo entusiasmo, cual si todos los corazones respondiesen con una sola voz á aquellos himnos que cantaban cien armoniosas voces, entre el repique glorioso de las campanillas de plata, mientras que el perfume del incienso y el aroma de las flores rodeaban la Custodia de una embalsamada nube....

Un solo hombre permanecia de pié en medio de la multitud postrada.

Naturalmente, llamó mi atencion, como la de todo el mundo.

Mirélo, y era *él*: era mi compañero de viaje.

Yo no sé si en mis ojos tomó la estrañeza visos de reprension... Ello es que el jóven, no bien cruzó su mirada con la mía, me saludó levemente, y se arrodilló como todos.

Un momento despues, la procesion habia pasado, la gente se arremolinaba para volver á salir á su encuentro, y yo perdí de vista á mi hombre entre las oleadas de la muchedumbre.

## II.

### EL ÚLTIMO ZEGRÍ.

Aquella tarde subí á la Albambra.

Sus oscuras alamedas, sus viejos torreones, sus plazas y palacios estaban solos.

La festividad cristiana retenia á todo el mundo en la ciudad.

Entré en la *casa real*, como se llama ordinariamente al palacio de los reyes moros.

Aquel palacio, hecho por las hadas, segun Zorrilla, encontrábase tambien en la más dulce soledad y hondo silencio. Acaso alguna golondrina, procedente del



Africa, cantaba sobre el mismo capitel en que sus antepasadas descansaron hace cuatro siglos... Tambien el sol acariciaba, como en otro tiempo, las esbeltas columnas del *Patio de los Leones*, y no se desdeñaba de penetrar riente y cariñoso por las caladas galerías...

Pensando iba yo en cosas tan insignificantes como estas, cuando noté que no me hallaba solo en aquel patio. Allá, frente á uno de los bellísimos templete que están restaurando en este momento, distinguí á mi compañero de viaje, que miraba fijamente el estado de la obra.

Mis pasos le hicieron volver la cabeza: púsose ligeramente colorado, y vino á mi encuentro sin vacilar.

Dirigímonos algunas frases de pura cortesía, y como la conversacion diese fondo á las pocas palabras, volviósse él hácia el templete que examinaba cuando yo llegué, y me dijo con un tono de sentida queja:

—¿Por qué derriban esto?

Inspirábale esta pregunta la circunstancia de haber unos andámios en torno del templete y hallarse por tierra los fragmentos de su techo.

—No lo derriban, le contesté; sino que lo reconstruyen.

—¡Lo reconstruyen! ¡Conque los españoles amais la Alhambra! exclamó aquel hombre con estrañeza.

—Sobre toda ponderacion, respondi.

—¡Oh! continuó él; dispense Vd. la emocion que me embarga. Yo estaba aquí solo, creyendo que nadie se acordaria hoy del viejo alcázar moruno, sino que todos permanecerian allá abajo, consagrados á la festividad que celebra la moderna Granada...—A propósito: debo á Vd. una esplicacion. Esta mañana, en el Zacatin, me reprendió Vd. con la mirada... no lo niegue Vd... porque no me habia arrodillado. ¡Ay! no fué

soberbia; no fué impiedad... ¡Quizás yo tambien soy ya cristiano! Era que el dolor me enloquecia.

—Perdóneme Vd. si no le comprendo, repliqué haciéndome todo oídos, pues veia venir la ansiada biografía de mi hombre.

—Y sin embargo, prosiguió él con honda melancolía, yo necesito dar rienda suelta á mi sentimiento. Ayer, cuando nos acercábamos á esta ciudad santa, Vd. me veia palpar en silencio... Esta mañana, durante la procesion, Vd. sorprendió tambien las preocupaciones de mi espíritu...—Vd. es ya mi confidente... Escúcheme Vd. un momento.

Mi príncipe, mi bandolero, mi comisionista se habia transfigurado al pronunciar estas palabras. Todo su ser revelaba la más noble espansion. Cojióme, pues, una mano y me condujo á la próxima sala de los *Abencerrajes*.

—¡Aquí, dijo, sobre esa fuente de mármol que aún ve Vd. enrojecida, los valientes *zegríes* hicieron rodar la cabeza de los *abencerrajes*!—En aquel pátio, en esta sala, moraban aquellas huríes, hijas del Yemen y de Damasco, que encantaron la vida de los soldados del Profeta. ¡Alza la vista y contempla esos calados miradores que aun visitará esta noche la menguante luna! Mira en esos techos bordados de oro y de carmin la misteriosa leyenda de cien gloriosas dinastías... ¡Ahí están las alabanzas á Dios y á sus guerreros!—Desde *Alhamar* que levantó este alcázar en cuarenta años, hasta *Boabdil* que lo perdió en el tiempo que dura un suspiro, todos han grabado su nombre en esas galerías fantásticas... ¡Oh viejo *Yussef*!... ¡Oh desgraciado *Muley*! ¡Oh noble *Mahomad*!.. ¿Dónde están vuestros infortunados descendientes? ¡Aquí tenéis al último ZEGRÍ, que viene á evocar vuestras sombras entre las ruinas de la Alhambra!—¡Ay de mis infelices hermanos!

—¡*El último zegrí!* exclamé maravillado. ¿Cómo? ¿Usted?..

En esto iba oscureciendo. El jóven se apoyó en mi brazo, y así dejamos la sala de los *Abencerrajes*, atravesamos el *pátio de las Leones*, cruzamos el del *Estanque* y penetramos al fin en el salon de *Embajadores*.

Por el camino iba yo dándome cuenta de todo lo extraño de mi aventura. ¡Encontrar un zegrí á mitad del siglo XIX, y encontrarlo vestido á la inglesa, hablando el francés y el español perfectamente, cortés y flexible como un *lion*, tolerante y humano como el mejor católico!—¿Qué poeta imaginaria mayor fortuna? ¡Chateaubriand mismo me hubiera dado su *abencerrage* á trueque de mi *zegrí!*

El balcon ó aginez del salon de *Embajadores* es una de las mayores preciosidades de la Alhambra. Sus vistas dan á los siempre floridos cármenes de la carrera del Darro: enfrente se levantan las pintorescas colinas del *Sacro-Monte*, y abajo óyese el melancólico rumor del rio que se abre calle por un abismo cubierto de rocas y de árboles; árboles y rocas que suben escalonados por todo el flanco de la fortaleza hasta que el ramaje penetra materialmente por los miradores y perfuma las estancias del palacio. Es un pensil babilónico; es un cuento de las *Mil y una noches*; es una construccion de Genios.

Pues á aquel balcon me asomó el zegrí.

Ya se apagaba el crepúsculo al otro lado de la catedral, cuya oscura mole gigantesca se destacaba sobre el fondo de oro del Poniente. La luna empezaba á blanquear la copa de los árboles, deshaciéndose como una gasa de plata por las oscuridades de los bosques y las quebradas del terreno. Los ruseñores, huéspedes eternos de aquel paraíso, despedían al sol con sus mas amorosos cantos, mientras que la corne-

ja, reina del silencio, lanzaba ya su compasado gemido que habia de durar toda la noche.—Era la tarde... era la primavera... era en Granada!... Los que no hayais amado ó sufrido en aquel eden, vanamente querreis imaginaros todo el misterio, todo el encanto, toda la poesia que caben en el alma humana.

—Sí; yo soy africano; yo soy Aben-Adul, ¡el último de los zegríes! continuó aquel hombre extraordinario.

Digo mal, yo soy tan español como tú; yo soy un granadino desterrado; yo soy de raza proscrita.

Aun no hace tres siglos que mis padres, mi tribu entera, los deudos y vasallos de mis mayores, fueron lanzados de las casas que habian construido, de las tierras que habian labrado, de los bosques que plantaron para que les dieran sombra en su vejez.

«*Sois africanos*» les dijísteis ¡cuando llevaban siete siglos de vivir en España!, y los echásteis de esta tierra; los arrojásteis al mar.

Ellos, por un milagro del Altísimo, nadie sabe cómo, nadando ó en frágiles barquillas, náufragos y hambrientos, llegaron á la otra costa del Mediterráneo, al Africa olvidada, á las playas de un continente desconocido...

¡Deciais que aquella era nuestra patria!...—Pues escuchad.

Llegamos allí, y los reyes del Atlas y del Desierto nos llamaron *extranjeros*, como vosotros, y nos dijeron: «¡*sois españoles... volved al mar!*»

Hénos, pues, entre dos costas que nos niegan abrigo... ¡Hénos en la mas espantosa soledad!

Entre el mar y el imperio de Marruecos habia una playa asolada por la guerra. Llamábase *el Riff*.

Allí acampamos sin vestidos y sin pan, sin instrumentos de labranza, sin jefes ni sacerdotes, sin ley ni Dios, ¡como los maldecidos hebreos!



Y allí estamos hace trescientos años, cargados con la tienda de lienzo que nos sirve de hogar, errantes, nómadas, sin civilizacion, sin artes, sin nombre, sin rey, sin patria, sin sepultura!

El emperador marroquí nos roba y nos persigue como á fieras.

El rey cristiano nos llama perros y nos fusila.

Ni el uno ni el otro nos dá carta de ciudadanía, nos llama compatriotas, nos reconoce como hermanos.

De aquí es que nosotros, los hijos de aquellos príncipes desheredados, volvemos mal por mal, pillaje por pillaje, hierro por hierro, infamia por infamia!

¡Allí están!... ¡Ahí enfrente!... ¡Yo no volveré nunca á verlos!...

Allí están los que edificaron el *Generalife*, los que habitaron el *Albaicín*, los que hicieron un paraíso de esta vega, los que bordaron de jardines las márgenes de los ríos, los que esmaltaron de oro las rocas, los que alfombraron de flores su camino.

Así invadieron ellos, así colonizaron.

Mi raza ha cumplido su misión sobre la tierra: no así la tuya.

Nosotros, al pasar por España, la mejoramos, la civilizamos, la sacamos de la barbarie. Médicos, poetas, botánicos, arquitectos, filósofos, industriales, agricultores, todo lo fuimos en vuestro país. El arte y la ciencia pueden estarnos agradecidos: la humanidad nos debe un voto de gracias.

Pues allí están, vuelvo á decir; allí están mis compatriotas, sumidos en la miseria, en la ignorancia, en la ignominia; y vosotros aquí, felices, opulentos, poderosos, ilustrados.

Ahora bien, cristianos, filántropos, propagandistas, negrófilos, ¿qué habeis hecho por mis padres y mis hermanos?

¿Para cuándo las armas? ¿Para cuándo la elocuencia? ¿Para cuándo el martirio?

¿Cómo no os horrorizais al pensar que entre Marruecos y España, entre dos pueblos civilizados, ó cuando menos constituidos en sociedad, hay una raza bárbara, salvaje, casi feroz, y que vosotros no haceis nada para redimirla?

Yo comprendo el estado brutal del groenlandés que vive en los límites del mundo, en una montaña de hielo, inaccesible á los hombres de otra raza: yo lo comprendo tambien en el negro que vive enterrado en las arenas aun no exploradas de la zona tórrida... ¡En una y otra parte puede haber hombres fuera de la ley!

¡Pero que los haya en el centro del mundo civilizado, lindando por todas partes con pueblos cultos, y que estos pueblos cultos los dejen vivir y morir como bestias feroces, es indigno, es sacrílego, es abominable!

¡Vosotros, españoles, respondereis ante Dios de los crímenes que cometan los rifeños en esta vida y de su condenacion en la otra!...

Vosotros, sí; por haber olvidado vuestro destino, por haber abdicado vuestro derecho, por haber faltado á la ley providencial de la civilizacion.

¡En cuanto á mí, continuó con amargura, yo no soy ya africano, yo no soy ya islamita, yo no soy ya zegrí!... A los doce años era todavia el poeta de mi kabila: un generoso cristiano me instruyó en tu lengua y en tu religion, y con tu lengua aprendí mi historia, y mi historia me encendió el rostro de vergüenza!

¡Yo, descendiente de reyes, convertido en una bestia como Nabucodonosor! ¡Yo, poeta, vivir despreciado del mundo que piensa y siente; ser la mengua

de la humanidad, el pária de los ciudadanos, la penitencia de mis progenitores!...

Vendí mis ganados, vendí mi espingarda, vendí mi tienda, besé tres veces á mi prometida esposa, la bella Alcina, y huí del Africa para siempre.

Diez años hace que recorro la Europa: la fortuna me ha sido propicia en cuanto he intentado: guerreo hoy en Crimea, comerciante ayer en la India, poeta un dia en Jerusalem, marino en América, todo lo soy, todo lo he sido, todo lo seré ménos rifeño.

Pero si mis riquezas, si mi valor, si mi fé en Cristo, si mi amor al hombre pudiesen servir alguna vez para volver á mis hermanos la dignidad social que han perdido, la gerarquía humana que se les niega, los bienes de la civilizacion que olvidaron, mi vida no habria sido inútil y la felicidad descenderia por primera vez á mi corazon!

### III.

#### EL FANDANGO.

Así habló Aben-Adul. Yo le estreché la mano con verdadera ternura, y ya me disponia á contestarle con uno de esos artículos de fondo que los periódicos españoles suelen dedicar á nuestro porvenir en Africa, (artículos que el Gobierno ha considerado al fin de primera necesidad), cuando un nuevo incidente poético vino á levantar más aun aquella patética escena, que yo hubiera indudablemente convertido en triste prosa.

Allá abajo, entre las arboledas que se inclinaban sobre el rio, resonó la trémula y delicada vibracion de una guitarra que balbucía algunos acordes del fandango.

—Oye... me dijo el zegrí. Los ecos del Africa responden á mis suspiros. Eso que escuchas es el canto del desierto, el rezo de la caravana.

Aquí el nocturno trovador entonó una de aquellas coplas de largas cadencias y voluptuosa melodía que encierran toda la apasionada tristeza de unos amores andaluces.

—¡Alcina! murmuró el africano.

Era, sí, la canturia melancólica de su tierra. Era aquel aire monótono y lánguidamente acompasado que encontró el francés David en los arenales argelinos. Era el *fandango*, era la *caña*, era la *rondeña*; éralo todo á un mismo tiempo. Porque ya sabreis que el amator andaluz ha glosado hasta el infinito y desenvuelto en mil y mil variaciones, tristes ó lascivas, alegres ó religiosas, aquel sencillo é incomparable tema que constituye nuestro tesoro musical... ¡Tan sentido y tierno, tan rico y espontáneo es ese tema que nos envidia hasta la inspirada Italia!

Yo de mí puedo deciros que ni en los cantos populares de otras naciones ni en los mas felices arranques del genio he encontrado el fondo de pasión y de dulzura, de infinita melancolía, de vago anhelar, de íntimo sentimiento que se adivina en esa queja incesante, en ese suspiro eterno, en ese ¡ay! mil veces repetido sobre que gira el *fandango*.

¡Oh! Y cuando es de noche; cuando los tiempos pasados reaparecen en la imaginación, cuando la soledad, la luna, la dormida naturaleza, el silencio, la ingénita poesía del alma, todo viene á conturbar los mas apartados mares del espíritu, los nunca explorados desiertos de la idea..., entonces, ¡ay! entonces, ese canto berberisco, esa misteriosa guitarra, ese vago concepto de la copla, esa memoria perdida de los árabes, esa pena de desterrados que sentimos, esa



esperanza de nuevas patrias que nos alienta, todo eso arranca del fondo de nuestro corazon un inmotivado lloro, una santa y deliciosa tristeza, no sé qué solemne y exaltada plegaria que bien puede compensar toda una vida de vanidad y de locura.

Así es que mientras yo pensaba en los sueños esplendorosos de mi niñez, concebidos al compás de aquella música, en los delirios de mi adolescencia, en los seres queridos que murieron, en las noches de amor desvanecidas, en las ilusiones que ayer miraba en el porvenir y que hoy solo encuentro en lo pasado, Aben-Adul pensaba en Africa, donde tambien resuena por la noche aquel patético canto, donde aquella misma luna esclarece los risueños valles del Atlas, donde acaso en aquel momento refrescaba la primera brisa el abrasado corazon de una mujer que no habia podido olvidarlo.

Mucho tiempo permanecemos de este modo, llorando silenciosamente los rigores de nuestro destino.

Al fin cesó aquella serenata que nos tenia como electrizados, y entónces el moro, enjugando sus lágrimas y estrechándose entre sus brazos:

—Adios, hermano, exclamó. ¡Nunca hubiera venido á la Alhambra! Parto para el Norte... Mañana no me alumbrará la luna de Andalucia. ¡Gracias por haberme comprendido! ¡Adios, y Él te acompañe!

Así habló, y, sin esperar mi respuesta, alejóse y desapareció prontamente, como si se desvaneciera en la fantástica penumbra de las columnatas moriscas que la luz del astro de la noche dibujaba sobre las losas del patio y sobre el agua silenciosa del estanque.

Granada, junio de 1859.



---

## BELLAS ARTES. (1)

---

### PINTURA.

«Desde luego vemos con gusto que los pintores entran en el buen camino, emancipándose de añejas prácticas, abandonándose al espíritu propio y asimilándose á las tendencias del siglo.

.....Los culteranismos son las supersticiones del arte.»

Así escribíamos hace dos años en las columnas de *La Discusion* al examinar las obras de pintura presentadas en la Esposicion de 1856.

¡Con cuánta más razon podemos repetir hoy estas palabras! ¡Hoy, que lo que entonces era un deseo es ya una realidad; hoy que nuestras aspiraciones se han cumplido en mucho mayor escala que podíamos prometernos; hoy que al abrirse al público la esposicion de pinturas, un general aplauso ha saludado la resur-

---

(1) Los tres artículos que van á continuacion sirvieron respectivamente de prólogo á tres séries de Revistas de las obras de PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA presentadas en la Esposicion de Bellas-Artes de 1858.

reccion del arte español, del génio nacional, de aquel fuego divino que animó el pincel de Rivera, Velazquez y Goya!

Pasma, en efecto,—y esta es la primera idea que acude á la imaginacion al visitar hoy las galerías de la Trinidad,—el asombroso progreso que ha hecho la pintura en nuestra pátria en estos dos últimos años; pasma así mismo la decision, la valentía, la deliberada fé con que nuestros artistas han adelantado por la senda feliz en que aventuraron algunos pasos en 1856. Vése que no hay casualidad ni fortuna en lo que han conseguido, sino conciencia y sentimiento; vése que todos saben á dónde van y que todos van á un mismo punto, salvo ligerísimas escepciones que han aspirado á menos legítima gloria.—Se comprenderá que estas escepciones son los *clásicos*.

Con todo: ni el estacionamiento de estos, ni lo que digamos en elogio de alguna de sus obras, pueden quitar á la esposicion de 1858 sus caracteres de independencia, de emancipacion, de espontaneidad, de españolismo; caracteres que, no solo la distinguen y colocan sobre todas las anteriores, sino que, como dijimos antes, señalan ya la época de nuestro renacimiento artístico y dejan entrever en el porvenir á la madre pátria nuevos dias de aquella gloria que más de una vez lloró desvanecida.

No se entienda por esto que en el ex-convento de la Trinidad se ha exhibido una numerosa coleccion de obras magistrales... (Las hay tambien)—Menos aun creemos que ninguno de los espositores (esceptuamos al Sr. Haes) deba creerse llegado al término de la carrera, á la perfeccion, á lo que ya tenemos derecho de exigir de quienes tan buen instinto demuestran. La esposicion actual es una realizacion honrosa; pero es mucho más una lisongera esperanza, y nosotros no



la admiramos tanto por lo que es, como por lo que promete para en adelante.

Ahora, antes de entrar en la enumeracion y análisis de los más notables cuadros, ó sea de los que más han llamado nuestra atencion, bueno será que esplanemos las anteriores ideas, definiendo determinadamente la significacion, el carácter y las tendencias de las obras presentadas, vistas en conjunto y resumidas en una apreciacion general.

Ya lo hemos indicado. Lo que más se revela en la esposicion de pintura es un espíritu de independenciamiento que, escapando de los antiguos dogmas, pugna por vivir de sí propio, sin recordar los modelos convencionales del clasicismo, ni atenerse á una servil imitacion de las obras consagradas por el tiempo. La novedad, la originalidad, la autenticidad del pensamiento luce por todas partes. Aun en los cuadros de menor importancia, aun en las más desgraciadas obras, échase de ver un obstinado empeño de crear, de inventar, de componer, de deberse á sí mismo todas las alegrías del triunfo. Apenas hay un lienzo en que no se encuentre esta fuerza generadora, más ó menos feliz en su manifestacion. Unas veces la eleccion del asunto, otras la manera de verlo; aquí la disposicion de las figuras, allí la inventiva en tipos y caracteres; en un lado el dibujo, en otro el color; ello es que siempre se encuentra el mismo afán de ser, de existir, de significarse, de producir algo nuevo.

Pero no se limita á esto la importancia de la esposicion de la Trinidad.

Y si no, meditemos un punto en la época pictórica que atravesamos.

Francia, la gran corruptora de todo lo bello, no contenta con inventar la literatura mercantil y la música utilitaria, dió en un dia aciago la receta de la falsa

pintura. Desde entonces saltó por encima de los Alpes y de los Pirineos una inundacion de cuadros *de efecto*, como suele decirse, destellando el brillo efímero y deslumbrador de la inverosimilitud, de la rareza, del *tour de force*,—secreto, entre paréntesis, que constituye todo el atractivo de las novelas y melodias, de las manufacturas y costumbres, de la política y hasta de los remedios sociales que salen á luz en el vecino imperio. En tanto que esto sucedia con el *color*, y que en los dos grandes panteones de la pintura, en Italia y en España, se olvidaban las más venerandas tradiciones por tan flamante y peregrina novedad, acontecia en toda Europa una cosa semejante con el dibujo. La carencia absoluta que aqueja á la civilizacion actual de sentimientos elevados, de vida del alma, de *poesía propia*, para decirlo de una vez: la falta de religion doméstica, de religion patriótica y de religion divina, hizo que los pintores volviesen los ojos al antiguo mundo pagano, pidiéndole reflejos de virtudes que calentar y vivificar en su corazon. ¡Ah! renegaban del cristianismo y evocaban las divinidades mitológicas!.. Pero de este consorcio de un espíritu sin fé y de una belleza muerta, no han nacido sino engendros enfermizos y monstruosos. Y es que de la misma manera que el entendimiento humano no puede retroceder en la senda de la civilizacion, así tampoco el sentimiento puede menospreciar la vida y encarnar en las entrañas de una momia.

Por otra parte, la pintura mística, fruto del renacimiento italiano, representacion gloriosa del cristianismo, campo de azucenas que recorrieran Rafael, Morales, Corregio, Vinci, Murillo, Zurbarán, Juan de Juanes y tantos otros genios inmortales, háse fatigado ya de reproducir monótonamente los mismos tipos, un mismo sentimiento, una esclusiva verdad que, re-

duciendo la influencia de la pintura á las paredes de un cláustro, la esteriliza como elemento de civilizacion.

Pues tal es el momento en que la juventud española,—la juventud, repárese bien esto; que los afamados y antiguos profesores nada han mandado á la esposicion, si se esceptúa un retrato, debiéndose el resto de las obras á jóvenes que no han llegado á los treinta años,—este es el momento, decimos, en que rompiendo con la costumbre, con la autoridad, con lo que se hace en las demás naciones, *con lo que ama y prefiere la academia de San Fernando* (recuérdense los asuntos de sus certámenes), con la escuela francesa y con la italiana, con el misticismo y con la mitología, con todo lo que se oponia, en fin, á la libre manifestacion del genio nacional, recuerda las grandes bellezas de la escuela sevillana, estudia á Velazquez, busca la realidad, pide sus tremendas verdades á Rivera, invade la historia, apela á la tradicion, desciende al corazon humano, y en vez de limitarse á representar en lo físico la inflexible y rigorosa belleza griega, y en lo moral el éxtasis de apóstoles y serafines, tiende á traducir todo lo que encuentra en la vida y en la naturaleza, á interpretar los varios sentimientos del alma; la pasion, el deseo, la inspiracion, la soberbia, la ira, el amor, la locura, la hipocresía, la pobreza, la ambicion.—Y no ya en el aislamiento del retrato, sino en sociedad y armonia con el drama humano, corriendo el velo de la historia, resucitando la accion entera, adivinando, idealizando, creando mundos en su fantasía.—Y esto, luchando por desechar lo aprendido, por olvidar lo corriente, por prescindir de lo acostumbrado; siendo española en todo, ó queriendolo ser, y ofreciéndonos, por lo tanto, la esperanza lisonjera de que lo será al fin completamente en otra esposicion.

Por lo demás, en los infinitos asuntos de nuestra historia ó de nuestras costumbres que se han presentado, notamos tambien otra circunstancia muy recomendable, y es la gravedad, la importancia, la trascendencia del pensamiento que los domina. Hay, por lo comun, en el argumento de los cuadros un fondo de seriedad, de filosofia, de buen sentido, que enseña, que aconseja, que hace meditar cuando ménos. No representa triunfos de conquistadores, ni apoteosis de simples mortales, ni actos de crueldad, ni escándalos, ni locas alegrías... Representa la verdad, la melancolía de la existencia, la vanidad de las cosas humanas, la caida de los imperios, la muerte de los poderosos de la tierra, el término del amor y de la codicia. Para comprobacion de lo que decimos basta recordar el asunto de algunos cuadros: *La limosna para enterrar á D. Alvaro de Luna*,—*doña Juana la Loca*,—*la batalla de Guadalete*,—*El fin del reino moro en Sevilla*,—*Valdés meditando un cuadro en un panteon*,—*La muerte de Felipe II*,—*La visita de Cárlos V á Francisco I*,—*Cervantes preso meditando el Quijote*,—*Cervantes escribiendo*,—*Cervantes moribundo*... y en fin, mil otros pensamientos nuevos, atrevidos, propios, que si no han brillado en el desempeño, denotan genio, instinto, buen gusto, y sobre todo, una protesta contra los culteranismos, que, como decíamos hace dos años, son las supersticiones del arte.

Los asuntos cómicos, afortunados siempre bajo el pincel de los españoles, los cuadros de género y las escenas de costumbres dan muestras de igual patriotismo, de la misma intencion individual, de oportunidad y gracia para elegir.—*El Lazarillo de Tormes*, *Sancho ante la duquesa*, los tipos admirables presentados por el nunca bien llorado *Hispaleta*, y otros que ya citaremos, vienen en apoyo de esta nuestra opinion.



Es tambien de notar en la esposicion de pinturas —vista en conjunto,—la fuerza, el calor, la viveza de colorido que descuella por todos lados. Más que de correctos dibujantes (en esto se hallan conformes todas las opiniones que han llegado hasta nosotros), nuestros espositores se han acreditado de grandes coloristas. ¡Qué fuego, qué intensidad, qué vigor para animar el lienzo! ¡Qué tono tan igual, tan reposado, tan armonioso en muchas obras! ¡Qué riqueza de tintas! ¡Qué gracia para armonizar! ¡Qué atrevimiento para hacer salir las figuras del fondo de la composicion!

Resumiendo:

La esposicion de 1858 consuela, entusiasmo y conmueve al espectador, porque es un amanecer, una primavera, un campo rico de sivia y de juventud que todo lo hace esperar, que todo lo promete, que á todo se aventura. No se vé como en otras esposiciones un arte que copia, una inspiracion que declina, un jóven que imita á un viejo, una belleza reflejada, retrospectiva, fija en lo pasado y vuelta de espaldas al porvenir. No: se vé la vida, la vegetacion, el deseo y, como dijimos antes, la nacionalidad artística, la independencia pátria, la protesta española.

¡Ah! siquiera en esto existiremos ya! Los extranjeros, al recorrer esta esposicion, tendrán que convenir en que esta abatida España, que imita la política de otras naciones, que copia sus modas y sus costumbres, que recibe la limosna de sus adelantos científicos y de sus milagros industriales, que no es tenida en cuenta en los Congresos europeos, que carece de iniciativa en todo, que no influye en la literatura de ningun pueblo, ni da su ley al mundo filarmónico, ni inventa, ni descubre, ni aplica, ni pelea, ni conquista, ni venga, en fin, sus agravios, tiene una

existencia propia en pintura, se desentiende de las escuelas extranjeras, vive, trabaja, innova, crea, triunfa, y puede vanagloriarse de figurar por algun concepto entre las primeras naciones de Europa.

.....

## ESCULTURA.

No somos clásicos. Revolucionarios en todo, amamos sobre todo la música, forma vaga, espresion indeterminable del sentimiento. Amamos el drama de Shakspeare, el poema de Byron, la cancion de Henry Heyne, como fórmulas infinitas, como imágenes verdaderas, como símbolos indefinibles de la constante variedad del espíritu, de esa irradiacion inconmensurable á lo desconocido, que arrancando del mismo centro que las creaciones clásicas, rompe la circunferencia precisa de los dogmas y las escuelas, y vá á perderse en las últimas regiones conquistadas por el deseo, por la fé, por la adivinacion, por el éxtasis, ó por el presentimiento: ¡en la duda!

No, no somos clásicos; pero nos inclinamos reverentes ante el clasicismo. Sin él, sin su forma estable y determinada, el pasado seria para nosotros un caos, un laberinto, una maraña inextricable. El clasicismo, espresion concreta de sentimientos que secó la muerte, es, así en artes como en literatura, un término que nos encamina en el estudio estético de la historia, así como los padrones puestos por Bartolomé Diaz en el litoral de Africa señalaron á Vasco de Gama el camino de la India.

Nuestro siglo, siglo de síntesis, de realizacion, de resúmen, parece llamado, ó lo cree al ménos, á coronar la obra de la humanidad, á cubrir el templo

de las ciencias y las artes con una cúpula inmensa que se disputan la música y la filosofía: ahora bien, todas las obras monumentales,— la Iliada, la Biblia, la forma clásica del arte griego, la escultura, la tragedia, el aticismo arquitectónico, el aristotelismo literario, la *escultura* sobre todo, son los cimientos estables, las sólidas columnas, la base resistente de donde ha de arrancar esa bóveda inmensa, ese arco infinito, cuya clave es una palabra que flota por el espacio hace millares de siglos,—Dios.

Así amamos el clasicismo; así solo vemos en él un hecho histórico; así conocemos que hoy no podemos ser clásicos.

De aquí se deduce también que la escultura no puede tener vida propia en nuestra época; ó lo que es mas claro, que la escultura, esencia del clasicismo, se vé precisada en nuestros dias á ser una obra de imitacion, de reflejo, de retrogradacion; un anacronismo; una reproduccion tradicional; nunca una creacion. Hoy puede existir la pintura, cuyo vastísimo campo lo encierra todo, al modo del drama moderno; hoy puede existir la música, poema inconmensurable como el lirismo y la epopeya de los románticos; pero la escultura, ¿cómo?—¿Dónde está hoy el ídolo, el símbolo, la creencia, la personificacion del sentimiento general? La escultura, que por el espacio de veinte siglos ha vivido refugiada en el templo y en el palacio, haciendo santos y reyes, ¿qué puede copiar en nuestra era de escepticismo, de emancipacion y de ánsia de libertad? ¿Dónde está la apoteosis posible de nuestro entusiasmo? ¿Está, por ventura, cerrada la bóveda, hallada la confluencia, formulada la síntesis? No: pues por esta causa no puede existir la escultura coetánea, ó sea el clasicismo de actualidad.

La escultura, por consiguiente, se vé precisada á fingir creencias, á recordar idolatrías, á llamarse cristiana ó griega, á resucitar á Moises bajo la mano de Miguel Angel, ó á Perseo bajo el cincel de Benvenuto Cell'ni. De aquí que nosotros, románticos, revolucionarios, innovadores por instinto, nos hagamos clásicos, rigoristas, dogmáticos hasta la severidad al tratar de la escultura; pues desde el momento que negamos la actualidad de este arte, reconocemos la tiranía de lo antiguo, nos sometemos á ella, la predicamos, y pretendemos hallarla en las obras de nuestros escultores.—Es lo contrario diametralmente de lo que nos acontece con la pintura.

Por lo demás, antes de descender á esta investigacion, consignaremos tambien los grados de importancia que damos al arte de Fidias y Praxiteles.

Creemos que la escultura es el arte aristocrático: su individuasilisimo (permítasenos la frase), su aislamiento, su unidad perpetua, se impone á la imaginacion con cierta mística autoridad. La estatuaria no es para nosotros el busto, como el retrato no es la pintura. La estatuaria reconoce como peculiar asunto al héroe, al mito, al semidios, al Dios,—la idea sentida. Es y debe ser siempre lo bello típico, la plástica de lo abstracto, la abstraccion de lo concreto; la piedra inmoble y fija eternizando un instante; la inmortalidad de lo mas deleznable de la naturaleza—el cuerpo;— la materializacion de lo mas ideal —la creencia.

Vemos así al griego hacer estátuas de la luna, del amor, de la virtud, de la hermosura: vemos así tambien que la estátua es el signo de la perpetuidad, la fórmula preferida del monumento.

Bajo este punto de vista, estudiemos, en las obras de escultura, espuestas en la Trinidad, lo que haya



en ellas de monumental, de perpétuo, de típico, de clásico en una palabra.

.....

## ARQUITECTURA.

### I.

Ante todas cosas, y en muy pocas palabras, vamos á hacer nuestra profesion de fé en materia de arquitectura.

Creemos desde luego, que este arte es hoy el monumento de sí mismo; ó por mejor decir: creemos que la arquitectura ha muerto. Ya no es aquella expresion espontánea, puramente artística, con que el hombre alzaba un canto eterno al héroe ó al Dios de su patria: no es ya la página de piedra que traducía el pensamiento de un siglo: no es lujo, ni monumento, ni culto, ni invencion constante: es un hecho de aplicacion utilitaria; un recuerdo en la forma, una industria en la esencia. El pensamiento y el sentimiento se han abierto otro camino para pasar á la inmortalidad: este camino es la imprenta.— Victor Hugo lo ha dicho.

Sin embargo, veneramos la arquitectura sobre todo encomio, y no vacilamos en llamarla *Madre de todas las artes*. Y no solo *madre* porque fué la mas antigua, sino porque las albergó á todas; porque es el arte hospitalaria de las demás. Tambien es la más cariñosa, la más amiga, la más consagrada al hombre. Protégele; dále asilo y hogar; es templo de su creencia, obelisco de su gloria, urna para sus cenizas. Como puente, lo trasporta sobre los rios; como faro, lo guia en la tempestad: como acueducto, fertiliza sus campos eriales; como muralla, defiende su

propiedad y su derecho; como palacio, le asegura la tranquilidad de sus placeres.

Hasta aquí la importancia de la arquitectura. En cuanto á su historia, podemos reducirla á ménos palabras.

Hallamos dos tendencias marcadísimas en este arte; una á la idealidad, otra á la sobriedad. Nos esplicaremos.

La disforme y pesada arquitectura india, aquella monstruosidad ciclopea, consistia en labrar una montaña: el Egipto remueve la montaña y la coloca sobre macizas columnas: el Druida, en tanto, amontona inmensos monolitos: Grecia crea la columnata esbelta y armoniosa, aclarando y bordando la mole: Roma engendra la cúpula hueca que invade el espacio, y busca la idealidad en la amplificacion y en la magnitud: las dos escuelas bíblicas, el cristianismo y el islamismo, arrancan del gusto bizantino, y se dividen en gótico y en árabe: la arquitectura se hace aerea, flotante, calada como un velo. La idealizacion de la piedra ha llegado á su culminante espresion: la aguja, la torre, el minarete, hienden el azul del espacio, y como que buscan el camino del cielo. El Renacimiento aparece entonces como un espléndido anacronismo, como ese instante de angélica hermosura que tienen los moribundos, y de entonces para acá, cumplida la mision de hacer brotar una mariposa de la informe crisálida de los indios, la arquitectura propende por completo á la sobriedad. Mas no por esto abandona su tendencia á lo impalpable. El *Palacio de Cristal* es el resultado inmediato.—La arquitectura ha muerto.

Veamos ahora qué género de culto debe merecer entre nosotros esta augusta víctima de las edades.

O, lo que es más humilde, demos nuestra última vuelta por la *Exposicion general de bellas artes*.

## II.

Mas antes de descender al exámen parcial de las obras que nos parezcan dignas de ello, diremos lo que en general se nos ocurre acerca de las copias presentadas por los alumnos de la escuela de arquitectura.

Vemos en ellas dos cosas: una muestra del estado y método de enseñanza, y otra del adelanto individual de los escolares.

Con respecto á la primera, reconocemos un gran paso dado por nuestra época al romper las trabas impuestas á la arquitectura, trabas más estrechas y enojosas que las que oprimieron á las demás artes, pues por ellas quedó reducida á un simple oficio recargado de preceptos y recetas.

Hoy se ha ensanchado el círculo de la enseñanza: las artes greco-romanas, interpretadas por tal ó cual preceptista sistemático, han dejado felizmente de ser el obligado de los modelos, y las demás escuelas han escapado de la proscripcion en que las tenia una severidad poco justificada.

Sin embargo, esta emancipacion, lejos de dar un resultado halagüeño para el buen gusto artístico, ha contribuido á desarrollar prácticas tan inconvenientes como la tiranía dogmática de que se ha escapado.

Así es que las obras de los citados alumnos no versan sobre tipos clásicos y perfectos, sino sobre producciones de una época bárbara todavía, ó de visible decadencia. Comprendemos que aun estos monumentos deben estudiarse como pertenecientes á la historia arquitectónica; pero esto debiera hacerse cuando fuera ya sólido y estable el conocimiento de los tipos originarios: de otro modo, es de temer que las degeneraciones viciosas ó los embriones oscuros de lo

clásico y de lo bello corrompan el gusto y resuciten nuevas heregías en el arte.

No se crea por esto que exigimos que los modelos se erijan en preceptos: lo que deseamos es que las obras bastardas no se erijan en modelos.

En los monumentos de la antigüedad clásica, y especialmente en Roma, á la cual se refieren la mayor parte de las copias presentadas, para un trozo aceptable y típico, hay mil que no lo son, y que pertenecen á un periodo de decadencia. La escuela debiera haber tenido en cuenta que Roma careció de artes originales y que su génio fué más combinador que creador, de donde sus obras no son tan admirables por los detalles como por el conjunto, ó sea por la composición general. Los accesorios griegos, elementos de todas las obras romanas, perdieron más que ganaron al contribuir á la erección del anfiteatro.

Lo mismo podemos decir en cuanto á las copias de monumentos góticos. Ya que nuestro siglo ha sido justo con la arquitectura religiosa de Occidente, calificada de bárbara por los ciegos artesanos del *barroquismo* y otros fanáticos artistas; ya que la filosofía, estudiando las artes, ha encontrado en nuestras catedrales de la edad media la mística genealogía del sentimiento cristiano, dándose cuenta de su origen, clasificando sus periodos y determinando el momento en que, afeminada y falta de fé y de vigor, injustificada y redundante, cedió su puesto á las creaciones antiguas que salían de su tumba; ya, en fin, que las investigaciones de la estética han dado con los tipos puros, clásicos y originales del gusto gótico, ¿por qué recurrir en busca de modelos á los monumentos de Italia, que, si bien ricos y esbeltos, están muy lejos de la ascética originalidad, de la valentia primitiva que descuella en los otros?



Italia no pudo desprender jamás de sus hombros la púrpura de los Césares: el catolicismo de Roma nunca huyó de la Basílica, sino que la consagró, instalándose en ella. No alcanzamos, pues, la razon de hacer copiar á los alumnos los monumentos ojivales de Italia, teniendo en nuestro país tipos grandes y severos de su belleza, oriundos de la mejor época, y no desprovistos de cierto gusto nacional que nos honra. ¡Pero qué mucho, si se ha tenido el poco tino de permitir que se copien varios fragmentos de una época bárbara y de otra de decadencia, como única representacion de nuestra riqueza monumental!...

Deseamos, por lo tanto, ver á los principiantes en mejor camino, y aconsejamos á la escuela que tenga más conmiseracion con el arte y más amor á nuestras verdaderas glorias.

Enumeremos ahora la esposicion.

.....  
.....  
.....

---



---

## ALICANTE Y VALENCIA.

---

VIAJE CON LA CORTE, CUANDO SE INAUGURÓ EL FERRO-CARRIL DEL MEDITERRÁNEO.

### I.

El domingo 24 de mayo de 1838, á las nueve ménos cuarto de la noche, salí de Madrid en el tren correo, ocupado por unas doscientas personas, invitadas, como yo, á presenciar las grandes solemnidades de que iban á ser teatro Alicante y Valencia.—El tren real debia seguirnos algunas horas despues.

En el coche en que me alojaron tuve la fortuna de encontrar tres cosas: un amigo, dos niñas muy bonitas y cuatro señores de buena conversacion.

Todo el que entienda de viajes comprenderá perfectamente que al poco tiempo las dos niñas se habian convertido en una sola, el amigo en rival, y los cuatro señores en tres amigos y un canchero.

Tienen de bueno estas situaciones anómalas y subversivas el desaparecer como un sueño no bien termina el viaje... Corramos, pues, un velo sobre el coche en que yo iba, ó, lo que es lo mismo, echemos un velo sobre lo pasado, puesto que miradas y rugidos, palpitaciones, amistades y odios han desaparecido ya *sicut nubes, quasi aves, velut umbra.*

Solo me resta el amigo.

En cuanto al total de los 200 viajeros, puedo asegurar que pasaron la noche luchando con iguales afectos ficticios y del momento; y aquí me ocurre creer que un viaje es una vida en abreviatura.

De cualquier modo, con motivo de todas estas cosas, y de conocernos todos los viajeros, y de hacer una hermosísima noche de luna, y de pararse mucho el tren en las estaciones, resultó que aquello no fué viaje, sino una *soirée* movible, una tertulia ambulante, un salon de Madrid arrastrado por el vapor, el paseo del Prado en movimiento ó, si se quiere, prolongado en una estension de 84 leguas.

La primera impresion que recuerdo fué la que me produjeron el campo y jardines de Aranjuez, bajo cuyos árboles pasábamos á las diez de la noche.

¡Qué aromas! ¡Qué rumores! ¡Qué perspectivas!

Hacia luna... Esto lo dice todo.

Luego el rumor del agua... placer desconocido en Madrid (téngase presente que, cuando escribo, aun no ha llegado el Lozoya á la villa de San Isidro Labrador, como llegará dentro de pocos dias); aquel melancólico eterno gemido de las fuentes, de los ríos y de las cascadas, aquella oracion no interrumpida, aquel beso continuado regalaba blandamente mi corazon, asfixiado en la mefítica atmósfera de la corte.

Las flores, los naranjos, los granados, los trigos, las yerbas mismas del campo embalsamaban el aire, tibio y reposado como Endymion dormido.

Al pasar sobre el puente del Tajo, iba el tren muy despacio. ¡Qué bello estaba el venerable rio alumbrado por la luna, cuyo disco aparecia movible y quebrantado en cada una de sus rizadas ondas!

A lo lejos distinguimos unas falúas, sin duda de palacio, adornadas con faroles de colores...



Todos nos imaginamos á Venecia.

En los pantanos oimos el canto de las ranas, que no sé por qué misterio de nuestra organizacion refrigera el alma de quien lo escucha.

Por último, al salir de Aranjuez, al abandonar sus frondosos olivares y aromáticos pensiles, un ruiñeñor, uno solo, entonó un cántico de despedida, que parecia predecirnos la aridez de la Mancha en que ibamos á entrar.

¡Ah! Saliamos de la agitacion de Madrid para buscar mayores agitaciones en las costas del Mediterráneo... ¡Con qué verdadero pesar nos despedimos de la paz de la naturaleza, de la mansedumbre de aquella noche estrellada, de aquel rio y de aquellos bosques que tan regalado abrigo nos brindaban!—¡Oh! ¿Qué mejor fiesta ni mayor delicia que permanecer muchos dias y muchas noches bajo las arboledas del Tajo, con cualquiera de nuestras bellísimas compañeras de viaje, haciendo la vida recomendada por Rioja y fray Luis de Leon, comiendo fresa por la mañana, bañándose al medio dia, durmiendo luego la siesta, bailando por la tarde bajo los castaños de Indias ó revolcándose en los frondosos trigos, y navegando de noche por las claras ondas de aquel rio, sultan de la Alcarria, príncipe de Aranjuez é ilustrísimo señor de Lisboa? ¿A qué apartarse más? ¿A qué buscar el mundo de que huia? ¿A qué correr hácia los mares?

¡Bien sabe Dios que mientras aquel ruiñeñor cantaba, pensé más de una vez en *decir al mayoral que para el tren* y mandar á los diablos la inauguracion, Alicante, Valencia y todas las diversiones del programa.—Pero reflexioné que ninguna de mis compañeras de viaje, á lo menos la que yo habria elegido entre todas ellas, hubiera accedido á acompañarme en tan juicioso proyecto, y dejéme llevar por la me-

lancólica tierra de D. Quijote, cuya sombra creía divisar detrás de cada molino de viento.

¡Molinos de viento son tambien todas las ilusiones de paz y de ventura que solemos forjar los poetas, sin reparar en que nuestro destino es correr y correr eternamente, arrastrados por el afan de lo maravilloso, de lo nuevo, quizás de lo imposible!

Y aquí hago punto, dando esquinazo á la filosofía, por considerarla mal *cicerone*.

## II.

### INAUGURACION DEL FERBO-CARRIL DEL MEDITERRÁNEO.

*Alicante 25 de mayo.*

Era una hermosísima tarde.

En la estacion de Alicante habian levantado un altar y un trono: el oro y el terciopelo lucian por todas partes: más de mil banderas y escudos de armas adornaban el recinto: las flores y las músicas poblaban el aire de perfumes y armonias.

Las espaciosas tribunas, lujosamente dispuestas, encerraban una brillante concurrencia, compuesta de elegantes y bellísimas damas, de todos los hombres notables de la provincia y de los convidados de la corte,—obispos, generales, ministros, periodistas y diputados.

La oficialidad del ejército y de la marina lucia vistosos uniformes.

A lo lejos sonaban las campanas y los gritos de júbilo de una inmensa muchedumbre; tronaba el cañon en mar y tierra, y el sol caia al Occidente con su eterna majestad.

Los sacerdotes se hallaban ya á los piés del Crucificado: la familia real bajo el dosel...

El pueblo, amontonado en torno por una parte, y por la otra el mar poblado de bajeles, encerraban la escena en un círculo de vida y movimiento.

El improvisado templo, abierto por el Norte, permitía á la vista y á la imaginacion campear por horizontes infinitos...

Allá se adivinaban en toda su estension las áridas Castillas, encerradas en un cinturón de montañas, y más lejos, por todos lados, la ancha y espléndida orla de flores que rodea el manto de la imperial España,— Murcia, Andalucía, Estremadura, Galicia, todas las provincias cántabras, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, comarcas bendecidas por el Criador: allá estaban todos aquellos pueblos hermanos en la gloria, estraños sin embargo en el dolor ó la fortuna: allá estaba Madrid, que, como los remolinos de mar, ha tragado por largos siglos la vida y la riqueza de los pueblos, sin devolverles nada: allá estaban las latitudes olvidadas por la industria y por el comercio, el trigo amontonado, la mina sin esplotacion, la inteligencia asfixiada bajo la cúpula del templo nativo, las obras del arte arruinándose en el olvido sin alcanzar una mirada del viajero... Y del otro lado estaba el mar, brindando sus olas á nuestra renaciente marina; el mar, ámplio camino para todas partes; el mar, la pátria mancomun, palenque dispuesto al capital y á la inteligencia, ofreciendo al más osado las conquistas del comercio: allá la nueva Tiro; aquí la moderna Cartago; por donde quiera mundos que nos aguardan, el Oriente y la América, el Africa y los antípodas, llenos todos de padrones de nuestros antiguos navegantes...

¡Qué cuadro para la imaginacion! ¡Qué espacios para el deseo! ¡Qué ocasiones para la gloria, para la prosperidad de nuestra abatida pátria!—¡Y qué mo-

mento aquel de esperanza y de consuelo! ¡Qué hora aquella en nuestra triste historia contemporánea!

El génio español, encerrado bajo la montaña del Escorial, rompía la cárcel de su misantrópico ascetismo, y convertido en mariposa, volaba de nuevo hácia los mares. La nacion viuda arrojaba otra vez su anillo en las olas, desposándose con la fortuna, diosa tutelar de la navegacion.

¡Cómo se dilataba el alma al vislumbrar en el aire los hilos eléctricos que, cual nervios de acero, conductores del pensamiento y de la voluntad, recorren ya todas las estremidades de la península, mientras que el viento confundía en una sola nube las columnas de humo que exhalaban nuestros barcos de vapor en el puerto y nuestras locomotoras en las ferradas vías!

Todo esto veía yo en aquella ceremonia. Todo esto hubiérais visto, amigos míos, en el momento de la bendicion de las locomotoras.

Temblárais de entusiasmo como yo al contemplar aquellas tres poderosas máquinas, adornadas de cintas, flores y banderolas, que se adelantaban lenta y uniformemente, cada cual por su via, hácia el ara santa.

Parecian tres nobles bueyes, adornados para un sacrificio del antiguo mundo pagano.

¡Tan magestuosa y mansamente avanzaban por el templo, ellas, que abren también en la tierra surcos de fecundidad, que son también la fuerza y el trabajo, y que allí ahogaban su poderoso mugido y refrenaban su irresistible carrera á la voz del sacerdote revestido! .....

### III.

Ya sabeis que uno de los festejos ideados por los hijos de Alicante ha consistido en que cien labrado-



ras, escogidas entre las mas bellas de la provincia, presenten á la Reina todos los frutos del pais.

Yo tuve la fortuna de pasar revista, antes de la ceremonia, á aquel escuadron de serafines, y en verdad os digo que de cuantas esposiciones he presenciado, ninguna ha cautivado tanto mi corazon como aquella galeria de ideales hermosuras, que, vestidas con el pintoresco traje de su respectivo pueblo, y llevando en un brazo un canastillo de frutos y de flores y en el otro una palma, símbolo de virginidad, hacian alarde de la riqueza del privilegiado suelo que las vió nacer.

Éranse, como digo, cien doncellas (las mismas del feudo de Abderraman, con la diferencia de que estas más parecian moras que cristianas), y ademas diez zagales, mozos todos de quince á veinte, *técnicamente* adornados, permítaseme el adverbio, bellas las unas y arrogantes los otros como las flores y las plantas sin cultivo que engalanan los campos olvidados.

Llevaban ellas canastillos de mimbres de Alcoy, entretejidos con hilos de plata y oro, llenos de dátiles de Elche, de nísperos de Concentaina, de almen dras de Gijona, de naranjas con cáscara de limon de la villa de Molins, de higos chumbos de Castalla, de palmitos de Alcoy, de alcachofas y albaricoques, relucientes cerezas y perfumadas limas, con más todos los frutos de una vejetacion precoz; rojos tomates y calabazas de funesta recordacion, vino de Biar, de Fondillon y de Monóvar, limones de Benidorm con un casco dulce y otro agrio como las cosas del mundo, epigramáticos pimientos, fresas, melones, sandias y todo lo criado.

Llevaban ellos los productos de la industria provincial; seda de este año en rama, el famoso papel de Alcoy, tejidos de algodón, paños esquisitos, este-

ras especialísimas de esparto, y los renombrados turrones y confites de aquella tierra.

Habia ademas una vistosa variedad de flores; azucenas y claveles, lilas y malva-rosas, rosas y lirios, jazmines y mahonesas, aromos y pasionarias...

Era una esposicion de todo lo bello que produce la naturaleza en la primavera eterna de aquel pais; era un lujoso ramillete que Ceres y Flora entretejieron para ponerlo en manos de las hijas del Amor.

¡Y aquí vuelvo á las labradoras; y no sé cómo me he apartado de ellas! — Aquí me cumple consignar que, despues de leer el Paraíso de Milton y ver los cuadros de Murillo, yo me habia imaginado ángeles rubios, pero nunca ángeles morenos.

Angeles morenos son las hijas de esta comarca, apartada de la Moreria por una irrupcion del océano y por las conquistas de nuestros padres.

¡La belleza alicantina! — Imaginaos las Zoraidas y Zulemas de las *Mil y una noches*, las heroínas de Byron, las odaliscas de Abdul-Megid, las huríes del paraíso de Mahoma, con sus grandes ojos de un negro aterciopelado, sus largas pestañas, su interesante palidez, correcta nariz, cuajados y brillantes dientes, lácias cabelleras de ébano, flexibles cinturas que pueden abarcarse con las manos, y lujoso compartimiento de hombros, seno y garganta... Pues imaginaos ahora cien combinaciones de esta hermosura, cien manifestaciones diversas de este mismo tipo, cien variaciones sobre este tema, y formareis idea de lo que seria aquella diputacion de serafines, donde estaban las morenas de ojos azules de Tárbená, las descoloridas beldades de Orihuela, las mas brillantes y fogosas de Gijona, Belleu y Alcoy, las de formas robustas que bajaban de las montañas, y las melancólicas y espirituales que llegaban de la llanura: la

rubia hija de las arenas del mar, pero rubia como el fuego, rubia como el oro, rubia como las espigas, la rubia en fin, tostada por el sol, y las de Nucia y Benidorm, término medio entre la pescadora y la labriega... Figuráoslas con sus lujosas sayas y graciosos delantales, prendidas con peinetas de metal y enormes agujas de piedras de colores; estas con mantellinas, aquellas con una especie de turbante; todas con primorosos jubones entreabiertos á la oriental... todas con zarcillos, tumbagas y collares que relucen al par de los dientes, de los labios y de los ojos (y de las susodichas agujas y peinetas), deslumbrando al que las mira, estraviando la imaginacion, dando al traste con la paciencia...

Lo repito, nada he visto tan bello ni tan fascinador como aquel contraste de todos los géneros de hermosura árabe que subsisten entre nosotros. Es torpe la pluma y pobre el idioma para espresar lo que el pincel no retrataria asi como quiera: tanta gracia, tanta perfeccion, tanta pureza, tanta variedad y tanta seduccion en todas ellas.

Juro á Dios que mas de una vez me propuse decidir cuál me agradaba mas de las cien susodichas, y quedéme por último vacilando entre ocho que ni Rafael las imagina mas rematadamente guapas!

#### IV.

Pero á este paso no voy á concluir nunca mi artículo.

Necesito relatar; no puedo describir.

Me dejo en el tintero el cuadro de los fuegos artificiales que se quemaron en el mar la noche del 27,— aquellos reflejos de las luces de colores en las aguas, aquellas latitudes del Mediterráneo alumbradas por

fuegos de bengala, y la escuadra á lo lejos, y la iluminacion de la ciudad, y las campanas, y las músicas, y la gritería de cien mil almas, que así victoreaban á los cohetes, como si los cohetes tuvieran corazon!

Tampoco puedo hablar de un desafio ó regata que presencié entre dos botes pertenecientes el uno á un buque de guerra español, el otro á una fragata francesa, sobre cuál corría más. Viérais los veinte y cuatro remos que caen en el agua á compás, haciendo huir al batel como una flecha; oyérais los *hurras* de la multitud agrupada en el muelle y en los barcos surtos en el puerto; gozárais como yo, en fin, al mirar triunfadores á los marineros de España, que dejaron atrás á los franceses en medio de los silbidos que regalaban á estos los espectadores!

Tambien he de omitir cómo se celebraron en el mar los dias de la reina Victoria, y cómo nuestra hermosísima fragata *Petronila*, capitana del puerto, daba diariamente la orden de izar y arriar pabellones por mañana y tarde, obedeciéndola cuantos buques de otras naciones habia en el puerto... lo que me hacia palpar de orgullo... ¡cual si aquello fuese mas que una etiqueta de ordenanza!

¡Ah!... Fué un tiempo en que este simulacro era una realidad, en que el pabellon español ondeaba triunfante...

*Et cætera*, como dice Espronceda en su famoso amanecer.—¿A qué darnos el mal rato de pensar en lo que no tiene remedio?

Dice Dante :

....Nessun maggior dolore  
che ricordarsi dall tempo felice  
nella miseria...

*Esperemos*, sin embargo. — Dios prodigó á España



todos los recursos necesarios para ver en sus puertos nuevas armadas como la *Invencible*, como la de *Finisterre*, como la de *Trafalgar*. Tenemos cáñamo y maderas, carbon de piedra, hierro y cobre en abundancia... El Océano y el Mediterráneo acarician nuestro suelo por dos litorales inmensos. Contamos con puertos de primer orden y con recuerdos inestinguibles. De nuestra península salieron Colon y Vasco de Gama...—Gibraltar, Africa y Méjico nos esperan hace muchos años..!

¡Dichoso día aquel, que no está lejano, en que....  
Pero vuelvo á mis fiestas reales.

Decia que los estrechos límites de este relato me obligan á pasar por alto muchas cosas.

Necesito abandonar á Alicante y trasladarme á Valencia, remolcando al que leyere.

Pero antes séame lícito consagrar dos palabras á *El Cármén*, antiguamente llamado el *Porquet*, originalísima cuanto preciosa huerta de la propiedad del Sr. marqués de Molins.

A la orilla del mar, á media hora de Alicante, ¿habéis reparado en una oscura mancha de árboles, especie de oasis que interrumpe la monotonía de aquellos arenales melancólicos?

¡Es un bosque de palmeras!

Pero un verdadero bosque, donde muchos miles de estas hijas del desierto entrelazan sus brazos formando un toldo espesísimo.

Al penetrar bajo las sombrías calles de *El Cármén*, créese uno en el interior de un templo. Cada dos palmeras, al cruzar sus ramas, forman una perfecta ojiva del mas puro estilo gótico, mientras que, prolongándose infinitamente estas arcadas, semejan á una catedral inmensa, salida de la tierra como por encanto.

Por lo bajo de las galerías, creía unas veces hallarme en la mezquita de Córdoba...

Por la ligereza de las columnas y la esbeltez de las ojivas, recordaba la catedral de Segovia ó la lonja de Valencia.

Absorto, maravillado, estático ante aquel prodigio de la naturaleza, que parecia un prodigio del arte; allí, en frente del mar, cuyas esplendentes lontananzas se alcanzan como término de aquellas galerías de verdura, y cuyas olas suenan á compás con aquellas bóvedas movibles; descansando un momento de la agitacion y de la algazara de Alicante, recordé muchas veces la sátira de Horacio:

*Hoc erat in votis; modus agri non ita magnus etc.*

.....

## V.

A bordo de la fragata *Perla*.

Son las doce de la noche.

Estamos enfrente de Denia.

Esta tarde á las cuatro, cuando se embarcó la reina y la escuadra se hizo á la mar, he contemplado un cuadro cuya grandeza nunca hubiera podido imaginarme.

Doce buques de alto bordo estaban dispuestos á partir. Todas las tripulaciones se hallaban sobre las vergas. Una inmensa muchedumbre cubria la costa de Alicante. El mar estaba poblado de botes, lanchas y faluchos, ricamente empavesados, en que se oían gritos, músicas y cohetes.

Llegó el momento del embarque, y el castillo de Santa Bárbara disparó el primer cañonazo, al que respondieron los demás fuertes de la ciudad y luego todos los buques.

La *Perla*, sobre cuyo alcázar de popa estaba yo contemplando aquel inmenso panorama,—el Mediterráneo, la ciudad, el puerto, las montañas y el cielo azul, donde campeaba el sol en toda la plenitud de su grandeza;—la *Perla*, digo, se encontraba en el centro de aquella armada que por doscientas cincuenta y una bocas de bronce habia de hacer hasta seiscientos noventa y tres disparos.

Parecia el fin del mundo.

De debajo de mis piés, del buque que montábamos los periodistas, salieron sesenta y tres cañonazos, ó sea tres salvas de á veintiuno.

Era una cosa magnífica, que entonaba los nervios y encendia la sangre.

El humo denso que nos envolvía se rasgaba á veces, dejándonos ver los flancos inflamados de los buques ó las mil banderolas que los adornaban desde la cubierta hasta los topos.

A todo esto, de una embarcacion á otra volaba el eco de los quince vivas de ordenanza... Las campanas sonaban á lo léjos, cuando no las ahogaba la voz del cañon, mientras que los acordes de la marcha real, tocada por las charangas de la *Petronila* y del *Francisco de Asís*, parecian celebrar el triunfo despues de aquella descomunal batalla á que nuestro espíritu poético creia haber asistido.

¡Oh! ¡Nosotros, pobres sacerdotes de la paz, humildes hijos de la tierra, no nos habiamos visto en otra! ¡Ahí era nada! ¡En la mar y á cañonazos!... ¡Vive Dios!...

En fin, Vds. dirán lo que quieran... Yo soy partidario de la paz de los pueblos, de la abolicion de los ejércitos, de las luchas de la palabra, de los triunfos de la razon... Pues bien; yo les juro que al oler la pólvora, al sentir crujir bajo mis piés las tablas de la

nave, al verme rodeado de humo, ensordecido por el cañon, irritado por aquella gritería... hubiera presenciado gustoso cualquier cosa parecida á un combate naval, aunque se hubieran estropeado los vistosos adornos de los buques que nos rodeaban.

Dichosamente para los adornos de los buques, los cañonazos eran de pólvora sola; el viento se llevó el humo; perdimos de vista la tierra; el silencio reinó á bordo, y pronto nos encontramos solos en medio del mar.

En este momento, que, como digo, son las doce de la noche, el espectáculo que me rodea es embelesador.

Estamos en el plenilunio... El astro melancólico brilla en el zénit, esparciendo su misteriosa claridad sobre la naturaleza.

La mar tersa, inmóvil, silenciosa, dormida, está cruzada en toda su estension por una cinta de plata producida por el reflejo de la luna.

Parece la estela que ha dejado en las olas una nereida fugitiva. Parece la cola del regio manto de la misma luna. Parece el camino de alguna region sobrenatural, así como la via láctea del firmamento pareció á los matamoros el camino de Santiago.

Nunca he visto el Mediterráneo tan tranquilo; nunca una luna tan brillante; nunca una noche tan estrellada.

¿Qué pensaba yo hace poco, cuando apoyado en una banda de la *Perla* miraba á lo lejos el navío *Francisco de Asís*, arrastrado como una enorme carroza de triunfo por el vapor *Isabel la Católica*? . . . . .

Estábamos allí solos, fuera de España, confiados á la clemencia del mar. Empequeñecíanos á todos la grandeza de aquel gigante sobre cuya espalda caminábamos. El trono de San Fernando, la dinastía de



Borbon, nuestra historia y nuestra política andaban léjos de sus pueblos, léjos de sus guardias y de sus palacios, confiados á un piloto, á una máquina de vapor, á una mar sin testigos, á la vigilancia de una escuadra *superable*, en medio de la noche...

No sé qué sentimiento extraño de orgullo ó de piedad, de patriotismo ó de respeto, inundaba mi intranquilo corazon.

‘Nunca perdiámos de vista el *Navío*...

En torno suyo caminaban tambien la *Petronila*, la fragata *Isabel II*, los vapores *Lepanto*, *Santa Isabel* y *Pizarro*.

Delante iba de heraldo el vapor *Liniers*.

La fragata francesa *Impetueuse* y la corbeta inglesa *Curlew* nos escoltaban, ó por mejor decir, *no nos perdían de vista*.

Cohetes y luces de bengala nos avisaban continuamente dónde se encontraba cada buque.

Era el *alerta marino*.

¡Alerta estamos! respondian las luces de nuestra fragata.

Así pasó aquella noche en que la reina durmió fuera de su reino; en que todos abdicamos algo de nuestro habitual modo de ser; en que un cambio de posicion alteró las perspectivas; en que, por ser otro el teatro, parecian otros los actores.

Y así amaneció, y llegamos á las costas de Valencia.

Todo habia sido un sueño, una pesadilla. Estábamos nuevamente en España. Nuevos pueblos saludaban á la reina. Toda la orilla del mar se hallaba cubierta de testigos...

Pronto saltamos á tierra.

Adios entónce, libertad de la imaginacion, independencia del espíritu.

Estábamos en el mundo de los hechos...

## VI.

El desembarco en Valencia fué tambien un espectáculo vistoso.

Para imaginároslo, volved por pasiva nuestra salida de Alicante.—Las mismas salvas, al misma muchedumbre, el mismo sol, las mismas armonías en el espacio.

Pero añadid la sorprendente perspectiva de aquella huerta; de aquella ciudad de mil torres y mil jardines; del Cabañal, tendido á un lado, como un aduar de tiendas árabes plantadas una mañana en el desierto para ser levantadas á la noche; de las alquerías; del puerto, poblado de mástiles; del muelle, cubierto de tartanas, y de las calles, y las plazas, y los edificios, y hasta los caminos, tapizados de flores...

Las flores han sido las protagonistas de las fiestas de Valencia. A todas horas, en todas partes, siempre frescas y olorosas, continuamente remudadas, esparcidas por el suelo, cubriendo las paredes, he visto millones de millones de claveles, azucenas, rosas, lilas, siemprevivas, amapolas, heliotropos, jacintos y otras cuyo nombre ignoro, formando ya ramilletes, ya guirnaldas, ya columnas, ya pirámides. En el museo, en las iglesias, en los palacios, en las murallas, en los barcos, en las mojigangas del pueblo, en todas partes, y no exagero, brotaban flores y mas flores, como si llovieran del cielo, como si un encantador las evocase con su varita mágica, como si la naturaleza quisiese agotar en un dia todos sus tesoros.—Nacido en el reino de Granada, criado en aquellos jardines, acostumbrado á la Alhambra y al Generalife, no era yo ciertamente el mas á propósito para asombrarme ante las flores.—La admiracion de

que me encuentre poseído dirá, pues, claramente cuánta es la exuberancia, cuánta la magnificencia, cuánto el prodigioso lujo de la flora valenciana.

Y de las flores paso á las mujeres; de los jardines, al baile dado en la capitanía general por la oficialidad del ejército.

Erase un pátio de un convento gótico, con arcos ca-  
lados, y un segundo piso, formado por una columna-  
ta griega. La tosca piedra, cubierta de flores, de pa-  
bellones, de banderas, de trofeos y de blasones, de-  
jaba paso por sus graciosas labores á un mar de  
vivísima luz que podia competir con la del dia. Pa-  
bellones de fusiles, de sables y de machetes sostenian  
inmensas arañas de cristal. Macetas, naranjos y li-  
moneros cargados de frutos, parterres enteros, ro-  
deaban el salon, lujosamente alfombrado de blanco.  
El toldo que lo cubria, pintado de una manera capri-  
chosa, hacia más aérea y diáfana la perspectiva. En  
torno del pátio daba vuelta una graciosa galería, y  
en medio del mismo se levantaba una bellísima fuen-  
te de mármol, superior á todo elogio, donde hubié-  
rais admirado una estraña combinacion de flores, sal-  
tadores de agua y luces de gas; pero tan ingeniosa y  
hábil, que no podia concebirse cómo el agua no apa-  
gaba las luces, ni cómo las luces no incendiaban las  
flores. La orquesta, colocada en el claustro alto, es-  
parecia una lluvia de armonías sobre aquel alcázar  
tan ligero, tan gracioso, tan flotante, que parecia un  
templo hecho por las hadas, un palacio de los que  
imaginó la poesía en el fondo del mar ó la hechice-  
ría en el centro de la tierra.

Más suntuosos, más ricos de mármoles y oro, exis-  
ten palacios en muchas capitales; pero ninguno tan  
poético, tan original, tan fantástico como aquel.

Pues lo mismo digo de las mujeres.—Más lujosa-

mente vestidas, con más diamantes y perlas, más renombradas y tituladas, más parisienses y *comm'il faut*, yo las he visto... cualquier baile de Madrid nos las presenta... Pedro Fernandez las conoce á todas...— Pero tanta hermorura, tanta gracia, tanta juventud, una mayoría (¿qué digo mayoría?) una unanimidad semejante de merecimientos personales, de lindas caras y lindos cuerpos, de beldades soñadas y tenidas por irrealizables, de modelos para cuadros, de tripulaciones para cien *harenes*, de tentaciones para todos los santos del Martirologio, eso... ni en Circasia, ni en Georgia, ni en mi Andalucía, y, por consiguiente, mucho menos en un baile dado con sujecion á la *Guia de Forasteros*, que es como se dan los bailes en Madrid, se vió ni se sospechó, ni se adivinó siquiera, ni se pudo adivinar, y maldita la falta que me hacia á mí saber que existia sobre la tierra.

¡Oh! ¡las valencianas!...

Me gustan más las alicantinas: porque Alicante es de secano.

Pero ¡las valencianas son tan bellas como las alicantinas!—Solo que, como por Valencia corre el Turia; como viven entre flores y arrozales; como estas hijas del desierto pasan la vida en un continuo baño (que un baño de esencias es aquel aire); como en aquel clima todo es expansion, produccion, fertilidad, prodigalidad de cada ser para con la madre naturaleza, resulta que la vehemente, febril y electrizada belleza de Alicante se manifiesta en Valencia lánguida y descolorida, fatigada y voluptuosa como el recuerdo.

La alicantina chispea como la fiebre: la valenciana está enervada por el sopor que sigue á la calentura.

De todas maneras, las valencianas, amantes de nacimiento, coquetas por el clima (no por cálculo ni educacion como generalmente sucede), elegantes co-



mo la palma de sus huertos, distinguidas como lo es siempre el reposo, seductoras como la pereza de los sentidos, son y serán eternamente lo que de ellas dice la fama: las mujeres más hermosas del mundo.

Sin embargo, quien, como yo, no busque en la mujer la correcta regularidad de las facciones, preferirá siempre á todo lo habido y por haber en materia de atractivos, aquel imán, aquel rayo irresistible, aquel anzuelo inevitable que vibra en la mirada de las andaluzas.

No sé qué tienen aquellos ojos.

Preguntádselo á cuantos ingleses van á Andalucía.

## VII.

—¡Basta! ¡Basta! me dicen de la imprenta.

Yo queria hablar de los fuegos artificiales, verdadero prodigio pirotécnico, en que ví un templo de luces de colores en el aire, y otras mil maravillas que me encantaron...

Yo queria hablar del museo de pinturas, donde vi el *San Sebastian* de Rivera, cuadro digno del autor de *Jacob* (y con esto lo digo todo), así como dos *Salvadores*, un *Ecce-homo* y una sorprendente *Purísima* de Juan de Joanes, y un *San Francisco* abrazado á la cruz, de Rivalta, y varias tablas antiquísimas de mucho mérito...

Tambien queria hablar de las *rocas* y de la *cabalgata*, y de la procesion del *Corpus*, y del tribunal de las Aguas, y de los *enanos*, y de los *gigantes*, y de los huertos, y de la magnífica *paella* que nos dió Eduardo Asquerino en el Cabañal, con fuegos artificiales, faroles de colores, música, baile, arcos de flores, paseo por el mar, *champagne*, carruajes, pavos para el camino, etc., etc.

En fin, yo queria hablar de muchisimas cosas; de la Lonja, de la Esposicion de la industria, del salon de las antiguas Cortes, de la catedral, de los frescos de San Juan, de la casa vieja del ayuntamiento (cuyos artesonados son de primer orden), del Mercado, de los obsequios que nos han dispensado en todas partes á los periodistas, de la escuadra que he visitado varias veces, de la Casa de locos...

Pero ya veis que es imposible atender á tanto.

Básteos mi deseo, y la promesa de no olvidar nada de lo que he visto.

1858.

---

---

## DE MADRID Á SANTANDER.

---

### I.

Salí de Madrid, mi querido Pepe, de la manera que sabes; empingorotado en el cupé de la diligencia de Valladolid, á las seis de una caliente mañana de agosto, con los bolsillos llenos de melocotones y naranjas que tú me diste, y en la amable compañía de mi baston, mi paraguas y mi saco de noche.

Lo que se encuentra de Madrid á Valladolid, ya te lo han dicho los periódicos con motivo del viaje de la corte, cuyas frescas pisadas venia siguiendo mi humilde humanidad, lo cual quiere decir que he encontrado á mi paso iluminaciones apagadas, arcos de triunfo por el suelo, y algún que otro músico desbandado, que tornaba al hogar paterno con su serpentón á la espalda.

La corte, desandando la historia de España hasta llegar á su cuna, y yo, dirigiéndome á Valladolid para luego girar hácia estos montes sin historia conocida, hemos atravesado el país clásico de los infanzones de Castilla, la tierra que pisaron los condes, los reyes y los caballeros, el lugar de mil batallas portentosas, y de treinta *córtes* que hoy son pobres y oscuras villas.

Ya, antes, al trepar al Guadarrama, tumba de hielo en que Felipe II se escondiera un día, cerrando el libro de la epopeya española, había yo meditado largamente en el fúnebre ideal que simboliza esta escarpada sierra. El Guadarrama, base del *Escorial*, cuya tétrica mole descubri á lo lejos, es la losa colocada sobre nuestro pasado de gloria: en él acaba cuanto fué noble y heroico en la indómita Castilla: no parece sino que el gran misántropo presintió la ruina del imperio de Carlos V y levantó un padron mortuario en conmemoracion de sus abuelos. En adelante los *Carlos* de Austria se llamarán Carlos II, los *Felipes*, Felipe IV, *et sic de cæteris*.

Pasé por Olmedo, donde hace cuatro siglos se dieron dos batallas, la una en 1443, la otra en 1466.

En la primera resultó D. Alvaro de Luna herido en una pierna... y maestre de Santiago. Allí ganó Juan Pacheco el marquesado de Villena, y D. Íñigo Lopez de Mendoza el de Santillana. Reyes, grandes y poetas combatieron pecho á pecho y brazo á brazo; triunfó Castilla, y cubrióse de gloria el infante D. Enrique, más tarde llamado Enrique IV el *Impotente*.

En la segunda, el honor de Castilla fué vulnerado por vencidos y vencedores, por los nobles y por el rey, demostrándose así con el testimonio de la historia, que cuando los reyes no representan las aspiraciones de sus pueblos, hasta el laurel de la victoria se convierte en sus manos en fúnebre ciprés.

Pero dejemos la historia.

De Madrid á Valladolid hay 34 leguas, que se andan en veinte y tres horas. Llegué, pues, á las cinco de la mañana á la ciudad de D. Alvaro de Luna.



## II.

Ya allí el calor era soportable, el aire elástico, la vegetación risueña. Había un río surcado por lanchas y cuajado de bañistas; había espesas arboledas, un paseo llamado las *Moreras* (donde he estudiado, en la tarde de un domingo, el mujerieo vallisoletano) y había un *Campo Grande*, paseo nocturno mucho más estenso que el Prado de Madrid.

Por lo demás, pronostico á Valladolid un porvenir inmenso, una importancia semejante á la de *Lyon* de Francia, una categoría igual entre nuestros pueblos á la que hoy ocupa Barcelona.

El ferro-carril, que llama ya á sus puertas, desarrollará los elementos de riqueza que posee de muy antiguo aquel país, industrial, ganadero y agrícola á un mismo tiempo. En la actualidad tiene fábricas de papel, de tejidos, de pan continuo, de productos químicos, de harina, de calderería, de cerveza, de curtidos, de botones, de cola, de chocolate, de loza fina, de telas metálicas, de fundición, de cintas, de pasamanería, de platería, de herrería...—Muchas de estas cosas en pequeña escala; pero con grandes condiciones de vida y prosperidad.

En cuanto á bellezas artísticas, á monumentos históricos, á glorias nacionales, Valladolid es, como si digéramos, la *Sevilla del Norte*.

He visto la *Catedral*, ó por mejor decir, el fragmento de ella que hay construido; pero estudiando los planos y proyectos de Juan de Herrera, que guarda el cabildo, comprendí que si el grande arquitecto no abandonara esta obra por la del Escorial, España tendría hoy un templo del renacimiento digno de figurar al lado de San Pedro de Roma. En las exiguas propor-

ciones á que ha quedado reducida, todavía la catedral vallisoletana impone al alma su ruda y solemne magnificencia.

Parece un elefante de piedra, una pagoda india, una montaña ahuecada. Todas las profanaciones que legó á este grandioso edificio el malhadado Churriguera desaparecen y quedan enterradas bajo la noble gentileza de aquella fachada dórica, tan pura y colosal, y de aquellas naves corintias cuyas pilastras equivalen á otros tantos monumentos.

Pero mi carta no tendria fin si hubiese de enumerarte, no digo describirte, todo lo que el artista y el poeta encuentran en esa inmensa necrópole de nuestra historia que se llama Valladolid.

Vi el convento de *San Pablo* con su fachada gótica de filigrana, y el contiguo de *San Gregorio*, más famoso que de mi agrado. Aquel *tour de force* de reducir á ojivas, doseletes y columnas los caprichosos giros de una vegetacion estravagante, paréceme pueril y abigarrado. Reconozco el artificio, la rareza, la originalidad; pero niego el arte, la poesía, la propiedad, la belleza. Prefiero, pues, la fachada de San Pablo.

Pasé por el *Ochavo*, lugar del suplicio de D. Alvaro de Luna. Hace poco tiempo habia visto sus cenizas en la catedral de Toledo. Aun tenia que ver su palacio convertido en casa de locos, y la *iglesia de ajusticiados*, San Andrés, en que depositaron todavía caliente su ensangrentado cuerpo.

Templos contemporáneos de Peroansurez, de doña Urraca y de Alonso el Sabio; el palacio de Felipe II; esculturas de Pompeyo y Leoni, de Gregorio Hernandez, de Jordan, de Juan Juni, de Felipe Gil y de Gaspar Becerra, todo pasó ante mis ojos en rápida confusion... En el museo de pinturas ví tres cuadros de Rubens, uno de ellos maravilloso, que llaman la *Virgen*

de *Fuensaldaña*, y representa el poético instante de la *Asuncion* de María, cuyos tres cuadros, á su mérito intrínseco, adunan el de que los franceses nos los robaron en 1808 y los españoles los reconquistaron con las armas en la mano en el ataque de Vitoria.

Recuerdo además un *Bodegon*, de Velazquez; una *Santa Maria Egiptiaca*, de Rivera; una *Cena*, de Vinci; una *Cabeza de San Francisco* y un *San Pedro Advíncula* del dicho Rivera; nueve cuadros de la *Vida de la Virgen*, de Lucas Jordan... y en fin, una multitud de lienzos notables, si no de primer orden, de Palomino, Zurbarán, Murillo, Vandik, Rubens, Valentin Diaz, etc.; pero el que no puedo menos de citar es una *Magdalena* de Correggio, digna de figurar entre las primeras obras de este inmortal artista.

Con todo lo cual, y haber recorrido salones en que se habian celebrado Córtes y Concilios; casas particulares que fueron palacios de reyes; alcázares convertidos en conventos; la casa de Alonso Perez de Vivero (ahora cárcel pública); el palenque de mil torneos, antiguo *Campo de la Verdad*, hoy *Campo Grande*, donde murió un Carvajal á manos de don Pedro Benavides, siendo juez del combate el mismo Fernando IV el *Emplazado*, salí de Valladolid despues de tres dias inolvidables, á las tres de la tarde del 9 de agosto, víspera de San Lorenzo.

### III.

De Valladolid á Palencia hay nueve leguas.—Corren paralelamente este trayecto la carretera, el canal de Castilla, el ferro-carril de Isabel II, el telégrafo eléctrico y el rio Pisuerga: estas cinco vias se acercan hasta el punto de verse encerradas en algunos sitios en cien varas de terreno.

De un lado divisé el castillo de Dueñas, en que se verificó el casamiento de doña Juana la *Loca*: de otro el castillo de Tariego, al que se acogió el rey D. Ramiro despues de una derrota; allá Torquemada, cuna de Zorrilla; acá el pueblo de *Baños*, donde los tomaba el rey Recesvinto; por una parte, fábricas de harinas, tambien históricas, como que fueron teatro de los famosos incendios de 1856; por otra, los productivos campos de Castilla la Vieja, que se parecen al carácter de sus habitantes, en que, sin galas ni lujo de espresion, dan lo que prometen y es una verdad lo que producen.

Monótonos, melancólicos, despojados de atractivos, los castellanos viejos, lo mismo que sus campiñas, cumplen con sus obligaciones;—al contrario de ciertos campos y de ciertos hombres de Andalucía, que todo se vuelven flores y promesas, galas poéticas y vistosos panoramas.

Cerca de la confluencia del rio Carrion con el Pisuerga hállase un monasterio de agustinos, en el que solo queda con vida una campana. Rodéanlo dos ó tres casas de pobrísima apariencia.—Todo esto se llama *Ventas de San Isidro de Dueñas*. (*Venta de Baños*.)

Ahora bien; ¿sabes por qué te las cito? Porque aquel oscuro y abandonado paraje está destinado á ser una poblacion.

¡Tambien nacen ciudades en este siglo! El ferrocarril no puede menos que la agricultura.

Es el caso, que en las *Ventas de San Isidro de Dueñas* se encontrarán todos los ferro-carriles del Norte ó del Oeste de España. Aquel es el punto de interseccion de la línea que de Madrid irá á Francia por Irún, con la que de Lugo se dirige á Madrid; por allí pasa el ferrocarril de Santander; por allí pasará el de Portugal á los Pirineos. Será, pues. aquel convento un nudo en



que se enlacen más de quince provincias; mostrador inmenso en que la agricultura, la industria y el comercio verifiquen sus cambios; en que se den la mano Santander y Castilla, Galicia y Madrid, Portugal y Francia, Vizcaya y Estremadura.

Por esto digo que irremediablemente ha de haber allí una ciudad moderna, que empezará por una fonda, un hospital y una estacion, se aumentará con una cárcel y un café, llegará á tener un mercado y una iglesia, aspirará luego á teatro y plaza de toros, y concluirá por reclamar un alcalde corregidor!

Entre tanto iba dejando á la izquierda el riquísimo monte de Palencia, cedido por doña Urraca á los pobres de esta ciudad, quienes ciertos dias del año tienen todavia derecho á cortar todo lo que pueden llevarse á cuestras.

Por esta parte, de monte en monte no se pára hasta Portugal.

A poco que se piense en ello, espanta la riqueza de nuestro suelo, persuadiéndose uno de que España ha de ser nuevamente una de las primeras naciones de Europa.

No estrañes la incongruencia de mis deducciones. La bellota me lleva á la economia política; la corta de maderas á la diplomácia; el monasterio de Claras que encuentro en un despoblado, me vuelve á nuestra penuria del siglo XVII; el telégrafo óptico, póstumo progreso que nos importó el conde de San Luis, me dice desde la cumbre de una montaña á cuánto llega nuestro desbarajuste en punto á mejoras; la infinidad de terrenos incultos, de descuidados bosques, de pueblos incomunicados que visito, me hace en fin esperar en el dia de mañana.—Pero volvamos á mi cuento.

#### IV.

Desde que se entra en la provincia de Palencia, el suelo se quebranta y empieza á rizarse en valles y colinas. Las llanuras castellanas se *accidentan*, como dicen los franceses. Todo anuncia la proximidad de aquella cadena de montañas que rodea casi toda la península, como un cordon de gigantescos centinelas.

Cerca de anochecer llegué á la antíquisima ciudad de Palencia, cuya calle Mayor pudiera comparar en longitud,—ya que no en hermosura,—á la calle de Rívoli de París. Toda es de columnas y pilastras, que forman soportales de forma irregular. Pasarán de mil estos informes pilares de piedra que sostienen viejísimas casas cargadas de escudos heráldicos.

Con todo, debo consignar que por donde quiera que voy veo caerse á pedazos las más antiguas ciudades. El prurito de derribar y reedificar que se ha apoderado de Madrid, trasciende ya á las más apartadas y sedentarias villas.

Parece ser que de tres siglos á esta parte no se habia construido una casa nueva: así, al lado de edificios negros y vetustos, véanse por do quiera casas de estilo francés con sus cuatro pisos y sus cuarenta balcones. Asisto, por consiguiente, al despertar de los pueblos, despues de su sueño de trescientos años. ¡Ah, si la revolucion de 1834 se hubiese retardado un siglo más, la mitad de España habria sido pasto de la polilla!

En Palencia permanecí dos horas: de modo que solo ví la catedral. Estaba ya cerrada, pero pude admirar desde luego su gracioso conjunto, que es una especie de fortificacion como la catedral de Almeria, y dos fachadas del mas puro estilo gótico, como no lo habia visto hace algunos meses.

Ya me retiraba á cenar, cuando divisé al sacristan que abria un postigo y penetraba en el templo.—Entré tras él mal de su grado, disgusto que se le pasó bien pronto, y perdíme por las oscuras naves de la espaciosa iglesia.

He dicho que estaba anocheciendo. De las altísimas bóvedas caian largos crespones de sombra. Solo por la parte del trascoro, que mira al poniente, los calados rosetones dejaban penetrar una claridad melancólica.—Una religiosa tristeza inundó mi corazon.

Allá, á lo lejos, distinguí la moribunda luz de una lámpara que ardia detrás del altar mayor. Era la Capilla de los Curas, donde descansa el cuerpo de la insigne doña Urraca de Castilla. Sobre su tumba yace su estatua.

Díjome el sacristan que cuando en 1828 Fernando VII y la reina Amalia volvian de las provincias vascogadas, desearon ver el cuerpo de la ilustre reina.—Fué de admirar entonces la estraordinaria estatura del esqueleto, que raya nada ménos que en nueve palmos.

Bajé luego á la cueva de San Antolin, sobre la que está edificada la catedral. ¡Mucho pensé allí en el santo anacoreta!

Por lo demás, el hambre me mortificaba, el reló andaba sin cesar, y la diligencia partia á las nueve: dí treguas, por consiguiente, á mis meditaciones y tomé el camino de la fonda, reparando en que en aquella tierra vuelven ya las mujeres á ser generalmente guapas.

## V.

Nada puedo decirte de las diez y ocho ó veinte leguas que hay de Palencia á Alar. Las pasé durmiendo.

¡A cuántas reflexiones dá motivo esta circunstan-

cia! ¿Qué son para mí hoy aquellas tierras que cruzó mi cuerpo, mientras mi alma viajaba por otra parte, quizás por la Alcarria, quizás por Andalucía?

Lo que la vida es á una vieja; lo que Shakspeare á los limpios de corazon; lo que son á cierta edad las treinta mujeres que forman la historia de un Tenorio de nuestros salones.

Pero no hablemos mas de esto. Hémos en Alar.

Allí descansé diez horas. A las cuatro de la tarde salia un tren para Reinosa..

El tren se componia de tres ó cuatro coches, ocupados por diez ó doce personas..

Parecia aquello una sombra de ferro-carril... Pero yo me alegré en el alma de hacer aquel trozo de viaje tan solitaria y cómodamente, corriendo de una ventanilla á otra para admirar un delicioso paisaje montañoso en que se veian confundidos los árboles, las rocas, las malezas, los acueductos, las flores, el agua, los *túneles*, los pueblos, las fuentes, los bosques, los valles... ¡todos los encantos de la naturaleza y de la civilizacion!

Al cabo de dos horas entraba en Reinosa, donde tomé la diligencia para esta aldea, que tiene la dicha de no estar en el mapa, pero que no vá á librarse por eso de figurar en letras de molde.

## VI.

Estamos en el valle de Buelna, á las orillas del Besaya, en la jurisdiccion de *Los Corrales*, en el corazon de las montañas de Santander.

Imagínate cien casas desparramadas sin concierto á lo largo del valle, mediando por lo regular entre una y otra todo un prado y una huerta. Hé allí la iglesia, sola como un monasterio, rodeada de casta-



ños y nogales: las Casas Consistoriales se levantan en otro parage pintoresco, donde ya parecia que la aldea habia terminado: aquella casa de campo que se vé á lo lejos es la *botica*: aquel cortijo, cercado de portales llenos de vacas, acaso será el *estanco*. Pero no estieras la vista, que la casa inmediata pertenece ya á otro pueblo.—¿Qué te parece mi retiro?

Si quieres cazar, á la puerta de tu casa tienes liebres y perdices; en el monte de la derecha jabalíes y osos... á los cuales les preparamos una batida; en el monte de la izquierda corzos y venados, que ya han aparecido sobre mi mesa á la hora de comer. Si optas por la pesca, el rio te brinda con anguilas, truchas y esquisitos salmones. ¿Eres herborizador? Trepemos al monte de Caldas y encontrarás plantas de todos los climas; incluso el té y el tabaco. ¿Quieres flores? Paséate por el campo, y la pródiga naturaleza te dará mil variedades de rosas y mirtos silvestres, enredaderas, amapolas, lirios, madreselvas, violetas y jazmines. ¿Deseas frutos? Desde el esquisito griñon, que no conoces, hasta la sabrosa pavía: desde la avellana hasta la pera de manteca, toda clase de manzanas, riquísimas ciruelas, uvas, membrillos, melocotones, nueces y castañas, todo lo hallarás en sazón; porque aqui tienes á un mismo tiempo las cuatro estaciones, segun que subas ó bajes, camines al Norte ó al Mediodia.

En ciertos sitios escarcha todas las noches; en otros hace calor; por un lado el viento seca y oreá la tierra; por otro la humedece un constante rocío.

Pero la *especialidad*, la maravilla de este valle es la leche. Que tengas tisis ó asma; que Madrid te haya secado la médula de los huesos; que debas al estudio una impotencia de estómago... ¡nada te importe! Bebe leche por la mañana, al mediodia y á la noche,

recien ordeñada como la toma el ternero, ó trasnochada y cubierta de crema; cocida ó cruda; líquida ó en requesones ó en queso... Mama á todas horas, yo te lo digo, ¡y te nutrirás, te refrescarás, sacudirás todas las ruindades de tu naturaleza, y remudarás tu sangre, tu color, tu vida, todo tu ser!

No creas que exagero: ¡este es el paraíso! (1) Aquí no quema el sol; aquí no moja la lluvia.

Sí, moja; pero no dá reumas ni calambres.

Estamos en agosto, y yo salgo sin sombrero á las once del día á coger fruta ó á matar gorriones, y no me duele la cabeza ni me dé un tabardillo.

Yo he sufrido á pié quieto, buscando el nido de un salmon, un aguacero de una hora, á la orilla del río, y no me he baldado.

La benignidad de este clima es prodigiosa. Todos los elementos pierden aquí su rigor. Todas las bellezas de la creacion ofrecen sus encantos.

Porque nada falte, hasta puedes ver el mar, solo con subirte al próximo monte de Collados....

Pero ¡ay! que tambien aquí puede repetirse la famosa exclamacion del poeta ingles ;

“ ¡ Todo era bello en aquella region ....  
ménos el espíritu del hombre ! ”

La mujer, sublimada por el cristianismo á una esfera superior al hombre; la mujer, objeto siempre en nuestra patria del culto de los caballeros, de las trovas de los poetas, de los agasajos de los rondadores nocturnos; la mujer, reina de su casa en Andalucía,

---

(1) El autor, hijo de la cálida Andalucía, se entusiasmaba de esta manera en aquel valle siempre verde, porque era “el primero” que veía en toda su vida de los innumerables que ofrecen una belleza análoga en Galicia, Asturias, Santander, las provincias Vascongadas, etc. etc.

lujosa, petimetra y holgazana á espensas del sudor de su marido, lleva aquí la parte mas dura de los trabajos y de las penas. Ella ara, ella siembra, ella coge, ella guia el carro, guarda las vacas, y sufre todos los rigores de la intemperie. De aquí el verlas feas, sucias, andrajosas, con el cuévano á la espalda y el niño dentro, encorvadas contra la tierra, sin aliño alguno en su trage ni en su tocado, mientras el hombre se pasea ufano y compuesto, colorado y robusto, ocupado en pescar ó en llevar sus reses á las ferias.

¡Triste condicion la de un pueblo que no rinde culto á la hermosura; donde el amor no se levanta sobre la utilidad mezquina, donde el sentimiento de la belleza no dulcifica y perfecciona los bárbaros instintos animales!

El dia de S. Roque he asistido á las fiestas de *Somahoz*, y regaládome con la música y el baile del pais.

La música consiste en el aire popular de estas montañas, especie de jota menos bulliciosa que las de Aragon y de una melancolía infinita. El baile es una danza notable por la seriedad y circunspeccion con que se mueven las parejas.

No hay mas instrumento que el pandero, el cual marca el compás. La copla corre á cargo de una *cantora-bastonera*, cuyo pulmon es infatigable.

Pero aun en estas horas de expansion y esparcimiento, nótase la frialdad y el desden con que el hombre mira á su compañera. Parece como que el baile es un deber en estos dias, un rito sagrado; algo que ya se vió en el mundo antiguo. Ni sonrisas, ni rendimiento, ni obsequiosos mimos; nada hay en esta danza que se parezca al fandango, á la jota valenciana ó á los bailes gallegos. Los hombres tienen los ojos fijos en la tierra, y las mujeres en el rostro de su señor.

Entre tanto, los vascongados que trabajan en el ferro-carril tocaban la flauta de boj toscamente labrada, haciendo como quien dice rancho aparte, y bailando con mas donaire y animacion. La luna creciente aparecia ya sobre el ocaso á presidir los patéticos instantes del anochecer. Del rio y de la selva brotaba el concierto misterioso con que las aguas, las plantas y los animales daban su adios al dia. Sonaban á lo lejos las esquilas de los ganados y el último tiro del fatigado cazador, mientras en las cumbres de los montes resplandecia la hoguera de los pastores y modulaba el viento lánguidos sollozos que parecian el lejano murmullo de Madrid....

Adivina el resto....

## VII.

### ESTRENO DE UN FERRO-CARRIL.—CATÁSTROFE.

.....

Ya estábamos á media legua del fin de nuestro viaje: acabábamos de entrar en el valle de Buelna, ó sea de volver al punto de partida: un paso más y solo nos faltaban cuatro minutos de correr por la llanura para estrechar la mano á los que nos aguardaban ansiosos y que ya distinguirían el humo de la locomotora... Pasábamos sobre el último terraplen, —tambien el último, por haberse concluido aquella misma mañana.

Esta obra tiene por la izquierda (hácia donde caímos) 22 piés de elevacion, y por la derecha 35, y va á dar al rio Besaya, formando además una ligera curva de izquierda á derecha, segun nosotros íbamos. Desde que entramos en ella habíase quitado á la máquina lo menos tres cuartas partes de su fuerza por temor á lo mismo que sucedió.



De pronto, pero no sin que hubiésemos notado ya cierta vacilacion en la marcha del tren, ó sea un vaiven hácia los lados, como si balanceasen las traviesas, sentimos una fuerte sacudida de atrás para adelante, seguida de un grito general de horror de las gentes que habia en los balcones de los próximos baños de las Caldas, y en las peñas cercanas al ferro-carril.

A este grito contestó otro más espantoso que lanzamos los del tren al ver que nos faltaba la tierra, que nuestro wagon se inclinaba al abismo, que las maderas crugian, que la locomotora caía despeñada arrastrándonos detrás, envueltos en el terraplen.

Del *tendel* y de la locomotora, que iban delante de mí llenos de gente, no se veia ya nada, sino humo, polvo, fuego; agua que corria de la caldera; las ruedas vueltas hácia arriba; las peñas saltando al empuje de la máquina, que aun queria andar despues de haber encallado en ellas; algun hombre que se levantaba ensangrentado de debajo de aquellas destrozadas moles, dando alaridos; y nuestro wagon, al cual le tocaba volcar en seguida, y al que le faltaba poco para acabar de dar la vuelta, sepultándonos, ó para saltar en astillas, destrozándonos entre las tablas.

Mil muertes nos amenazaron en aquellos cuatro segundos: delante, la caldera, que podia reventar... (no sabíamos que un rail la habia atravesado de parte á parte); á un lado, las peñas del abismo y el wagon que se nos venia encima; detrás, los demás coches, que, al pararse, nos golpeaban con la velocidad adquirida; debajo, el camino que se corria con nosotros... ¡Qué sé yo!

Y luego el horror, la pena, el susto, el amigo cuya suerte se ignora, aquellas diez ó doce personas que iban delante de mí, y que ya no veia y que suponía muertas debajo del *tendel* y de la locomotora, y en

fin, el no poder moverme, porque si salto á la izquierda puede alcanzarme el wagon y aplastarme, y saltar á la derecha me es imposible, porque estoy el último y debajo de todos...

¡Oh, sí! Fueron cuatro segundos... pero cuatro inmensidades de pensamientos, de recuerdos, de angustias.

Las descripciones leídas de otras desgracias, la muerte imprevista, el mundo que desaparece, la familia, los amigos, el natural arrepentimiento del viaje, las personas que nos esperan, la fiesta frustrada, el instinto que clama por la conservacion, el alma que condensa todo su poder, todas sus facultades para el instante supremo, y que, despidiéndose de sí misma, se dice: «aquí era la muerte...» todo esto, y mil nimiedades que no sé cómo caben en aquella situacion estrema, mil ideas frívolas, mil pueriles recuerdos, la muleta, la mano cortada, lo que será uno sin dientes, la cuestion de la inmortalidad del alma, lo que dirá fulana cuando sepa mi fin desastroso, cómo llegará la noticia al hogar paterno, y un punto de conformidad cristiana, y una mirada al cielo, y la tranquilidad más estóica, y el miedo más miserable, y el cuidado por el amigo en aquel momento de egoismo brutal que nada estima sino los propios huesos, todo eso y mucho más, resumido en una idea multiforme, grotesca, súbita, luminosa, intuitiva, llenaron aquellos cuatro segundos, abreviatura y término de la existencia.

Estos fenómenos no eran exclusivos y peculiares de mi imaginacion poética; todos, al desenmarañar luego el caos de nuestras impresiones, nos hemos admirado igualmente del esfuerzo mental que se hace en un momento semejante, que no puede ni aun sospechar quien no lo haya experimentado.

Cuando salté á tierra (que primero fué hácia el abismo, no bien noté que se paraba el tren, y despues hácia la via, trepando de nuevo por el wagon), hé aquí lo que ví y cómo comprendí lo que habia ocurrido:

El terraplen se habia hundido por la izquierda; la locomotora volcó por allí encorvando el rail sobre que gravitaba; pero, como marchaba al mismo tiempo que caia, se encontró con el rail siguiente, que atravesó la caldera de parte á parte. Unido esto á que el ingeniero inglés Alfredo Jee, que hacia de maquinista, tuvo tiempo de quitar otra poca fuerza á la máquina *antes de morir*, y á que, como te he dicho antes, caminábamos muy lentamente, dió por resultado que la locomotora encalló en las rocas que hay al pié del terraplen por su parte menos elevada, y se paró, no sin haber dado dos vueltas enteras en el aire y el tendel una.

Nuestro wagon se balanceaba sobre el abismo... Un paso más y cae tambien. El siguiente estaba descarrilado; el otro sobre los rails, y el coche de primera tan perfectamente colocado sobre la via, que los que lo ocupaban no se enteraron desde luego de nuestro peligro, sino que creyeron que nos habíamos parado.

Los que iban en la máquina y en el tendel rodaron por la pendiente movediza del terraplen,—ni ellos mismos saben cómo. Los más afortunados quedaron en pié y huyeron de la mole que les venia encima. Los hermanos Jee, que iban delante de todos, cayeron mal, ó no tuvieron tiempo de huir, y quedaron debajo de la locomotora, el uno, Alfredo, muerto en el acto, abrasado por toda la lumbre y el agua de la máquina, y cogido por una rueda en medio del pecho; y el otro, Morlando, preso entre las piernas de su her-

mano y una peña, tendido boca abajo, con la cabeza y el pecho fuera de la máquina, pero recibiendo desde la cintura hasta los piés, y especialmente en la pierna derecha, el agua hirviendo de la caldera y el calor del hierro y de los carbones hechos ascuas. Contusos, ligeramente heridos ó quemados, estaban otros muchos; pero ninguno de gravedad.

Esto es inconcebible.

Nuestro dolor al ver muerto al eminente ingeniero Alfredo Jee y en tan grave situacion á su hermano; nuestro asombro al encontrarnos los vivos; nuestro reconocimiento á Dios que nos habia librado; el terror del pueblo que nos cercaba; los penosos cinco cuartos de hora que se tardó en sacar á Morlando Jee de debajo de la máquina, cosa es que no acertaria á describir.

Yo dejé en el lance alguna parte del pellejo, á causa de los esfuerzos que hice para mantenerme dentro del wagon, pendiente sobre el despeñadero y atrozmente sacudido por la via que saltaba y por el wagon de atrás que se venia encima.

Mister Morlando Jee vive todavía, pero frio como el granizo y sin esperanzas de salvacion.

.....

Morlando Jee murió á la noche siguiente.

Los Corrales (Valle de Buelna).—1838.

---



---

# TOLEDO.

---

El ferro-carril de Castillejo á Toledo acaba de ser inaugurado, lo que quiere decir que la vetusta ciudad imperial se encuentra ya á las puertas de Madrid.

Con este motivo, exhorto á todos los amantes de la belleza artística y á todos los devotos de la escelencia histórica á que, pues es tan cómodo, tan rápido y tan barato el trasladarse á aquel museo de maravillas, vayan sin pérdida de tiempo á verlo por sus propios ojos.

En el ínterin, si á bien lo tienen, dígnense leer los apuntes que yo he hecho en mi cartera de viaje durante los dos dias que acabo de pasar en la Roma española, apuntes que, si no son una *Guia* ni mucho menos, revelan todo el entusiasmo que puede inspirar á un buen español aficionado á las artes, la venerable ciudad tantas veces cantada por Zorrilla.

.....

Toledo para un artista es un magnífico album, donde cada siglo ha colocado una página de piedra. Ver á Toledo es leer á un mismo tiempo la historia de España y la historia de la arquitectura.

Más rica en monumentos árabes es Granada, en obras romanas Segovia, en góticas el reino de Leon ó Castilla la Vieja; pero ninguna ciudad como Toledo lo encierra todo; ninguna como ella puede ostentar á un mismo tiempo grandes obras romanas, góticas, árabes, del renacimiento y de la época de corrupcion que siguió á este. Y consiste en que Toledo es una ciudad diez veces histórica, que diez veces ha resucitado de sus cenizas, que ha acumulado en su frente corona sobre corona, llegando al cabo á verse investida de toda la grandeza de nuestra historia.

Su fundacion, perdida en la noche de la fábula como todo lo épico, es para unos obra de Hércules, para otros se remonta á la fuente de los dias auténticos; al pueblo judío. Y lo mismo que la religion y el paganismo se la disputan, ved cómo luchan despues todos los invasores de España por engrandecerla...

¡Ah! no todos: que si bien es verdad que los bárbaros del Norte la respetaron hace quince siglos, no es menos cierto que los franceses del siglo XIX quemaron y destruyeron sus alcázares y templos!

De cualquier modo, Toledo ha sido la ciudad bienamada de los siglos. La antigua Carpetania la cuenta entre sus pueblos patriarcales, Roma entre sus colonias, entre sus esclavas los alanos, entre sus reinas los godos. En ella busca amparo el naciente cristianismo, y los renombrados Concilios toledanos enaltecen su fama en todos los pueblos visitados por los apóstoles. Será luego corte de Rodrigo y la avasallarán despues los árabes... Pero Toledo no habrá muerto todavía. Aún será corte de los grandes Alfonsos, amparo de los errantes judíos, asilo de Isabel la Católica y Carlos I, cuna, en fin, de los primeros albores de libertad en tiempo de las comunidades de Castilla.

Pues bien, toda esta grandeza, todo este poder, to-

da esta fortuna están escritos en sus innumerables monumentos. En una misma torre desmantelada, cuyo cimientto envejecido es una ruina de la dominacion de Roma, encontrais una ventana que ha sido ojiva gótica, luego ajime árabe, despues nicho del renacimiento, y últimamente balcon adornado de flores á que se asoma la hija del campanero. Allí veis horrados los junquillos y doreletes, notais el rastro del arco estalactítico, echais de ver un resto de friso greco-romano, y acaso encontrais un estravagante delirio de Churriguera; todo hacinado, revuelto, remendado, pero todo vivo, elocuente, revelador de su destino, haciendo meditar en la vanidad de los imperios y en las contiúuas trasformaciones de la humanidad.

La catedral, sobre todo, es la urna cineraria de todas las grandezas españolas. Cada civilizacion ha grabado en ella su nombre: cada generacion ha dejado el polvo de sus héroes. Más que como obra de arte, y eso que es un portento artístico, la catedral de Toledo infunde respeto y veneracion por los despojos que encierra.

Crúzase con un melancólico orgullo aquel museo en que todos nuestros artistas han labrado una columna, colgado un cuadro ó tallado un santo de madera; donde cada conquistador ha depositado las banderas de su ejército y los trofeos tomados al ejército vencido; donde los reyes han buscado sepultura, así como los poetas y los poderosos; donde uno dejó sus alhajas, otro su libreria, este su espada y su armadura, aquel las obras de su ingénio. Parece la catedral, considerada de este modo, una matrona antiquísima, una venerable abuela, á la cual cada uno ha contado sus tristezas, confiado sus secretos, legado su gloria, pedido consejo en la desgracia y dedebido una oracion en la hora de la muerte.

Allí duermen Enrique de Trastámara, el rey fraticida; allí los santos y los arzobispos que guerrearon contra los moros; allí los mismos arquitectos que durante muchos siglos fueron construyendo la catedral; allí Borgoña, autor de la mitad de la sillería del coro; D. Alvaro de Luna, el soberbio enemigo del feudalismo; D. Enrique III el Doliente y D. Juan I, y famosas reinas, y capitanes, y prelados, y damas hermosísimas, que reinaron en los torneos; allí están las banderas cogidas á los moros en cien batallas, y las perlas y los diamantes acumulados por los judíos y los frescos de Jordan y las esculturas de Berruguete, y verjas de cien autores, todas de un mérito asombroso, y mil reliquias, mil ex-votos, mil preciosidades auténticas, históricas, paleográficas, artísticas...

Lo repetimos: la catedral es un museo, un archivo, una biblioteca inmensa, donde el artista, el poeta, el arqueólogo, el historiador, todos los que aman lo pasado, encontrarán inagotables tesoros.

Pues si la consideramos ya como edificio, como obra de arquitectura, como templo gótico, ¡qué nuevas maravillas, qué riqueza, qué gracia, qué expresión, qué atrevimiento!

Allí está toda la historia del estilo gótico, desde el godo, anterior á la invasión de los bárbaros, hasta el gracioso y puro del siglo XIII. Allí están las portadas simbólicas como las de Nuestra Señora de París y las más elegantes de las catedrales de Burgos y Sevilla; las altas bóvedas, los vistosos rosetones, los aéreos doseletes, los casetones cuajados de estatuas en miniatura, las vidrieras de colores que filtran dulcemente la luz del cielo, mil y mil molduras y archivoltas que entretienen la vista y la imaginación por su interminable variedad...

¡Oh! no es dado proseguir en esta análisis. Despues



de la catedral, que no podría describirse en todo un volúmen, está San Juan de los Reyes, frondoso jardín de piedra; está el Alcázar, montaña ahuecada para elevar otra montaña sobre ella; estan las mezquitas, las sinagogas, los palacios, las mismas casas de la ciudad, recargadas de preciosidades artísticas, recuerdo de tantas generaciones poderosas...

Debo concluir: debo renunciar á dar una idea de lo que he sentido y pensado en Toledo: debo aconsejar nuevamente á todo el que me lea, que vaya, que mire, y comprenda que Toledo no puede ser descrito ni contado.

.....  
Llegaba el momento de abandonar los muros de nuestra ciudad eterna.

Una violenta tempestad me sorprendió en el campo, adonde habia ido á visitar el Cristo de la Vega, aquel de la leyenda de Zorrilla, y dirigíme por última vez á la catedral, á fin de despedirme de Toledo.

Crucé las puertas moriscas del Sol y de Visagra; subí desiertas y empinadas calles y llegué finalmente á la gran basílica.

Mi amigo el inspirado compositor Mariano Vazquez, á quien dedico este artículo, me esperaba allí, solo tambien, sentado delante del magnífico órgano llamado del Dean, arrancando de su hondo seno solemnes y patéticos gemidos.

Tocaba la *Marcha fúnebre en la muerte de un héroe*, debida al génio colosal de Beethoven.

Las bóvedas de la catedral temblaban en aquella tempestad de armonia. Las últimas luces de la tarde penetraban desfallecidas por los calados rosetones, dando fantásticos contornos á las figuras pintadas en los vidrios. El templo estaba solo...

El canto de gloria y de muerte que lanzaba el órga-

no, caía sobre tantas sepulturas, sobre tanta grandeza desvanecida, sobre tanta soberbia humillada, como un sufragio ó como un anatema... ¡No sé!

Perdido yo en la sombra de aquellas frias y solitarias capillas, creía que el *héroe* muerto de la composicion de Beethoven era el *honor español*.

*Desesperavi*, como dice Job.

A lo lejos me pareció oír las carcajadas de la moderna corte de España, confundidas con las risas de desprecio de los rifeños, de los mejicanos y de los ingleses. Hasta creí sentir el ruido de mejillas abofeteadas, y nuevas risas, y crujidos de huesos que se removían indignados bajo las losas de la catedral.

«¡Los extranjeros nos insultan!...» gritaba una voz en los aires...

El órgano había callado. Levanté la frente y quise huir... Pero ya era de noche, y las tinieblas me rodeaban.

En esto empezaron los sacristanes á encender algunas luces y entraron algunos viejos á rezar el *Ave-Maria* del anocheecer.

El ruido que yo había sentido era el viento; era la tempestad que azotaba la torre de la iglesia; era el latido de mi atormentado corazón.

Tres horas despues me hallaba en el café Suizo de Madrid.

Hiendelaencina 20 de junio de 1858.

---

---

## HISTORIA DE UNA NOVELA.

---

En Madrid, — en este picadero de caracteres indómitos, que no reconoce igual para aquello de convertir en hombres á los niños y en viejos á hombres; en este infierno de los ambiciosos y de los poetas, á donde venimos todos por curiosidad, y en donde todos quedamos cogidos por los pies, como leones que caen en una trampa; en esta tierra de los frios secos y de los veranos sin sombra, rodeada de cómodos y elegantes cementerios, que encierran ya veinte veces mas poblacion que la capital, pareciéndose en esto á aquellos favoritos enriqueños que llegaron á ser mas ricos que sus amos;—en Madrid, digo; en el Madrid odiado por las madres de provincias; en el Madrid deseado por los músicos, pintores y literatos de aldea; en el Madrid de dos caras, brillante la una como las carretelas del Prado, los palcos del teatro Real, los gabinetes de las grandes señoras, la amistad de los ministros y los grandes triunfos de la escena; y terrible y funeral la otra como el hospital y la cárcel, el canal y la casa de empeños, la pistola y el portero que dice «vuelva Vd. mañana», el académi-

co que devuelve el manuscrito sin leerlo y el editor que no necesita trabajo; en el Madrid, en fin, de la policia, de la grandeza, del saber, de la familia real, de la prensa periódica, de los pretendientes, de los actores, de los banqueros y del cuerpo diplomático, coma,

habia hace cuatro años, — ¡hace una eternidad, si se piensa en lo que ha sido de vosotros y de mí.... oh amigos míos!... ¡hace una eternidad, si nos ponemos la mano sobre el corazon y recontamos nuestras afecciones recíprocas, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras ambiciones, nuestros amores, nuestras alegrías!... ¡hace una eternidad si consideramos las miserias, las grandezas, los dolores, las vanidades, los olvidos, las locuras que han llovido sobre nosotros todos... pero, en fin, ¡no hace mas que cuatro años!...—

puntos suspensivos...

habia en Madrid hace cuatro años... (no importa en casa de quién... en casa de nadie... en casa de todos... en una casa cuya puerta no se cerraba ni de dia ni de noche), una gran mesa revuelta, adornada con un tintero-mónstruo y cubierta de cuartillas de *papel sellado* sin sello, en la cual escribian indistintamente diez ó doce literatos y poetas.

¿Sabeis por qué?

No porque fuera aquella la redaccion de un periódico, que allí no se cultivaba tan humilde literatura:— allí se escribian dramas, novelas y poemas. —Tampoco porque fuera aquella la casa comun, ni un club literario ni cosa parecida; sino porque en la habitacion inmediata yacia enfermo otro escritor, y todos sus amigos habiamos hecho de su casa nuestro cuartel general.

Mesa fué aquella en que escribió algunas come-



días el hijo de Larra, algunos dramas Luis Eguilaz, algunas novelas Agustin Bonnat, cantares Antonio Trueba, artículos económicos Antonio Hernandez y letrillas Manuel Palacio; en que se tradujo á Pelletan; en que hizo Arnao muchas canciones, y Castro Serrano varios artículos, y Rivera caricaturas, y Vazquez y Pizarro algunas acuarelas, y planos arquitectónicos Fernandez Jimenez, y yo, el menor de todos en edad, saber y gobierno, mis calaveradas de *El Látigo* y algunas de mis novelillas.

Hoy no sé que ha sido de aquella mesa: la busqué en las ferias este año, y no estaba: quizás haya sido convertida en leña, ó alquilada por otra nueva cria de literatos.

Pero vamos al asunto.

Un dia entré en aquella casa en ocasion que no habia nadie, si se esceptuaba el enfermo.

Lleguéme á la mesa, con objeto de escribir un artículo para *El Eco de Occidente*, revista de literatura que á la sazón poseia yo en Granada, y al buscar papel blanco en el pupitre, tropezé con dos cuartillas escritas por un lado y en letra muy menuda, que no eran ni más ni ménos que el principio de una novela.

No tenia título ni nombre de autor; pero la letra era de Luis Eguilaz.

Semejante al niño que descubre en un rosal un nido de ruiseñores, y lo deja sin tocarle, y lo oculta entre las hojas, y se aleja de puntillas, no por piedad que le inspira la jóven cria, sino para llevársela luego que los volantones tengan pluma, así yo, cazador de originales, coloqué las cuartillas donde estaban, á fin de que el buen Eguilaz concluyese la novela, y con propósito firme de robársela entonces y remitirla á mi malhadado *Eco*.

Cuando volví á registrar el nido, mi sorpresa, mi

júbilo, mi felicidad no tuvieron límites. Había cuatro cuartillas más, escritas en otra letra, en otro estilo, y ¡oh placer! con la palabra FIN al pié de la última línea.

Dichas cuatro cuartillas parecían de Agustín Bonnat. Entonces lo comprendí todo.

El autor de *Nunca* había llegado á la mesa después de salir yo, y encontrando las dos cuartillas que leí y respeté, creyó lo más oportuno concluir la novela á su modo y manera, dando este chasco al autor cuando volviese á continuarla.

Yo no vacilé ni un momento; cogí las seis cuartillas, las leí, las bauticé con el título de *Honni soit qui mal y pense*; puse epígrafes á los capítulos, añadí un epílogo al final, metílas en un sobre, y se las eché en la boca á uno de los dos leones de la calle de San Ricardo.

Al otro día, cuando Eguilaz y Bonnat buscaron, el uno el principio de su novela y el otro el resultado de su broma, no pudieron explicarse lo ocurrido, ni yo les dije una palabra sobre el particular, pues quería sorprenderlos enseñándoles su obra impresa.

Pero ¡ay! ¡ya era tarde!—*El Eco de Occidente* había muerto de hambre de original antes de que llegaran las seis cuartillas.

No se ha impreso, pues, hasta el presente aquella novela de Eguilaz y Bonnat, que ellos creerán perdida. Hoy, como hace cuatro años, necesito un artículo. Las seis cuartillas han vuelto á mi poder con toda la testamentaria del *Eco*. Las he leído y me han gustado. ¿Me perdonarán sus autores si las publico sin su anuencia?

Creo que sí. (1)

Madrid, 1858.

---

(1) La novela «*Honni soit qui mal y pense*» se publicó en el periódico «*La América*», precedida del anterior prólogo.

---

# EDGAR POE.

---

## I.

### CARTA Á UN AMIGO.

Mi querido Pedro:

Hace cosa de un año que circulan por Madrid diez ó doce ejemplares de una obra titulada *Histoires extraordinaires*, traduccion francesa de la que escribió con el mismo título el anglo-americano *Edgar Allan Poe*. Esos diez ó doce ejemplares habrán pasado á estas horas por más de doscientas manos; tal es el espíritu de asociacion y de economía que reina entre los lectores españoles, y tal, al mismo tiempo, el entusiasmo que han producido en los doce primitivos propietarios las *Historias estraordinarias* en cuestion. *Edgar Poe* ha sido, por consiguiente, el autor de moda en el pasado invierno. Lo que en 1847 sucedia con *Martin el espósito* y en 1853 con *Verdades amargas*, eso ha pasado en 1858 con el poeta del nuevo mundo. Damas y caballeros se decian: «¿Por dónde vá Vd.? ¿Ha llegado Vd. al *Escarabajo de oro*? Mándeme Vd. el tomo primero cuando lo concluya...» y otras cosas por el estilo. Y los doce ejemplares rodaban por las me-

sitas de noche de apetecidas hermosuras y de crucificados personajes, y la inexorable beldad leía un volumen, mientras el rendido adorador terminaba el otro, y este buscaba en una página la huella de las uñas de aquella, y aquella notaba el olor á tabaco que habia comunicado este á la encuadernacion, y un literato encontraba la nota que otro habia puesto con lápiz al márgen de tal ó cual episodio, y todos, en fin, se daban *citas mentales* y tenían *conversaciones imaginarias* sobre el capítulo A ó B, al modo de peregrinos que van escribiendo su nombre sobre la poga de Jagrenat.

Los que no leen el francés se desesperaban de no poder tomar cartas en el asunto, y como estos son muchos todavía, ocurriósele á un editor de Barcelona publicar en castellano las *Historias extraordinarias de Edgardo Poe*, idea que al poco tiempo halló eco en otro editor de Madrid. Dentro de pocos dias, por consiguiente, va á apoderarse nuestro público de una obra que hasta aquí fué patrimonio esclusivo de unos cuantos iniciados. Ninguna ocasion mejor, mi querido Pedro, para que yo te ponga al corriente de lo que significan ese libro y ese autor, á fin de que sepas lo que te compras ó á lo que te suscribes, si por acaso te ocurre gastar dinero en proporcionártelos, aunque lo mejor será que busques quien te los preste y comunique á uso y estilo de buenos peninsulares.

## II.

Edgar Poe es el lord Byron de la América del Norte, ya que no por la índole de sus obras, por los rasgos principales de su vida.—Mucho me sorprende que ninguno de sus biógrafos haya reparado en los infinitos puntos de contacto que existen en los caracte-



res del inglés del nuevo mundo y el inglés del mundo viejo.

Huérfanos los dos,—pues para mí la madre de Byron no mereció nunca este santo nombre;—hermosos, altivos é inquietos desde la niñez, introducen la perturbacion en los colegios y universidades que frecuentan, haciéndose notar por su amor á los ejercicios gimnásticos, á la bella literatura, á la soledad y al desórden. El uno desde Lóndres, y el otro desde Baltimore, visitan la Escocia en sus primeros años. Ambos recorren el Oriente en su juventud, atraviesan toda la Turquía y fijan sus ojos en Grecia. Si Byron muere enfrente de Misolonghi defendiendo la independenciam de los helenos, Poe arriba á Atenas reclamando un puesto entre los suliotas para combatir á los turcos. Acércanlos aun más sus pretensiones (muy justas por cierto) de grandes nadadores: el autor de *Manfredo* atraviesa el Helesponto á nado como Leandro; el autor de *Eureka* triunfa de todos en una regata en el lago *Ohio*. La intemperancia con las mujeres desacredita al europeo; la intemperancia con los licores espirituosos mancha la reputacion del americano. Escépticos los dos, soñadores, nómades, aventureros, mal avenidos con las leyes y costumbres de su patria respectiva, se hacen blanco de las iras de sus compatriotas, escitan su ódio y su persecucion, y tienen que huir mas de una vez á remotos climas en busca de un amigo que les tienda la mano, de un palmo de tierra que los soporte, de un público que no les sea enemigo. Vemos zozobrar á ambos entre la opulencia y la ruina, ser el mejor adorno de los salones y huir á cada instante de los alguaciles; arreglar su vida monacalmente y caer á los ocho dias en mayores escesos y agitaciones; asombrar al público con sus escritos y espantarlo

con sus escándalos; ser acuchillados por la crítica y palmoteados por las masas, y por último, vemos que el bardo inglés muere á los treinta y seis años y el poeta americano á los treinta y siete, siendo para los dos la muerte una rehabilitacion, un triunfo, una apoteosis.—El duelo nacional ahogó allí como aquí la voz de la crítica, y en la fúnebre oscuridad de su apagada existencia destacáronse luminosas é impecederas sus inspiradas é inimitables obras.

Tales fueron estas dos vidas de gloria y tempestad, en que el individuo, para luchar con sus contemporáneos, echó mano de sus vicios y de sus virtudes, de su ruindad de *hombre* y de su grandeza de *genio*, de todo lo que constituia su triste y complicada naturaleza; lucha desigual y terrible en que la colectividad, contribuyendo á óbolo de virtud por cabeza, resulta siempre más honrada que el rebelde, y el rebelde,—el Byron ó el Poe,—levantándose á otras regiones donde no rigen los códigos humanos, resulta más glorioso que la colectividad.

Pero reduciéndome á *Edgar Poe*, y para completar el cuadro de su vida, te diré que nació en Baltimore en 1813, de una noble y riquísima familia, lo que no evitó que sus padres, á fuerza de ser alegres y derrochadores, tuviesen que agregarse con el tiempo á una compañía de cómicos de la legua. A poco de nacer Edgar, quedó huérfano; pero tal era su hermosura, que Mr. Allan, rico negociante de aquella ciudad, lo recogió y adoptó; por lo cual el poeta se llamó en adelante *Edgar Allan Poe*. Se casó, y fué un modelo de esposos; perdió á su mujer al poco tiempo, y aquí termina la historia de sus amores. Para que todo sea original en este carácter,—originalidad que ya te describiré al tratar de sus obras,—tenemos que vivió toda su vida con su suegra, que lo amaba como á un hijo,

y á quien él queria y respetaba sobre todas las cosas de la tierra. De sus viajes ya te he hablado. Desde San Petersburgo hasta el cabo de Hornos, de Jerusalem á los Esquimales, recorrió todas las zonas, pudiendo decirse que la tierra entera fué su pátria.

Por lo demás, tan pronto lo hallamos en la escuela militar de West-Point, como de redactor de una *Revista* en Richmond; engánchase un dia de simple soldado, y al poco tiempo reaparece publicando un tomo de poesías; ya es la admiracion y el ídolo de la mejor sociedad de Filadelfia y de Nueva-York por sus distinguidas maneras, por su elegancia y su singularísima hermosura, proverbial en toda América, ya se le encuentra en tabernas inmundas bebiendo rom y aguar-diente hasta *alcoholizarse*, segun su tremenda expresion. Esta escitacion, la índole de su inteligencia, la estension fabulosa de sus estudios y la propension de su espíritu á lo extraordinario y fenomenal, produjeron en él una enfermedad horrible, el *delirium tremens*, que al cabo lo mató la noche del 7 de octubre de 1849, en una taberna de Baltimore.

Prescindiendo ahora del hombre,—cuya biografía completa puedes leer al frente de la coleccion que Bandelaire ha hecho de sus obras,—paso á hablarte de las *Historias extraordinarias*, asunto principal de la presente epístola.

### III.

El autor de la maravillosa novela *Aventuras de sir Arthur Gordon Pym*, que ya conoces, es, como habrás podido ver, una especie de cismático en el seno de la literatura universal, el cual se ha formado una estética toda suya, y busca *lo bello* por diferente camino que los demás escritores.

Creo que debe clasificársele entre los poetas fantásticos, puesto que coloca sus creaciones lejos del mundo real y propende á exaltar y turbar la mente de sus lectores; pero hay que notar que su fantasía busca lo imposible y lo sobrenatural fuera de las regiones ya visitadas por la fé calenturienta de los místicos ó por la duda inquieta de los escépticos.

Hasta aquí se habia visto que un poeta describiese los arranques extraordinarios de la pasion, los delirios del crimen, los milagros del amor, los tormentos eternos del desengaño. Los seres en que se encarnaban estos sentimientos gozaban como los ángeles ó sufrían como los demonios: la soberbia del dolor y la rebeldía del orgullo creaban caracteres inmensos, melancólicos, que se daban aires de dioses destronados, y de aquí *Childe-Harold*, *Manfredo*, *Werther* tambien, *Lelia* sobre todo, y para decirlo de una vez, todas las tétricas figuras del romanticismo. Lo sobrenatural de estas creaciones consiste en el sentimiento, en el brío de la pasion, en la violencia del deseo satánico luchando con la frágil naturaleza humana. Prometeos atados á la tierra, levantaban al cielo poderosos gritos que estremecían los aires: panteistas sin saberlo, decoran la creacion con arreglo á sus sensaciones, y el sol, la luna, la noche, el Océano, la humanidad, y hasta Dios, no tenían otra vida que la que su dolor les daba, ni eran más que testigos de sus tristezas, creaciones secundarias que giraban en torno de su espíritu solitario.

Tambien se habian visto otros poetas fantásticos, y de estos Hofmann es el inmortal caudillo, que, para asombrar á los lectores, invadian los temerosos reinos de la muerte, el campo tenebroso de las imaginaciones enfermizas, poblado de cadáveres y aparecidos, de almas en pena y espectros ensangrentados. Es hija



esta poesía de la edad media, de la superstición y de la barbarie, del ascetismo de los unos y de la criminal existencia de los otros, y forma parte de la *mitología católica*, entendiéndose por esta frase todo lo puramente imaginativo que los poetas místicos y las beatas de cien años refirieron á la luz del hogar, en noches de diciembre, al son del viento y de la lluvia para dormir á los niños ó cobrar los diezmos. Duendes, brujas, resucitados, gatos negros, tentaciones del Demonio, metamorfosis de este revoltoso espíritu y otras invenciones que moralizaban por el miedo, dieron asunto á mil cuentos y consejas que todos hemos oído en nuestra niñez, y que debían de asociarse luego con la mitología antigua y el filosofismo moderno en el admirable poema de los alemanes; en el *Fausto*.

Ahora bien; *Edgar Poe* no es lo uno ni lo otro: ni aterra con las pasiones ni con las creencias; ni el corazón ni la imaginación son su teatro; no es escéptico ni místico; es racionalista, es sábio, es matemático, es ateo. Quiero decir que su fantasía se emplea en la inteligencia; que lo que en todo tiempo fuera el amparo, la defensa, el arma de la verdad; lo que siempre sirvió para combatir todo linaje de fantasmas; la piedra de toque de la idolatría y del miedo; la luz que redujo á sus formas lógicas y naturales todo afecto loco y devastador, como toda creencia febril y extravagante; la razón, para decirlo de una vez, llamada *lugar teológico* por los mismos que la proscribían como sacrílega é impotente, fué el apoyo que buscó el poeta anglo-americano para probar lo imposible, lo extraordinario, lo estranatural, lo inverosímil.

¡Descomunál empresa! ¡Llamarse ateo y aspirar á fantástico! Poe triunfó, y esta es su gloria.—Son pues, todas sus obras una continuada *petitio principii*; una hábil aplicación del maquiavelismo más refina-

do; *un ser y no ser* á un mismo tiempo, cuyo absurdo no encuentra la razon; una prueba constante del poder de la inteligencia humana; pero un ataque implícito á esa misma inteligencia, tan fácil de sorprender con lo irrealizable y de persuadir con lo inconcebible.

Partiendo de lo vulgar y admitido; apoyándose por lo regular en las ciencias físicas y matemáticas, que le eran sumamente familiares; tomando de un lado alguna olvidada quimera de astrólogo ó de alquimista, y de otro el más irrealizable conato de magnetizador ó de mecánico; abultando lo accesorio y pasando ligeramente sobre lo principal, *Poe* nos hace creer que ha estado en la Luna y en el Polo; que ha volado; que una momia habló cinco mil años despues de embalsamada; que puede encontrarse un alfiler en el fondo del océano; que un hombre lee todos los pensamientos de otro; que puede un náufrago entrar en el *Maelstrom* y salir de él ileso; que los cadáveres tienen conciencia de sí mismos!.... Para esto emplea, con un humor superior al de Heyne, el tecnicismo de todas las ciencias y la charlataneria de todas las utopias; convierte en sustancia todo lo que se ha imaginado é intentado hacer con la pila de Volta; apela á la química, á la medicina, á la zoología, á todos nuestros conocimientos incompletos é inexactos; trueca lo experimental en absoluto, yazona toda su paradojal argumentacion con un lenguaje, con un estilo, con una retórica viva, palpitante, persuasiva, flexible, acomodada á todos los asuntos, árida aquí, sombría allá, pintoresca siempre, y admirable por la exactitud con que logra hacer pensar y sentir á los lectores aquello mismo que era el propósito y el deseo del autor.

Esta poesia científica, esta literatura *grotesca y arabesca*,—como él la llamó una vez para significar que

sus formas escluian todo parecido con lo humano;— este afán de hacer general lo escepcional; aquella luz fosfórica que alumbra todos sus cuadros, pueden definirse, ó al ménos yo los defino, de esta manera:— El secreto de Poe para conmover como conmueve, para persuadir como persuade con sus más inverosímiles cuentos, consiste en una especie de escamoteo de ideas y de palabras que deslumbra y desconcierta al lector. De aquí se deduce que es un habilísimo psicólogo, que vé por intuicion—y esto se esplica por su exaltada existencia—cómo se piensa, cómo se siente, cómo se cree y cómo se duda, cuáles la misteriosa concatenacion de las ideas, y dónde nace y á dónde va á morir cada sensacion, dado como cosa corriente el comercio de lo físico y de lo moral, ó sea el contacto del espíritu, cuya penetrabilidad infinita excluye toda idea de resistencia, con el cuerpo, cuya inercia no pudiera turbar la voluntad sola, negados los milagros del magnetismo.

Cuando las *Historias estraordinarias* no fueran un maravilloso alarde de la inteligencia humana, una lectura sumamente interesante, una obra literaria de gran mérito, como método y estilo, y una evaluacion *exagerada* de las conquistas que el hombre ha hecho sobre la naturaleza, todavia no dudára yo en recomendártelas, como un medio de despertar la aficion á las ciencias naturales y matemáticas en los espíritus poéticos,—enemigos de lo exacto en fuerza de orgullo, y de lo experimental á causa de su pereza.

Despues de leer á Edgar Poe, puede acontecer que un hombre inútil deje á Virgilio y coja á Berzelius y abandone á Petrarca por Cuvier, Humbold ó Mesmer.

Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, te lo demande.—*Pedro.*





---

## CARTA Á EMILIO CASTELAR,

Á PROPÓSITO DE SU LIBRO «LA CIVILIZACION EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA».

Querido Emilio: Llevo dos horas de escribir cuartillas y de romperlas. —Créeme: yo no sé juzgar tu libro: lo confieso con franqueza.

Acostumbrada mi imaginacion á estudios ligeros; enervadas mis facultades intelectuales, débiles de suyo, por una pereza de muchos años; abrumado por tanta elocuencia, por tanta poesía como rebosan tus lecciones; frente á frente con tu brillante y revelador estilo; vivos en mi memoria aquellos momentos de frenético entusiasmo que pasé oyéndote en el Ateneo, cuando á la mágia de tus ideas se unia la de tu palabra arrebatadora, nada se me ocurre que decir que no sea vulgar y pálido; que no discrepe de la grandeza del asunto; que no fuera contra tu obra, porque la redujese (á los ojos de los que me lean y no la hayan leído) á las exiguas proporciones de mis alcances, ó que no fuera contra mi crédito literario, porque diese al público el secreto de la postracion de mi espíritu y de la escasez de mis fuerzas.

No miento, no te adulo, no me escuso. Te digo la verdad, ó por mejor decir, te repito lo que me has oído tantas veces.

Yo, Emilio, no vivo en el mundo que viene á iluminar tu obra: yo no tengo simpatías ni antipatías históricas ó historiales: yo soy completamente indiferente en filosofía, y en otras cosas más serias: yo no creo ni dejo de creer en esos criterios fatales ó providenciales, de penitencia ó de progreso indefinido, que á muchos os hacen ver la historia *á priori*. Yo soy un hombre de lo presente; enemigo de lo pasado por instinto, y medroso de lo futuro por religion y apego á lo poco bueno que me rodea. Yo, en fin, no tengo nada que ver con las ideas que presiden á tu obra: no las amo; no las odio; no las niego; no las concedo:—no me importan. Te admiro cuando eres artista; te envidio cuando poeta; me asombras cuando erudito; no te comprendo cuando filósofo... Hablas un idioma que no poseo: ¡mengua para mí que no lo he aprendido!— ¡Consecuencia tristísima del ócio en que se arrastra mi juventud!

No, no puedo juzgar tu libro.—Que el mundo marcha; que la humanidad camina por la senda de un perfeccionamiento progresivo; que hoy somos más felices y más grandes que ayer.—Nada me atrevo á responderte; solo sé que lo dices con elocuencia, con lógica (dentro de las convenciones á que te atienes), con calor, con abundancia de citas y testimonios.

Pero noto, Emilio, que tambien tú,—perdona,—estás un poco picado de mi eclecticismo, solo que en tí es activo y en mí pasivo; en tí fruto de una múltiple afirmacion, como en mí de una denegacion tan infinita que acaba por negarse á sí propia.

Noto,—(y al llegar á este punto empiezo á sospechar que esta carta va á suplir por el artículo que no

podia escribirte y por la revista que hoy me piden en la *Epoca*; pues voy metiéndome insensiblemente en harina, y ya se me ocurren muchas cosas que decir, y cuento lo bastante con la bondad del público para esperar que me dispense la llaneza de un escrito que, juro y perjuero, no pensaba publicar)—noto, decia, mi querido Emilio, que tú, más que nada, eres un gran poeta, ó por mejor decir, que tú *solo eres un poeta*; poeta de la nueva raza; poeta de pensamiento, no de corazon; poeta objetivo, que dirias tú; pero no al modo de Homero y de los grandes poetas objetivos de la antigüedad clásica; no poeta sacerdote de los dioses inventados, de las grandezas forjadas en la imaginacion, de las religiones, de las fábulas y de los mitos; sino poeta de los hechos, de las ciencias, de las artes, de la naturaleza, de los mundos. Así se explica, —y vuelvo á lo de tu eclecticismo positivo, activo, afirmativo ó como quieras llamarle,—así se explica que, creyéndote demócrata, te estases ante lo privilegiado; que quemes incienso lo mismo ante los emperadores que ante los repúblicos; que admires las grandes conquistas de la razon humana, juzgándola piedra de toque de todo lo conocido y sentido, y cantes al mismo tiempo los misterios y la revelacion; que te digas sectario de la ciencia moderna, amante de la revolucion, soldado del progreso, hombre del siglo XIX, filósofo aleman, y luego aparezcas católico, apostólico, romano, adorador del culto externo, de la pompa de las catedrales, de la fé sencilla de los pastores, etc. etc. Así se comprende, en fin, que en unas páginas de tu libro seas panteista y te expliques el mundo por la unidad de la materia siempre en movimiento, y en otras hables de cuerpos y de almas, de cielos y de infiernos, de libre albedrio y de Providencia, de predestinacion y pena y castigo.—Aquí

cantas el mundo pagano; allá el cristiano; en una parte te guia el entusiasmo artístico y levantas sobre toda beldad la belleza de la forma: en otra parte, arrebatado en alas de tu caridad, rindes culto á la belleza moral, á la virtud, al derecho, al sufrimiento, al martirio. Todo lo amas, pues; todo lo admiras; todo lo cantas.—¿Cómo no, si eres poeta? ¿Cómo no, si eres artista?

Artista y poeta eres, que traduces las armonías de toda la creacion. Toda hermosura te tendrá siempre de su lado. Aquí ensalzarás el interés dramático de un crimen ó de una abominacion; allá el contorno épico de un conquistador cruel y sanguinario: un dia te entusiasmará el fragor de una batalla y alzarás himnos al Dios de los ejércitos; otro, clamarás por la paz universal y llamarás verdugos á Alejandro y César.

Leyendo á tus filósofos, compadecerás á los pueblos que toman por lo sério las mil y tantas sectas religiosas que aun hay sobre la tierra: leyendo el Evangelio, compadecerás á los filósofos y bendecirás á tu madre que inflamó en tu corazon el amor á la Virgen María.

Tal eres, Emilio; tal es tu obra; tal soy yo; aunque pasivamente, como te dejo dicho.

Yo, pobre poeta por el corazon, me baño perezosamente en el mar del sentimiento, sin querer tocar á sus orillas, sin saber siquiera dónde se hallan: tú, poeta por el pensamiento, te remontas á las nubes, recorres los espacios y los tiempos, resucitas generaciones, ves lo pasado, sueñas con lo futuro, hablas con los héroes y con los profetas, con los mártires y con los emperadores, los adivinas, los idealizas, los retratas y los presentas agrandados por tu imaginacion al público absorto que fanatizas.



¡Cuánto pudiera decirte al llegar á este punto, si hoy te considerara como orador, querido Emilio!—Día vendrá en que mi tosco pincel ensaye la árdua tarea de retratarte en la tribuna, cuando, trasfigurado y sublime, suspendes el ánimo del auditorio, te apoderas de su razon y de sus sentidos, mago, magnetizador ó poeta *iluminado*, y lo obligas á pensar, á sentir, á desear lo que tú piensas, lo que tú sientes, lo que tú deseas. Hoy hablo con el pensador, con el escritor, *contigo*, Emilio... Con el otro, con el orador, con *Castelar*, no emplearia yo argumentos; no le escribiria cartas; no investigaria la verdad de lo que dijese: aplaudiria y lloraria como todo el mundo, y le daria la razon aunque negase la luz del dia.

Pero al escritor, al pensador, al autor del libro que acabo de leer, ya ves con qué desenfado le he dicho lo que me ha parecido bien.—La pereza me impidió consagrarte un artículo; la pereza ha hecho escribirte esta carta; la pereza tambien me ha servido de musa. Oye la última observacion de mi pereza.

Dime, Emilio (perdona que vuelva á las andadas), ¿crees tú con todo tu corazon en ese *fatum* histórico que persigues en tu libro? ¿Crees en el progreso? ¿Crees en la civilizacion?

No me he esplicado. Te lo diré de otro modo.

¿Crees que la humanidad es hoy más feliz que hace quince siglos? ¿Crees que los derechos individuales y los bienes materiales remunerarán al hombre la felicidad que el progreso le ha robado al ilustrarlo? ¿No adviertes que á medida que cunde la cultura, la sociedad enferma de muerte? ¿Sientes tú el malestar general? ¿Notas el sello de melancolía que lleva en el rostro nuestra generacion? ¿Nada te dice la muerte de la literatura y de las artes?—O, valiéndome de otras fórmulas: la civilizacion, ¿es la felicidad? ¿No es más

feliz el ignorante que el avisado, el estúpido que el filósofo, el fanático que el escéptico? —Asómate á Lóndres, Emilio, y medita dos horas: dime en seguida si camina el siglo hácia la perfeccion ó se hunde hácia la locura.

Pero no me hagas caso. Todo lo que te digo tiene contestacion, que ya me han dado muchos filósofos. Solo te ruego que no me juzgues enemigo de la civilizacion por lo que acabo de decir. En medio de todo, si los tiempos presentes me parecen desgraciados, los tiempos pasados me parecen vergonzosos. ¡Amo á la humanidad, Emilio, con un sentimiento de compasion tan hondo, que comprendo la muerte en cruz con tal de redimirla de la tremenda situacion en que se encuentra! —Ningun camino es el de su dicha. —¡Por todas partes abismos! —¡Por todas partes el hombre enemigo de su hermano!...

¿Ves? el propio peso de mis ideas me hace caer en la necesidad de otra vida y en la teoría del mérito y la penitencia, que hace de este mundo una peregrinacion y un ensayo... Si no, ¿cómo nos esplicariamos un mundo tan perfecto y una humanidad tan desgraciada?

Dáme pena concluir aquí mi carta: yo quisiera *acabar* sin que hubiese en mi epístola *última palabra*. Es decir, que despues de escrita la última, quisiera escribir otra negándola, y luego otra negando esta, y así hasta lo infinito; hasta que formarás idea exacta de todo lo que opino respecto de las grandes cuestiones que tratas en tu admirable obra; —cuya *idea exacta* consistiria en comprender que yo no respondo de ninguna opinion mia.

Pero de lo que sí respondo, Emilio, es de que tú, poeta ó filósofo, historiador ó artista, escritor ú orador, racionalista ó católico, demócrata ó cortesano,

eres ya, siendo tan jóven, una verdadera gloria nacional, de que deben estar ufanos todos los españoles, lo mismo tus amigos que tus enemigos (desgraciadamente careces de estos últimos); tus compañeros y tus adversarios, quise significar; los hombres, en fin, de todas las escuelas y de todos los partidos; pues tu genio, tu elocuencia, tu erudicion, tu imaginacion extraordinaria, la pompa de tu estilo, la brillantez de tus imágenes, la lucidez de tus juicios, son altas cualidades que debes al cielo, y que, ya las emplees en la verdad, ya en el error, aumentan diariamente los tesoros de la patria literatura.

Sabes que, aunque te admirara menos, te querria lo mismo...

Madrid 1838.

---





---

# AGUSTIN BONNAT.

---

## NECROLOGÍA.

### I.

Lo sabíamos hace mucho tiempo..... ¡y él lo ignoraba!

A principios de este otoño la fúnebre noticia nos heló de espanto á todos sus amigos.—AGUSTIN BONNAT se moría....! ¡Estaba tísico... se consumía lentamente... ¡no había esperanza!

¡El agudo folletinista, el novelista delicado, el narrador humorista y estravagante, el que todo lo dijo siempre con la risa en la boca, el que nunca habló seriamente con el público; aquel ingenio, en fin, semi-francés, semi-aleman, raras veces español, que tan brillantemente apareció hace cinco años en el palenque de la literatura, yacía como Henry Heine en una butaca, devorado por la fiebre, agonizando en lo mejor de su juventud, sin sávia en las venas, decrepito, agostado como una flor sin agua, como una palmera sin sol, como un pájaro sin aire!

¡Y él lo ignoraba! — ¡Él soñaba con la vida y el

amor, con la naturaleza y el arte, con la ciencia y la literatura! ¡Él se creía jóven y fuerte; esperaba todos los dias salir á la calle al dia siguiente; pedia que le llevasen á la nueva *Exposicion de pinturas*, recordando, sin duda, que escribió la crítica de la de hace dos años; hablaba de trabajar y de brillar en el mundo; confiaba en la vuelta de la primavera; preguntaba por sus amigos; reia; se embelesaba con la música; pedia flores y libros; se interesaba en la política; averiguaba la moda; encargaba billetes para los teatros; vivia, en fin, con toda su alma, con toda su esperanza, con todo su ser, con todo su genio... en el borde mismo del sepulcro!

¡Y nosotros lo sabiamos!—Todos los dias aguardábamos la terrible nueva.... Cada cortejo fúnebre que encontrábamos, temiamos que fuera el suyo... Toda campana que doblaba, murmuraba su nombre en nuestros oidos.... El viento lúgubre de noviembre, azotando de noche las paredes de nuestra casa, nos parecia su eterna despedida... Al amanecer de cada uno de estos dias negros, lluviosos, melancólicos, que han sucedido á la *conmemoracion de los difuntos*, nos parecia que el infinito duelo de la naturaleza lloraba la partida de Agustin, verificada acaso la noche antes... ¡Y el vértigo del mundo y de los placeres, los sueños de ambicion y de esperanza, el cotidiano recogimiento despues de largas horas de vanidad y de locura, y el renovado comienzo de dichas, trabajos y penas que nos aguardaba cada mañana al saltar del lecho, eran á nuestro corazon, atribulado bajo tan terrible amenaza, punzadores remordimientos y dolorosos sarcasmos!—Él moria... él habia muerto quizás en aquel instante, y nosotros seguiamos viviendo unas horas que fueron su esperanza y su codicia.

¡Oh! Y si al morir habia despreciado cuanto deja-

ba en la tierra, ¡qué mengua ó qué desventura la nuestra, seguir apurando el cáliz que él apartó de sí en la última hora!—¡Vivir más que los que amamos, es una insolente fortuna! ¡Es quizás una humillacion y una desgracia!—F!los se van, mas felices que nosotros; preferidos, predilectos, bien amados del eterno dispensador de la vida y de la muerte.... Y nosotros quedamos aquí, ufanos de nuestra longevidad, egoistas, buscando razones para enorgullecernos de sobrevivir; diciendo acaso con temerosa candidez: «Pues que yo sé que él ha muerto, indudablemente existo todavía...» A lo que contesta otro monstruo de la imaginacion: «Muchos jóvenes mueren en torno mio: quizás soy yo de los destinados á llegar á viejos...» ¡Misericia, locura humana!

¡Agustin! Así hemos pensado muchas veces, durante tu agonía, que no ha sido la tuya, sino la de los que te amábamos.—Pero ¡ay! ¿á qué te hablamos ya! —Ayer no pudimos decírtelo porque vivias... y creias en la existencia.—¡Hoy... ya no nos oyes!.....

Hace tres dias, el sábado, se entreabrió la nublada atmósfera, dejándonos ver el azul de la inmensidad. —Los rayos del sol alegraron la tierra despues de muchas semanas de lobreguez y de marasmo.—Fué una mañana hermosa, riente, pura, rica de luz, de aromas y de armonías.—Las miradas de los hombres vieron por algunas horas la esplendidez del cielo... Las almas, asfixiadas en el ambiente mezquino y luctuoso de esta cárcel sombría, volaron por entre las rotas y flotantes nubes buscando espacio y libertad...—A la tarde, cerróse de nuevo el horizonte, y tornó la tierra á su tristeza y abandono, y volvió la naturaleza á su llanto...

Durante aquella esplendorosa y fugitiva mañana,

el alma de Agustin Bonnat habia abandonado este mundo.

¡Y soy yo quien lo digo! ¡Era yo quien habia de escribir sobre tu sepultura! ¡Era esta pluma mia, que tú cogiste tantas veces en mi lugar; que grabó tu nombre en mis folletines uno y otro año, desde Andalucía, desde Valencia, desde París, desde Segovia... era yo, tu compañero, tu amigo, tu camarada literario, quien habia de quedar solo, enfrente de *nuestro* pupitre, escribiendo *un artículo más*, con imágenes y figuras retóricas, destinado á tal ó cual periódico, entre una *Crítica de teatros* y una *Revista de Madrid...* y ese artículo, ese trabajo literario, esa produccion mia, que tú ya no leerás, habia de ser tu *necrología*, tu oracion fúnebre, tu *epitafio*, Agustin; tu partida de sepelio! — ¡Ah! ¡Triste privilegio el mio! ¡Quién te lo dijera!

## II.

A las cuatro de la mañana del 27 de noviembre de este año de 1858 murió Agustin Bonnat.

Unos cien amigos suyos, literatos y artistas casi todos, acompañamos el ataúd en que iba encerrado su cuerpo.

En las afueras de Madrid, en el cementerio de San Nicolás, patio de San Pedro, número 87, se habia cavado un hoyo en la tierra,—tal fué su deseo pocas horas antes de espirar,—y en ese hoyo quedó sepultado aquel que, hacia algunas horas, encerraba en sí mismo el universo entero.

Silenciosos é inmóviles, vimos hundirse en el polvo de la nada al que habia sido tal como nosotros, jóven, activo, entusiasta, poeta.—Sus pasiones, sus pensamientos, sus proyectos, sus esperanzas, sus re-



cuerdos; los seres que vivian en su corazon, y este corazon, vida de muchos seres; el hijo, el hermano, el amigo, el amante, el literato, el artista, todo lo que significaban aquel cuerpo y aquel nombre, desapareció bajo una capa de tierra.—A los pocos instantes, ni huella de él.—El suelo, nivelado por el enterador, era transitable ya para los vivos.—Una gota de agua habia caido en el Océano.—Aquel ser complejo, que absorbía la creacion por medio de sus sentidos; que veía, que aspiraba, que oía; que se asimilaba la vida universal, y que, en cambio, inundaba todos los espacios, todos los tiempos con su imaginacion, recordando ó deseando, adivinando ó creyendo.... habíase desvanecido como una sombra; y cuanto á él acudia ó de él emanaba, cuanto constituía el ya desenlazado drama, el consumado fenómeno de aquella existencia moral y corpórea, metafísica y *espiritual*, era como herencia que dejaba al mundo, á nosotros quizás, más inmediatamente que á nadie, puesto que nos hallábamos sobre su tumba y nos habíamos repartido en vida su palabra, su amor y su inteligencia....

¿Quién sabe?—La creacion universal conserva su armonía, aunque desaparezcamos los hombres.—Bonnat no quedaba allí.—Él, tan infinito pocos momentos antes, no hubiera cabido en una sepultura!

Mil años despues que volviéramos, ni su ceniza, ni rastros de ella encontraríamos.—¿Á qué hablar, pues, de vida y muerte? ¿Qué es el morir?—Basta la conciencia; basta la mera iniciacion de la idea de nuestra inmortalidad, para que el fenómeno fisiológico que llamamos muerte deje de significar término de existencia.

¡Así, Agustín, de pié sobre tu sepultura, medité en nuestro destino! Mi espíritu se elevó al cielo en bus-

ca de un Dios y de tí; y cuando me alejaba del cementerio, ni lágrimas de despedida, ni tan siquiera una mirada dirigí al lugar donde habia visto tu cuerpo por última vez.—No; ¡tú no quedabas allí!... ¡La fé arrogante que mi alma tenia en sí misma en medio del cementerio d'jome muy alto que tu alma existe y goza en la eternidad!

### III.

Agustin Bonnat nació en Madrid el dia 29 de diciembre de 1831. — Desde los doce á los diez y seis años de edad estudió en un colegio de Francia, á lo que debió que el idioma francés le fuese tan familiar como el español. Cursó la jurisprudencia en Madrid, dedicándose á la pintura en sus ratos de ocio, y denotando muy felices disposiciones en tan difícil arte. Sabia las literaturas latina y española mas profundamente que hoy se acostumbra. Su novelista favorito fué siempre Alfonso Karr, á quien imitó muchas veces con felicísimo éxito, y su poeta querido Henry Heine, de quien tradujo algunas baladas y leyendas.

Hasta el año de 1853 no se dió á conocer como escritor. Su primera produccion «Yo, ella, nosotros», publicada en el *Semanario pintoresco*, se reprodujo en París, donde se le prodigaron muchos y muy merecidos elogios. Al año siguiente, el mismo periódico insertó el lindísimo juguete «Nunca», que tradujo la *Crónica* de New-York.—«Un capricho de Cleopatra», «Diez y ocho años despues», «Dos ramos de flores». «Rubias y morenas» y «Un nido de tórtolas», aparecieron mas tarde en el *Semanario*, mientras que en la *Ilustracion* se publicaba *Ex pluribus unum* y algun otro articulo que no recordamos.—Tradujo el famoso libro de Eugenio Pelletan «Profesion de fé del Siglo

XIX»; escribió en el folletin de las *Novedades* «Nubes y estrellas»; colaboró en primera línea en el renombrado «Almanaque-omnibus» y en «Mañanas de abril y mayo»; criticó, segun dejamos dicho, la «Exposición de bellas artes de 1856» y despues la «Estátua de Mendizabal» tambien en las *Novedades*, dejando además, en varios periódicos y álbums, algunas bellas poesías en que se nota la misma afición á las formas estranjeras.

Agustin Bonnat era uno de los escritores mas fáciles y espontáneos de la nueva generacion. Hablaba como pensaba y como hablaba escribia. Su estilo cortado, bíblico, *lapidario*, tenia algo del de Girardin y del de Karr.—Juntos nos burlamos muchas veces de esta manera de escribir, que por entonces adopté yo tambien, más por lo nueva y rara, que por lo artificiosa y florida; pero como Bonnat escribia siempre de broma, aquel estilo era una humorada más en sus producciones y no la abandonó nunca.—Sin embargo, ¡qué elegancia para adjetivar, qué originalidad y versatilidad de ideas, qué sobriedad de color, qué lujo de imágenes y comparaciones!—El lector, el *señor lector*, como él decia, desempeñó casi siempre el principal papel en sus novelas.—Era desenfadado, chistoso y flexible como nadie.—Todo se lo contaba al público, y todo con gracia y oportunidad.—Cuando leia en casa de Cruzada Villaamil, las continuas carcajadas del auditorio ahogaban siempre su voz. La dedicatoria de una obra suya, las señas de su casa al pié de una tarjeta, su saludo, su figura, sus costumbres, todo era en él literario, original, ingenioso, extravagante. Ameno, fino, impresionable, superficial en la conversacion; tierno y profundo para con sus íntimos amigos y para con su familia; bello y de elegante porte; honrado y arregladísimo en sus

costumbres, Agustin Bonnat era sumamente simpático á cuantos lo conocian, y muy querido de los que lo trataban.

Fué secretario particular del señor duque de Valencia durante su último ministerio, y al mismo tiempo oficial segundo de la asesoría de Hacienda: sin embargo, en ningun escritor de estos tiempos hemos visto jamás una indiferencia política semejante á la de Agustin Bonnat.

Nacido en una época de algun entusiasmo por la literatura, el amigo que lloramos hubiera trabajado más y alcanzado un alto renombre.—Hoy... ¡triste verdad!... nosotros hablamos de él en este periódico, y mañana nadie se acordará de él.—¡Ay! Si al sentirse poeta, si al leer á Balzac, á Musset, á Karr, soñó alguna vez con la gloria, con la fortuna, con la inmortalidad... ¡doloroso le seria, en la hora de la muerte, pensar que su genio, que su ambicion, que su vida habian sido estériles, y que al caer la losa del sepulcro sobre su féretro, caeria tambien sobre su nombre la losa del olvido!...

¡Ah! ¡que no sea así!—Nosotros, al ménos, los que lo acompañamos anteayer á la final morada, sosten-gamos vivas, en tanto que permanezcamos sobre la tierra, la merecida fama del escritor y la dulce memoria del amigo.

1858.

---



---

## DE VILLAHERMOSA Á LA CHINA,

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA, POR DON NICOMEDES  
PASTOR DIAZ.

No tanto me alegrárades con hojas  
en los robres antiguos, remos graves,  
como colgados en el templo y rotos.

QUEVEDO.

### I.

Hay otro mundo, —lectores del periódico en que se publiquen estas líneas,—hay otro mundo además del de la política; hay grandes intereses en la vida humana que no están sujetos al capricho de la *Gaceta* de Madrid, de esa máquina mucho más importante hoy para vosotros que la balanza en que San Miguel ha de pesar á los justos y á los réprobos; hay, sí, sobre la tierra algo más que ministerios, condecoraciones, sueldos, años de servicios, distritos electorales y antesalas de palacio; hay otro mundo más esencial para la dicha, más íntimamente relacionado con vuestro destino; y ese mundo es el mundo de la pasión y del sentimiento, el mundo de la conciencia individual, la cuestión de todos y de cada uno, la vida, en fin, del corazón, fuente de las tristezas y de las alegrías, reguladora de los afectos y de las creencias.

Bajo el frac, bajo la toga ó bajo el uniforme, todos llevamos ese mundo interior, esa existencia íntima, independiente de los hechos y de la fortuna, y que pudiera llamarse nuestra relacion con nosotros mismos: relacion que no podemos desechar, y que nos hace desgraciados en medio del triunfo, de la gloria, del poder ó de la opulencia, como nos da la felicidad en la pobreza, en el destierro, en la tribulacion y en la agonía. Fuerza superior á toda accion esterna, no hay en la naturaleza, ni mucho ménos en las mezquinas facultades de la sociedad, poder que pueda contrastarla. Es el eje de todo el universo, porque siendo cada conciencia el centro de la creacion, y creyéndose cada uno que en torno suyo giran planetas y soles, cualquiera vacilacion de este polo del infinito que reside en toda alma basta para que á nuestros ojos tiemble, se descomponga ó se aniquile la máquina de los mundos. Vemos así que una pena, oculta en el último pliegue de nuestro corazon, que una gota más de bilis circulando con nuestra sangre son suficientes á teñirnos de luto los campos y los cielos, haciéndonos dudar de todo orden y de toda justicia, y negar toda bondad, toda misericordia.

Pues si esto es cierto; si la dicha que no arranca de nuestro espíritu es ineficaz y pasajera; si los halagos y los reveses de la fortuna no penetran en el santuario de la paz del alma; si la felicidad del hombre no está, ni necesaria ni muy comunmente, en razon directa de su prosperidad real, ved con cuánta cordura os llamamos la atencion por un momento, lectores de este periódico, hácia el mundo que se agita dentro de nosotros mismos; juzgad cuánta será la importancia de una obra que trate de esos trascendentales intereses, comunes á toda la humanidad; comprended que os va mucho en analizar y resolver los problemas

morales, psicológicos ó de puro sentimiento que encierra el libro titulado *De Villahermosa á la China*.

¡Oh! sí: mucho nos va en estas cuestiones. Somos espíritu y materia, y puesto que nuestra dicha, lo mismo que nuestra dignidad humana, procede del espíritu, tiempo es ya de que convirtamos los ojos á sus nobles facultades, olvidadas en estos dias que alcanzamos de materialismo grosero y torpe sensualidad.

Es el alma un jardin celestial, en que Dios puso los gérmes de las más hermosas flores, de modo que á poco que la cultive el mortal, encuentra en ella tantos tesoros de gracia y de hermosura que bastan á hacerle llevadera y grata su peregrinacion por la tierra. La fé, la piedad, la abnegacion, el heroismo, la resignacion, la esperanza en otra vida, todos aquellos inmortales sentimientos que consuelan de las amarguras de la existencia, no aguardan más que una mirada del hombre para florecer y encantarle, y perfumar su vida de gloria y bienaventuranza. ¡Cuán poco, sin embargo, cuidamos de este encantado vergel, de este paraíso abierto á nuestro paso por la vida! ¡Y con qué afán insensato ponemos todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad, todo nuestro deseo en cultivar las facultades de nuestro cuerpo, áspera y desagradecida tierra que solo produce enfermizos frutos, regados por un rio de sudor y lágrimas, cuyo rio va creciendo y ensanchando hasta que se confunde con el Oceano de la muerte!—¡Oh ceguedad humana!

Hoy más que nunca ganosos de bienestar y dicha, corremos atribulados por el mundo procurando el mejoramiento de nuestro destino. Nuestro sacrílego orgullo amontona invento sobre invento, conquista sobre conquista, sistema sobre sistema, queriendo llegar al cielo con la Babel de nuestra ciencia mezclada.

El filósofo, el guerrero, el sábio, el economista, el industrial, todos son filántropos, todos buscan el perfeccionamiento del género humano, todos quieren modificar su condicion en el sentido de lo bueno y de lo justo, todos aspiran á hacer de la tierra una mansion de beatitud celeste. Ahora bien: la gran palabra, la gran síntesis, ideal peregrino de tan descomunal tarea, es la comodidad, el regalo del cuerpo, la generalizacion de los goces materiales, y, como fórmulas de este pensamiento, adoramos el vapor, el ferro-carril, el telégrafo, las máquinas, las grandes edificaciones, los muebles de refinada utilidad, la explotacion y combinacion de todos los productos de la tierra, el aumento de convidados en el banquete de la vida, el lujo y la abundancia estendidos á las últimas clases de la sociedad... ¡Blasfemo delirio!

¡Ah! nosotros admiramos esos grandes esfuerzos del trabajo y de la inteligencia: nosotros bendecimos todo el bien que la ciencia humana reporta ya hoy á los tristes, á los desheredados, á los pobres; nosotros entonamos himnos de gratitud á los bienhechores de nuestros hermanos... Pero ¿qué? ¿No hay en el hombre mas que necesidades materiales? Todos sus atributos, ¿se reducen á los sentidos? ¿Será más feliz porque viva mas cómodamente? ¿Os sonrie, os lisongea acaso un porvenir de sibaritas, rodeados de lujo, de grandeza, de regalo, de placeres, pero devorados de tédio, roídos de escepticismo, cargados con el peso del alma, pálidos y temblorosos ante la inevitable muerte?

¡Oh! parad un punto en vuestra desatentada carrera. Filósofos humanitarios, hombres de buena voluntad, dadores del derecho, redentores de los miserables, levantad el alma humana por encima de la Babel de vuestros conocimientos. Que esa torre sober-



bia no sea su sepultura; que sea su pedestal. Al mismo tiempo que cultivais el campo de la materia, tan pródiga en útiles frutos, cultivad el jardín del espíritu, tan rico de encantadoras flores.—Volvamos la vista, sí, al mundo de la pasión y del sentimiento, ya que nunca podremos arrojar del corazón sus providenciales gérmenes. Del abandonado paraíso del alma arranquemos la mala yerba; reguemos las azucenas melancólicas y las sacras siemprevivas; reclamemos la posesión de todas las heredades que nos dan tan alta gerarquía en el orden de la naturaleza, y comprendamos, en fin, que la vida interior importa mucho más á nuestra dicha que los fenómenos accidentales que nos rodean.

## II.

Persuadidos ya de la excelencia de estas miras, penetrados que suponemos á nuestros lectores de la utilidad del estudio de nuestras facultades morales, cumplenos ahora aconsejarles que lean el libro que el señor Pastor Diaz acaba de publicar con el título *De Villahermosa á la China*.

Esta importante obra, cuyo análisis crítico nos proponemos hacer, es á un mismo tiempo una defensa briosa de las potencias del alma, y un cuadro vivísimo de los extravíos de la imaginación, depravados instintos y amor á lo finito y deleznable que caracterizan á las corrompidas generaciones modernas: es decir, este libro está todo consagrado á la vida del espíritu, á la rehabilitación de las grandes virtudes llamadas *sufrimiento, trabajo, sacrificio y penitencia*; á la exaltación del alma sobre los sentidos; del deber sobre la pasión; de la resignación sobre la soberbia; de todo lo que es eterno y meritorio sobre los efímeros

placeres que lisonjean nuestra naturaleza caída. Por consiguiente este libro viene en ayuda de la necesidad que hemos sentido y enunciado al escribir la introduccion de estas líneas, de ennoblecer nuestra inteligencia, fortificar nuestros inmortales atributos y encaminar de la tierra al cielo las aspiraciones de nuestro corazon.

¿Cómo está desempeñada esta heróica y dignísima tarea? Vamos á esponerlo sumariamente.

*De Villahermosa á la China* no es una obra escrita para entretener la imaginacion del hombre cansado de la realidad de las cosas: ni cuenta maravillas, ni describe palacios encantados, ni presenta descomunales luchas entre gigantes. Tampoco es un hábil juego de manos, en que el lector pase asombrado de un misterio á otro misterio, sin percibir los resortes que constituyen la intriga, ni poder adivinar el desenlace. Méenos aun es una revelacion, ó sea un retrato de nuestras costumbres, de los caracteres que las representan, de los dramas que ocurren á cada momento en el salon ó en el hospital, en la plaza ó en la bohardilla. Ni allí se ignora el nombre del padre de la heroína, ni resultan hermanos dos amantes, ni se asalta ninguna ciudad, ni se refieren las consecuencias de un apuro pecuniario, ni se resucita á ningun rey para decirnos cómo andaba, hablaba y discurria. Quizás por todas estas consideraciones el autor no ha calificado su libro con el nombre de *novela*. Nosotros opinamos que ha hecho bien, aunque fundados en otras razones.

*De Villahermosa á la China* es algo más que una novela, sin dejar por esto de serlo y muy magistral é interesante. Ahora: su accion no reside en el mundo sensible y material, en aquello que es obvio, conocido, tangible por decirlo así: su accion reside en el alma

humana. Los personajes no son tipos de carne y hueso, circunscritos á un modo de ser limitado por circunstancias convencionales: son personificaciones de grandes ideas ó profundos sentimientos. El uno es la razon, el otro la imaginacion; este el deseo, aquel la realidad. Así, el drama que resulta no es otra cosa que la lucha eterna que sostienen las diversas facultades de nuestro espíritu; un análisis implacable de la pasion y del pensamiento; una pasmosa intuicion en que se nos pone de manifiesto nuestra vida interna, haciéndonos asistir á la formacion del dolor ó de la alegría, á la combinacion de una sensacion con una idea, dando por resultado una esperanza ó un delirio, al desenvolvimiento de un instinto que toma por norte una ilusion, ó á la muerte de un recuerdo que se esconde bajo la fria piedra de tenaces meditacion-nes;—es, en fin, un tratado completo de psicología, una diseccion moral, un acabado estudio de los misteriosos procedimientos de la voluntad en sus relaciones con la reflexion y con los sentidos.

Pues así y todo, hay tanta verdad, tanta elocuencia, tanta seguridad y maestria en este íntimo y delicadísimo cuadro, que su accion interesa tan vivamente como si se tratase de una dramática narracion salpicada de inesperadas peripecias. Por otra parte, el autor ha sabido asociar á este poema psicológico una profunda cuestion moral,—hasta social, pudiéramos decir.

No es por consiguiente su obra un estudio de pasion como *Werther*, que presente los hechos en toda su fatalidad, sin cuidar de su significacion ni de su trascendencia: no: el señor Pastor Diaz estudia y aplica á un mismo tiempo: descompone edificando: descubre el abismo del corazon, pero señala el modo de salvarlo: dilata las heridas de sus infortunados héroes,

pero con intencion de curarlas, y dejando siempre en ellas algun bálsamo provechoso. Así, del problema del amor pasa al problema del matrimonio, y de este á la mision del hombre sobre la tierra, y de las grandes aspiraciones de la tierra á los sempiternos goces de la inmortalidad.

Para plantear este vasto edificio eligió el señor Pastor Diaz un terreno muy adecuado á su índole y magnificencia.

Hay en nuestra historia contemporánea una época de elaboracion y de lucha, fecunda en ideas nuevas y en horribles decepciones, trabajada por locos anhelos y desconocidos pesares, que presenció una transformacion completa en la política, en las costumbres, en la literatura, en toda la sociedad española. Esta época es la que siguió á la muerte de Fernando VII; el renacimiento constitucional, la invasion del romanticismo, la guerra civil.

El autor de *De Villahermosa á la China* arrostró todas aquellas tempestades, vió caer en ruinas la caduca España en que se meció su cuna, cantó el porvenir y lloró lo pasado como uno de los más esclarecidos poetas que era en tan supremos dias, corrió desbocado por las nuevas regiones que se abrian á la imaginacion de aquella juventud, levantó á la mujer al alto sólio que ocupó entonces, fué idólatra, en fin, de su hermosura, mientras negaba homenajes á la Divinidad...

Tal fué aquella generacion panteista, que blasonó de espiritual y se consumió en el sensualismo; que desconoció á Dios y divinizó á sus criaturas; que vagó en torno de los sepulcros y á través de las tormentas en las tristes noches del otoño, cantando la muerte, —porque tenia en el corazon la nada.

Los estragos que esta enfermedad del espíritu hizo en el corazon de aquellos hombres; la muda esterili-



dad de afectos y creencias en que se vieron al llegar la hora de la paz, y el miedo y el afán con que se abrazaron nuevamente, al ver pasada su juventud, á los restos de aquel edificio que ellos habian derribado, todo esto resalta admirablemente en la obra que nos ocupa. Es una confesion—y otros críticos lo han dicho antes que nosotros,—es una confesion general de aquella generacion nacida en la paz, asustada por la guerra y refugiada hoy al pie de los ídolos de que renegara.

Los románticos que se tomaron por dioses unos á otros, no tardaron en reconocerse flacos y simples mortales: la diosa solia engañar á su sacerdote: Castor vendia á Polux con mucha frecuencia: cada hombre que salia malparado de una empresa amorosa, creyóse al principio un ángel arrojado del cielo.

De aquí *Javier*, el héroe de *De Villahermosa á la China*.

Pronto comprendieron, sin embargo, que no eran sino sacrílegos soñadores de un cielo terrenal y finito, y remontaron el vuelo al eternal seguro de las almas atribuladas.

Pues toda esta pasion, toda esta locura, todo este arrepentimiento; la moral y la experiencia penosamente conquistadas; las pasiones sagazmente definidas; las oraciones y las blasfemias; todo el mundo que brota de este choque de tan encontradas y ardientes idolatrías, forman el asunto de la obra que analizamos, y que no vacilamos en creer la mejor de su género que se ha escrito hasta de presente.

Porque aparte de un conocimiento profundo de todo lo que constituye los elementos de su obra, el señor Pastor Diaz ha hecho ostentacion de otra cualidad que lo distingue entre todos nuestros escritores modernos, y es la viveza, la flexibilidad, la amenidad y galanura de su estilo. Hay en *De Villahermosa á la*

*China* cuadros de la naturaleza pintados con tal riqueza de colorido, con tal lujo de espresion, con tal maestría y atrevimiento que solo en *Bernardino de Saint-Pierre* y en *Fenimore Cooper* encontramos sus dignos competidores.

Los razonamientos, por lo animados, vehementes y persuasivos, revelan al orador, al dialéctico y al poeta.

Este libro, aun aparte de sus elevadas tendencias y consoladoras doctrinas, subsistirá cuando hayan pasado casi todas las obras escritas en nuestros dias, por su estilo pintoresco, esmaltado de preciosa erudicion y adornado con todas las galas de nuestro privilegiado idioma.

Madrid 1858.

---

---

## ROBERTO IL DIAVOLO.

---

### I.

Era mártres,—día aciago.

El termómetro marcaba tres grados bajo cero.

Por la tarde habia habido sesion en el Congreso y gran parada de mujeres hermosísimas desde la Fuente Castellana hasta la iglesia de Nuestra Señora de Atocha.

La esfera central del reló de la Puerta del Sol marcaba las once y cuarto, la de la izquierda las nueve, y la de la derecha las dos y cinco minutos.

Sin embargo, eran las siete y media.—Iban dos horas de noche.

Todo el mundo elegante habia adelantado la hora de comer.

Los pobres se acostaban ya; porque contra el frio, cuando no hay leña, la cama es el mejor remedio.

Los revendedores, esos buques negreros, cuyo tráfico, mas ó menós inmoral, que esta es una gran cuestion política y económica, ningun gobierno de Europa ha podido estorbar hasta de presente, se hallaban apostados en las avenidas del teatro Real.

A las puertas de este suntuoso coliseo agolpábase una impaciente muchedumbre, compuesta de encar-

nizados filarmónicos, de alegres estudiantes, de dichosísimas parejas, de *piratas callejeros* (como ha llamado Fernandez y Gonzalez á ciertos modernos Tenorios), de educandas del Conservatorio de Maria Cristina, de fugitivos del teatro de la Zarzuela, y de personajes de segundo orden que se aficionaron á la música *en administraciones pasadas* (esta es la frase) y ahorran de sus haberes de cesantes la humilde peseta que cuesta penetrar en el Paraíso.

Cuatro no interrumpidas filas de coches de todos tamaños y categorías acudian, entretanto, por las calles del Arenal, de Vergara y de Santo Domingo, cargados de huecas y perfumadas hermosuras, de diputados nuevos, de liberales arrepentidos, y de viejos y de viejas... si es que en Madrid existen estas últimas.

Skockdopole, en fin, y su ejército de músicos hallábanse ya en sus puestos...

¡*Tableau!*—*Roberto il Diavolo* iba á principiar.

## II.

*Roberto il Diavolo*,—ya lo hemos dicho en 1853, 1855 y 1857; pues esta ópera se canta un año sí y otro nó,—es el *spartitto* mas colosal que conocemos, no por su estension, que tambien es enorme, sino por su índole y naturaleza. Creémoslo el cuadro más amplio que la música ha abarcado hasta hoy, el más variado, el más descomunal, el más sorprendente, y no decimos *el más bello para nuestro gusto*, porque nuestros amores musicales serán siempre para aquella apasionada melodía, que pudiera decir como una heroína de Dante;

Siede la terra dove nata fui  
su la marina dove 'l Po discende,  
per aver pace co' seguaci sui.



Rossini, fijo en una idea, en una concepcion armónica, en una cosa que pudiéramos llamar unidad de inspiracion, ha escrito su *Guillermo Tell*, lienzo vastísimo en que aparece toda la Suiza, toda una revolucion, toda la historia de un pueblo; ha escrito el *Barbero*, verdadero rio de inventiva, siempre renovada y fresca, tan espontánea y graciosa en las últimas notas como en las primeras; ha escrito *Moises* y *Semíramis*, otros dos grandes poemas musicales; pero en todos ellos vémosle ajustarse siempre á un determinado patron, á un mismo tipo, á un género dado, lo que hace el mayor elogio y demuestra la inagotable fecundidad del cisne de Pésaro.

Bellini ha levantado sobre las montañas de la Armórica la inmensa figura de *Norma*, que toca con su frente en la luna, que manda al destino con su acento, que hace palpitar, á compás con su corazon, las piedras, los vientos y los árboles de toda aquella península poblada de fanáticos.

Donizetti nos ha trasportado á Italia, ofreciéndonos en *Lucrezzia* toda la pasion y todo el lirismo de aquel eterno teatro de crímenes y amores, ó en *Lucia* nos ha hecho vagar por Escocia y escuchar las melancólicas cantúrias de los bardos de las montañas.

Quién ha escrito, en fin, el poema del amor, quién los celos, quién la *virtud* pátria, quién la fé religiosa, quién la santa paz doméstica...

Ahí están *Sonnámbula*, *Maria di Rohan*, *I Puritani*, *I Martiri*, *Linda de Chamounix*... nuestras óperas más amadas.

Pero encerrar en cinco actos la múltiple filosofía de *Roberto*, las varias inspiraciones que lo motivan; unir todos los géneros, todos los gustos, todas las conquistas del arte; llorar, rezar, reir, blasfemar, agitar los campamentos, remover las tumbas, suble-

var los infiernos, escalar el cielo, visitar la soledad de los montes, vagar entre las ruinas, cruzar los palacios, cantar el amor, la fe, la guerra, la caída de un ángel, la misión de otro, la vida entera del hombre que zozobra entre el bien y el mal, así como todas las pasiones que vienen á combatirlo, y combinar todo esto, y fundirlo en un poema que ofrece una fisonomía propia, que tiene una espresion dada, que es, en fin, una obra de arte y una obra maestra, cosa es que estaba reservada á Meyerbeer, á ese genio poderoso, á ese talento profundo, á ese titán que admira y venera toda la Europa.

*Roberto il Diavolo* es la realizacion genuina de las dotes musicales de Meyerbeer: ni en los *Hugonotes*, ni mucho menos en el *Profeta*, encontramos la heterogeneidad de elementos, la esbeltez en el conjunto, la fusion hábil de la pasion, del pensamiento, de la fantasía, de lo místico, de lo profano, de lo material, de lo filosófico que resplandecen en aquella prodigiosa partitura.

En los *Hugonotes* hay un pueblo entero que se manifiesta en todas sus fases: en *Roberto* vemos á la humanidad: en el *Profeta* se canta una religion; en *Roberto* se canta á Dios.

Y lo maravilloso, lo inconcebible es que Meyerbeer, al par que abarca tan ilimitado espacio con su imaginacion; al par que escribe el poema de la tierra y de los cielos, como Goethe en su *Fausto*, concreta y determina la espresion de sus cantos en una época, en un país, en unos caracteres dados: Sicilia, la Edad-media, el catolicismo, hállanse interpretados en esta obra, tan precisa y técnicamente como si la melodía no propendiese á reflejar á la humanidad de todos los tiempos, al hombre de todas las razas, al Dios de los orbes sin fin. Podemos, pues, descender de tan altas

apreciaciones y ver el *Roberto* como drama local y humano, afirmando que, si alguna vez la música es un idioma, si pinta, si escribe, si traduce, en ninguna parte habla tan claro como en esta obra.

¿De qué acto, de qué pieza trataremos?—¿De los cantos que se refieren á la tradicion de *Berta*, de aquella jóven normanda seducida por el diablo? ¡Qué santa y patética es la melodía que la representa!—La mística autoridad del testamento ¡cómo se traduce en aquel canto!... (Nosotros preferimos el *libreto* francés):

Va, dit elle, va, mon enfant...

¿Hablares del hondo dolor, de la solitaria pena del ángel caído? Recordad la invocacion de *Bertramo*; aquellos acentos de una rabiosa desesperacion:

Roi des enfers, c'est moi qui vous apelle,  
moi, damné comme vous!

¿Quereis amor, amor inocente y puro como las flores del campo, como la soledad de los bosques? Oid á *Alice* que busca á *Rambaldo* en el tercer acto por las rocas de Santa Irene. ¿Quereis amor combatido, apasionado, trágico y abrasador? Recordad la inimitable *romanza* de *Isabela* en el cuarto acto; aquella súplica vehemente, delirante, irresistible; aquella glosa de un acento que recorre todos los tonos de la elocuencia; recordad aquellas arpas que lloran, aquel océano de instrumentacion que viene á estrellarse á los pies de Roberto, aquel ¡*Gracel* mil veces repetido, que solloza, que se retuerce, que se ahoga en la garganta, que escala los cielos. ¿Quereis más? Oid el cuarto acto, aquel *oratorio* digno de Mozart y Haydn; oid aquel coro de monjes, que parece cantado al otro lado del

sepulcro, más allá de la vida, en la paz de la muerte; oid aquel terceto...

¡O tourment, ó suplice!

melodía suprema que flota entre la gloria y el infierno; marejada de bendiciones y blasfemias, de ruegos y de imprecaciones, de esperanza y de temor; expresión culminante de todo el *spartito*, y luego ved cómo se resuelve en un cántico sobrehumano, celestial, inefable, que va á perderse en los espacios sin límites, como las oraciones y las almas de los justos...

Pero ¡diablo! ¿Qué estamos haciendo? ¿Es acaso posible dar en un folletín la idea de esta ópera? ¡Pues qué! ¿Las revistas se cantan al piano?—Id... id á *Roberto*; y si teneis alma, ella os dirá lo que no cabe en un folletín, lo que no puede hablarse ni escribirse, lo que nosotros experimentamos siempre que oímos verdadera música...

### III.

Pero ¡ay! ¡no vayais al *Roberto* que se canta.... ó se aulla este año en el *Teatro Real*!

Madrid 1858.

---



---

# LA DESVERGÜENZA,

POEMA JOCO-SERIO

DE D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

---

## I.

Si Breton hubiese dado á la estampa este libro hace quince años, la obra en sí seria indudablemente peor de lo que es; pero hubiera hecho más ruido que Barceló por la mar. Publicada en 1856, nadie tiene noticias de ella;—y decimos *nadie*, comparando el aprecio que *La Desvergüenza* ha obtenido de tres docenas de escritores con la conmocion nacional que ocasionaba entonces la menor de las producciones del autor de la *Marcela*.

Mas para nosotros, que desgraciadamente tenemos alguna más memoria que la generalidad de los españoles; para nosotros que leemos las comedias de Breton á nuestras solas, cuando se pasan años enteros sin que los carteles de los teatros se acuerden de ellas; para nosotros, que seguimos con la vista cariñosa y reverentemente á nuestros decanos y maestros cuando los encontramos en algun entierro de cómico (por-

que ya se entierra á los cómicos en sagrado, pésele á quien le pese) para nosotros, decimos, *La Desvergüenza* ha sido un acontecimiento. Su mero anuncio nos regocijó, y, por más que no la consideremos una grande obra, emprendemos su juicio con el sombrero en la mano, con el corazon henchido de respeto y benevolencia, medio entusiasmados y medio melancólicos, y para decirlo de una vez, como quien no aprecia á Breton por ser autor de *La Desvergüenza*, sino á *La Desvergüenza* por ser obra de Breton.

Y es que, segun nosotros, hay autores que, á costa de trabajos y de triunfos, compran el privilegio de que se toleren sus *debilidades*. Es más: si cuando un autor llega á conquistar un gran nombre, se reimprimen, leen y aprecian hasta los ensayos de su adolescencia,—que ayer se miraron con desden,—y luego, cuando muere, se recogen, imprimen y coleccionan hasta sus cartas particulares, ¿por qué *La Desvergüenza*, *debilidad* en doce cantos de D. Manuel Breton de los Herberos, no ha de figurar hoy en la libreria de cuantos lo han aplaudido durante más de veinte años? ¿Por qué han de ser indiferentes el público y la prensa (*¡tu quoque!*) á la aparicion de un libro que viene á traerles noticias de aquel insigne D. Manuel Breton, representante por mucho tiempo de la musa de Moreto y Tellez; del autor de *El Pelo de la Dehesa* y de cien joyas más; del sustantivo que enjendró el adjetivo *bretoniano*?

## II.

Por más que la hayamos calificado de *debilidad* y consignado que no es una grande obra, nos apresuramos á decir que *La Desvergüenza*—produccion al fin de un ingénio esclarecido—no puede menos de tener

y tiene en efecto su importancia, su mérito particular, su fisonomía propia, y mucho, muchísimo que elogiar y enaltecer.

Empezaremos, pues, por estos elogios.

La última obra de Breton podrá servir en edades venideras para dar á conocer el estado vulgar del idioma castellano á mediados del siglo XIX.—Así considerada, es todo un monumento. Nada falta en *La Desvergüenza* de cuanto mañana apetecerá un curioso hablilla para formar idea de nuestras conversaciones privadas, de nuestra literatura no escrita, de nuestra retórica casera, de las locuciones de nuestra plebe, del diccionario de nuestros políticos, de la gerga de nuestros banqueros, de la *lengua franca* de nuestros lechuguinos y del dialecto de nuestras modistas.—El galicismo voluntario, ó, por mejor decir, la palabra francesa intercalada en una oracion española con objeto de demostrar que se ha pasado el Pirineo; esos *sans façon... s'il vous plait... merci... au revoir... comm' il faut*, etc. etc. que chapurramos todos, y el galicismo involuntario de nuestros prohombres que *hacen política, toman acta, se hacen la barba y esprimen* su pensamiento en el *Congreso de los Diputados*; con más los latinajos de obligacion,—*Pallida mors—quousquetandem—casus belli—ite, misa est*—etc., y el *mío caro—bravi!—capisco—t'amo—ripetelo—tutti—diavolo* de los filarmónicos; toda esta charla madrileña, salpicada de falsa ilustracion, gárrula, chispeante, deslumbradora, la encontrareis rimada, ridiculizada aquí, esplotada y utilizada más allá, siempre á sabiendas y con conocimiento de causa, en el poema que analizamos.

Más no solo en este sentido es la *Desvergüenza* un monumento, un padron filológico. Eslo tambien por la pureza de estilo, por la propiedad castiza, por la conciencia gramatical con qué está escrita siempre

que el autor habla de su cosecha. Entonces es de admirar el profundo conocimiento de nuestro idioma y el dominio sobre él que ostenta; la rigurosa sintaxis, la precisa acepcion de las palabras, el técnico y ajustado adjetivar que emplea por todos lados, y sobre todo, el caudal inagotable que posee de voces raras, domésticas, científicas, chavacanas, archi-líricas, clásicas y románticas; su memoria para retener los más revesados nombres de la historia y la geografía; su erudicion latina, que rebosa en mil citas de la Biblia, de los clásicos, de los tesos universitarios; su familiaridad con los hundidos dioses de la mitología; el desembarazo con que anda por el laberinto de aquellas fábulas enmarañadas; lo hondo que cala en las obras griegas y latinas, cuando alude á ellas, denotando que las conoce más de lo que solemos nosotros, que las nombramos tambien á todas horas; y, en fin, eso de saber los nombres de las telas, de los chismes de cocina, de las herramientas de los artesanos, de todas las prendas del hatillo de un recién nacido, de todos los reyes de Egipto y de todos los toreros de España, cosa es muy digna de asombro, muy escepcional, muy peculiar de Breton, y por supuesto, prodigada hasta la saciedad en la *Desvergüenza*.

Pasando ahora del estilo á la versificacion, hallamos tambien mucho que celebrar, sin embargo de las censuras que nos merecerá en el capítulo de culpas la prodigalidad de estrambóticas rimas que resalta en esta obra.—Lo bueno que hallamos en la versificacion es proverbial, tratándose de este poeta: facilidad, hipérbaton, sonoridad, número, cadencias armoniosas, valientes cesuras, forma antigua cuando quiere, fluidez inimitable á todas horas, prolija conciencia en los consonantes, y consonantes que



por sí solos constituyen peripecias en el diálogo y hasta en la accion, consonantes, en fin, de los que cada uno es un incidente, un hallazgo, un *detalle* (perdon) digno de tanto estudio como estudio revela ya por sí mismo.

Seguir con la imaginacion las rimas de la *Desvergüenza*, es hacer un viaje de recreo por un pais *accidentado* (perdon otra vez); ó, por mejor decir, es desgarrar un mosaico de arcaismos, de helenismos, de orientalismos, de *caló*, de *patois*, de francés, de italiano, de español y de madrileño.

### III.

Dice el mismo Breton en el *Prólogo* de su poema:

Que bien sea batista ó bien retorta,  
no la tela, el cosido es lo que importa.

Así se disculpa anticipadamente el autor de la falta de plan y carencia de fondo de su *Desvergüenza*.

Desde luego aceptamos el simil de la tela y del cosido; pero debemos decir que en tela tan grosera como la *Desvergüenza* han cosido ó, por mejor decir, bordado Lope, Villaviciosa, Quevedo y otros muchos; mas no limitándose, como Breton, á lucir el primor material, sino trazando alguna alegoría, algun símbolo, algun geroglífico con una y otra artificiosa puntada. Además *La Mosquera* y *La Gatomaquia* tienen no solo plan, sino intencion; una accion evidente y otra oculta; mérito en la ejècucion del bordado, mérito en el dibujo, y mérito en el epígrama, en la alusion, en la caricatura.—La *Desvergüenza* empieza por no estar dibujada, por no estar compuesta, por no tener intencion alguna.

Su trabajo, lo repetimos, es de pura forma; es un

pretesto para lucirse como *especialidad* en la rima; es en cierto modo, y salvos todos los respetos, una obra á lo *Rengifo*.

Un poema cuya accion, cuya importancia. cuyo mérito está en los consonantes, nos parece uno de esos cuchillos de hierro que solo tienen el filo acera-do. Y si no, oigan ustedes una retahila de estos con-sonantes ingeniosos y ricos de pasmosa erudicion.

Tenemos á *yunque* rimando con el *Arma virumque* de Virgilio:—*Acapulco, trisulco é inculco*:—*sacra, pola-cra, lacra*;—*Arria, fanfarria, Alcarria*:—*Pláustro, claus-tro, austro*:—*Casia, Asia, Aspasia*,—todos en una mis-ma hojá.

Y á la vuelta de la misma: *Anfiarao, nao, Menelao*—*Verbum caro*—*tímidos que*—*Diebus illis, busilis*,—*Diebus nostris, Sesostris*,—*jabeque*,—*semper et ubique*,—*sexo, inconexo*,—*loe, roe, incoe*—y lo que fuera interminable trascribir.

¡Trabajo pueril es este, Sr. Breton, indigno de vuestra edad y de vuestro talento y del buen gusto que tanto predicais en la parte didáctica de vuestro poema.

Hay luego trances en que nuestro querido mora-lista se desmanda hasta recordarnos los antiguos de-safueros de la poesía monacal, y nos dice chistes so-bre vicios de cuya existencia deben dudar y dudar todos los hombres de fibra.—Aludimos á la octava XIV del segundo canto.—¡Y eso que cuatro octavas antes hemos dejado pasar cierto *achaque* que ignoran nuestros hermanitos! ¡Y eso que la *operacion* de que se habla dos octavas mas adelante, y el *tegemaneg*e de marras, pudieran hacernos creer que no es repre-n-sible traer á colacion ciertas cosas...!

Pero ceda nuestra indignacion ante la seguridad que tenemos de que el poeta se propuso tan solo ha-

cernos sonreir al contarnos esas atrocidades.—*Transeamus.*

#### IV.

Vamos al fondo del poema.

En primer lugar, no hay tal poema; es una coleccion de sátiras inocentes sin hilacion, sin relacion, sin pensamiento fijo.

Hé aquí el indice de la obra:

CANTO I.—*Invocacion.*—(Invoca á la *Desvergüenza*, despues de convencerse de que su antagonista no parece por ningun lado.)

CANTO II.—*Justa reparacion.*—(Desagravia á las mujeres de un vapuleo que han llevado en el primer canto y habla mucho contra los harenes.)

CANTO III.—*Las Pandillas.*—(Cree D. Manuel que en Madrid existe el pandillaje, ó sea una sociedad de elogios mútuos, en lo que denota que no conoce nuestra existencia de café, donde todos quisieran devorarse *recíprocamente*, si esto fuera posible.—Truena contra las empresas humanitarias, diciendo que no cree en su eficacia, y desconfia de todos y de todo.—Hace bien.)

CANTO IV.—*La diplomacia.*—(Hay verdades muy bien dichas, pero yá dichas por todo el mundo.)

CANTO V.—*La política.*—(Quizá el mejor,—pero plagado de eclecticismo y lugares comunes.)

CANTO VI.—*El comercio.*—(Donde solo hay este pensamiento filosófico:—*¡Que no ama al pobre quien condena el lujo!*, ya dicho por tantos, y mucha filosofía casera sobre el ágio, la bolsa, la estafa, etc.)

CANTO VII.—*La literatura.*—(Hé aquí el secreto.—Pueriles amarguras han llevado á Breton á escribir este poema.—¡Por vida de...)

CANTO VIII.—*Artes y oficios*.—(Cree que la falta de proteccion de la aristocr cia hace que hoy no tengamos Velazquez y Murillos. Nosotros, que conocemos   todos los artistas pobres de Madrid, podemos tranquilizarlo en este punto.—Ni por esas.)

CANTO IX.—*El valor*.

CANTO X.—*El honor*.

CANTO XI.—*La virtud*.

CANTO XII.—*Miscelánea*.

V.

Este es el esqueleto de la obra.

Abundan en ella muchas verdades heterogéneas; pero ni una verdad fundamental.

La obra es superficial en todo. El autor demuestra ser profundo conocedor de tipos, de nombres, de sitios, de tradiciones, pero nunca del alma ni de las costumbres.

Hace un bello paralelo entre el Madrid de hace treinta ños y el Madrid de hoy, y le agradan los dos, no sabiendo por cuál quedarse.

A lo mejor su poema deja de ser *La Desvergüenza*.

Cuando más  cre quiere ser, su sátira no corroe, no escita, no indigna, no subleva.

Empieza   lo Byron, queriendo morderle   todo, despechado, violento, tremebundo, y acaba elogi ndolo todo, admirando siempre, cantando   lo mejor.

Si la sátira *corrige las costumbres deleitando*, en don Manuel acontece otra cosa: que *solo deleita*.

Quiere Horacio que la sátira no arranque una risa, sino una sonrisa: con Breton se rie uno   carcajadas.

Por lo demás, nada nuevo, nada atrevido, nada trascendental se encuentra en el poema: ninguna de esas grandes revelaciones de dolores nuevos que dé al



mundo la moderna poesía; ni un rasgo de intuición: ni siquiera una paradoja que haga meditar dos minutos.

En cambio, da sus consejos para ver si arregla á los autores dramáticos con los actores...—¡Es un ángel! ¿Quién le mandó creer á nuestro buen patriarca que su corazón tenía hiel en que mojar la pluma, ni que su pluma se había trocado en víbora?

¿O aspiraba con este poema á los triunfos de Juvenal y Horacio?

¡Oh! ¿Por qué no ha escrito un poema didáctico, si se hallaba con humos de preceptista? ¿Por qué no ha escrito un poema festivo, una novela en verso, si quería hacernos merced de sus sales imperecederas? Y sobre todo, ¿á qué amargarse porque una ó dos comedias suyas hayan sido mal recibidas del público, quien, como él, tiene ya un caudal de gloria suficiente para hacerse respetar de nuestra generación y de ciento que vengan después que baje al sepulcro?

*La Desvergüenza* pasará á la posteridad por ser de usted.—Hé aquí el juicio sintético de Vd. y de su obra.

Madrid.—1857.

---

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1215 EAST 58TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL. 773-936-5000  
FAX 773-936-5001  
WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1215 EAST 58TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL. 773-936-5000  
FAX 773-936-5001  
WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1215 EAST 58TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL. 773-936-5000  
FAX 773-936-5001  
WWW.CHICAGO.EDU

---

## CID RODRIGO DE VIVAR.

---

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO POR DON MANUEL FERNANDEZ Y  
GONZALEZ.

Fuera tarea muy larga, y por lo tanto agena de este lugar, inquirir las razones por que en España, tierra clásica de los poetas de imaginacion, carecemos de un poema épico digno de figurar al lado, no ya de los grandes modelos griego y latino, no ya del índico *Mahabarata* ó de los *Eddas* escandinavos, no tampoco del *Anthar* de los musulmanes ó de los libros de otras religiones; más de la *Jerusalem* de Tasso, de las *Lusiadas* de Camoens, de la *Comedia* de Dante, del *Orlando* de Ariosto, de la *Religion* de Racine, del *Paraiso* de Milton, ó por último, de los románticos poemas de Goethe y de lord Byron.—Como quiera, el hecho quedaria el mismo; pues todos, aun los más apasionados defensores de nuestra literatura, convienen en que no poseemos ese gran poema, á pesar de los notabilísimos ensayos hechos por Ercilla, Balbuena y Ojeda, y sobre todo por el inspirado padre Valdivieso.

Sin embargo, España no podia menos de tener su epopeya, siendo como es la patria de los héroes y de los trovadores. Tiénela, pues, á su modo, desparra-

mada por los tiempos y flotante en el espacio, indeterminada y anónima, redundante y descosida; pero muy más preciosa y envidiable que las de todos los pueblos modernos que acabamos de citar, muy más rica y maravillosa que ciertas atildadas obras del arteó del estudio, muy más elevada y más noble que las frias reproducciones de la forma pagana. Y es que nuestra epopeya es el fruto espontáneo y vivo del entusiasmo de todo un pueblo, la tradicional poesía de sus placeres y de sus grandezas, el canto no interrumpido de cuarenta generaciones gloriosas!...—Fácilmente se comprenderá que hablamos del *Romancero*, de ese tesoro nacional que, en la historia literaria de los pueblos, solo pudiera ser comparado, por su sencillez y sublimidad aunadas, por la franqueza y brio de su espresion, por lo que á un tiempo tiene de popular y de augusto, á algunos cantos de la *Odisea* de Homero y á ciertos libros hebreos declarados apócrifos por la Iglesia.

Nada más acerca del *Romancero*.—A dejarnos llevar de nuestro amor á ese monumento de las letras y las armas españolas, todo este artículo no bastaria á encerrar nuestras consideraciones; y este artículo—ya lo hemos anunciado—ha de tratar del drama nuevo del señor don Manuel Fernandez y Gonzalez, que se representa hace treinta dias en el teatro de Novedades bajo el título de *Cid Rodrigo de Vivar*.

¡El *Cid*!—Hé aquí la primera figura del *Romancero*; hé aquí el más popular de los héroes de la patria que nos vió nacer; hé aquí el indomable Aquiles de la epopeya castellana. Con reconocer esto, y no perder de vista las precedentes observaciones, quedará dicho y probado que el *Cid* vive y palpita en la memoria, en el corazon y en la imaginacion de nuestro pueblo; que le es, no solo conocido, sino familiar y hasta in-



herente, si así podemos esplicarnos; que una misma alma los anima, como si el pueblo hubiera creado al héroe, ó como si el héroe hubiera simbolizado al pueblo, y que no era posible, consiguientemente, presentarle por el *Cid* al que no lo fuera, sopena de oír en los cuatro ángulos del teatro un grito ó una carcajada que dijese al personaje inventado por el poeta: «¡Yo no te he visto nunca! tú no eres Rodrigo de Vivar: tú eres un impostor!»

El continuado y caloroso aplauso entre que fué oído el drama del señor Fernandez y Gonzalez prueba, pues, de una manera incontrovertible que su *Cid* es el verdadero *Cid*, el tradicional, el histórico, el genuino, el inmortal, el que aun despues de muerto existe, domina y triunfa en la mente de nuestro público, como triunfó cadáver en los campos de batalla.

Ni podia ser de otro modo. Mucho tiempo hace que lo dijimos y lo repetimos hoy: Fernandez y Gonzalez es un génio poderoso, revelador, dotado de segunda vista. Su imaginacion ilumina todo aquello que desconoce. A su evocacion despiertan los tiempos pasados ó se le acercan los más remotos paises. Él es el poeta oriental de *Las siete noches de la Alhambra* y de *Alhak-Akbar*, de esos dos preciosos libros que parecen escritos por el autor de las *Mil y una noches*: él es el cantor épico de *La batalla de Lepanto*, y el que dibuja á *Neron* con mano maestra; él, en fin, ha alumbrado con su fantasía los misterios de nuestra historia y dado vida (en mas de cien novelas que, á falta de otro mérito, tendrían el de su *sabor histórico* á lo Walter Scot) á mil personajes que han existido ó debido existir, á pueblos y ejércitos que barrió la muerte, á siglos enteros, de que no queda otro vestigio que un yerto cronicon ó una iglesia derruida.—¿Quién más á propósito para comprender al *Cid*, para presentarlo en es-

cena, para hacerle proceder en consonancia con el ideal que guardaba en su mente todo el público?

Por lo demás, y juzgando ya este poema como obra dramática, elogiaremos ante todo la felicísima idea de presentarnos al Cid antes de aparecer en la historia; cuando, mozo impaciente y aburrido, clama por los peligros de la guerra, sin que hasten á llenar su pecho todas las dichas del amor correspondido. ¡Qué bien se le concibe y adivina! ¡Cómo se comprende lo que será despues! ¡Qué verdad, qué sencillez y qué grandeza hay en aquel adolescente! ¡Con cuánto vigor queda delineado todo su carácter desde la primera escena!— La accion del drama, en los actos primero y segundo, es notabilísima por su fluidez, por su naturalidad, por su desembarazo, cualidades todas que la acercan al romance y á la epopeya, que acaso son una misma cosa.

El amor de Jimena y la venganza del agravio inferido al viejo Diego Lainez, es decir, la vida *privada* del infanzon constituye toda la primera parte de la obra. Desenlazada ésta trágicamente al final del segundo acto, érale necesario al poeta dibujar la figura política, la figura histórica de su héroe, á fin de explicar cómo pudo ser esposo de la hija del mismo á quien matara.

Este casamiento era un hecho: el autor debia explicarlo: su explicacion estaba en la vida pública del Cid: á este vastísimo escenario habia, pues, que encaminar la accion. Así lo hizo. ¿Queda justificado el casamiento de Rodrigo con Jimena? Esto nadie puede negarlo.

Pues téngase en cuenta la rigidez y severidad de aquellos caractéres; no se olvide que entre ellos habia un lago de sangre, y se comprenderá que en el tercer acto de este drama, con solo hacer verosimil dicho casamiento, se dan grandes pruebas de ingénio y de ar-

te; se cumple un verdadero prodigio literario.—Después del cuadro del duelo y de la catástrofe que lo termina, parecía imposible que aquella obra terminase con una boda, ni más ni menos que una comedia de Breton. ¿Quién lo hubiera intentado sin naufragar cien veces? ¿Quién, no dotado de verdadero génio?

—«*Que me permitan matar á Jimena, y el tercer acto será superior á los dos primeros!*» nos decia Fernandez y Gonzalez al dia siguiente del estreno de su obra.

¡Qué conciencia de lo que habia hecho y de lo que podia hacer revelan estas palabras!—Muerta Jimena en el tercer acto, el romance hubiera rayado en tragedia...—¡No hubieran faltado bríos para tanto al autor de *Neron!*—Casada con el Cid, el desenlace de la obra es un alarde extraordinario de habilidad y génio reunidos.

Solamente con tolerar este desenlace, el público hubiera otorgado al poeta todo lo que le exigia: habiendo aplaudido, lo ha colmado de laureles.

Del tono de la obra, de la versificacion, de la frase dramática, de los felicísimos pensamientos en que abunda, cuanto pudiéramos decir seria poco. Luego carecemos de espacio para ello. Nos contentaremos, pues, con trascribir una sola escena, el desafío de Rodrigo y el conde Lozano, donde está glosado el *Romancero* tan admirablemente, que sus versos se confunden con los del autor.

Dice de esta manera:

—Héme aquí.

—Por fin, D. Gomez,  
mi impaciencia se calmó;  
que el recelo de no hallaros  
me apretaba el corazon.

—Si ofensa quereis hacerme,  
buscad disculpa mejor,  
que ni á agraviados ni á amigos

hurto nunca el rostro yo.

—Un hurto vengo á pedirlos,  
que me habeis hecho á traicion.

—Rodrigo....

—Si mancillado  
quisísteis mirar mi honor,  
porque envidia ó torpe ira  
el corazon os royó,  
robármelo á mí debisteis,  
que más fuerte guardador  
fuera de él, que el triste anciano  
que ya sus fuerzas finó.  
Locura y alevosía  
juntásteis en conclusion,  
que no es obra de hombres cuerdos  
ni de infanzones de pro  
hacer denuesto á un hidalgo  
que es tenido en más que vos.  
Ni son honradas hazañas  
que hombres de vuestro valor  
hieran en el rostro á un viejo  
y no el pecho á un infanzon.  
Mirárais que era mi padre  
de Lain Calvo sucesor  
y que no sufre mancillas  
aquel que honrado nació.  
Pero ¿cómo os atrevísteis  
á un hombre que solo Dios,  
siendo yo su sangre, puede  
hacer esto, que otro no?  
Su noble frente nublásteis  
con nube de deshonor,  
más yo desharé la niebla,  
que es mi fuerza la del sol.  
Mala hazaña hicisteis, conde,  
yo vos reto por felon,  
y cuidad cuando os lo digo  
si me causareis pavor.  
—Si al denostarme sañudo  
no os acudiera razon,  
antes que tal me dijéseis  
ahogara yo vuestra voz.  
Mas, pues la razon os sobra,  
y su invencible rigor



me obliga á escuchar palabras  
que nadie decirme osó;  
y pues clara ver se deja,  
Rodrigo, vuestra intencion,  
escuchadme, que escuchar  
nunca á prudentes dañó.

—Decid, pero breve sea...  
que me aqueja el torcedor  
de mirar vivo ante mí  
á aquel que mi honra mató.

—Pensad, Rodrigo, despacio  
de este duelo en el horror...  
mi muerte mata á Jimena.

—Conde, Jimena murió,  
y es acordarse de muertos  
ociosa supersticion:  
para mí la habeis matado,  
matando aleve mi amor;  
en paz los muertos dejemos  
y venid á morir vos.

—Si os basta con que proclame  
ante Castilla y Leon,  
ante el rey y sus vasallos  
que en un momento de error  
fuera de mí llegué á dar  
en tan villano baldon...

—Si vos tal infamia hiciérais,  
que no la hareis, conde, no,  
yo á Jimena despreciara,  
yo despreciara á los dos;  
á Jimena por ser hija  
de quien tal hizo y habló,  
y á vos, porque aquel que añade  
á un borron otro borron,  
es más vil que el vil judío  
que á Jesucristo vendió!...

En casos que al honor tocan  
no hay otra satisfaccion  
que pagar honra con vida...  
¡venid á pegarme vos!

—Pues no hay nada que lo evite  
por emplazado me doy:  
mañana....

—Muy largo plazo

poneis, conde, á mi furor.  
Agora, que noche oscura  
cielo y campos enlutó,  
del luto de torpe infamia  
quiero librar mi blason.  
Afuera en el campo aguardo.  
—Esperad. ¡Dieguez!

—Señor.

—A este hidalgo y á su gente  
lleva al sitio donde alzó  
mi piedad la cruz del bosque.  
—Me place vuestra eleccion,  
que Dios para aquestos duelos  
es el testigo mejor  
y una cruz para el que muere  
es arrimo y bendicion...  
—No tardaré.

—Así lo espero.

Quedad, D. Gomez, con Dios.

Para quien sepa sentir, lo mismo que para el que haya estudiado nuestra literatura, la anterior escena será toda una revelacion del poeta y de su obra.—No haremos, pues, comentario alguno, y daremos aquí punto á nuestro artículo.

1839.

---

---

# LOS POBRES DE MADRID.

DRAMA REAL Y POSITIVO.

Las treinta representaciones que cuenta ya entre nosotros el drama titulado *Los pobres de Madrid*, arreglado á la escena española con singular maestría por el conocido periodista Sr. Pinedo, merecen que la crítica se pare á averiguar el porqué de un éxito tan extraordinario y á aquilatar el mérito de la obra que lo ha obtenido.

Entremos de rondon en el asunto.

*Los pobres de Madrid* no es una creacion literaria: es una vista fotográfica de una capital moderna (de esta villa y córte, por ejemplo), sacada con tanta perfeccion ó parecido, que horroriza á la misma córte y villa durante la friolera de siete actos. Es un *cuadro-vivo*, en cuyo abultado relieve tropiezan casi todos los espectadores, dándose por aludidos, reconociéndose y saludándose, hasta que caen y se rompen la cabeza contra alguna cruenta realidad, en cuyo punto y hora se arrepienten de haberse saludado. Es, es fin, la verdad del mundo puesta en escena con un valor cruel, que habla muy alto en favor de los hígados

dramáticos del autor y del traductor de la obra.—*Los pobres de Madrid* se representan todos los dias, á todas horas, en todas partes, y *gratis* por añadidura. No comprendemos, pues, que se representen en un teatro por cuanto vos contribuisteis.

Que hay horribles ironías en la vida; que hay casualidades irrisorias en nuestra sociedad; que las apariencias engañan; hé aquí el argumento de *Los pobres de Madrid*. ¡Argumento bizarro! ¡Argumento, por otra parte, peregrinamente desempeñado por los autores de *Los pobres de Madrid*, donde no faltan recursos escénicos, peripecias teatrales, contrastes dolorosos, claro oscuro, movimiento, palpitante interés!...—Pero ¿es esto el arte? ¿Es esta la mision del teatro? ¿Es esta la literatura?—No y mil veces no.

Profundamente impresionados por este horroroso drama; arrastrados hácia él como todo el público por la tremenda realidad de su fábula; reconociendo como reconocemos su fuerza de colorido, hemos meditado largamente con la obra en la mano y concluido por condenarla en nombre de la literatura y en nombre de la sociedad.

La condenamos en nombre de la literatura, porque *Los pobres de Madrid* no es un drama, como ha querido llamarse á fin de poder invadir la escena; sino un proceso, una galería de espectros ensangrentados; siete cuadros de dolor y de miseria, pasados ante los ojos del público del propio modo que nos enseñaban ayer en *Recoletos* las orillas del Mississipi.—Una obra de arte, una obra dramática es y debe ser algo más que una esposicion de retratos. Es y debe ser un discurso dirigido por el autor al público con el objeto de probarle alguna cosa útil y buena; un razonamiento del cual se deduzca el correctivo de un vicio, el ridículo de una falta, la medicina de una pasion, el



consuelo de un pesar, la esperanza de una desventura; algo saludable, algo regenerador, algo evangélico, algo cristiano.

La verdadera accion de un drama no debe residir en los hechos, sino en las ideas. La idea moral, social ó política que se proponga ensalzar el autor, es el verdadero protagonista de la obra.—Debe presentársele, definírsele, estudiársele en todos sentidos, en frente de otras pasiones y otros sentimientos, describiendo la lucha, pesando los resultados de ella y ofreciendo al público la horrible catástrofe al par que el medio de evitarla.

Veamos ahora la intencion de *Los pobres de Madrid*, ó sea las razones por qué condenamos tambien esta obra en nombre de la sociedad.

En *Los pobres de Madrid* se demuestra que unas familias son más ricas que otras, que hay hombres vestidos de levita que se mueren de hambre, que la buena educacion, que los finos modales, que la misma ilustracion es un mal en los que no tienen dinero, que la fortuna favorece muchas veces á los pícaros y desdeña á los hombres de bien, que algunas madres no alcanzan de Dios ni de los hombres un pedazo de pan para sus hijos,—y... ¿qué más?

Lo demás lo añade la imaginacion del público.—El público deduce que la Providencia dormita; que el mundo es una injusticia absurda; que deben ser suprimidos los banqueros, y que es preciso maldecir la sociedad y la vida y la virtud... ¡Ah! se nos olvidaba, ¡y dar limosna de noche á todo el que no se atreva á hablarnos!... aunque sea un ladron que nos aceche, ó un amante trasnochador, ó un filósofo que ha perdido el sueño.

Con lo cual sale Vd. del teatro lleno de dolor y de amargura, como si acabara de recorrer la enferme

de un hospital, renegando de todo lo que existe y sin haber hecho la digestion.

¡Ah! ¡esto es cruel, esto es patibulario, esto es inhumano!—Los dolores que no tienen remedio no deben contarse al público por el mero placer de entristecerlo. Las miserias sociales, que no tienen cura, deben tambien permanecer secretas.—¡Harto las llora en silencio la humanidad entera!

¡Pues qué! ¿No se ocupan en este momento en el mejoramiento de la sociedad los filósofos, los economistas, los políticos de todas las naciones? ¿Y logran algun resultado? ¿Y es posible lograrlo? ¿Habria artes si no hubiera ricos? ¿Habria pan si no hubiera pobres? Los autores de la obra que juzgamos, ¿maldicen la civilizacion y desean que volvamos al estado natural, donde todos los hombres tienen las mismas necesidades?—¡Famosa ocurrencia seria!—¿O piden que todos los hombres tengan corbata, baston, alfombras y mesa de billar?—¡Bueno fuera!—¿Quién arreglaria entonces el camino de Granada, que en tan deplorable estado se encuentra? ¿Esclavos negros?

Si en *Los pobres de Madrid* se nos presentaran hombres robustos que no encuentran jornal, pintores que no venden sus cuadros, hombres útiles que no supieran qué hacer de sus conocimientos, porque la sociedad, mal organizada, no atiende al empleo y al sosten de todo el que quiere trabajar; si los viéramos luchando con privilegios absurdos, con escepciones monstruosas, con aristocracias intransigentes, entonces comprenderíamos este drama y hallaríamos en él grandes consecuencias que establecer como dogmas sociales.

El *derecho* á todo, cuando se tiene méritos para todo... Caminos francos al trabajo y á la inteligencia... Una sociedad paternal y protectora de los buenos, de

los útiles, de los trabajadores... No más aristocracias que la virtud y el talento.—Hé aquí unas deducciones regeneradoras que aceptaríamos.

Así y todo, habria *pobres en Madrid*, y los holgazanes lo pasarian peor que los aplicados, y los viciosos serian despreciables á los ojos de los buenos, y los tontos serian súbditos de los hombres de rica imaginacion.—Pero nadie tendria el derecho de quejarse, á menos que á alguno se le ocurriese escupir al cielo que lo hizo tonto ó malo, en cuyo caso la saliva le caeria en el rostro y el mundo seguiria como hasta aquí.

¡Ah! no podemos esplicarnos cómo hombres del talento que revelan los autores de *Los pobres de Madrid* no han dado á su obra esta intencion social.

Tal como ellos la han escrito, solo consiguen entristecer y desesperar (donosos favores que les agradecerá el género humano), sin dejar en el pueblo una idea de esperanza ni una sombra de consolacion.

Dios se lo pague.





---

# EL ECO DE TETUAN,

PERIÓDICO ESPAÑOL. (1)

---

Número 1.º

Jueves 1.º de Marzo.

Año de 1860.

---

## INTRODUCCION.

No lo ocultaremos. Al coger hoy la pluma para redactar las primeras líneas de este humilde periódico, la más dulce emocion embarga nuestro ánimo, y un inefable sentimiento de orgullo y de alegría nos hace derramar lágrimas de entusiasmo y regocijo.

¡Sea, sea en el nombre de Dios y en el de nuestra cara España; sea en el insigne idioma castellano; sea bajo la bandera triunfante de Jesucristo como nazca á la luz pública el primer periódico del imperio de Marruecos, y regocijese en su tumba el inmortal Guttemberg al ver volar por estos horizontes la palabra impresa, pálida estrella hoy, como nacida de nuestro pobre entendimiento, pero que algun día lle-

---

(1) Este periódico, fundado por el Sr. Alarcon en Tetuan, y del cual no se publicó más que el primer número, tiene la singularísima gloria de haber sido el «único» papel que se ha impreso desde que el mundo es mundo hasta hoy día de la fecha en el imperio de Marruecos. Ni allí habia habido periódicos, ni los ha vuelto á haber, ni los moros tenian noticia alguna del descubrimiento de la imprenta.

El Sr. Alarcon se valió de la imprenta de campaña que llevaba consigo el general O'Donnell, la cual solo sirvió para dar á luz aquel número del «Eco de Tetuan», que principiaba con el artículo que aquí publicamos.

gará á ser claro sol de verdad, que esparza resplandores de amor y de justicia en la tenebrosa mente de los africanos!

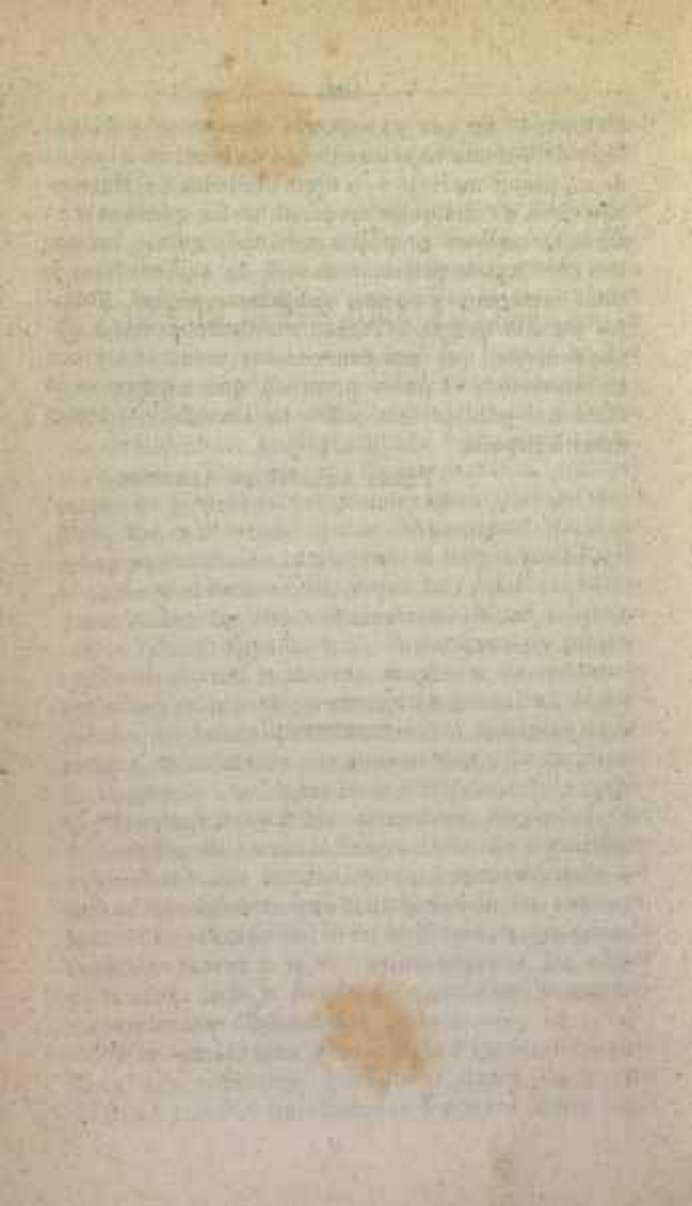
Mas no somos nosotros, agentes ciegos y fatales del espíritu sublime que hoy anima á nuestra Madre Pátria; no somos nosotros los que debemos envanecernos de la nueva conquista que realiza la civilizacion de Europa al plantar su cátedra (la prensa), sobre el territorio que ayer era marroquí: es España la que debe ceñir á su frente tan inmarcesible lauro; España, que, en brevísimos dias, ha hecho pasar el Estrecho de Gibraltar, enmedio de sus legiones armadas, y avanzar de campamento en campamento, siempre en pos de la victoria, las grandes maravillas del siglo XIX, los más ópimos frutos del progreso, las obras mas portentosas de la libertad, el telégrafo eléctrico, el vapor y el ferro-carril, y que hoy establece la imprenta sobre los viejos manuscritos de las bibliotecas de Tetuan; España, que, entre lagos de sangre, nubes de pólvora inflamada, montones de cadáveres apilados por la peste, y tormentas y naufragios horriblos, ha dado al pueblo marroquí ejemplos de caridad y de hidalguía, de generosidad y de largueza, de tolerancia á todos los ritos y religiones, de respeto á la propiedad y á las costumbres, de piedad con el vencido, de amor al desgraciado, de admiracion al heroismo sin fortuna, y que, aprovechando los cortos intervalos en que calla la voz de los cañones, levanta la voz persuasiva de la prensa, y, pasando la espada de la una á la otra mano, esgrime las armas de la razon bajo la bandera de parlamento que tremolan los derrotados islamitas.

Por lo demás, bien puede morir ó suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuelva á resonar llamándonos á nuevas lides: tam-

bien puede ser que su segundo número se publique lejos de Tetuan, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco ó en otras ciudades de Marruecos; pero, de cualquier modo, el hecho quedará consignado: nuestro propósito servirá de guía á los que nos sucedan: la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas, y poetas, publicistas, sábios, filósofos pueden honrar á Tetuan en tiempos más ó menos remotos, que nos den con sus recuerdos y con su estimacion el único premio á que aspiramos al ofrecer al público este pobre testimonio de nuestro amor á España.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

---





---

## CONTRA LAS ZARZUELAS.

---

### ADVERTENCIA.

Si algun recuerdo puede quedar hoy de los centenares de *Revistas de teatros* que escribí durante aquellos años (de 1855 á 1859), en que me arrogué audazmente la profesion de crítico, es indudablemente el de la porfiada guerra que hice á las zarzuelas, entonces muy en boga.

Reconozco que fuí exagerado en mis ataques á este género de espectáculos; pero sírvame de disculpa la exageracion con que lo patrocinaban y ensalzaban por su parte otros escritores y el alarmante favor que llegó á alcanzar en toda España.

Aconteció entonces que todos nuestros autores dramáticos y todos nuestros músicos dedicáronse á escribir zarzuelas, abandonando los unos el verdadero teatro español y propalando los otros que la *ópera nacional* naceria del cultivo de aquella clase de composiciones. Los coliseos de verso y el de la ópera italiana viéronse, pues, desatendidos por el público, que se solazaba grandemente con los híbridos y grotescos engendros que constituian el repertorio del célebre Caltañazor.

Ni era esto todo: á la sazón no se habían constituido todavía los nobles centros de verdadera filarmonía que hemos admirado y aplaudido después en los cuartetos del Conservatorio y en los conciertos matinales ó nocturnos de los teatros y de los jardines de las afueras del antiguo Madrid. Haydn, Mozart, Beethoven, Mendelson, Weber, todos estos gigantes del arte musical eran desconocidos del pueblo español. Euterpe no recibía en nuestra patria otro culto público que el que le rendían nuestros instrumentistas, nuestros cantantes y nuestros compositores por medio de las decantadas zarzuelas... Estaba, pues, comprometida hasta la esperanza de los amantes de la verdadera música en el empeño que maestros tan insignes como Arrieta, Barbieri, Saldoni, Oudrid, etc., (algunos de ellos autores de ya aplaudidas óperas) mostraban en llegar por el camino de la zarzuela á la consolidación del teatro lírico-español.

Contra pretensiones y aspiraciones tan insensatas, era contra lo que me revolvía yo en mis escritos, no contra la zarzuela en sí, como se verá en los fragmentos que reimprimiré á continuación. Yo concedía á la zarzuela el derecho de existir como un espectáculo burlesco que simbolizase, no los progresos y tendencias de un arte naciente, sino la deliberada caricatura de un arte de mayores y más solemnes miras.

El tiempo ha venido á darme la razón: la zarzuela, al cabo de veinte años de favor público, no ha engendrado la *Opera española*, sino los *Bufos madrileños*.

Léanse ahora todas las razones en que yo fundaba en aquel tiempo mis hoy realizadas profecías. No insertaré, sin embargo, sino extractos de mis revistas, ó sea los trozos más sustanciales y de crítica más general, omitiendo en lo posible los ataques concretos contra determinados autores ó contra sus obras.—En

el fragor de las batallas, estos ataques y los que yo recibí pudieron estar justificados. Hoy no me queda ya sino aprecio y hasta cariño hácia mis adversarios de entonces.

Es lo que les pasa á todos los militares retirados, que al fin de su vida solo tienen palabras de afectuoso respeto para nombrar á los mismos guerreros á quienes en otro tiempo llamaban antonomásticamente: «*el enemigo.*»

En cambio, nunca deja de inspirar fanático amor á cada uno la bandera que tremoló en el combate, como le inspira eterna aversion el estandarte que vió ondear enfrente del suyo.

1871.

## I.

### DE LA ZARZUELA.

.....

Viva la música burlesca, viva la tonadilla confundida con el sainete, viva el *vaudeville* joco-sério, salpimentado de coplas y de finales cuyo trivial sentimentalismo está al alcance de las *traviatas* más ínfimas. Viva enhorabuena todo esto; pero viva en los pueblos donde la música nacional cuenta ya con más solemne culto, tiene abiertos más nobles palenques, ostenta más ilustres títulos: viva, por ejemplo, en Francia, donde hay un teatro de Grande Opera seria francesa, que produce las inmortales obras de Halévy, de Auber y de Meyerbeer; viva allí, donde ya puede jugarse con el arte como con un leon domesticado; viva allí, donde saben caricaturarlo todo, hasta la melodía, ese aliento de Dios. Y viva aquí también, si quereis; pero no resumiendo la vida de nuestra música nacional, no absorbiendo todos nuestros

talentos líricos, no representando nuestra ilustracion filarmónica. Viva aquí... pero en la esfera de los espectáculos que solo se proponen recrear; no al nivel del coliseo donde la verdad y la filosofía tienen su cátedra; ni al nivel del templo á donde van las almas á embriagarse con las armonías del sentimiento, único idioma universal, cuya clave está en todos los corazones privilegiados.

.....

Pero hablemos un poco de los libretistas.

¿Quereis saber lo que han encontrado nuestros poetas en la plazuela del Rey?

Fracasos, desdenes, silbidos, y cuando más, respetuosa tolerancia.

Breton, el ilustre Breton, el autor del *Pelo de la dehesa*, ha visto naufragar sus dos únicas zarzuelas: *El novio pasado por agua* y *Las cosas de D. Juan*.

Rubí, el autor de *El arte de hacer fortuna* y de *Los dos val'dos*, no consiguió acertar en *Tribulaciones* y zozobró en *La Hech'cera*.

Atina García Gutierrez en *El Grumete* y yerra en *La espada de Bernardo* y cae en *La cacería real*.—¿García Gutierrez, el autor del *Trovador*!

Ayala, el creador de *El hombre de Estado* y de *Rioja*, dramas de primer orden, vé pasar desatendida *La estrella de Madrid* y criticados *Los Comuneros*. ¡Quince noches bastaron á enterrar cada una de esas obras!

Eguilaz, popular á los veinte y dos años y una de las mejores esperanzas de nuestra literatura, vá á pique de un modo lamentable en *La vergonzosa en Palacio*.

Suarez Bravo hace de *Las señas del archiduque* la hoz que siega los laureles de ¡*Es un ángel*!

Larra goza de un justo renombre de buen dramático; pero ni su renombre basta á proteger *Un embuste* y *una boda*, que se hunde en el abismo.



Doncel estrena su sepulcro al son de los silbidos de *La Picaresca*.

Cisneros escribe un drama, *Esperanza*, que le dá un nombre. *La litera del oidor* le da mucho ménos, puesto que le dá un mal rato.

Villoslada truena en *La dama del Rey*.

Y Larrañaga, y Arnao, y Larrea, y Lozano, y Guerrero, y todos en fin, chicos y grandes, caen en la misma tentacion y logran el mismo resultado.

Mas no por esto se contriste la musa española. Esos desastres son triunfos. Nuestros dramáticos están demasiado acreditados para que pueda perjudicarles su impotencia en este género espúreo.

Pero ¿en qué consiste esa impotencia? nos preguntareis.

En que los libretos españoles pecan de demasiado líricos, de muy graves, de sobrado decentes; en que la zarzuela es propia de la ligereza traspirenáica; en que aquí no somos diestros en la pantomima, en la paradoja, en la onomatopeya, en la prestidigitacion, en el arte de brocha gorda.

Por eso agradan más las zarzuelas traducidas; por eso, y dichosamente por eso, no saben inventarlas nuestros primeros literatos, mientras que los *dioses menores* (¿para qué nombrarlos?), los libretistas que no saben escribir en castellano ni tan siquiera en racional, logran cada éxito con sus *poemas* zarzuelescos que es cosa de quemar uno su librería.

.....  
¿A dónde vamos? ¿Qué es esto?

Dichosamente, no vamos á ninguna parte.

Dichosamente, esto no durará.

La zarzuela morirá, como murió el *género* andaluz, como murió Churriguera, como morirá el miriñaque.

Y morirá, porque si los poetas no se cansan de tro-

car su gloria por un puñado de plata, el público abrirá los ojos y verá que en el Circo pierde el tiempo, el dinero y el buen gusto.

.....  
Un crítico, en un momento de distracción,—pues no es posible creer otra cosa—ha confundido al libretista de zarzuelas con el libretista de óperas, sin considerar que son oficios muy distintos.

En la zarzuela rige el poeta: en la ópera rige el músico. En la zarzuela la letra es lo principal y la música lo accesorio: en la ópera acontece lo contrario. Quitad las palabras á una ópera despues de escrita; cantadla tarareada ó solfeada, y quedará la ópera en pié.

Y esto es tan cierto, cuanto que el libreto se canta en italiano ante un público cuya mayor parte no lo comprende y que, sin embargo, nada echa de menos.

Porque la música es un idioma, volvemos á decir, cuando no se propone solamente recrear, y el libreto es un andamio que sirve para levantar el edificio y se retira despues de concluida la obra.

En la zarzuela la música no espone, no espresa nada: es un lujo, un adorno. Y ¡ay del músico que se entusiasma y se eleva en el teatro del Circo!

Que allí no se va á oír música, sino á ver trages, desfiles de tropas y decoraciones magníficas, á ver á la tiple vestida de hombre y al caricato vestido de mujer, á oír redobles de tambores, repiques de campanas, algazara, tiros y jolgorio... ¡Entonces se aplaude; entonces hay lleno completo...! ¿No es verdad, señores empresarios?

Preguntad á un parroquiano del Circo por ese mismo Meyerbeer, por su *Roberto il Diavolo*, y os dirá que le apesta!

No: la zarzuela no engendrará la ópera nacional.

¡Ni menos desarrollará la música española!

¡Pues qué! ¿Podrá decirse que toda la música que se canta en el Circo es española, que tiene carácter de tal, que es original siquiera?

Nosotros, pobres melómanos, simples oyentes, que vamos á aquel coliseo cuatro veces al año, podemos asegurar haber escuchado allí música francesa, alemana é italiana, á vuelta de alguna que otra seguidilla española; y no nos detendremos á citar, como pudiéramos hacerlo, y lo haremos en su caso, pieza por pieza, motivo por motivo, acompañamiento por acompañamiento.

.....

Tiene la zarzuela otro inconveniente que no le permite crecer, y es que es muy difícil, casi imposible, encontrar cantantes que declamen ó actores que canten... como se debe cantar y declamar.

.....

Dícesenos que Rosini y Verdi empezaron por poco y llegaron á mucho. Bien; que nuestros principiantes hagan zarzuelas y nuestras notabilidades escriban óperas ó no escriban nada.

Por lo demás, Saldoni y Arrieta empezaron componiendo óperas y acaban haciendo zarzuelas. ¡Esto es progresar!

.....

Queremos la ópera española, y la esperamos, y nunca tiraremos de los pies á nuestros compatriotas para evitarles que suban á un digno puesto, sino para bajarlos de un puesto indigno. La ópera española puede existir y existirá. Nuestro suelo ha dado á la Europa cantantes de primer orden. La Malibran, Paulina García, la condesa de Fuentes, Amalia Angles, Echevarría, Carrion, Belart, Rodas, Unanue, García y los que ahora no recordamos, nacieron en España, y muchos de ellos recorren hoy los primeros teatros del mundo.

Nuestro suelo ha dado tambien y tiene músicos capaces de escribir la ópera. Martini, Cuyas, Inzenga, Gomis, Saldoni y otros varios comprueban nuestro dicho. El Sr. Barbieri, si desatase su inspiracion aprisionada en el Circo; Arrieta, orgullo de nuestra pátria, Gaztambide ¡el mismo Gaztambide!, Oudrid, etcoetera, escribirian la ópera nacional si quisieran; y esto es tan positivo, que dentro de algunas noches (lo decimos con inmensa satisfaccion) se cantará en el teatro de Oriente la *Isabel la Católica* de Arrieta, ópera que vale más que todas las zarzuelas habidas y por haber.

.....

Dia llegará en que nuestros músicos nos estrecharán la mano, confesando que hemos tenido razon en atacar la zarzuela. Aquel dia la música española se cantará en el extranjero: aquel dia la zarzuela vegetará en un barrio de Madrid.

.....

## II.

### LOS MAGYARES.

#### 1.

—¿Ha estado Vd. en *Los Magyares*, señor folletista?

—No, señor... Hace tres noches que no se encuentra un billete ni por un ojo de la cara.

—Ya lo creo... *Los Magyares* es el *non plus ultra* de las zârzuelas. A mí me gusta más que *Catalina*.

—¿Es Vd. filarmónico?

—No, señor: de Getafe.

—Digo que si le gusta á Vd. la música...

—¿Cuál?



—¡Hombre! la música...

—¡Qué música ni qué ocho cuartos!.. Mire Vd.; Caltañazor sale montado en una mula, y solo con verlo, nos echamos á reir. No sé en qué consiste; pero siempre que habla ese hombre, aunque no sea gracioso lo que diga, se me va la carcajada!...

—Afinidades.

—No sé... ¡Y qué decoraciones! ¡Han gastado un dineral en espigas!... En fin, es la gran funcion del año... Dicen que dará muchas entradas.

—¿De quién es el libreto? ¿De Ayala?

—No, señor...

—¿De Breton?

—No, señor... esos no saben dónde tienen la mano derecha. Es de Olona.

—¡Hombre! ¡ese autor no se equivoca nunca!... ¡todas sus obras tienen un éxito brillantísimo!

—¡Un éxito envidiable!

—No diré yo tanto.—¿Y el *spartito*? ¿Será de Barbieri?...

—¡Qué! no, señor...

—¿De Arrieta?

—¡Cá!... ¡El esparterito es de Gaztambide! ¡Y salen segadores, húngaros y borregos!... y qué sé yo qué más...

—Pues es preciso ir.

—¡Ya lo creo!—verá Vd una cosa buena... ¡Lástima que no cante la Ramirez!... En fin... Hasta luego... ya nos veremos por allí... Lleve Vd. paraguas.

—Vaya Vd. con Dios.

## 2.

Las carnes se nos abrieron cuando quedamos solos, al pensar en que acaso no nos gustarian *Los Magyares*

y nos viéramos, por consiguiente, en la precision de anatematizarlos.

—¡Oh Dios! dijimos: ¡que nos gusten *Los Magyares*! ¡Que el público tenga razon! ¡Que suceda un milagro! ¡Que haya una zarzuela buena! ¡Oh!... ¡si *Los Magyares* no nos gustan, estamos perdidos!

En efecto, ¿quién lucha con las turbas de los barrios que dicen que la zarzuela nueva es mejor que *La Cola del Diablo*? ¿Quién lucha con toda la prensa que ha consignado en una y otra gacetilla que la tal obra es admirable por más de un concepto? ¿Quién lucha con la realidad de las cosas; con ese público que acude en masa, con esa empresa satisfecha de sí misma; con una funcion, en fin, en que se ha gastado *mucho dinero*?

Presa de esta agitacion, nos sorprendieron las ocho de la noche.

Cinco horas despues conociamos ya *Los Magyares*. Somos el sér más desgraciado de la tierra.

El siguiente artículo crítico dirá á ustedes el porqué de nuestra desgracia.

### 3.

Respeto y consideracion merecen, sobre todo en nuestro pais, los miles de duros que la empresa del teatro de la Zarzuela ha gastado en la decoracion y equipo de *Los Magyares*, 'PERA ESPAÑOLA del maestro Gaztambide, letra del poeta Olona: por este respeto y esa consideracion, y no por falta de buen sentido—al ménos así nos lo hace creer nuestro orgullo nacional,—háse mostrado tolerante y benévola la ilustrada prensa de Madrid con la nueva obra, tributándole unos elogios que no son para discutidos y que segaramente no estaban en el ánimo de los señores gacetilleros;

pero respeto y consideracion son esos que ceden en nuestro juicio ante mas altos respetos y atendibles consideraciones; ante las leyes de la razon y del buen gusto; ante los fueros de la música y de la poesía temerariamente atropellados; y así, mal que le pese á la paz de nuestra alma, cojemos la pluma con el valor de quien cumple con su conciencia, no para oponernos á la opinion general, pues sabemos que la opinion general está de nuestra parte, sino para consignar en letras de molde lo que la opinion general murmu a por lo bajo y no se atreve á repetir á la luz del dia, en gracia de los susodichos miles de duros; lo que dice el *claqueur* en su casa; lo que asienta el *flatteur* en el café; lo que publica oralmente en las tertulias el mismo periodista que batió las palmas en su diario; lo que está, en fin, en el pecho de todos y en boca de ninguno, esto es, que *Los magyares* es un disparate literario y musical, indigno de ser representado en un teatro nuevo, ante un público de guantes blancos, en nombre del arte y de la literatura y á costa de tantísimo dinero.

Desmenucemos este párrafo.

4.

Ante todo, seamos los primeros en rendir un tributo de admiracion á la empresa por su arrojo y prodigalidad, al maquinista por su pericia, al pintor por sus ingeniosas concepciones, al director de escena por su maestria, al sastre por sus conocimientos históricos é indumentarios, y finalmente á todos los que han contribuido al aparato de *Los Magyares*, obra presentada al público con una perfeccion y un lujo insólitos en nuestros teatros, y verdadero modelo de espectáculos de esta clase, que recomendamos eficaz-

mente á la empresa del teatro Real, ya que es este el pie de que cojea hace algunos años.

La profusion y variedad de los trajes es pasmosa aquí donde siempre se peca de mezquindad en este ramo.

La procesion del último acto, donde pasan más de cien comparsas convenientemente vestidos, merece hacer época en nuestros anales de espectáculos.

La direccion de escena no ha podido ser más acertada.

Hé aquí todo lo que tenemos que elogiar en una funcion músico-literaria; en una ópera española; en el supremo alarde hecho por la empresa de Jovellanos para justificar un año en que ha inferido todo género de ultrajes á las desventuradas Euterpe y Talía.

5.

¿Y el libreto?

Y el *spartito*?

¿Y la zarzuela... decimos mal: ¿Y la *ópera española*?

¿Y el pretesto de tantos gastos?

¿Y las cinco horas que pasa el público en aquel salon?

¿Y el arte?

¿Y la literatura?

¿Y los *Magyares*?

¡Qué! Porque Pizzala el platero hiciera una esposicion de sus diamantes y sus esmeraldas en medio del peor drama de Comella, ¿habiamos de dejar de silbar el atentado literario?

¡Qué! Porque unos cómicos de la legua se presentasen muy bien vestidos en el escenario del Príncipe, ¿habiamos de tolerarles que pisoteasen el *Hombre de Mundo*?



¡Qué! Porque en los *Magyares* se haya gastado mucho dinero en trajes y decoraciones, ¿hemos de oír impasibles el libreto del Sr. Olona y la música del señor Gaztambide? ¿Hemos de permitir que nuestros discípulos del Conservatorio pasen su tiempo en tararear semejantes obras? ¿Hemos de soportar que nuestro pobre público de las galerías crea que eso es una ópera española? ¿Hemos de consentir que los elementos de vida y prosperidad que encierra una empresa tan rica como la de Jovellanos se empleen en un terreno tan estéril, tan desagradecido, tan ignominioso para nuestras musas?

6.

Vamos al libreto.

¿Qué se ha propuesto dar al público el Sr. Olona al presentar su libro de *Los Magyares*? ¿Una broma? Pues á fe que es broma pesada.

Mas, por si va de veras, repare en la impasibilidad del público durante los cuatro actos de la zarzuela y en que los aplausos vienen de ciertas galerías atestadas de aguadores y soldados.

Y es que los medios que se emplean para arrancar estos aplausos son tan absurdos, que no sabemos cómo tuvo el libretista serenidad para apuntarlos.

Si á disparates que choquen vamos, proponemos desde ahora un argumento de zarzuela—y como él se nos ocurrirían veinte por minuto.

Que el teatro represente una noria.

Caltañazor ha sido condenado por el rey de Taití á darle vueltas á la susodicha.

El Sr. Gaztambide escribe en el divino idioma de Donizzetti las armonías imitativas del crugido de las maderas y del gotear del agua.

A cada vuelta que dan los cubos de la rueda, sale de la noria un corista vestido de miliciano nacional bailando la cachucha.

Cuando ya está el coro fuera, Caltañazor lo arenga.

Pero el coro se enfada y lo echa en la noria.

El público cree que su favorito ha muerto.

Pero Caltañazor saca la cabeza por la concha del apuntador y dice á sus admiradores de las galerias:

—Señores.., ¡si estoy aquí!

Fin del acto primero.

¡Qué éxito tan ruidoso! ¡Qué aplausos! ¡Qué ganancia tan espantosa haria la empresa con una funcion semejante!

¿No es este el secreto, Sr. Olona?

Pero seamos circunspectos.

El libreto de *Los Magyares* es un absurdo; pero un absurdo pretencioso y doblemente censurable por lo tanto.

En los más disparatados engendros de la grotesca musa de Francia, hállese al menos ya una ingeniosa paradoja, ya una parodia llena de gracia y de inventiva: los caracteres más anómalos tienen cierta unidad; los hechos cierta ilacion; la caricatura, por abultada que sea, ofrece un lado lógico....

En *Los Magyares* ni hay caracteres, ni los personajes tienen memoria, entendimiento, ni voluntad.

Todos son tontos; todos se dejan engañar como chiquillos; todos hacen lo contrario de lo que se propusieron hacer; todos olvidan lo que acaban de decir; todos descubren á lo mejor una penetracion digna de M. Hume; todos, en fin, son víctimas de la impotencia dramática del señor Olona.

Por lo demás, ni un chiste nuevo, ni un verdadero epigrama. No es la sal de una ocurrencia lo que

hace reir, sino el despropósito, la atrocidad de una inconveniencia.

De este modo todos seríamos Ramones de la Cruz.

Con-presentar una chica que en el momento de tomar el velo de monja dijese que le picaban las pulgas, ó un moribundo que rompiera á cantar la rondeña, ó un canónigo con espuelas, ó una condesa que á lo mejor jurase y votase como un carretero, ¡ya tendríamos el efecto seguro!...

¿No es este el secreto, Sr. Olona?

Al ménos así están escritos *Los Magyares*.

7.

De la música solo diremos una cosa; y es que no la encontramos en toda la funcion. Oímos, sí, algunas rapsodias de *Guillermo Tell*, de *Roberto*, de *Traviata*, de *Marina* sobre todo, y varios calcos de nuestros cantos nacionales. Pero ni aun así hay en toda la obra un solo aire que el público haya retenido en la memoria ni que sea digno de verse litografiado.

Mas, ¿qué importa la música... tratándose de una ópera?

¿Qué importa el carácter de esta ópera cuando se piensa en llamarla *ópera española*?

¿Qué importa el arte? ¿Qué importa la nacion? ¿Qué importa la propia dignidad, cuando se trata de que el artesano, aturdido con la grosera plástica de un absurdo tan descomunal, dé á su familia cinco horas de un placer preparado exprofeso para satisfacer su mal gusto, llevando así lo que le correspondía á la caja de ahorros á la faltriquera de las codiciosas musas?

¡Oh! ¡nuestras artes, nuestras letras convertidas en eso que se llama *saca dineros y engaña muchachos*!

¡Oh! Si la música española tuviese en España otros representantes, otra casa, otro porvenir, en buen hora se llevaran los diablós á los zarzuelistas con sus sacrilegios y sus profanaciones. Pero que la música sea el arte del siglo xix; que España pertenezca á Europa; que Madrid sea la capital de España, y que en Madrid esté resumida la vida musical en *Los Magyares*... ¡esto es horrible y subleva la indignacion de todo el que tiene vergüenza!

El público acude, el público paga, el público aplaude...

¿Qué importa si un extranjero asoma la cabeza por el teatro de Jovellanos, y la vuelve luego hácia su patria diciendo en letras de molde: *el Africa empieza en los Pirineos*?

¿Ni qué os importa tampoco esta revista?

1857.

### III.

#### OTRA OPERA... ESPAÑOLA.

.....  
Tenemos novedad en el teatro de la Zarzuela.

Titúlase *El Lancero*.

Reflexion al canto... y á la letra.—A las zarzuelas les queda de vida el tiempo que tarden nuestros literatos en sacar á relucir las pocas corporaciones civiles, militares y religiosas de vistoso uniforme que no han aparecido aun en aquel escenario. Ya han salido á las tablas monjas, frailes, barberos afeitando en fila, marineros, colegialas, locos, y qué sé yo qué más.—Mañana serán los enfermos de un hospital, coronados de gorros blancos; otro dia será un coro de gallegos que van á esperar los reyes... Hoy son *lanceros*.—El



caso es ofrecer decoraciones y trajes nuevos. Lo demás no importa.

Que la letra sea una traduccion ó un plagio; que dé de bofetadas á la moral pública; que esté en catalán ó en *patois*; que la música sea una trivial tonadilla ó un detestable remedo de tal ó cual trozo italiano ó francés; que se cante en contrasentido con las palabras; que carezca de filosofia, de espresion y de gusto.... ¡chico pleito!—El *negocio* es que la tiple salga con pantalon y levitin, ó el bufo con miriñaque; que haya vistosos uniformes y sables *de verdad*; que se digan equívocos tan decentes como los de *El Lancero*; que la accion estribe en que una mujer vestida de hombre esté encerrada con otra en una habitacion, y en la natural alarma de cuantos ignoran el cambio de traje; que se oigan redobles de tambores. ó repiques de campanas, ó coros de hostezos y estornudos, si no se prefiriesen de relinchos; algo, en fin, que profane el arte y la literatura, y ya tiene Vd. al público *intel gente* loco de júbilo y con sus tres reales dispuestos á correr todas las noches.

Asi es que el Sr. D. Ventura de la Vega escribe hoy una zarzuela de mágia; despues vendrá otra con fuegos artificiales; luego una en que se regalen naranjas al público; y Dios sabe si llegará el caso de que se permita á los abonados á anfiteatro tomar parte en los coros ó besar á las coristas.

¡Decididamente, la zarzuela es un espectáculo *popular, nacional, español* en toda la estension de la palabra.

Y, sobre todo, ¡la cuna de la ópera española!

IV.

POR QUÉ GUSTAN LAS ZARZUELAS.

(RÉPLICAS Á UN AMIGO.)

.....  
—Amigo mio, repliqué por último, resumiendo mis contestaciones.—Yo abomino de la zarzuela, antes por sentimiento que en fuerza de silogismos. Cáeseme el alma á los piés cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere, la sobrenatural espresion de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo que los estrechos límites á que la reduce este mezquino espectáculo, *misto como todo lo decadente*.

¿Qué es aquí la música? dígame Vd.—Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria, de inmortalidad, tiene un compositor en este teatro?—Las que le sobren para hacer reir al público á un maquinista hábil, á un gracioso caricato, á una fábula absurda llena de espantables episodios é increíbles peripecias:—¡nada mas!

Aquí el todo es el libro.—Que el libro ofrezca grandes rarezas en trajes y decoraciones, montañas practicables, ganado vacuno que discurra por la escena, una tiple bonita (si no no sirve), y vestida de hombre por añadidura, y tiene Vd. el teatro lleno veinte noches. Una glosa del bolero ó del fandango y cuatro trompetazos que atruenen la cabeza, bastan por lo demás para que el filarmónico de estos barrios se figure que ha oído una *ópera española*.

El músico que quiera ir más lejos pierde el trabajo,

el tiempo y la paciencia. Me dirá Vd. que en Francia sucede lo propio... Ya lo sé... Pero tenga Vd. presente que en Francia todas las artes están en su decadencia,—especialmente la música. ¡Y cuenta que no excluyo la Grande Opera! ¡Convénzase Vd.: en el mundo no hay más que dos escuelas musicales: Alemania é Italia! Fuera de esto, todo es adulteracion, profanacion, bastardía, oropel y moneda falsa. Ahora: si la rica melodía española, la reina de las melodías para mi gusto, ensayase el género de pasion, que es el que cuadra más á su índole y tendencias; si nuestros músicos,—algunos lo han hecho,—en vez de atenerse á una servil imitacion de las armonías exteriores de la naturaleza, buscasen en el cielo de la imaginacion aquella habla reveladora de Rossini, del cantor de *Norma* y del apasionado Donnizetti, veria Vd. nacer en un dia una nueva escuela musical que seria el asombro de toda Europa, como hoy lo son nuestros peregrinos cantos nacionales.

Pero mientras sigamos por esta senda de perdicion; mientras el teatro español no arroje por la ventana este crudo y malsano manjar que llaman zarzuela, en que el canto, ó es gratuito, ó material y onomatopéyico, y la instrumentacion inadecuada y confusa como todo lo que carece de inspiracion; mientras Vd. oiga cantar á simples aficionados, entre los cuales apenas se cuentan dos ó tres artistas, y vea escribir libretos á hombres que se confiesan... no digo profanos, sino antipáticos á la música, España será en esto una potencia de último orden, como lo es en otras muchas cosas. ¡Por eso no transijo con las zarzuelas, ni con este teatro, ni con los compositores, ni con Vd. que viene á consentirlos!

—Pero ¿y Vd? ¿A qué viene? me preguntó con mucha sorna mi antiguo amigo.

—Hombre, yo vengo porque tú vienes, porque aquel viene; porque nosotros venimos, porque vosotros venís, porque aquellos vienen.

—Vaya, vaya, me dijo dándome una palmadita en el hombro; Vd. modificará sus ideas.—Esto gusta... ¿no ve Vd. el teatro lleno?—Aquí se rie uno, pasa el rato, vé muchachas bonitas, y...

—Y siente satisfecha su vanidad!!

—¡A ver! Esplíqueme Vd. ese pensamiento.

—Es muy sencillo, y da la clave de la duracion de este espectáculo en España, asi como de otras menudencias. ¡Oh! No sin trabajo he llegado á tan luminosa conclusion...

—Veamos esa conclusion.

—Mire Vd. No hay cosa que las medianías aborrezcan tanto como al génio, ni nada que les agrade más que otras medianías menores que ellas!—Ahora bien: en el mundo hay una mayoria inmensa de hombres medianos y ménos que medianos.—Vienen aquí esos hombres y se encuentran con un músico á quien pueden criticar, con un cantante que necesita su indulgencia, con un poeta que se contenta con hacerles reir, con un espectáculo, en fin, que no les dice ¡*admira!*, sino ¡*tolera!* El hombre mediano no se vé humillado por consiguiente, no prueba la envidia, no siente la presion de aquel génio que, en otros teatros, le desprecia desde lo alto de las hambalinas...—*Aquí todos somos unos*, dice mi hombre en la zarzuela, enseñando la caja de dientes: ¡*No lo hacen mal... pobrecillos!*... y se rie... y está á son a'ise, sin temer el aplaudir inoportunamente, sin quedarse en ayunas del argumento, sin verse obligado á fingir que le gusta esto ó lo otro,—cosas todas que le suceden en el teatro Real ó en la representacion de un buen drama. ¡Mire Vd. con qué aire de proteccion y de suficiencia se



agita aquel pobre hombre en su palco!... Oigale usted cómo dice: ¡Qué tontería! Vaya... si no sé cómo viene uno á estas cosas!—Yo sé mucho más que el músico, que el poeta y que el cantante.

Vea Vd. por lo que digo que la turba multa, y en especial los ricos estúpidos, sienten satisfecha su vanidad y á salvo su natural amor propio en este teatro, que habla en su mismo idioma y que nunca se permite darse con ellos aires de superioridad.

.....  
1858.

V.

ÚLTIMA PALABRA.

.....  
La zarzuela agoniza.... La zarzuela moribunda que nosotros creíamos.

Démonos la enhorabuena.

Muerta la zarzuela, nacerá la ópera nacional; porque tenemos maestros, y los tendremos aun, que darán mejor inversion á su génio, mas alta direccion á sus trabajos; porque nuestra patria ha producido buenos cantantes y volverá á producirlos cuando no se esterilicen sus facultades en ingratas tareas, cuando no estraguen las primicias de su genio en las orgías musicales de la calle de Jovellanos.

En tanto nuestros poetas, dejando de aspirar al triste salario que les ofrece el *vulgo nécio* de que hablaba Lope, tomarán de nuevo el áspero camino de la gloria, y escribirán, como pueden, el drama y la comedia de nuestra edad filosófica.

El público mismo no comprenderá su ceguedad pa-

sada, como hoy no comprende el entusiasmo que produjeron Góngora y Churriguera, como hoy se asombra de haber tenido en gran estima las piezas andaluzas, el baile francés, á algunos personajes del reino y otras aberraciones del gusto.

Y el público entonces se dará tambien la enhorabuena.

.....

1839.

FIN.

---

## ÍNDICE.

---

|                                                            | PÁGS. |
|------------------------------------------------------------|-------|
| La Noche-buena.....                                        | 1     |
| Las Ferias de Madrid.....                                  | 15    |
| El Pañuelo.....                                            | 23    |
| Si yo tuviera cien millones.....                           | 39    |
| Cartas á mis muertos.....                                  | 53    |
| Lo que se ve con un anteojo.....                           | 65    |
| El año nuevo.....                                          | 77    |
| La Fea.....                                                | 87    |
| Confesion general de la literatura contempo-<br>ránea..... | 99    |
| La Ristori.....                                            | 107   |
| Diario de un madrileño.....                                | 115   |
| Visitas á la marquesa.....                                 | 155   |
| Descubrimiento y paso del cabo de Buena<br>Esperanza.....  | 191   |
| A una Máscara.....                                         | 213   |
| Bocanada de humo.....                                      | 219   |
| El eclipse de sol de 1860.....                             | 227   |
| Mapa poético de España.....                                | 233   |
| Fanny.....                                                 | 241   |
| Una conversacion en la Alhambra.....                       | 249   |
| Bellas Artes.....                                          | 263   |

|                                 | PAGS. |
|---------------------------------|-------|
| Alicante y Valencia.....        | 279   |
| De Madrid á Santander.....      | 299   |
| Toledo.....                     | 317   |
| Historia de una novela.....     | 323   |
| Edgar Poe.....                  | 327   |
| Carta á Emilio Castelar.....    | 337   |
| Agustin Bonnat.....             | 345   |
| De Villahermosa á la China..... | 353   |
| Roberto il Diavolo.....         | 363   |
| La desvergüenza.....            | 369   |
| Cid Rodrigo de Vivar.....       | 379   |
| Los pobres de Madrid.....       | 387   |
| El Eco de Tetuan.....           | 393   |
| Contra las zarzuelas.....       | 397   |









